ANTOLOGÍA DE LAS MEJORES NOVELAS POLICIACAS

TOMO XVIII



«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes en octavo, publicada entre los años 1958 y 1982 por la editorial ACERVO.

AA. VV.

Antología de las mejores novelas policíacas - Vol. I8

Antología de las mejores novelas policíacas - 18

ePub r1.0
Piolin 16.02.2019

Título original: *Antología de las mejores novelas policíacas*
AA. VV., 1982
Recopilación: Ana Perales

Editor digital: Piolin
Coordinador de colección: Ignotus
ePub base r2.0



Anotación de la recopiladora

Desde hace algún tiempo la idea de esta Antología me estaba rondando, pero procuraba apartarla de mi mente para no caer en la tentación. Sin embargo, la idea se hacía presente una y otra vez y empezaba a mostrarse insolente y fastidiosa insinuando que yo no era capaz de llevarla a cabo. Entonces fue cuando decidí caer en la tentación para librarme de ella. Y llamé por teléfono a D. Gonzalo Torrente Ballester. Sí, ya sé que, por desgracia, D. Gonzalo no se encuentra entre los autores que compendia esta Antología pero, en un principio, no rechazó mi oferta, sólo la condicionó a que se le ocurriera el tema adecuado. Y he de reconocer que eso me dio ánimos. Después escribí con la misma pretensión a D. Ramón J. Sender y, un mes después, recibí su cuento junto con una amable carta. Y llamé, y llamé. Y escribí cartas. Y aquí está el producto final, por el que he de dar las gracias a todos los prestigiosos escritores que me han prestado su colaboración. ¡Ah!, y no me acusen de machista, ya que mi idea inicial era incluir, al menos, cuatro relatos de mujeres escritoras. No he podido conseguir ninguno. Otra vez será.

Ana Perales

MAS ALLÁ DE LA INTUICIÓN

Rafael Castellano de la Puente

Nacido en Madrid, Chamberí, calle de Santa Engracia, en 1943. En 1960, y coincidiendo con el comienzo de la inenarrable década, publiqué mi primer «Tiemble después de haber reído», cuyo título era La araña *y que le gustó mucho a un amigo que por entonces estudiaba arte dramático como yo, y que se llamaba Manuel Galiana. Hasta entonces la sección se había nutrido de traducciones en síntesis, y a raíz de «La araña» quedó a cargo de un tal F. Finest —yo—, que posteriormente mutaría a Rafael Castleman, firma empapada de colonialismo como los propios años 60, pero que en cierto modo preservaba mi identidad. Estuve publicando —me refiero a Rafael Castleman— mi «Tiemble» hebdomadariamente hasta que «La Codorniz» muriera en 1976. En total debo haber escrito unos ochocientos relatos suspensivos, estremecedores, horripilantes, de anticipación, espiritistas, góticos, según la vena. Sin contar los que me pedían, inéditos, para antologías como ésta, Acervo, Castellote, Ediciones 29 y bastantes más.*

En 1975, Ediciones Marte (Barcelona), publicó un volumen con 50 de aquellas narraciones y el mismo título de la famosa página, «Tiemble después de haber reído». A veces me lo encuentro en los cajones de lance.

Yo, en 1968, había huido de un Madrid que me era inhóspito y me vine a Euskadi, aquejado un tanto del síndrome de Poe. Me han hablado mucho del mayo de aquel año, pero yo no tenía dinero para llegarme a París. Seguía mandando la colaboración y recibiendo a cambio misérrimos giros. Tiempos. Me agregué a la prensa de provincias —entonces a Euskadi no se le podía llamar así—, y en ella me he movido hasta recalar en EGIN, donde ahora escribo una columna diaria, «Alajainkoa», que la lee todo el mundo, incluso la oposición. En EGIN ejerzo asimismo de reportero, hago mucha calle, me interesan los grupos marginales. También voy a exposiciones y luego escribo lo que me sugieren. Mantengo una sección en euskara en la revista «Argia». En «Punto y Hora» hago otra página. Pertenecí a la redacción de la revista literaria «Kantil». A veces me encargan trabajos en revistas y agencias de Madrid, pero muy ocasionalmente.

He escrito siete libros. Tiemble después de haber reído *(Ediciones Marte, 1975);* Cosas, anecdotario de Euskalerria *(C.A.P., Donostia, 1977);* Vascos heréticos *(Luis Haranburu editor, 1977);* Erotismo vasco *(id.);* La Viuda *(Hordago, 1978);* Sutondoan *(C.A.P., Donostia, 1981). Acaba de salir* Misterio de Vizcaya *(publicado por «International Books Creatin», Bilbao), en colaboración con el fotógrafo Sigfrido Koch.*

No recuerdo en absoluto el argumento de «Más allá de la intuición», elaborado hace varios años. Supongo que cuando lo relea sentiré como si lo hubiera escrito un amigo muerto. Todo lo contrario del revival, *como se ve.*

«El cerebro soluciona los problemas efectuando una evaluación matemática.»

(Bernard Hassenstein, *Cibernética y biología)*

Ironías del destino. A Facundo Miramón se le dieron siempre muy mal las matemáticas. No las comprendía, y acabó el bachillerato a trompicones, gracias al hartazgo de su profesor de la citada ciencia exacta, hastiado de ver día tras día el rostro hermético de aquel alumno cerril, continente de un cerebro incapaz de aprehender el menor concepto abstracto. Al cura que le daba religión le hizo llevarse las manos a la cabeza cuando, progresista él, quiso introducir en los sesos de Miramón lo que era el infinito con símiles poético-infantiles.

—Mira —le había dicho una vez, tiza en mano, mientras trazaba una línea recta horizontal—: esta serie de puntos es infinita. ¿De acuerdo?

Facundo había asentido con la cabeza. Y el sacerdote, muy orgulloso de sus dotes simbólicas, había trazado otra línea de arriba a abajo.

—Esta serie de puntos también lo es, ¿no?

Nuevo asentimiento tácito.

—Y ¿qué forman?

—Una cruz —había repuesto Miramón al cura, que jubilaba.

—¡Pues eso es Dios! ¡El infinito en forma de cruz, Facundo!

Miramón se había quedado mirando el simple dibujo, y, tras cavilar unos segundos, había afirmado:

—Pues no hay Dios, entonces.

—¡Qué dices, hereje! —le cayó la tiza de la trémula mano al cura.

—Que si prolongamos las líneas de la cruz, se terminarán donde termina la pizarra; y la pizarra no es infinita.

Ironías del destino, dije antes: y es que Facundo, que era torpe, pero no tonto, y que veía compensadas sus escasas facultades para el cálculo con una intuición prodigiosa, había renegado de las matemáticas, renunciado a los estudios universitarios, y se había empleado en un banco. ¿Para qué gastar más dinero en matrículas y en libros que le eran inútiles?, fue su argumento ante su madre, desilusionada, que veía, con esa ceguera que procura la sangre común, a su Facundín graduado en exactas, en química o en geología.

—Además, cobraré un sueldo que irá aumentando —insistió Miramón—. Eso me dejará la conciencia tranquila, porque podré compensar todos los sacrificios que hiciste, y que no pude aprovechar. Has estirado al máximo la pensión de mi difunto tío, que no es gran cosa. Y has tenido que tragarte durante todos mis estudios el amargo desengaño de mis suspensos y de las filípicas de mis profesores… No: no es justo. Yo tengo que aportar algo a esta casa, y, ya que se me ofrece la ocasión de

entrar de contable en la Mutual Ibérica gracias a que nuestro amigo Cendrón me ha recomendado, no voy a desperdiciarla.

—Pero, si dices que eres tan negado para el cálculo, ¿cómo vas a trabajar de contable? —se extrañó su madre—. No durarás allí ni un día. Te equivocarás; harás balances cojos. ¡Qué digo cojos! ¡Cojos, mancos y tuertos! ¡Y no es eso lo peor! ¡Lo peor es que te pueden tomar por ladrón, que pueden creer que te haces el tonto para apandar lo que te cosquillee bajo los dedos! Pero ¡allá tú! ¡Nunca tuve, ni quise tenerte, dominado, y menos ahora, que eres un hombre! En cuanto a lo que ganes, no quiero nada de ello: será para ti. Nos sobra, aunque te parezca mentira, con la pensión. Tenemos el cocido garantizado, y con qué vestirnos.

—Te pongas como te pongas —rió Facundo—, te entregaré lo que gane menos lo que me haga falta para tomar unas cervezas y tabaco.

La madre se le quedó mirando, con el gesto un tanto extraño. Después le señaló con un dedo huesudo, amenazador, y acabó por proponer:

—Y para salir con una chica, ¿no?

Facundo Miramón se ruborizó. No era guapo chico, y, además, su timidez rozaba lo patológico. Se quedaba pensativo frecuentemente ante las fanfarronadas de sus compañeros; ante aquellos alardes de virilidad —estigma indeleble del celtiberismo — que se sucedían en el ágora del patio del colegio antes de que la campanilla sonara llamando al desasne los lunes por la mañana. Todo había sido para sus amigos reuniones sabáticas y magreos dominicales. Para él, paseos taciturnos que abarcaban toda la capital. Y unos esfuerzos que le ponían al borde del llanto cuando llegaba, agotado, con las pantorrillas doloridas, y se ponía frente a su pupitre de trabajo para tratar de conjugar y poner en orden aquellos abstrusos teoremas; aquellos silogismos garrapateados de números que tenían premisas sólo, ya que la consecuencia lógica y perfecta tenía que lograrla su inteligencia.

Y no podía. En las carpetas de sus compañeros de aula, que habían bailado, bebido, fumado, ido al cine con una muchacha de escasos prejuicios a la «fila de los mancos», los silogismos matemáticos, más o menos estaban resueltos, hechos de forma que el dómine comprendiese que el muchacho había llegado al cogollo del asunto, y que, hubiese o no acertado, había comprendido: un cinco, un seis, les esperaba. En la carpeta de Miramón, cuyo único esparcimiento solía ser contemplar el manar de las fuentes municipales; la observación de los tipos que se le cruzaban con ese rictus de día de fiesta del que nadie se desprende; el estudio de la expresión melancólica de los bichos presos del zoo o la meditación al tiempo que vagaba por las sacramentales de San Isidro y San Justo después de haberse parado ante la tumba donde su padre, el coronel de Intendencia Miramón, o lo que había sido ello, yacía, los problemas estaban mal, rematadísimamente mal resueltos o sin resolver. Sólo había gozado de su soledad, del cine íntimo que es la memoria, la retrospectiva, la prolongación de su inteligencia que, si no nula, no era aplicable a los algoritmos de

Euclides ni de Arquímedes. Su madre, un día, le había preguntado que si quería ser cura, al ver su condición solitaria y contemplativa.

—Tu padre murió en el primer bombardeo de Madrid. Y yo soy liberal —le había dicho—. Con él se fue su dogma: «No quiero que en mi casa huela a incienso o a sotana agria».

—Tenía razón —fue la respuesta de Facundo—: los curas huelen a agrio, y no tengo la menor vocación de engarzacredos. Nunca rezo. Me gusta la soledad, y eso es todo. Si no me has visto salir con chicas, ni ir a bailes ni reuniones es porque los espejos no mienten y no quiero que me den con él en las narices. No poseo talento que compense mi insipidez física, y prefiero los conciertos a la música estruendosa. Me dan asco los rebaños apiñados en las salas que dicen de juventud, y, además, no soy muy hablador. Soy huraño, y me gusta hablar conmigo mismo. ¿Cura yo? Mal ojo de madre tienes. Y, si has tenido algún pensamiento equívoco —ya apunté que la intuición de Facundo era extraordinaria— te diré que soy un hombre completamente normal que sabe admitir sus deficiencias y el alcance de sus posibilidades.

Era verdad que nunca rezaba. Iba a ver la tumba de su padre por inercia, y por gozar después del vagabundeo entre losas antiguas con vello de hiedra y musgo, caóticamente dispuestas en muchos patios, encabezadas por cruces de mármol o de hierro de forja que el orín carcomía. Ante la losa que cubría la sepultura del coronel republicano Miramón se paraba, no a encomendarle al Supremo Ser, sino a intentar saber cómo había sido. Cómo había andado, qué gesto ponía al gustar un buen vino; cuál era su expresión cuando se encolerizaba o cuando se divertía; qué problemas habían medrado en la estructura ósea que ahora estaba bajo tierra era lo que realmente le interesaba. Y después, haciendo crujir la gravilla del abandonado camposanto, se perdía por aquellos vericuetos, laberintos de la muerte, queriendo re-crear el carácter de un padre al que sólo conoció cuando no tenía uso de razón.

Aquella curiosidad por los espíritus muertos había aumentado, y muchos días de fiesta, a veces al salir del colegio, algo le atraía a las Sacramentales: el deseo de adivinar la idiosincrasia de cada fallecido, allí puesto bajo la tierra húmeda. Leía los nombres, y, como un hábil pintor esboza con trazos ágiles la figura de un modelo, su imaginación dibujaba tendencias, manías, tics, vicios, virtudes, aficiones y personalidades ya esfumadas, confundidas con la nada eterna. ¿Por qué aquel paso por la Tierra? ¿Por qué aquel capricho de la Naturaleza, que creaba un ser para después destruirlo tras haberle obligado a crearse más obligaciones y a sobrevivir sabiendo que no había salida ni solución, y empujando la carga de sus prejuicios e instintos con la tenacidad de un escarabajo pelotero haciendo rodar su carga? El misterio de la vida siempre le había intrigado a Facundo, y también su falta de sentido y su gratuita discriminación. Trató de escribir algo sobre el tema, pero no tenía grandes dotes para la sintaxis, que al fin y al cabo es la matematización de un texto. Ya lo ha dicho Pierre Bertaux en su ensayo: «El concepto lógico de la cibernética» —e insisto en esta ciencia durante el relato porque en ella se van a basar

muy pronto no sólo la medicina, la biología y la astronomía, sino también la psicología y la sociología—: «La palabra escrita es el fundamento imprescindible de un pensamiento preciso y progresista». Facundo tenía mucho de progresista, pero nada de preciso. No era, además, diestro en metáforas, paralelismos, símiles o apuntes irónicos. Y, pese a que toda su persona rezumaba abulia y nihilismo, Miramón era un personaje activo hacia lo íntimo; un ejemplo del superhombre encadenado que definió Nietzsche, que no se enganchaba a sistemas definidos, que era incapaz de concentrarse. Releyó sus insulsos textos y decidió, con aquella su gran dote de aceptar los defectos propios, dejar también la filosofía como proyecto futuro.

—¿No me has oído? El dinero que ganes no va a ser todo para cervezas, tabaco, periódicos y cine —insistía su madre—: ha de servir también para que salgas con una chica. Podemos defendernos con la pensión de tu tío Simón, y además se habla de que próximamente las viudas de oficiales republicanos muertos en la guerra civil cobrarán pensiones como las otras.

—Nos alimentaremos de cadáveres, pues, como las hienas —fue el comentario irónico y macabro de Facundo—. Y, además, ¿con qué chavala quieres que salga? Conozco un par de ellas, pero son amigas para dar un breve paseo o sentarse en una terraza a plantear temas sin interés; a fomentar la trivialidad. Y yo detesto la trivialidad y la rutina.

—Pues eso es, ni más ni menos, lo que te espera en el banco: rutina —sentenció la viuda de Miramón.

—Te equivocas. Esos trabajos acaban convirtiéndose en mecánica, y el hombre, entonces, es más capaz que nunca de autodividirse, de dialogar consigo mismo sin dejar que su cáscara material siga funcionando. Algunos científicos lo llaman retroactividad, frente a los que se oponen a tales facultades limitando la acción impensada al ya arcaico concepto de «reflejo condicionado» —las pupilas le brillaban, con un desusado entusiasmo, a Facundo—. Nuestro sistema de neuronas es mucho más complicado que todo eso, y tiene un terreno intensísimo de actuación. Piensa en un hombre que escribe a máquina, o maneja un «telex»: al tiempo que toda su mente se concentra en cómo va a desarrollar la idea, se evade del sistema que le está ayudando a perpetuarla en el papel. Y además, tengo mis paseos. Mi libertad de tomar un autobús al azar y bajarme en la parada que me apetezca para examinar el barrio donde esté; perderme entre sus callejas y encontrar una intención, un trasfondo, a los rostros desconocidos que voy viendo desfilar y que no volveré a ver más porque, aunque se reproduzca el encuentro, no nos reconoceremos… Y es lo que voy a hacer ahora mismo. Vagabundear. Hasta la semana próxima no ocuparé el puesto vacante, y voy a aprovechar el tiempo.

Dejando a una viuda de Miramón atónita, desconcertada, que nos respondió a la perorata más que con un suspiro y un meneo de cabeza, Facundo fue a peinarse, se puso el gabán y salió a la calle.

Era una tarde de invierno iluminada por un sol ya en estado de coma, redondo y cobrizo. Soplaban rachas de viento helado, como bofetadas. Eran los parques viñas gigantes. Pisaba fuerte la gente, con la nariz enrojecida. La tarde aquella, limpia de nubes, hubiera hecho trabajar a Velázquez.

Bajó Facundo por la calle de Bailén. Se sentía contento y libre. Los jardines de Sabatini estaban desiertos, dejando aparte a dos o tres viejos que miraban sin mirar, ya tan enjutos que el cierzo no hacía mella en ellos.

Subió la escalinata, pasó revista a los reyes godos, y después fuese hacia San Francisco, no sin antes meditar un rato ante el busto de Larra, el sarcástico suicida. Llegó al paseo de los Melancólicos después de atravesar el puente de Segovia, gigantesco ciempiés gris sobre un Manzanares macilento y opaco. Subió la cuesta que llevaba a las Sacramentales. Los cipreses le daban pinceladas al vacío a cada golpe de viento, capuchinos de chafado capirote verdusco. Facundo subía a zancadas, contento porque iba a visitar a sus seres sacados de la fosa a base de imaginación: allí estaría don Adrián Jiménez y Jiménez, notario, fallecido cristianamente a los cincuenta y siete años de edad (¡cuántos primos se sacaban por conveniencia familiar en mil ochocientos sesenta y tantos!) Miramón se imaginaba al difunto vestido de levita con tono oscuro, corbataza aplastonada surgiendo de una barba apostólica con la coquetería de dos terminales engomadas y en punta, pantalón estrechado a partir de la rodilla, de petimetre, botines flamantes y pelo entrecano. No le faltaban los guantes de cabritilla ni el bastón-estoque con puño de plata, ni la chistera en forma de chimenea. Le concedía buena memoria, genio vivo, carácter estricto y cariño a la buena mesa y a las mozas de mesón. Liberal, independiente, guapo hombre de renta holgada, no se había casado, porque, al contrario de lo que sucedía en la mayoría de las lápidas, no había venido a reunirse con él viuda alguna. Su nombre figuraba, solitario, sobre el mármol. Estaría Bernardina Villarreal Gámez, enterrada en 1877 a los veinticuatro años de edad. Otra soltera galdosiana, menuda, pálida, tímida, de familia venida a menos tras haber conocido el más. Nunca fue pretendida, ni pretendió que la pretendiesen por la razón lejana que diera Facundo a su madre: los espejos no mienten, y los afeites ridiculizan y destruyen. Había leído —o pasado por el texto la vista— a los clásicos. No había muerto de tisis, ni de garrotillo. Un día, con la mejilla sostenida por la palma de la mano y un libro sobre la falda, se había muerto de aburrimiento, contra el cual el único antibiótico es la imaginación. Y carecía de aquel recurso. No faltaría el gobernador Ruiz de Allende, longevo que había hecho traer de sus Canarias gobernadas las cenizas de su cuerpo falto de halo, vestidas con el traje de gala de general de división. Había llegado a la increíble edad, en 1868, de setenta y cinco años. Facundo le imaginaba chillón, muy repeinado, adicto a la ópera, sobre todo a los entreactos, porque durante los actos se dormía. Conspirador de boquilla, con ideas poco concretas (aparte de las ordenanzas militares

edictadas por Carlos III) acerca de lo que era realmente la política, se sentía subrayado por la idea de salir de noche con camuflaje de embozo y sumergirse en la neblina de denuestos, proyectos y «estohadeterminarse» de cualquier bodeguilla oculta a la que el acetileno concedía aspecto fantasmal y lóbrego, estirando las sombras de los conjurados que no sabían qué querían, pero que no conocían aún el fútbol.

Le habría encargado su busto en bajorrelieve, el que montaba guardia en ángulo recto con la losa, a Bartolozzi, en vida. Se había casado, y tenido tres hijos. Todos habían sido oficiales. «¡Qué tentación para un coleccionista de armas! —solía pensar Miramón—. Ahí dentro debe de estar todo plagado de sables.»

Había llegado. El ordenanza, un hombre ratonil, portador de lentes de marco redondo, hirsuto de pelo y sumido de mejillas, escribía algo en un papel de barba con una pluma de manguillero.

—Vamos a cerrar muy pronto —le advirtió.

—Con media hora me basta —repuso Facundo—. Daré el paseo en seguida —el ordenanza le miró, frunciendo una ceja, y le dijo:

—¿Quiere usted decir que no tiene usted ahí dentro a ningún allegado?

—No. Tengo a mi padre en la Sacramental contigua.

—¡Y viene aquí sólo a pasear! —dejó el otro el manguillero, con cuidado, en su soporte.

—¿Por qué no? Esto es un jardín como otro cualquiera: un parque. Contiene cadáveres, pero también los contiene todo terreno fuera de estos límites. Cadáveres de hombres de Cromagnon y de Neanderthal que fueron nuestros antecesores en la prehistoria y que, como dice el texto bíblico, y ese simpático cartelito colocado ahí en latín con letras doradas: «in pulverem reverteris». ¡Vuelve el polvo al polvo, simpático ordenanza!

—¡Yo no soy un ordenanza! —se indignó el otro—. ¡Soy el encargado! ¡Y ya me está mosqueando tanta visita al recinto sin tener en él allegado alguno! ¡Daré parte a mis superiores de que un excéntrico ha tomado esto por el parque de la Fuente del Berro!

—Dé parte. Como ciudadano, tengo derecho a entrar aquí cuando me plazca. Y no me haga perder más el tiempo. Hasta ahora.

Una vez franqueado el atrio, deambuló por entre las malas hierbas y las tumbas, «cazando duendes», como solía decir. Ya no sólo se dedicaba a crearle una existencia a aquellos sepultados, sino que luego, cuando saliese, haría lo propio con la gente viva, desconocida, que encontrara. Hallaría alguna taberna fétida donde no le faltarían personajes que computar, ordenar y colocar en el tipo de reacción que tendrían dado determinado caso. Sin darse cuenta, se estaba convirtiendo en aprendiz de brujo en el terreno de la psicología. Y lo malo era que estaba totalmente convencido de sus deducciones. Y ya hemos dicho que Miramón era meticuloso en lo referente a corregir sus errores y reconocerlos.

Iba sintiendo, al par que los días pasaban, que se le había concedido una facultad ilimitada al nacer. Una dosis de electricidad superior en sus procesos intuitivos.

La conexión de las neuronas en conjuntos neuronales nos lleva a un estado funcional basado en las actividades superiores, en el hombre y en el animal. Pero existía en la organización neurótica de Facundo una clase superior de principios de función de los que depende la consciencia de la información exterior que se recibe y almacena en el sistema nervioso. Como un acumulador de enorme capacidad, la retroconciencia de Miramón era un auténtico aparato de rayos X psíquico. Bastaba el contorno de una figura para que le atribuyese una personalidad que sabía exacta. Y que sabía que sabía, además de saber cómo, cuándo y por qué corregir los errores que se producieran. Todo empezó como un juego misantrópico de dotar los cuerpos imaginarios a los esqueletos que yacían en San Justo y San Isidro, y continuó con la observación discreta de entes vivos, a los que diseccionaba las intenciones y los diversos estados de ánimo con unos segundos de concentración. Hubiesen hecho de él un gran escritor si sus dotes para el vuelapluma sin incurrir en consonancias involuntarias no se lo hubiese impedido. «Es curioso —solía decirse, cuando se empeñaba en sus tareas literarias—: si trato de hacer en verso, no hallo la rima; y basta con que quiera hacer prosa para que la rima surja por sí sola».

Tras una corta visita a *sus* muertos, viendo que el cielo se ponía cárdeno y que el sol le hacía un último guiño de ojo a la ciudad, cómplice de futuras oscuridades, fuese hacia la salida llevando a rastras su sombra alargada. No quería enojar más al funcionario. Hinchaba el ceño, más meditabundo que nunca. Había tenido la fugaz idea de hacer un curso de psicología, pero fue una ilusión breve. Se paró ante un nido donde alguna madre había hecho colocar ál marmolista un hiperhistérico: «¡¡Hijo mío!!», se rascó la nuca, y dijo, en voz alta:

—Tienes razón, chaval: para eso hay que estudiar. Y yo no sirvo. Es más: me estropearía la intuición.

El encargado seguía rascando el papel de barba con gesto hondo y concentrado. Facundo le soltó a bocajarro:

—¿Por qué ha llamado usted a la policía?

—¿Yo? ¡Está usted chiflado! ¡O borracho!

—Sí, hombre, sí —sonrió Miramón, el hombre-computadora—: les ha dicho que por aquí viene un joven a pasear sin tener ningún allegado, y se ha llevado una gran desilusión cuando le han respondido que tengo perfecto derecho a ello, y que no puede impedir mis vagabundeos por entre las tumbas mientras no las profane, ni le robe mármol o hierro de forja.

—Pero ¿cómo?…

—Para mí, amigo, su intención era tan transparente cuando le dejé al entrar, que mi inteligencia no ha sufrido el menor desgaste. Y me alegro, porque no tengo mucha. Suplique bien al Ayuntamiento para que dote de nuevo material de oficina,

sobre todo una máquina de escribir, a la administración de este camposanto, y que tenga usted muy buenas tardes.

Cruzó el umbral, y se dirigió a la cuesta que llevaba a la Avenida de los Melancólicos. Para ello tomó un atajo por un desmonte donde se acumulaban carrocerías calcinadas, neumáticos viejo, recipientes de plástico, latas de conserva, harapos y zapatos o botas de pocero bostezantes. Una bombilla agónica lucía ya al fondo, en el interior de una chabola construida con paneles, «tablex», planchas de metal seguramente afanadas y un techo de Uralita. La puerta de entrada era simple: cuatro harpilleras cosidas. De aquella tierra áspera, sucia, surgían aquí y allá abrojos, malas hierbas hirsutas y charcos fétidos donde abrevarían las ratas. Miramón no se sentía impresionado por aquella patente esterilidad. Le hallaba su encanto, y prefería mil veces su aspecto crudo y auténtico a los paisajes relamidos de Watteau. «¿Cómo voy a salir con una chica, si acabaría, por inercia, trayéndola aquí, y diciéndole que esta desolación penetra más en mi sensibilidad que unos sauces llorones reflejados en un estanque o una pradera con amapolas?» —meditada.

Caminaba a lo largo de un Manzanares color chocolate claro. Las personas que le cruzaban iban convirtiéndose ya en siluetas móviles y, sin embargo, el sistema neuronal de Facundo captaba sus estados de ánimo, sus intenciones, y, hasta llegar al puente, se divirtió adivinando qué siluetas iban alegres, y cuáles tristes; sobre todo, a cuáles cuajaba más el nombre de la Avenida de los Melancólicos.

Arriba, en el despacho del cementerio, el funcionario había cerrado la verja, todo recelo. Porque lo que había escrito en el papel de barba era exactamente lo que el muchacho chiflado había dicho: nuevo material burocrático, y sobre todo una máquina de escribir, para el despacho del camposanto.

Facundo Miramón cruzaba el puente con intenciones de llegarse a la Plaza de la Cebada, en busca de tugurios no adulterados para un turismo papanatas: de auténticos chiribitiles donde, no muy atrás en el tiempo, su amigo el gobernador Ruiz de Allende, que no era ahora sino un batiburrillo de huesos mezclados con un sable comido por la roña, habría, sin duda, conspirado. Metiéndose por una callejuela mal empedrada, halló un figón que ostentaba en el rótulo el original título de «VINOS». Allí se entró, y pidió un vaso. Sólo había un parroquiano, sentado en una banqueta, con una pierna estirada, frente a una mesa redonda de gruesa madera con resquebrajaduras que sustentaba un cuartillo; o, mejor dicho, lo que quedaba de él.

El dueño, provisto de un delantal preñado de lamparones, le sirvió de una frasca con agilidad concedida por el oficio. Llevaba una barba de dos días que le azuleaba el rostro estólico.

—No, no —le dijo Miramón—: yo no quiero de ese vino. Quiero del que le está sirviendo a aquel señor.

—Pero ¡si no lo ha probado usted! ¡Es el mismo!

—No —negó Facundo—: me ha servido usted de la frasca que reserva para los clientes de paso incautos. Lo ha pensado nada más verle entrar. Ese señor, en cambio,

viene todos los días y le pone usted mejor calidad, con el fin de que medite, a lo largo de horas y horas, acerca de la pierna que se dejó en el Ebro.

El viejo miró a aquel muchachuelo, atónito.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió con voz áspera.

—¿Lo del vino o lo del casco de metralla? —se guaseó Facundo.

—Las dos cosas. Porque ambas ciertas son. Amalio echa mano del vino parroquial, con parte de bautismo, cuando ve una cara nueva. Y a mí se me llevó un zancajo un casco de metralla en el cacao del Ebro. ¿Está seguro de que no nos conoce?

—En absoluto.

—Pues ya es rato, ya. ¡Bueno, tú, Amalio! —se dirigió al tabernero. ¡Sírvele de lo moro al señorito, que merecido se lo tiene por su pesquis!

Facundo dio las gracias, bebió, puso una moneda sobre el mostrador y Amalio se la rechazó.

—Aquí, el Cojo, le invita.

—Para otro cuartillo, a ver si se le alivia el muñón —sonrió el fenómeno. Y se despidió de los efluvios de fritura fría, del olor a serrín húmedo y pez, mezclado con otro harto familiar que surgía de la puerta entreabierta de un lugar titulado «Servicios».

Era ya la hora de cenar cuando llegó a casa. Abrió, y se sorprendió al oír una voz de hombre que dialogaba con su madre. Colgó el abrigo, y entró en la sala de estar. La viuda de Miramón estaba con un señor ya de edad, con fiero bigote algo a lo kaiser, traje de corte y matiz severo y amplia frente sonrosada. Tenía los ojos muy claros, acuosos, y una generosa napia con paisaje lunar de viruela.

—¡Vaya! ¡Ya estás aquí! —dijo la viuda—. ¡Mira! ¡Este es el señor Andía! Fue muy amigo de tu padre, pero no nos visita a menudo porque trabaja en Navarra.

—Encantado, doctor —estrechó la mano del visitante Facundo. Aquél, alzadas las cejas, abrió la boca, estupefacto.

—No sirves para mentir, madre, y menos a mí. ¿Por qué has convocado a este señor psiquiatra, a quien, por otra parte, tengo mucho gusto en tener bajo nuestro techo? —reconvino Facundo a su madre—. Y bien, ya que está aquí, utilicémosle. Empiece cuando quiera.

El psiquiatra parecía pasmado.

—¿Cómo lo ha sabido? Por fino que tenga el oído, no ha podido oímos a su madre ni a mí. Además, si ha llegado ahora, es imposible que le haya dado nada una pista: no se ha pronunciado para nada la palabra «doctor».

—Pues no puedo responderle —se sentó Facundo—: sólo sé que sé. Y que éste es mi sexto sentido, este aumento de electricidad en mi sistema neuronal ha venido desarrollándose a lo largo de mi pubertad sin que yo hiciese nada ni por impedirlo, ni por estimularlo. Escuche: soy un pésimo estudiante, porque soy incapaz de realizar una deducción lógica, una definición o un postulado coherente. He sido la

desesperación de mis profesores, porque algo íntimo me prohibía entrar en el sistema. Mi inteligencia pertenece a uno de esos vacíos que existen en el terreno deductivo de cualquier ciencia, y se cierra automáticamente por retroalimentación cuando intuye que está dedicando su esfuerzo a algo inútil. Mi mente es pragmática, primitiva. Es escéptica, desconfiada, y posee el más ortodoxo de los agnosticismos. Citándole a Norbert Wiener y a Bigelow, puedo establecer un símil: usted, como médico, es capaz de distinguir entre una enfermedad de Parkinson y un temblor voluntario. Mi diagnóstico es psíquico, pero enormemente, infinitamente superior, y de una potencia hiperdesarrollada, que me permite darle un significado íntimo a una expresión.

—¿Ha estudiado cibernética?

—No he «estudiado». Me he informado sobre ella. Porque precisamente mi similitud con una máquina computadora es terriblemente exacta: recibo información, y mi complejo de neuronas deduce y dibuja la consecuencia de forma precisa. Otra de las cosas que me llevaron a informarme sobre la semejanza entre mi ser y un aparato ha sido siempre el no obcecarme en una idea errada, sino admitir el fallo y corregirlo con la mayor de las frialdades. Y no es lo que puede llamarse «voluntad», o «nobleza». Es un proceso matemático llevado a cabo en un cerebro que rechaza toda ciencia exacta en la medida que la información recibida es considerada inútil. ¿Me sigue?

—Sí, sí: trato de comprender, aunque no niego que es un fenómeno increíble —asintió el doctor.

—Voy a darle un ejemplo práctico: si me exponen un problema tal y como un bloque de hierro cae desde una altura de 60 metros. Calcule cuánto tiempo tarda en llegar al suelo. «El bloque pesa una tonelada y un quintal», no lo resuelvo. Mi retroalimentación se niega a abastecerme. Pero si me lo plantean así: «Un bloque de hierro de tonelada y un quintal cae desde una altura de sesenta metros sobre usted, y va a aplastarle. ¿Cuánto tiempo tiene usted para ponerse a salvo?», mi mecanismo de intuición funciona, y doy el resultado exacto. Eso era lo que hacía en los exámenes, pero como eran escritos, y yo no planteaba lógica alguna, sino que me limitaba a dar el resultado, siempre sospechaban que lo había copiado de un compañero: Nada más entrar aquí, he captado que usted era psiquiatra, y, como siempre he sido contrario a los tratamientos mentales», que rechazo porque impugnan sólo coacción y encierro, y en ningún caso ayuda, por ser una de las ciencias más subdesarrolladas en el país, y perdone mi franqueza, la intuición que poseo ha querido funcionar y le ha etiquetado usted al punto.

—¿Por qué no ayuda usted, pues, a esa ciencia que considera subdesarrollada, con esas dotes maravillosas?

—¿Cómo?

—Estudiándola.

—No podría. Me sucedería lo mismo que en el caso del bloque de hierro. Tendrían que existir motivos pragmáticos, no teóricos, para que mi cerebro

aprehendiese las lecciones superfluas: lo que en el colegio se suele llamar «paja». Voy a ser contable de banco, tengo ya el puesto, y con ello me contentaré. Mi madre le ha llamado, alarmada, porque no tengo ningún asuntillo con mujeres ¿no?

—¡Para qué negar! —se resignó el doctor Andía.

—Ahora está pensando: «quiero un nieto». Lo tendrás, madre. Lo tendrás cuando una estructura femenina no reaccione a mi paso, o ante mi presencia, con un piropo parecido al de «¡Ahí está ese larguirucho soso que no tiene el menor porvenir y que por no ser, no es ni rico ni guapo!» Ese día mi extraña facultad funcionará, y algo parecido a una luz verde de paso y esperanza se encenderá en mi cerebro. Cuando una figura del otro sexo piense al mirarme: «Es innegable que posee rasgos de ingenio; ironía; corazón dispuesto a amar y bondad. No me engañaría nunca: su expresión lo dice. Además, es honrado y se le nota falta de cariño», mi misoginia se desvanecerá y tenderé las dos manos. La electricidad contenida en mis neuronas se encarnará de encender ese semáforo simbólico.

—Insisto en que asista a cursillos, al menos como oyente —dijo el doctor.

—Es inútil —repuso Facundo Miramón—: en cuanto ha dicho eso, se ha encendido en mi cerebro una luz roja. El estudio no está hecho para mí.

Y se despidieron cordialmente.

Un día, recién salido de su trabajo en la Mutual Ibérica, estaba tomando una cerveza cuando una jovencita que estaba a su lado, menuda, morena, de ojos negros y largas pestañas, se ruborizó de pronto mientras hurgada en su bolso, y le dijo al barman:

—¡Ay! ¡Qué apuro, señor! ¡No he cogido dinero al salir de casa!

Facundo le sonrió, y le dijo:

—No se apure. Le invito con mucho gusto.

La joven aumentó su rubor, y la máquina interna misteriosa del hombre-computadora funcionó inmediatamente.

—¡Por Dios, señor!… ¡No haga eso! ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! ¡Soy un puro despiste!

—Eso es lógico. Suele pasar cuando se rompen unas relaciones mantenidas durante mucho tiempo. Cuando se da uno cuenta de que se ha estado perdiendo parte de la vida convirtiendo el amor en rutina, en un agradable trabajo forzoso.

La muchacha le miraba sorprendida, sin reaccionar.

—¿Es usted amigo de Juan? —preguntó al fin.

—¡Ah! ¿Se llamaba Juan? Pues no: no soy amigo de Juan. Pero como los amigos de mis amigos son mis amigos, permítame presentarme. Yo soy Facundo Miramón, empleado en la Mutual Ibérica —le tendió la mano, que la otra estrechó mecánicamente—. ¿Y usted?

—Agueda. Me llamo Agueda.

—Pues mucho gusto. Y ahora, tómese otro vermut para celebrar nuestras relaciones.

—Pero ¿qué dice usted?

—Lo que oye: que le gusto, que le atraigo, que me quiere… Que a partir de hoy va a olvidar a su Juan gracias a mi compañía. No… no empiece a establecer comparaciones. Son odiosas. Sí… Es un tópico, y lo sé: los tópicos no son sino verdades infinitamente repetidas, pero verdades al fin y al cabo. Y ahora, no sujete más esa carcajada que está pugnando por salir de esa su linda boca, y ría con toda su alma… Camarero: otra cerveza y otro vermut.

El empleado, que creía estar viendo visiones cuando Agueda rompió a reír francamente, se llegó al frigorífico, al otro lado de la barra, y le dijo a un compañero que allí laboraba:

—Es increíble: ¿Ves a aquel tipo con cara de cenizo, flacucho y pálido? Pues acababa de batir el récord de «ligue» de la presente temporada. Le han bastado dos frases y treinta segundos.

Una vez en la calle, cogidos de la mano, Agueda y Facundo paseaban, sonrientes.

—Jamás pensé que me pudiese ocurrir una cosa así —dijo ella—. ¿De verdad que no eres amigo de Juan?

—Palabra.

—Es que todo lo que me has dicho es cierto, y, además, sin titubear. Cierto es que lo de Juan y yo era un cariño insulso que nos estaba haciendo perder la esperanza de la búsqueda de nuevos derroteros. Eran las mismas palabras, el mismo beso; el sempiterno comentario mil veces pronunciado. De haber llegado al matrimonio, la catástrofe no hubiese tardado en producirse. Y, en cuanto a lo otro, confieso que me dejó completamente desarmada. Sí: me gustas. Me gusta tu decisión, tu forma de ser, hasta tu falta de belleza —que es lo que estaba comparando, pensando en Juan, cuando lo adivinaste—; tu falta de belleza, insisto, que no implica fealdad. Tienes un atractivo oculto que se multiplica cada vez que hablas. Siempre me han gustado los cínicos.

—Yo no soy cínico: soy sincero —protestó Facundo.

—Mejor me lo pones —le sonrió Agueda—. ¿Cómo así estás de empleado de banco, y no has aprovechado tus dotes para más altos vuelos? No, no es que te esté empujando a cambiar de posición… Es mera curiosidad.

—Lo sé. Eres incapaz de mentirme. Pues, te diré: soy un negado para el estudio. Sólo persigo fines prácticos, y, además, no soy ambicioso. Bueno: ahora que te quiero, sí que lo soy. Diré, con el poeta Ornar Khayyan, en su «Rubayath»:

«Unas gotas de vino del color del rubí,
un pedazo de pan;
un buen libro de versos, y mi amada
en un lugar solitario,

suponen más para mí
que los imperios de todos los sultanes.»

—Para eso sí tienes dotes de estudioso ¿eh? —comentó Agueda.

—Efectivamente. Me llamó la atención ese libro porque su tesis me va a ser en un futuro próximo muy útil. Mi retroactividad funcionó cuando conocí estas estrofas del epicúreo persa, y supe que la mayor ambición del hombre es lograr el estado en que se carece de ella.

Mezclados con el enjambre humano, pero en un estado de aislamiento total, Facundo y Agueda volaban sobre el asfalto. La viuda de Miramón no tardaría en acunar a su deseado nieto.

Una mañana, la madre de Facundo vio que éste estaba hurgando en el cuarto trastero, repleto de baúles y armarios llenos de objetos inútiles y heterogéneos.

—¿Qué andas ahí? —le dijo—. Vas a llegar tarde.

—¡Ah! Aquí está… —Facundo extrajo de una pequeña arqueta una pistola automática de reglamento—. ¡Y con tres cargadores!

—Pero ¿qué haces con la pistola de tu padre? ¡Deja eso inmediatamente! —intentó apoderarse del arma la viuda de Miramón, pero Facundo la mantuvo en alto y la pobre anciana no alcanzaba.

—Madre, yo sé lo que me hago. Házme el desayuno. Me quedo con esta pistola a título de herencia.

—¿Se puede saber qué barbaridad tramas, ahora que eres más responsable que nunca, porque nos tienes a Agueda y a mí? —graznó a madre—. ¡Deja eso donde estaba!

—Madre: me conoces, y sabes muy bien que nunca doy marcha atrás en mis decisiones. Me llevo esta pistola. Hazme el desayuno.

La anciana encendió el gas mascullando por lo bajini, mientras que Facundo, provisto de un líquido que había adquirido el día anterior, engrasaba el arma. Parecía en condiciones de funcionar. O, al menos, de amedrentar. El aspecto, no podía negarse, era imponente.

Comió, se puso la gabardina, y se fue al trabajo con la pistola del difunto coronel Miramón, que tal vez no la había utilizado nunca, en el bolsillo. Una vez en el mostrador, ocultó el arma bajo el periódico que había comprado y empezó a hacer balances y a atender a clientes que se acercaban a la ventanilla.

Agueda llegó a eso de las nueve y media. Venía pálida. Se acercó a Facundo con un taconeo decidido y cierto gesto de determinación en el semblante.

—Hola —le dijo—; perdona que te interrumpa, pero quiero enseñarte algo… —hurgó en el bolso, y cuando alzó la mirada halló, a tres dedos de su nariz, la negra boca del cañón de la automática del coronel Miramón.

—Si echas mano del revólver que guardas en el bolso —decía el hijo de éste— te vuelo los sesos. Estáte quieta hasta que llegue el policía.

Agueda echó a correr hacia la salida. No había nadie en el establecimiento, y Facundo no titubeó: apuntó a las piernas. Su novia se desplomó sobre el flamante piso.

Los demás se le echaron encima y le sujetaron. Un compañero le desarmó sin que Miramón, que estaba como ausente, hipnotizado por la sangre de su prometida, que ya formaba un gran charco, se resistiese:

—¿Estás loco? —le dijo su jefe inmediato—. ¡Tus asuntos sentimentales los resuelves en la calle, y no aquí! ¡Qué desprestigio para la firma! ¡A ver: llamen a una ambulancia y a la Policía!

Facundo Miramón vio cómo sus compañeros de plantilla trasladaban a Agueda, que se había desmayado, a una estancia interior. Sintió un nudo en la garganta, y suspiró hondo antes de decirle a su jefe:

—Nunca fue mi novia: su única intención era trabar relaciones conmigo para saber qué días habría más botín. Regístrenle le bolso.

—¡Cállese usted ahora, y dígale todo eso a la Policía!

Esta no tardó en aparecer, al mando del comisario González, que le dijo al subdirector al ver el rastro de sangre:

—¿Muerta?

—No —repuso el aludido—: una rodilla destrozada. Ha sido su novio, que hasta ahora ha sido mi empleado más eficaz y ejemplar.

—¿Celos, joven? —inquirió el comisario, mirando duramente a Facundo.

—Venía a robar. Tiene un revólver en el bolso. Pueden comprobarlo.

Facundo fue esposado antes de que registrasen el bolso de Agueda, de grandes dimensiones. Allí había, efectivamente, un nueve corto cargado. Pero cuando examinaron la documentación de la herida, se encontraron con que tenía un permiso de armas perfectamente en regla.

—No le dió opción para defenderse. ¿Cómo sabía que se trataba de un atraco? No me diga que es por intuición —rezongaba el comisario González— porque eso no se lo traga ni el juez más chocho del país. La chica no llegó a sacar el revólver… Y tiene permiso de armas. ¿Lo tiene usted?

—No. Vamos cuanto antes. Y procúreme un abogado. No conozco a ninguno. Se esclarecerá el hecho. Avise también al doctor Andía, psiquiatra; y déle el disgusto a mi madre de la forma menos brutal que pueda, por favor.

Una vez en el despacho del comisario, en la Dirección General de Seguridad, éste le dijo a Miramón:

—¡A cacarear, majo! ¡Estos son mis dominios! ¿Por qué le pegaste el tiro a tu amiguita? ¿Te los ponía aquí? —se llevó un índice a la frente—. ¡Eso no es motivo! ¡No merece la pena el lío en que te has metido! ¡No se lo merece ninguna!

—Sí se merece el tiro en la rodilla. Me buscó para ganarse mi confianza, y, sobre todo, para saber cuándo estaba mi departamento de pagos más nutrido. Con gran habilidad, eso no se lo niego, fue enterándose de los días en que venían los ordenanzas de las tres fábricas y las cinco empresas que hacen la nómina de sus empleados a través de nuestra firma. ¿Se ha fijado usted en que hoy es fin de mes? Suelen venir sobre las once, o así.

—Pero yo insisto en un detalle —le encañonó el comisario a Facundo con un índice peludo, amarillo de nicotina—: tú la amenazaste antes que ella echase mano de su arma. Y me has dicho que era el primer día que llevabas ese trabuco al banco ¿no? ¿Qué te hizo supone que tu novia venía a atracarte? —ahora, González golpeaba el secante con el grueso solitario que llevaba en el anular—. ¿Tan claras se le veían las ideas desde el día anterior?

—Desde varios días atrás. Pero lo había decidido la tarde de ayer. Intentó lo contrario: mostrarse más cariñosa que nunca. Pero su disimulo se estrellaba contra mi raro poder de retroalimentación neuronal. Yo podía leer en lo hondo de sus intenciones como en un libro abierto. Necesitaba fondos para marcharse al extranjero. Es ambiciosa, está acostumbrada a una vida de lujo y comodidades, y, por si fuera poco, le gusta el juego. Su antiguo amante la dejó plantada y sin un duro…

—¿Retroalimentación neuronal? —frunció el comisario las espesas cejas—: mira, chico, no me vengas con latines, que no estoy para que me tomen el pelo. Otra cosa: lo lógico es que, queriéndola, la hubieses dejado escapar ¿no? No había logrado su propósito. ¿Por qué, entonces, disparaste, sabiendo el follón que te esperaba, en vez de dejarla huir?

Facundo sonrió entre, irónico y triste:

—Lo que no resulta lógico es que, siendo usted un policía de alta graduación, no considere que hay que eliminar a todo posible delincuente en potencia. Lo que, gracias a mi especial estructura de la mente, no ha podido llevar a cabo conmigo, lo habría conseguido con otro incauto. Sepa que mis dotes de intuición… Bueno: no sigo. Va a creer que intento tomarle el pelo. Cuando llegue el psiquiatra, doctor Andía, le explicará la deformación, para bien o para mal, que posee mi sistema nervioso. Confirmará, además, en el juicio, esa dotes de que ha sido testigo. Sé que la ley está contra mí, pero puedo aportar pruebas de peso capaces de rebatir todos los argumentos fiscales que me presenten. Mi deber, como empleado de una firma bancaria celoso del dinero que me encomiendan, como ciudadano convencido de que quienes quieren aprovecharse de la confianza ajena sean detenidos, y como hombre digno que, como usted, no consiente que le tomen el pelo, es desenmascarar a esa mosquita muerta que, pese a mis facultades de percepción, ha estado a punto de dármelas con queso. No: no piense que terminaré en un asilo para chalados, que en ello está ocupado su pensamiento. Espere a que llegue el doctor Andía. Eso sí: puede retenerme por tenencia ilícita de armas. Ahí sí que tiene razón. ¿No estaba pensando ahora mismo en ello?

El comisario González había cambiado de expresión. Miraba a Facundo con extrañeza, un tanto perplejo:

—¿Sabes una cosa, chaval? Que me has adivinado el pensamiento dos veces seguidas, y ello dice mucho en tu favor. No es raro que alguien tenga la intuición superior a la de otros semejantes. Pero eso es poco ante la ley. Has disparado sobre una mujer indefensa, que a lo mejor sólo huía por miedo a ese mataperros, y no me extraña, porque hasta a mí me produce escalofríos, sin otra razón que un sexto sentido.

—El juez tendrá que rendirse a la evidencia —afirmó Facundo—: ya lo verá usted.

El comisario González paseó, manos a la espalda, cuerpecillo vencido, colilla en comisura y nariz ratonil en ristre por el despacho. Tras un rato de meditación, se sentó a la mesa, cogió la cartera de Facundo y se la tendió:

—Te concedo la libertad provisional. Pero no me falles.

—No es preciso. Además, espero al doctor Andía. Muchas gracias, de todas formas.

—No hay de qué darlas. El psiquiatra no llegará hasta la una y media. Date una vuelta. Confío en ti. Pero no me hagas una faena, porque me la cargo; y no quiero decirte lo que te ocurrirá si, después de cargármela, te echo el guante, que te lo echaré —dijo, severo, el policía—. Te acompañaré para que te dejen salir.

—Una cosa quería pedirle… —aventuró Facundo.

—¿Qué es?

—El parte médico.

—¡Lo que me faltaba por oír! —miró al techo, trágico, el comisario González—. ¡Primero le dispara con ese mortero de bolsillo, y después quiere saber qué tal se encuentra de salud! ¡Bien, bien! ¡Por costarme, no me cuesta nada!

Hizo la llamada requerida, y después le miró a Facundo muy pálido y con cara de circunstancias. Iba a hablar, pero Miramón se le anticipó:

—No hace falta que me diga nada. Ya ha funcionado mi facultad. Han tenido que amputar ¿no?

El comisario asintió con el gesto, muy serio.

Eran las dos menos cuarto. En el despacho del comisario González se hallaban cuatro personas: Facundo Miramón, ceniciento y pensativo, el doctor psiquiatra Andía; un abogado joven, de aspecto deportivo y dinámico, que se había presentado, destrozando metacarpos, como Julián Bergareche, traído por el médico, y el policía, que acusaba desconcierto y fumaba el enésimo cigarro liado, grueso como una breva. El cenicero rebosaba.

—Lo que quiero que usted comprenda, señor comisario, y sobre todo tú, Bergareche, es que el cuerpo lleva a cabo cantidad de actividades completamente

ajenas a su voluntad. Este muchacho, acusado de agresión a mano armada, supo, por alguna conexión interna cuya sistema desconocemos, aunque es patente, que los planes de la que era su novia eran aprovecharse de su confianza y de su cariño para ir conociendo poco a poco el mecanismo del banco. Se enteró de la costumbre de las empresas clientes de enviar al administrador los fines de mes para recoger las nóminas; supo la costumbre del policía de servicio de desayunar en una dependencia interior: los robos a bancos, y usted lo sabe bien, se suelen llevar a cabo a la hora de cierre, cuando la clientela es escasa. La intuición de Facundo adivinó el cambio operado en Agueda, y, para mayor seguridad, le dijo que estaba preocupado porque el sistema de alarma estaba estropeado, y, como siempre, el electricista no acudía. Medio en serio, medio en broma, lanzó su piedra de toque. ¡Dile a estos señores la frase exacta!

—Le dije, sonriendo: «¡Mira que si vienen mañana a atracarme, sin sistema de alarma y con la nómina de siete firmas en el cajón!» Y fue inmediato: el trueque de la indiferencia o la duda en la mente de Agueda se produjo de forma matemática, mecánica, como todos los procesos de voluntad en el cerebro. Desfilaron por su imaginación ruletas, joyas, alternes por todo lo alto, champán, y… triste es decirlo… hasta drogas. Llevó a cabo un duelo consigo misma tremendo, al que mi sexto sentido asistía lleno de angustia. Luego, a través de su expresión, desfilaron todos los objetos necesarios para el atraco: su revólver, que había adquirido porque muchas veces llegaba tarde a su casa, en un barrio apartado, y, además, vivía sola. La bolsa, esa bolsa grande de cuerda trenzada para ocultar todo el botín posible; la hora, y hasta la proposición de un soborno a este servidor. Creo que fue ese vil pensamiento la palanca que más me movió a utilizar, en vez del timbre de alarma, el pistolón de mi padre. Era llamarme vendido, muerto de hambre, fracasado, débil, don Nadie…

—Pero ¿no conocía ella su facultad? —le preguntó Bergareche.

—¡Qué va! Cuando la conocí en la barra de la cafetería creyó que había acertado de pura chamba, o que se trataba de un cínico ligón que pretendía utilizar la vía rápida. Estaba convencida de que yo era un gran intuitivo, pero nunca llegó a sospechar el alcance de mis facultades neuronales.

—Quiero seguir explicando aquí al comisario y a Bergareche lo que puede constituir tu sistema de axones hipertrofiados. Se investiga últimamente sobre lo que denominaremos «elaboración de la información». Hay modelos de neuronas que pueden conectarse, con fines informativos, con redes mayores de cien células. Esos son modelos de neurona ya poco corrientes. Facundo elabora su información con un sistema neuronal de combinaciones casi tan infinitas como las posibles formas de colocar las fichas de ajedrez sobre un tablero. No es un adivino: no predice el futuro; pero si quien está frente a él crea en su voluntad una intención determinada, él la recoge y capta de inmediato. Agueda cayó en la trampa del sistema de alarma averiado, anudó el concepto con la posesión de un revólver, la confianza que podía esperar de su novio, amén de su cariño, que le impediría llevar a cabo nada contra

ella; la fecha de las nóminas y el deseo tremendo de volver a gustar de la vida plácida y muelle. Para Facundo debió ser un gran golpe, pero lo tomó con su habitual frialdad, no exenta de orgullo y de despecho, y se armó a su vez esta mañana, dispuesto a todo.

—Eso me parece muy bien —dijo el comisario—: pero aquí el jovencito —se refería a Bergareche— se las va a ver y desear para convencer al juez de instrucción de que Facundo sabe, o lee, el pensamiento del humano que tiene ante sí. Es un carca, un cascarrabias, y tiene el colmillo retorcido, por no decir los cuernos, que debería decirlo.

—¿Tienes testigos de tu facultad de retroalimentación? —preguntó el leguleyo.

—Sí: pero no sirven. Mi madre, que es mi madre. El doctor Andía, que es amigo de la familia. El comisario… a quien no conviene —ya veo el cariño fraternal —rió — que le tiene al juez de instrucción— apoyarme, porque se le puede meter más entre ojos aún al magistrado… ¡Esperen! —dió un bote en la silla—. ¡Ya los tengo! ¡Bergareche! ¡Busque la calle del Codillo, por los alrededores de la Cebada, donde hay un establecimiento que se llama «VINOS», y pregunte por un tal Amalio —es el barman-propietario de tan perfumado y elegante lugar—, y por «el Cojo», un borrachín que lleva prótesis en la pierna, aunque debería llevarla en el hígado. Le será difícil convencerles, porque, el uno por haber militado con los que perdieron en el Ebro, y el otro por excesos católicos al bautizar el morapio, y por echar líquido de garrafón a las botellas de marca, cruzan índice y anular al ver a un policía. Un verde a cada uno, y arreglado.

Iba a sacar la cartera, pero el comisario González le detuvo:

—Un verde, de acuerdo —dijo—: pero con tricornio, metralleta y mala 1… Tú no te gastas un duro. Además, has hablado delante de mí, y puedo considerarlo como soborno de testigos.

—Como usted quiera. El otro es el encargado de la administración del cementerio de San Justo, una de las Sacramentales que están cruzando el Manzanares, un viejo gruñón y cascarrabias, enlutado y con cara de tísico. Cuando se celebre el juicio, Bergareche, le preguntará a este último si no adiviné lo que estaba suplicando en un acta al ayuntamiento: renovación del material burocrático, y sobre todo una máquina de escribir. A la distancia que me encontraba, desde la cual nadie puede leer letra tan pequeña al revés. Al tabernero, le preguntarás —como asimismo al «Cojo»— si no supe, sin haberlo probado, que el vino que me servía era de inferior calidad por no ser yo parroquiano fijo del establecimiento, y sí que lo que pensó al verme entrar no fue: «un panoli». A éste, «gato por liebre». Al «Cojo» tienes que preguntarle si no es exacto que supe que, en el momento en que le eludí, sabía, sin conocerle de nada, que tenía una pierna de madera, y que la de verdad la había perdido en la batalla del Ebro por un casco de metralla.

Así se hizo. Fueron «amablemente» convocados los testigos, que contestaron todos lo mismo: que les había asombrado el que aquel chaval flacucho supiese lo que

estaban haciendo o pensando, sin conocerle de nada. Cuando el juez de instrucción le preguntó a Facundo si tenía algo que decir, éste repuso:

—Sí, señor juez. Que está usted pensando que hoy las ciencias avanzan que es una barbaridad; que el otro día leyó en el «Reader's Digest» un artículo de divulgación científica que escribió D. G. Fleming: «La elaboración en la información en los organismos vivos». En él cita a Einstein: «Cuando afirmamos que comprendemos un conjunto de fenómenos naturales, queremos decir que hemos hallado una teoría constructiva que los explica». Y que por eso, la explicación de un fenómeno físico —en éste caso mi facultad de penetrar en las intenciones ajenas— no es nada fácil de llevar a cabo. Está ahí porque está. Ahora su cerebro maquina algo: el disgusto que le da al comisario González cada vez que absuelve a un convicto detenido por él. Y por último, su intención de absolverme e ir a tomar el almuerzo, porque está muerto de hambre, lo puedo captar de forma clara, así como la cifra que tendré que pagar por tenencia ilícita de armas: diez mil quinientas ochenta pesetas.

El juez tenía sonrisa de conejo, pero en su fuero interno le daba hasta miedo seguir pensando cosas en presencia de Facundo Miramón. Podía desviarse la mente hacia terrenos escabrosos.

—¡Se levanta la sesión! —graznó—. ¡Dentro de cinco minutos, se dará la sentencia!

Sentencia que fue la adivinada por el hombre computadora, claro. Después de abrazarle, el doctor Andía le dijo:

—Una cosa no comprenderé nunca. ¿Cómo es que saliste con esa chica, sabiendo sus intenciones?

—Porque cuando el incidente de su olvido del bolsillo, era sincera. Cuando le dije que sabía que yo le gustaba, lo era también, y lo fue durante todo el tiempo en que estuvimos saliendo juntos hasta que una tarde, por uno de esos cambios de intención que a todos nos dominan, y que no comprendemos por qué, porque caen más allá de nuestras fuerzas intelectuales, Agueda añoró la vida con su amante. Añoró los viajes, las doncellas, los vestidos, las joyas, las fiestas, las veladas de ópera, los coches deportivos, el champán… y la droga, que el humilde contable Facundo Miramón no podría concederle nunca. ¡Pobre madre! ¡Se ha quedado sin nieto! ¡La luz verde que prometía uno se convirtió, dentro de mí, en roja! Agueda había tramado ya, no sin lucha contra su conciencia, el atraco a la Mu tal Ibérica. Por eso le puse el cebo de lo de la alarma. Fue cuatro días antes cuando empezó el debate entre sus sentimientos y su ambición. Mujer al cabo, pudo más su ambición la tarde anterior a la mañana de autos.

Lanzó un suspiro, y añadió:

—Debí haber apuntado más alto. Muerta, estaría más feliz que con media pierna, y además podría visitarla de tarde en tarde para tratar de adivinar qué era, quién era y cómo era, en realidad, Agueda Ramírez Bueno.

—Tal vez sea mejor la duda —sugirió Andía.

—Tal vez, es cierto —repuso Facundo—: mientras hay duda, hay esperanza. ¿Vamos?

—Vamos.

Y salieron del Palacio de Justicia.

Publico mi primer libro en 1941. Este libro es una guía de las montañas que rodean el Valle de Aran, que conocí muy bien por haber subido casi todas sus cumbres. Desde entonces mi obra literaria ha sido muy variada.

Novelas: Alrededor de cincuenta, casi todas de humor, la mayoría publicadas en la colección «Al monigote de papel».

Teatro: «La clau»*, en catalán, de la que se dieron más de doscientas representaciones;* «Marido en zapatillas»*, en castellano, también estrenada con éxito.*

Televisión: He sido autor de muchos programas, entre ellos «Tercero izquierda», «Escuela de maridos», «Escuela de matrimonios», «Tú tranquilo», «Treinta grados a la sombra», «Tal para cual», «Hermenegildo Pérez», «Elena y los hombres» y «Una mujer en su casa».

Premios obtenidos: Premio de Teatro Ciudad de Barcelona, en 1962, con «El río crece»; Premio Nacional de Televisión, en 1963, por los programas «Tercero izquierda» y «Escuela de maridos»; Premio de novela en la tercera Olimpíada del Humor celebrada en Valencia en 1968 con la novela «Departamento 10»; anteriormente, en 1936, había obtenido el premio «Creixells» de novela en catalán con «Francis de Cer».

Eran las doce de la mañana de un día del mes de febrero. Pedro, uno de los encargados de atender a los viajeros en la consigna de la estación de Atocha, en Madrid, saboreaba lentamente su café en amistosa charla con el hombre de la barra del *snack-bar* donde tomaba café todos los días, más o menos a la misma hora. El hombre del bar le decía:

—Hoy no tienes prisa.

—Sí, igual que todos los días. Y si tardo en volver Ramón se enfada.

—Ramón ha desayunado aquí como de costumbre.

—El es soltero. Yo prefiero desayunar en casa. Bueno, ¡adiós!, hasta mañana.

Pedro llegaba a la consigna. Ramón, su compañero, le gritaba:

—¡A ver si algún día te entretienes menos! ¡Media hora!

—No tanto, no tanto.

Pedro atendía a un viajero y al ver allí un gran baúl oscuro, gritaba:

—¿Otra vez este baúl?

—Sí; lo han devuelto, con algo escrito en el papel. ¡Míralo!

El baúl tenía pegado encima un papel con un nombre y una dirección: *Eugenio Montejo - Calle Espronceda, N.º 7 - Guadalajara.* Y debajo de esto alguien había escrito: «En Guadalajara no existe la calle de Espronceda».

—¿Qué hacemos?

—Pues… ¡yo qué sé! Lo dejamos aquí arrinconado y a ver si alguien lo reclama.

Entre los dos hombres arrinconaban el baúl, que pesaba lo suyo, y continuaban atendiendo a los clientes.

* * *

Unas semanas después el baúl continuaba allí. Nadie lo había reclamado.

Un día Pedro, mientras colocaba una maleta sobre el baúl, notaba algo extraño y le decía a su compañero:

—Acércate. ¿No notas nada?

—¿Qué? ¿Dónde?

—Un extraño olor, como a podrido.

Ramón se acercaba y olía fuerte en el aire.

—Pues sí. Y. yo diría que este mal olor sale del baúl.

—Lo mejor será decírselo al jefe de estación. Yo se lo digo. Vuelvo en seguida.

Media hora después entraba en la consigna el jefe de estación. Se acercaba al baúl oscuro y notaba el mismo mal olor. Decía:

—Habrá que dar parte a la policía. Yo me ocuparé.

Y el mismo día, unas horas más tarde, un inspector de policía después de notar el mal olor, preguntaba:

—¿Lleva mucho tiempo aquí este baúl?

Pedro le contestaba:

—Lo trajeron aquí hace cosa de un par de meses. Nos dijeron que lo mandáramos a Guadalajara, a la dirección que está en este papel pegado encima del baúl. Y nos dieron dinero para pagar el transporte. Y hace dos o tres semanas nos devolvieron el baúl con esta nota escrita en el papel.

El inspector leía la nota en voz alta:

—En Guadalajara no está la calle de Espronceda.

Pedro le decía al inspector:

—Entonces se empezó a notar este mal olor que, evidentemente, sale del baúl.

El inspector notaba el mal olor y preguntaba a los dos hombres de la consigna:

—¿Sabrían abrir el baúl?

—No tenemos herramientas.

—¿Hay algún cerrajero por aquí cerca?

—No sé; lo buscaremos.

Pedro salía en busca del cerrajero, encontraba uno y regresaba con él a la consigna. El inspector daba una orden al cerrajero:

—Abra este baúl.

El cerrajero no tardaba en levantar la tapa. Y dentro del baúl había un hombre muerto, un cadáver, con el rostro ya desfigurado por la descomposición. El inspector daba una orden:

—Que nadie lo toque. El juzgado se encargará del levantamiento.

Y dada la orden preguntaba:

—¿Quién lo dejó aquí?

Pedro y Ramón le contestaban las preguntas casi los dos a la vez:

—Dos hombres de una agencia de transportes. Por lo que decían parece que lo trajeron en una camioneta.

—¿No dijeron quién lo mandaba o de dónde venían? Quiero decir dónde cargaron el baúl.

—No. Sólo nos dieron dinero para mandarlo a Guadalajara. Y de allí lo han devuelto con esto escrito en el papel.

—Bien, bien. Veremos lo que se hace.

* * *

El mismo día unas horas después, ya levantado el cadáver y transportado el baúl, ya vacío, a la comisaría, el inspector lo ponía todo en conocimiento del comisario. Y el comisario le preguntaba:

—¿Puede usted ocuparse de este caso?

—Si usted lo manda… Pero ahora tengo pocas horas libres. Tal vez el inspector Ramírez que ascendió hace poco y está menos ocupado.

—Sí, me parece bien.

El comisario llamaba al inspector Gustavo Ramírez, le enseñaba el baúl, le explicaba el caso y le encargaba que descubriera la personalidad del muerto y el nombre del asesino. Le decía:

—No es un caso fácil, y si usted consigue enterarse de todo demostrará sus buenas condiciones como policía.

—¿Puedo disponer del tiempo que sea?

—Desde luego. Sólo le ruego que todos los días me informe de lo que vaya descubriendo.

—¿Se sacó una fotografía del baúl?

—No. Pero se puede sacar. El baúl está abajo, en el sótano.

—Yo me encargaré, con su permiso.

El inspector Ramírez llamaba al fotógrafo del que la policía se servía siempre que era necesario y le hacía sacar algunas buenas fotografías del baúl. Elegía las dos mejores, las guardaba y empezaba las gestiones.

Telefoneaba al Ayuntamiento de Guadalajara y les preguntaba si vivía allí alguien llamado Eugenio Montejo. Le decían que se informarían y que volviera a telefonearles el día siguiente. Así lo hacía el inspector y de Guadalajara le decían que ningún vecino de allí estaba inscrito con el nombre de Eugenio Montejo.

* * *

El inspector Ramírez hablaba con el forense que había hecho la autopsia al cadáver. Y por el forense sabía que el muerto era un hombre de alrededor los sesenta años, delgado, alto de sólo un metro sesenta y siete centímetros, con la dentadura postiza.

El mismo día interrogaba a Pedro y a Ramón, los dos encargados de la consigna. Ellos repetían que habían traído el baúl dos hombres de una agencia de transportes.

—¿Saben el nombre de la agencia?

—No. No vimos la camioneta. Llevaban el baúl entre los dos.

—¿Los reconocerían si les vieran?

Pedro decía que a uno sí, pues era un tipo gordinflón con la barba algo crecida.

—Bien. Mañana usted me acompañará a todas las agencias de transportes.

—¿A pie? Hay muchas.

—Veré si ponen un coche a mi disposición.

Y el día siguiente el inspector Ramírez y Pedro empezaban a visitar las agencias de transportes.

Tres días después habían visitado muchas y Pedro no había reconocido a nadie. En la última agencia visitada el dueño, al saber el objeto de la visita, les decía:

—Han de venir antes de las nueve de la mañana. Más tarde no encontrarán a casi nadie aquí. Todos los hombres están en las camionetas, ocupados en el transporte.

Otra vez en la calle el inspector Ramírez le decía a Pedro:

—Mañana le recogeré en la estación antes de las ocho. ¿A qué hora empieza usted?

—A las ocho.

—Bueno, pues a las ocho. Iremos en coche, como hoy. —Mejor será que le pida permiso al jefe de estación.

—Yo mismo se lo pediré. ¿Le llevo hasta Atocha?

—No hace falta. Iré andando.

—Pues hasta mañana.

* * *

El día siguiente el inspector Ramírez y Pedro continuaban la busca en las agencias de transporte. El inspector advertía a Pedro:

—Si en alguna agencia reconoce al tipo gordinflón hágame una señal, pero no lo diga delante de él, de modo que él se entere… Es mejor que él no sepa que le hemos reconocido.

A las nueve y cuarto entraban en una agencia de la calle del Pez. Algunos hombres empezaban a cargar una camioneta. Uno de los hombres era un tipo gordinflón con la barba algo crecida. Pedro hacía una señal al inspector y con el índice, disimuladamente, señalaba aquel hombre. El director de la agencia les preguntaba:

—¿Buscan algo ustedes aquí?

Contestaba el inspector:

—Nada. Nos hemos equivocado. Nos dieron el nombre de una agencia de transportes, pero no es ésta. Usted perdone.

—Perdonado va.

—¿Puedo preguntarle cómo se llama usted?

—Cecilio Jiménez, para servirle.

El inspector señalaba al gordinflón barbudo:

—Y éste, ¿cómo se llama?

—Esteban Morillo. Pero ¿quiénes son ustedes?

El inspector enseñaba su carnet de policía.

—¿Policías? ¿Buscan a alguien de aquí?

—No, no.

—¿Pues por qué preguntan los nombres?

—Por costumbre. Los policías somos así.

Y en seguida a Pedro:

—¡Vámonos!

Y en la calle, ya un poco lejos, le preguntaba a Pedro:

—¿Está seguro de que es éste?

—Sí, sí. Eran dos y el otro no lo he visto o no lo he reconocido. A éste sí, por el tipo y por la barba. Y éste es el que habló con nosotros.

* * *

Al día siguiente Esteban Morillo recibía una citación de la policía para que se presentara dos días después, a las diez de la mañana, en la comisaría. En la citación no se decía el motivo.

Esteban se presentaba en la comisaría y allí le interrogaban el comisario Juan García y el inspector Gustavo Ramírez. Empezaba el comisario:

—No se preocupe, no es nada contra usted… Es sólo para que nos facilite alguna información. Siéntese, siéntese.

Le ofrecía tabaco:

—¿Usted fuma?

—Sí, gracias.

Encendían los dos y después de las primeras chupadas empezaba el interrogatorio:

—En el mes de febrero usted llevó en la camioneta un baúl oscuro a la estación de Atocha y allí lo dejó en consigna. ¿Lo recuerda?

—Sí. Recuerdo que en la consigna el baúl ocupaba mucho sitio y no sabíamos dónde meterlo.

—¿Recuerda usted dónde recogió el baúl?

—Sí; en la calle de Villanueva.

—¿En qué número?

—En ninguna casa; en la misma calle. Nos esperaban en la calle con el baúl. Nos llamaron por teléfono que fuéramos a recoger el baúl en la calle.

—¿Les llamó una voz de hombre o una voz de mujer?

—Una voz de mujer.

—¿En dónde de la calle Villanueva les esperaban con el baúl?

—No muy lejos de Recoletos. Vi el número siete. Sería entre el número cinco y el número siete.

—¿Quién les entregó el baúl?

—Una mujer.

—¿La reconocería si la viera?

—Puede que sí, pero no estoy seguro. Sólo nos dijo que mandáramos el baúl a Guadalajara, a una dirección que estaba en un papel pegado sobre el baúl. Y nos dio dinero para pagar el transporte.

—¿Dinero suficiente?

—Más del suficiente. Sobró dinero. La mujer nos dijo que si sobraba nos lo quedáramos como propina.

—¿Cómo era la mujer?

—De media edad. Aparentaba alrededor de los cincuenta. No mal parecida y bien vestida. Tenía el cabello de un rubio fuerte, seguramente teñido.

—¿No recuerda ningún otro dato?

—Pues, no.

—Ya está bien. Puede marcharse. Si le necesitamos le volveremos a llamar. Pero no se preocupe, que no hay nada contra usted.

* * *

El comisario y el inspector llegaban a la conclusión de que tanto el nombre de la persona como la dirección escritos en el papel pegado al baúl eran falsos. Y entre los dos organizaban la investigación.

El inspector Ramírez llamaba por teléfono al transportista Esteban Morillo para que le acompañara a realizar una inspección. El transportista comparecía, siempre de mala gana y algo asustado. Le recibía el inspector Ramírez y le decía:

—Esta mañana tenemos bastante trabajo. Mejor que telefonee a la agencia diciéndoles que no volverá hasta la tarde. Si lo prefiere, telefonearé yo.

—No, no; prefiero llamar yo.

Llamaba a la agencia y contaba la verdad a su jefe, el director.

El inspector Ramírez y el transportista llegaban a la calle de Villanueva alrededor de las diez de la mañana. Y el inspector decía:

—Ahora llamaremos a todas las puertas de la casa número cinco y después a las del número siete. Preguntaremos por la dueña de la casa y yo me presentaré como vendedor de un detergente y les dejaré una muestra. Llevo treinta muestras en la cartera. Las he pedido a una empresa donde fabrican esos detergentes. Usted, en todos los pisos, fíjese en la mujer que nos reciba, si se trata de la dueña. Y si en alguna reconoce a la mujer que estaba junto al baúl me hace una señal.

Empezaban por el último piso de la casa número cinco. Es una casa antigua con dos puertas en cada rellano. Y sólo con siete pisos. A las once y media habían llamado a todos los pisos y en todos habían visto a la señora de la casa, menos en uno en que la criada les dijo que la señora no estaba en casa, que había ido a la compra como casi todos los días. Esteban Morillo no reconoció a ninguna de las mujeres.

Se trasladaban a la casa número siete y subían en el ascensor hasta el último piso, el noveno. Había tres puertas en cada rellano. Llamaban a cada una de las tres puertas y preguntaban por la señora de la casa. Y lo mismo en las tres puertas A, B, y C del piso octavo, del séptimo, del sexto, del quinto, del cuarto y del tercero. Y allí, en la puerta B del tercer piso, el transportista Esteban Morillo, al ver a la señora de la casa hacía una señal al inspector. Y el inspector preguntaba a la señora:

—¿Me dice su nombre, por favor? Es para mandarle muestras de otros productos de la misma marca.

—Anamaría Cagigal.

—¿Son muchos en la casa?

—No. Somos dos, yo y mi hija.

—¿Otra Anamaría?

—No; mi hija se llama Natalia.

—Pues les mandaré dos muestras de cada producto. Y muchas gracias.

El inspector y el transportista se despedían. Y en la portería, antes de salir a la calle, el inspector anotaba los nombres de Anamaría y de Natalia. Era hombre precavido y siempre lo iba anotando todo para evitar olvidos. Después, en la calle, le decía al transportista:

—Por ahora no le necesitaremos más. ¿Nos tomamos un café? Invito yo.

Entraban en una cafetería y pasaban un rato hablando de cosas indiferentes.

* * *

La misma tarde el inspector esperaba en la calle de Villanueva junto a la puerta del número siete. Alrededor de las cinco veía salir de la casa a Anamaría Cagigal y se ponía junto a un árbol de espaldas a la acera para evitar que ella le reconociera. Subía después al piso tercero y llamaba a la puerta B. Una muchacha joven le abría la puerta. El inspector le preguntaba:

—¿Es usted Natalia…? No sé el apellido.

—Ayuso; Natalia Ayuso.

—¿Hija de Anamaría Cagigal?

—Sí.

El inspector se daba a conocer como policía enseñando el carnet. Y entregaba a Natalia un comunicado de la policía por el que se ordenaba a Anamaría Cagigal que no saliera de Madrid en los diez días siguientes. Natalia, extrañada, preguntaba:

—¿Y esto por qué?

—No lo sé. Sólo me han encargado que entregara este comunicado. Aunque por cosas que he oído me parece que es por algo relativo a un baúl de color oscuro. ¿No supone usted a qué baúl me refiero?

—No. Aquí no tenemos ningún baúl ni oscuro ni de otro color.

—¿Ni lo han tenido nunca?

—No, no. No hay ningún baúl en la casa.

—¿Usted, en los últimos tiempos, ha vivido siempre aquí con su madre, sin ausentarse?

—Sí, siempre. Bueno, en febrero pasé unos días en Sigüenza, en casa de una amiga mía.

—¿Por qué?

—Por nada. Me había invitado varias veces y al fin acepté la invitación.

—¿Me puede dar el nombre y la dirección de su amiga?

—Sí. Eulalia Fuentes. Vive en la calle Manzanares número doce.

—¿Cuál es el nombre de su padre, el esposo de Anamaría Cagigal?

—Mi padre no es el esposo actual de mi madre. Mi padre se llamaba Félix Ayuso y murió en Méjico hace años.

—¿Y su madre se volvió a casar?

—Sí.

—¿Me da el nombre del segundo esposo de su madre?

—Gregorio Cifuentes.

—¿Viven aquí los tres, su madre, su padrastro y usted?

—Aquí vivíamos los tres. Ahora sólo vivimos mi madre y yo.

—¿Están separados su madre y su segundo esposo?

—No. Este señor desapareció en el mes de febrero. Desde entonces no hemos vuelto a saber nada. Mi madre denunció la desaparición a la policía. Pero ¿a qué vienen tantas preguntas? ¿Es que ha ocurrido algo?

—Nada, nada. Es sólo para completar una información. Y le pido perdón por la molestia. Usted lo pase bien.

Natalia quedaba muy aturdida. Anamaría llegaba a su casa a eso de las siete y se enteraba por su hija de la visita del policía. No parecía muy preocupada. Se limitaba a decir:

—Será por algo relacionado con nuestros intereses en Méjico. No te preocupes; no puede ser nada importante.

—¿Irás a la policía a saber de qué se trata?

—Sí, tal vez mañana. Ya te lo diré.

* * *

El día siguiente Anamaría recibía otro comunicado de la policía ordenándole su comparecencia para un interrogatorio. Anamaría rompía el papel sin decirle nada a su hija. Y no comparecía.

El comisario y el inspector Ramírez la estuvieron esperando durante casi una hora. Pasado este tiempo el comisario le decía al inspector:

—Esta mujer… Su actitud es sospechosa. Vuelva usted a su casa a interrogarla allí. Y con mucho cuidado, de forma que ella no piense que podemos suponerla culpable.

—¿No sería mejor detenerla?

—Esto no es posible mientras no tengamos pruebas evidentes contra ella.

El inspector Ramírez cumplía la orden. Eran las diez de la mañana cuando llamaba a la puerta B del piso tercero de Villanueva número 7. Anamaría le abría la puerta y reconocía al hombre que días antes le había regalado muestras de unos detergentes.

—¿Otra vez usted?

—Sí; pero hoy he venido a hacerle algunas preguntas. Lo de los detergentes fue sólo para identificarla a usted.

Y le enseñaba su carnet de policía. Anamaría, en apariencia muy tranquila, le decía:

—Pase, pase y pregunte todo lo que quiera.

—¿Está su hija en casa?

—¿Cómo sabe que tengo una hija?

—El caso es que lo sé.

—Pues no está. Hoy ha ido ella a la compra. ¿Le sirvo un café?

—No, gracias. Nunca tomamos nada cuando estamos investigando.

El inspector empezaba el interrogatorio como si no estuviera enterado de las declaraciones de Natalia, como si no supiera nada de nada.

—¿Está su esposo en casa?

—Mi esposo desapareció hace cosa de un par de meses, en febrero. Acudí entonces a la policía y les pedí ayuda para encontrarlo. Les di mi nombre y mi dirección. Pero no me han dicho nada.

—Sí, ya estoy informado.

El inspector consultaba su agenda de bolsillo donde tenía algunas anotaciones.

—Su esposo se llama Gregorio Cifuentes. Es un hombre no muy alto, delgado, con la dentadura postiza.

—Sí, sí.

—¿Es el padre de su hija?

—No. Este es mi segundo marido. Antes estuve casada con otro, con el padre de Natalia.

—¿Aquí, en Madrid?

—No; en Méjico.

—¿Cómo se llamaba su primer esposo?

—Félix Ayuso.

—¿Le conoció en Méjico?

—Sí. Y tuvimos dos hijas. Natalia es la mayor. La otra, Estefanía, nacida también en Méjico, se casó allí y allí vive.

—¿Ha vivido usted mucho tiempo en Méjico?

—Unos veinte años, en dos veces. Y se me ha pegado un poco el acento mejicano. ¿No lo ha notado?

—Sí, un poco. Notaba algo, pero no sabía que fuese el acento mejicano. ¿Era mejicano su primer marido?

—No; era gallego, pero tenía negocios en Méjico y allí vivía. Queríamos regresar a España, pero él murió y regresé yo con las dos niñas.

—¿Y por qué volvió a Méjico?

—Para liquidar los negocios de mi primer marido.

—Y su segundo esposo, ¿dónde lo conoció?

—También en Méjico. Era amigo de mi primer marido y estaban asociados en algunos negocios. Gallegos los dos. Allí, en Méjico, hay muchos gallegos.

—Muy bien, muy bien. Supongo que no le importará que la visite alguna otra vez para ponerlo todo en claro. Me refiero a… Bueno, ya se lo diré. Y le aconsejo que si recibe otro comunicado de la policía para una nueva comparecencia, no deje de acudir.

—Es que con la del otro día, yo no sabía…

—Pues ahora ya lo sabe. Pero tal vez es preferible que venga yo aquí.

—Por la mañana, a partir de las doce, siempre me encontrará en casa. Antes no es tan seguro, pues muchos días salgo a comprar.

—¿Y por la tarde?

—También; da igual, pero mejor a primera hora, antes de las cinco.

—Pues hasta otro día, si es que hace falta.

* * *

El inspector Ramírez, después de consultar todas las notas que había tomado, decidía interrogar otra vez a Natalia, a solas con ella. Se ponía en acecho en la calle de Villanueva hasta que una tarde veía salir de la casa a Anamaría sin Natalia. Otras veces salían juntas las dos mujeres. Pensó que Natalia estaría en su casa, subía al piso tercero y llamaba a la puerta B. Le abría la misma Natalia y le reconocía en seguida.

—¿Otra vez usted?

—Pues sí, otra vez. ¿Está en casa su señora madre?

—No; acaba de salir.

—Quería hablar con ella, pero si no está… Aprovecharé para charlar un rato con usted. ¿Dispone de tiempo ahora?

—Sí; no pensaba salir.

—No la entretendré mucho.

Tomaban asiento en el living y el inspector, como sin darle importancia, empezaba así:

—La otra vez que hablamos usted me dijo que había pasado unos días en Sigüenza, en casa de una amiga.

—Sí, de Eulalia Fuentes.

—¿Son muy amigas?

—Congeniamos. La conocí la primera vez que estuve aquí, en Madrid.

—¿Le gusta pasar días en casa de su amiga?

—Me da igual.

—Si es así, ¿por qué fue?

—Mi madre insistía y, al fin, para no contradecirla…

Hablaban un rato de cosas indiferentes y, de pronto, el inspector preguntaba:

—¿Vivían bien su madre y su…?

—¿Mi padrastro? Al principio sí. Ahora, últimamente, discutían mucho. Y gritaban a veces. Muy desagradable para mí.

—¿Le llamaba usted padre a su padrastro?

—No. Le llamaba por su nombre: Gregorio.

—Sí, Gregorio Cifuentes. Conozco el nombre. ¿Por qué discutían tanto? ¿Es que no se avenían?

—Gregorio tenía dinero, pero a mi madre le daba muy poco. Y a mi madre le gusta vivir bien y le pedía más. Y últimamente con lo del libro…

—¿Un libro?

—Sí, mi madre ha escrito un libro. Lo escribió en Méjico. Y se lo han editado aquí, en Madrid. Pero ella ha tenido que pagar la edición. No disponía de dinero, lo pedía a Gregorio y él no quería darlo.

—¿Tiene aquí algún ejemplar del libro?

—Muchos.

—¿Puedo ver uno?

—Sí, sí.

Natalia se levantaba, salía del living y regresaba en seguida con dos libros.

—Si quiere dos…

—No, no. Me basta con uno.

El inspector leía en voz alta el título del libro:

—Horas fugaces.

Y después leía el nombre del autor:

—Gloria de Sandoval… Pero su madre no se llama así.

—No; es un seudónimo. Gregorio le puso como condición, para pagarle la edición, que no lo publicara con su nombre. Esto también lo discutieron mucho, enfadados los dos. Mi madre quería poner su nombre y Gregorio, si el libro no se publicaba con seudónimo, no lo pagaba. No quería que figurara el nombre de mi madre.

—¿Por qué?

—Porque había leído trozos del libro y todo le pareció muy malo.

—¿Es malo?

—No lo sé. Yo no lo he leído.

—¿Se está vendiendo bien?

—No; ni bien ni mal. Nadie lo compra. Y no se recuperará el dinero invertido. Esto también era motivo de discusión entre los dos. Gregorio amenazó con marcharse de casa y a mí me dijo que tendría que ponerme a trabajar.

—¿No eran buenos amigos usted y Gregorio?

—No. Me caía muy mal. Y él se daba cuenta.

—Bueno, bueno… Sí; pasan esas cosas.

El inspector miraba la hora en su reloj.

—¡Oh, falta poco para las siete! Me voy. Y perdone la molestia.

* * *

El día siguiente el inspector Ramírez, a partir de las nueve de la mañana, empezaba a visitar las tiendas en las que se venden maletas y baúles. Había anotado la dirección de todas las que constaban en la guía de teléfonos y en un anuario. Cuarenta y dos. Las tenía ordenadas por calles y así había trazado un itinerario de muchos kilómetros. Iba en una vespa que le habían facilitado en la comisaría.

A las once de la mañana, después de visitar catorce tiendas, todavía no había encontrado lo que buscaba. Por fin, en una tienda de la calle de Lagasca, el encargado, al ver la fotografía del baúl, le decía:

—Sí, aquí teníamos un baúl como éste. Se vendió hace unos meses. No recuerdo la fecha exacta.

—¿En febrero, tal vez?

—Sí, en enero o febrero.

—¿Puede decirme la fecha exacta?

—Si no tiene prisa…

—No, no. Es para una investigación.

El inspector enseñaba su carnet de policía y el encargado de la tienda llamaba a las dos muchachas encargadas de la venta y les preguntaba:

—¿Alguna de ustedes recuerda cuándo se vendió un baúl oscuro que teníamos aquí?

Una de ellas contestaba:

—Sí; yo lo vendí.

—¿Recuerda a quién lo vendió?

—Sí; a una mujer.

—¿La conocería si la viera?

—Tal vez, pero no estoy segura. Después de tanto tiempo y con tantos clientes…

El encargado de la tienda buscaba en el talonario de ventas del mes de enero y no encontraba nada. Después en el del mes de febrero y, de pronto, exclamaba:

—¡Aquí está! Se vendió el día dos de febrero.

—¿Tiene anotado a dónde lo mandaron?

—Sí; a la calle de Villanueva, número siete.

Y el inspector añadía:

—Piso tercero, puerta B.

Y rogaba a la muchacha que había vendido el baúl que fuera ella sola, con cualquier excusa, a la dirección anotada, que preguntara por la señora de la casa y que la identificara. Le decía:

—Preséntese con cualquier motivo. Puede decir que ha sabido que buscan criada, que usted ha servido en otras casas y que si llegan a un acuerdo… Yo la acompañaré y la esperaré en la calle.

La muchacha preguntaba al encargado de la tienda:

—¿Puedo ir?

—Sí, sí.

Y el inspector, en seguida:

—Yo la llevo en la vespa. Dentro de una hora estamos otra vez aquí.

* * *

La muchacha obedecía; el inspector la dejaba frente a la puerta número siete y le decía:

—Yo la espero con la vespa en aquella esquina.

No tenía que esperar mucho rato. La muchacha regresaba y le decía que, en efecto, la señora del piso tercero, puerta B, era la que había comprado el baúl.

El inspector Ramírez llamaba por teléfono, desde la comisaría, a Anamaría y le preguntaba cuándo podría visitarla para hacerle algunas preguntas. Sostenían, por teléfono, este diálogo.

—Cuando usted quiera, siempre que yo lo sepa, para estar en casa.

—¿Le va bien ahora?

—A mí, sí.

—¿Aunque mi visita se alargue?

—¿Mucho tiempo?

—No lo sé. Tal vez una hora o dos.

—Si es así, mejor esta tarde, después de comer.

—De acuerdo; a las tres y media estaré en su casa.

* * *

Después de comer Anamaría decía a su hija:

—Esta tarde tengo una visita que puede durar mucho rato. Prefiero que tú no estés presente. Después te lo contaré todo. ¿No tienes nada que hacer en seguida después de comer?

—No; hoy después de comer no. A las cuatro sí o a las cuatro y media. Me he de comprar unos zapatos. ¿A qué hora abren las tiendas?

—A las cuatro y media.

—Miraré algunos escaparates y si veo unos zapatos que me gusten entraré a comprarlos.

—He visto zapatos muy bonitos en una zapatería de la Glorieta de Bilbao.

—Queda un poco lejos. En toda la calle de Fuencarral hay muchas zapaterías.

—No tengas prisa. Yo no saldré de casa.

* * *

A las tres en punto sonaba el timbre de la puerta. Anamaría y Natalia estaban todavía sentadas a la mesa. Anamaría se levantaba antes que su hija y decía:

—Abriré yo.

El recibidor queda bastante separado del comedor. Anamaría abría un poco la puerta, sólo un poco. Eran el comisario Juan García y el inspector Gustavo Ramírez. Anamaría, sin acabar de abrir, les decía:

—No puedo atenderles antes de las cuatro y media. Ahora, imposible. Vuelvan dentro de una hora y media.

—Verá usted, señora, es que…

Anamaría, sin esperar más, repetía:

—A las cuatro y media.

Y cerraba la puerta. En el comedor, Natalia preguntaba a su madre:

—¿Quién era?

—Nadie. Uno que se equivocaba.

* * *

La misma tarde a las cuatro y media el comisario y el inspector volvían a llamar a la puerta B del piso tercero. Les abría Anamaría que ya estaba sola en la casa. Hacía pasar a los dos policías al living-comedor y les ofrecía asiento.

—Ustedes dirán.

Empezaba el comisario con una pregunta:

—¿Tiene usted pasaporte?

—Sí.

—¿Me lo deja ver?

Anamaría buscaba el pasaporte, lo entregaba al comisario y éste lo abría y pasaba las hojas una a una. En la hoja tercera estaba el visado para Méjico. El comisario preguntaba:

—¿Pensaba usted ir a Méjico?

—Sí; he estado otras veces. Allí tengo amigos.

—¿Cuándo pensaba ir? ¿Pronto?

—No sé; no tengo todavía el pasaje. La semana próxima tal vez.

—¿Ha estado usted otras veces en Méjico?

—Sí; dos veces. La primera durante quince años. La segunda menos tiempo, nueve o diez años.

El comisario se guardaba el pasaporte en el bolsillo. Anamaría se lo reclamaba:

—¿No me lo devuelve?

—Por ahora, no.

—¿Por qué? ¿Y si lo necesito?

—No lo necesitará. Mientras no pongamos todo esto en claro mejor que no salga usted de Madrid. ¿Por qué fue usted a Méjico la primera vez?

—Es una larga historia.

—No tenemos ninguna prisa. Cuente, cuente.

* * *

Anamaría, sin perder la calma, contaba el motivo de su primer viaje a Méjico. Decía que su padre ganaba dinero, que ella es hija única y que en su casa vivían bien, que no les faltaba nada. Pero su padre murió, no tenía dinero ahorrado, y ella tuvo que ponerse a trabajar para mantener a su madre y mantenerse ella. Que gracias a una buena recomendación entró de azafata en Galerías Preciados. Que su trabajo allí consistía en orientar a los clientes y, si hacía falta, acompañarles a la sección donde se vendía lo que buscaban. Que le dieron aquel trabajo porque ella entonces tenía buena presencia y sabía tratar a la gente. Que su madre murió dos años después y que ella se encontró muy sola. Que tenía una prima casada en Méjico, que su prima se entero de que había quedado sola, y le escribió diciéndole que la invitaba a pasar una larga temporada en Méjico con ella, que allí no le faltaría nada, que lo pasaría bien. Y que si no disponía de dinero para el pasaje, ella se lo mandaría.

El comisario le preguntaba:

—¿Cómo se llama su prima de Méjico?

—Juana Mercadal.

—¿Y el nombre del marido?

—Mercadal es el apellido del marido. Ella se llama Cagigal, como yo. Somos primas hermanas.

—¿Y usted se fue a Méjico?

—Sí; en avión. Y llegué allí casi sin dinero.

—¿Y allí se casó?

—Sí; dos veces. Allí conocí a mi primer marido, Félix Ayuso, que era amigo del marido de mi prima Juana.

—Cuéntenos todo lo que recuerde de su primer matrimonio. Con calma, pues no tenemos prisa.

Anamaría contaba que Félix Ayuso era gallego y vivía en Méjico, donde tenía negocios de compraventa de terrenos. Que ella tenía entonces veinticinco años y Félix Ayuso cuarenta y cinco, veinte más que ella. Que Félix tenía un socio, también gallego: Gregorio Cifuentes. Que vivían bien porque Félix Ayuso ganaba bastante dinero y la complacía en todo. El comisario le preguntaba:

—¿Estaba usted enamorada de su primer marido?

—Muy enamorada, no. Y si me casé con él fue para no continuar siendo una carga para mis primos.

—Su primer marido, ¿es el padre de su hija?

—Sí; de mis dos hijas. Tuvimos dos. La mayor, Natalia, es la que ustedes conocen. La otra, Estefanía, se casó en Méjico todavía muy joven, a los diecisiete

años.

—¿En todo este tiempo no regresó a España?

—Sí, una vez. Mi esposo quería liquidar sus negocios y regresar a España definitivamente. Vinimos a España hace unos doce años y estuvimos unos meses en Galicia. Después regresamos a Méjico. Y allí, dos años después, murió mi marido y tuve que liquidar su negocio para regresar a España con algún dinero. En todo esto me ayudó el socio de mi marido, también gallego, Gregorio Cifuentes.

—¿Su esposo actual?

—Sí.

—¿Cómo fue que se casó con él?

—Nos veíamos todos los días, él era soltero, yo viuda y necesitaba que alguien me ayudara económicamente para el bien de mis hijas. Estefanía, la más joven, ya tenía novio. Natalia, la mayor, se puso en relaciones con un empleado de Gregorio, un tal Enrique… No recuerdo el apellido.

—¿Y no se casaron?

—No; mi hija Natalia es soltera.

Después de un silencio bastante largo Anamaría, sin que le preguntaran, decía:

—Desde entonces estuvo siempre algo indispuesta con mi esposo, con Gregorio. No le perdonó que se hubiese opuesto a sus relaciones sentimentales con aquel hombre.

—¿Y regresaron todos a España?

—Sí. Y nos instalamos en este piso de la calle de Villanueva, número 7.

—¿Era feliz usted con su segundo esposo?

—Al principio sí. Nos aveníamos. Después no tanto y en algunas cosas no estábamos de acuerdo.

—¿Recuerda el motivo de sus discusiones?

—Al principio por dos motivos. Pero después fue peor.

—¿Cuáles eran esos dos motivos?

—Uno de ellos el dinero. Mi esposo era rico, pero me daba muy poco dinero. Yo había escrito un libro.

—Sí, nos lo dijo su hija. Aquí tengo anotado el título y el seudónimo que usted usó.

Anamaría, en voz baja, como no muy orgullosa de su libro, decía:

—Horas fugaces. Y el seudónimo Gloria de Sandoval. Tuvimos que pagar la edición y mi esposo se negaba a pagar. Al fin accedió. Del libro se vendieron muy pocos ejemplares y Gregorio me decía que pagar la edición había sido tirar el dinero.

—¿Y el otro motivo?

—La comida. Gregorio es gallego y prefiere los guisos gallegos. Yo estaba cansada de tanto pote y tanta caldeirada. ¿Han comido pote y caldeirada alguna vez?

El comisario y el inspector decía a la vez que no. Y Anamaría, aprisa:

—El pote es una mezcla de berzas, judías, patatas, carne, jamón, morcilla, chorizo y pan tostado, y la caldeirada es un guiso de pescado con rape, merluza, mero y algo de bacalao, aromatizado con laurel y perejil; es parecido a una bullabesa en la que también se mezcla pan tostado. ¡Y dos días a la semana pote y otros dos días caldeirada! Tanto llegamos a discutir y a enfadamos que Gregorio se marchó de casa y se fue a vivir a un hotel, nada menos que al Palace, que no es barato. Le gustaba pasar el rato en el bar y encontrarse allí con amigos.

—¿Cómo supo usted que estaba en el Palace?

—Acudí a la policía y les conté el caso. Les di el nombre de mi marido, de Gregorio Cifuentes, y lo localizaron. Fui a verle, le amenacé con organizar un escándalo si no regresaba a casa y el día siguiente regresó. Y entonces ocurrió lo peor. Le cepillaba un traje y en un bolsillo de la americana encontré una carta de otra mujer, de una tal Teresa. ¡Y qué carta! Bueno, que mi esposo tenía una amiga.

—¿Teresa qué? ¿Sabe el apellido?

—No; ni el apellido ni la dirección. Pero sé el teléfono. Encontré el número en la agenda de Gregorio.

—¿Lo recuerda?

—Lo tengo anotado.

Anamaría se levantaba, buscaba su billetero y en el billetero el número del teléfono. El inspector tomaba nota del número. Anamaría, ya sin hacerse rogar, decía:

—Y todavía no lo saben todo…

—Diga, diga.

—Gregorio había hecho testamento a favor de mi hija Natalia nombrándola heredera de todo. Y a mí ni me mencionaba.

—¿Tenía mucho dinero su esposo?

—Tenía terrenos en Méjico que, incluso mal vendidos, eran algunos millones de pesetas, no sé cuántos, pero bastantes.

—¿Cómo supo usted lo del testamento?

—Gregorio me lo dijo y no sólo me lo dijo sino que me leyó algunas cláusulas. Pero yo no dejé de insistir hasta que conseguí que hiciera otro testamento en el que nos nombraba heredas a mi hija y a mí en partes iguales, mitad y mitad.

—¿Ha visto usted este testamento?

—Tengo la copia. ¿La quieren ver?

—No hace falta.

Y el comisario, con mucha calma, añadía:

—Y usted, para disponer del dinero, mató a su esposo y…

Anamaría le interrumpía con un grito:

—¡No! Yo no le maté. Le encontré muerto aquí, en el suelo.

—Pero usted había comprado un baúl para esconder el cadáver.

—No para esto. Compré el baúl porque mi propósito era regresar a Méjico, llevármelo todo y no volver más a España.

—Pero usted, en vez de llamar a la policía, metió el cadáver en el baúl y telefoneó a los transportistas para que lo llevaran a la estación. ¿Por qué hizo todo esto?

—Para que no pensaran… Bueno, para despistar. Temí que si llamaba a la policía pensarían que lo había matado yo y me vería metida en un lío con la policía. Y esto es lo que quise evitar.

El comisario miraba la hora y decía:

—Falta poco para las siete. Volveremos mañana. ¿A qué hora le va bien?

—Por la tarde, como hoy, a partir de las cuatro y media. Y pueden preguntarme todo lo que quieran que de todo les diré la verdad, o lo que yo sé, sin ocultarles nada.

* * *

En la calle el inspector preguntaba al comisario:

—¿Qué le ha parecido?

—He observado su rostro mientras ella hablaba y por mi experiencia yo diría que esta mujer no miente.

—¿Cree usted que ella no mató a su marido?

—Creo que nos ha dicho la verdad.

—Pues, ¿quién le mató?

—Esto es lo que hemos de averiguar. Esta noche le daré vueltas al asunto y tal vez… A mí todas las posibilidades se me ocurren de noche, si me despierto. Si duermo toda la noche de un tirón, no.

* * *

La misma noche, a la hora de cenar, el comisario llamaba al número de teléfono de aquella Teresa cuya carta había encontrado Anamaría en un bolsillo de Gregorio. Le contestaba una voz de mujer. Y el comisario:

—¿Hablo con…? no recuerdo el apellido. El nombre sí: Teresa.

—Timonel; Teresa Timonel.

—Es para mandarle una cosa. ¿Me da su dirección?

—Para mandarme, ¿qué?

—Es una sorpresa. Ya lo verá.

—Es en Bravo Murillo, 27, quinto A.

—Muchas gracias.

—De nada, de nada.

El día siguiente por la mañana el comisario le decía al inspector:

—Ya sé el apellido y la dirección de la autora de la carta que estaba en el bolsillo de este Gregorio Cifuentes. Vive en Bravo Murillo, 27, quinto A. Acérquese esta mañana y pregunte en la portería.

—¿Voy ahora?

—Sí, sí. Le espero aquí.

* * *

Una hora después el inspector Ramírez daba este informe al comisario: que la llamada Teresa Timonel era una animadora que trabajaba en una sala de fiestas, joven, bonita y bastante habladora. Que su nombre auténtico era Teresa García, pero ella se anunciaba en los carteles como Teresa Timonel. Que todos los días se levantaba muy tarde. Que pocas veces cenaba en casa. Que la mejor hora para encontrarla era de una del mediodía a seis de la tarde. Y preguntaba:

—¿Vamos hoy a interrogarla?

—Mejor mañana. Antes quiero tener otra conversación con la otra, con la esposa del muerto. Iremos esta tarde a las cuatro y media.

* * *

Anamaría ya les esperaba, ella sola en la casa. Había rogado a Natalia que la dejara sola. Los dos policías le repetían muchas preguntas y ella las contestaba todas igual que la tarde anterior. Era un interrogatorio lento y más bien aburrido. Y, de pronto. Anamaría decía:

—En el baúl mi esposo estaba vestido. Un traje gris, casi nuevo. No me han dicho nada de este traje. ¿Dónde está?

—Lo tenemos en depósito en la comisaría.

—¿Lo han registrado?

Los dos policías se miraban. Contestaba el comisario.

—Pues, no, ¿para qué?

—Sólo para recuperar la cartera. Llevaba documentos y acostumbraba a llevar bastante dinero.

—Pronto lo sabremos. ¿Dónde está el teléfono?

—En mi habitación.

Anamaría le acompañaba hasta la puerta de la habitación. El comisario hacía una llamada no muy larga, regresaba al living y decía:

—Dentro de un rato traerán el vestido. Tal como estaba. No se ha tocado nada.

Pasaba el rato, llamaban a la puerta y era un policía con el traje gris. El comisario registraba los bolsillos y encontraba una cajetilla, un encendedor, un pañuelo, una agenda con direcciones y teléfonos y un reloj de pulsera. Nada más. Anamaría decía:

—El reloj no lo llevaba en el bolsillo.

—No, claro que no. Al levantar el cadáver lo metieron en un bolsillo.

—¿Y la cartera?

—No se encontró ninguna cartera.

—La llevaba siempre, y con bastante dinero. Seguro que se la quitaron, por el dinero.

—¿Quién? ¿Llevaba la cartera cuando usted lo encontró aquí muerto?

—No lo sé. Estaba aturdida y no lo miré.

El comisario tomaba unas notas, como tenía por costumbre. Después preguntaba:

—¿Cómo se las arregló usted para bajar el baúl a la calle con el muerto dentro?

—Me ayudaron los porteros. Son un matrimonio y estoy en buena relación con ellos. Les dije que tenía que mandar el baúl a Guadalajara, tal como estaba escrito en el papel.

—¿No le preguntaron lo que había en el baúl?

—Sin que me lo preguntaran les dije que estaba lleno de libros. Que los libros eran de una amiga mía que vivía en Guadalajara y se los devolvía. Que una camioneta recogería el baúl para llevarlo a la estación. Y no lo pusieron en duda.

—Usted con el baúl esperaba en la calle entre el número siete y el número cinco. ¿No les extrañó a los porteros que no esperara la camioneta delante de la puerta de esta casa, del número siete?

—Les dije que me ayudaran a llevarlo hasta allí porque allí había un sitio libre entre dos coches aparcados, y que sería más cómodo para cargarlo en la camioneta. Frente a mi casa habría sido más difícil.

El comisario tomaba más notas, hacía algunas preguntas sin importancia y se despedía. Ya en la puerta decía:

—Si hemos de venir otra vez la llamaré antes por teléfono. ¿Me da el número?

Anamaría le daba el número. El comiseario y el inspector lo anotaban y se despedían.

* * *

En la comisaría el inspector y el comisario leían detenidamente el dictamen del forense. En el dictamen se decía que el cadáver era de un hombre que había muerto asfixiado o estrangulado y que por haber muerto así los pulmones estaban todavía algo hinchados. El comisario decía:

—Cada vez estoy más desorientado.

—¿Sigue usted pensando que la esposa del muerto es inocente?

—Ya no sé qué pensar. Llamaré por teléfono a esta Teresa Timonel, y tal vez…

—¿Tiene el número de teléfono?

—Sí. Aunque me temo que a esta hora todavía esté durmiendo.

El comisario marcaba el número. Tardaban mucho en contestar. Al fin una voz soñolienta murmuraba:

—Diga…

—¿Es usted Teresa Timonel?

—Sí. ¿Qué desea usted?

—Entrevistarla. ¿Cuándo puede recibirme?

—Cuando usted quiera. Estaré en casa hasta las seis de la tarde.

—Dentro de media hora.

—Mejor de una hora. Todavía estoy en la cama y me he de bañar y vestir.

—Pues dentro de una hora.

—Muy bien; le espero.

El comisario le decía al inspector:

—Hemos quedado para dentro de una hora. No sé si es mejor que vayamos los dos o que vaya yo solo, o usted solo.

—Quizá mejor uno solo.

—¿Usted o yo?

—Lo que usted decida.

—Iré yo. Me gustará conocer a esta mujer. Usted quédese aquí y si le necesito le llamaré por teléfono. De todos modos tomaré nota de todo lo que esta mujer me diga y le pasaré la nota.

* * *

El comisario llegaba al número 25 de Bravo Murillo a la una y media. Subía hasta el piso quinto y llamaba a la puerta A. Pasaba mucho rato sin que nadie abriera la puerta. El comisario llamaba otra vez. Y otra. Al fin oía ruido de pasos. La puerta se abría y el comisario se encontraba ante una mujer joven, de muy buena apariencia, vestida sólo con un salto de cama. La mujer le preguntaba:

—¿Qué desea usted?

—La he llamado antes por teléfono.

—Ah, sí. Pase, pase.

Tomaban asiento en una pequeña habitación de estar cuyas paredes estaban llenas de fotografías. El comisario preguntaba:

—¿Conoce usted a un tal Gregorio Cifuentes?

—¿Ha venido para preguntarme esto? ¿Es usted periodista?

—No. Soy… No se alarme; soy policía.

Y el comisario enseñaba su carnet.

—Pues yo trabajo de animadora en una sala de fiestas.

—Lo sé, lo sé. Le he preguntado si conoce usted a un tal Gregorio Cifuentes.

—Sí; le conocí en la sala de fiestas hace ya bastante tiempo.

—¿Son muy amigos?

—Es uno de tantos. Allí van muchos hombres y les conozco a casi todos. Pero no soy amiga de ninguno. ¿Le ha pasado algo?

—No, no. Es decir, sí. Ha muerto.

—¿Cuándo?

—Hace ya un par de meses.

—Ahora me explico…

—¿Qué?

—Que hace bastante tiempo que no le veo. Claro, si h; muerto. ¿De qué?

—Le han asesinado.
—¿Quién?
—Es lo que tratamos de averiguar. Y tal vez usted podría darnos alguna pista. Usted le escribió una carta.
—Sí, a un hotel. Vivía en un hotel. Me había hablado de Méjico y le preguntaba si conocía a alguien que me recomendara para trabajar allí. Nunca he salido de España y una compañera mía que estuvo en Méjico me decía que allí se puede ganar mucho dinero.
Conversaban durante casi un par de horas y el comisario no sacaba nada en claro. Teresa decía no saber casi nada de Gregorio Cifuentes. Hablaba de él como de uno de tantos hombres que había conocido en la sala de fiestas. Al fin el comisario se despedía. Y preguntaba:
—Si necesito verla otra vez, ¿le va bien esta hora?
—Mejor a las tres de la tarde. O a las cuatro. Me levanto entre una y dos.
—Tal vez la visite el inspector Ramírez. En todo caso vendrá de mi parte.

* * *

El mismo día en la comisaría, a última hora de la tarde, el comisario decía al inspector:
—No he obtenido ningún-dato de interés. Esta Teresa Timonel o Teresa García no parece saber gran cosa del hombre del baúl. De todos modos…
—Puedo interrogarla yo y tal vez…
—Sí; de cuatro a seis de la tarde es la hora en que ella está más visible. Se levanta entre una y dos y sobre las seis ya se va a la sala de fiestas.
—¿Recibe visitas en su casa?
—No lo sé.
—Lo averiguaré.

* * *

El día siguiente a las cuatro de la tarde el inspector Ramírez llamaba a la puerta A del piso quinto de Bravo Murillo número 25. Le abría Teresa Timonel vestida con una bata de estar por casa. El inspector la saludaba y le decía:
—Soy inspector de policía y quisiera hacerle algunas preguntas.
—¿Otra vez? Ayer estuvo aquí uno de la policía.
—Sí, el comisario, mi jefe.
—¿Y qué desea usted saber? Todo lo que sé de este señor que murió se lo dije ayer al comisario éste que estuvo aquí.
—No importa. Puede repetírmelas a mí.
—Sólo tengo tiempo hasta las seis.
—Es suficiente. ¿Puedo pasar?

—Sí, sí.

Entraban en el pequeño living y el inspector hacía algunas preguntas indiferentes sólo para inspirar confianza a Teresa Timonel. Y mientras preguntaba observaba detenidamente todo lo que había en la habitación. Sobre una mesita auxiliar veía un llavero con tres llaves: una llave pequeñita y otra algo mayor, planas las dos, y otra bastante más grande con la tija, o sea el tramo largo, cilindrica. Y acostumbrado a sacar conclusiones pensaba que la más pequeña era la del buzón de la correspondencia, la otra algo mayor la de la puerta del piso y la más larga la de la puerta de la calle.

El inspector alargaba la conversación y a casi todo lo que preguntaba Teresa Timonel le contestaba igual:

—Esto ya se lo dije ayer al comisario.

El inspector se despedía alrededor de las cinco. Teresa Timonel le acompañaba hasta la puerta. Y allí, puestas en la cerradura, el inspector veía otras tres llaves en un llavero, una pequeñita y dos algo mayores, casi iguales. Preguntaba:

—¿Son las llaves de aquí?

—Sí: la del buzón, la de esta puerta y la de la puerta de la calle.

—¿Y las otras llaves, las que tiene usted en el living sobre una mesita?

—¿Hay otras llaves?

—Sí. ¿No le pertenecen?

El inspector retrocedía hasta el living y señalaba las llaves.

—Estas. ¿De dónde son?

Teresa Timonel tardaba en contestar. Y al fin decía:

—Pues, no sé. Alguien se las dejaría aquí.

—¿No son suyas?

—No.

—¿Me las puedo llevar?

—Y si quien se las dejó aquí me las reclama, ¿qué?

—Se las devolveré mañana.

—¿Para qué las quiere?

—Para… Bueno, para nada. La verdad es que no lo sé. Seguro que mañana se las devuelvo.

El inspector se despedía y en la vespa, en poco rato, llegaba a la calle de Villanueva y llamaba a la puerta B del piso tercero del número siete. La abría Anamaría Cagigal. El inspector, después de enseñarle las llaves, le preguntaba:

—¿Conoce estas llaves?

Anamaría las comparaba con las que estaban en la cerradura de su puerta.

—Sí; son las de aquí. Y no son las mías ni las de mi hija. Sólo pueden ser las de Gregorio, mi esposo. El las llevaba siempre encima. ¿Dónde las encontró?

—En casa de esta Teresa Timonel, de la que encontró usted una carta en un bolsillo de su esposo.

—No creo que él se las diera. Ella se las quitó tal vez. Esas mujeres…

—¿Qué sabe usted de esta Teresa Timonel?

—Nada. Sólo que escribió aquella carta a Gregorio y que por lo visto, tiene las llaves de mi casa. ¿Me las quedo?

—Todavía no. Me pueden servir como prueba de que… Usted no las necesita, ¿verdad?

—No; yo tengo las mías y mi hija las suyas.

—Pues hasta otro día, tal vez mañana o pasado. No lo sé. Y disculpe tanta molestia.

* * *

La misma noche el inspector iba a la sala de fiestas donde Teresa trabajaba como animadora. Se quedaba en la barray desde allí observaba a los que ocupaban las mesas. Preguntaba al barman:

—¿Cuál de las mujeres de aquí es Teresa Timonel?

El barman se la señalaba:

—Aquella morenita sentada allí con un hombre.

—Y el hombre, ¿quién es?

—Un tipo raro que suele estar con ella.

—¿Sabe como se llama este hombre?

—Aquí le llaman el Trampas. Pero esto es un apodo. El nombre verdadero no lo sé.

El inspector, sin darse a conoce como policía, tomaba un whisky y se quedaba allí, en la barra, hasta que el Trampas se levantaba y salía a la calle. El inspector salía tras él y le seguía. El Trampas entraba en un bar y se sentaba en un rincón. El inspector se sentaba en otra mesa y pedía una bebida. El Trampas, pasado un rato, se levantaba y salía a la calle. El inspector salía tras él y le seguía. El Trampas abría con llave propia la puerta de la casa número 15 de la calle de Echegaray, entraba y cerraba la puerta.

* * *

El día siguiente, sobre las diez de la mañana, el inspector, en la acera de los números pares de la calle de Echegaray, observaba a los hombres que salían del número 15. A eso de las once salía el Trampas. El inspector esperaba unos minutos, entraba en la portería y preguntaba a la portera:

—¿Vive aquí un hombre alto y más bien corpulento a quien algunos llaman el Trampas?

—Sí; en el tercero A.

—¿Sabe cómo se llama este hombre?

—Sí: Tomás Cerro.

—¿Vive solo aquí?

—No; con dos amigos. Los tres solos. El inquilino es otro, pero este Trampas recibe cartas aquí y por las cartas sé que se llama Tomás Cerro.

—¿Sabe a qué se dedica este Tomás Cerro? Su profesión.

—No lo sé. A veces viene aquí con una mujer. Una inquilina me dijo que este hombre vive de las mujeres, que les saca el dinero. Y no me extrañaría, pues ha venido con algunas, aunque desde hace bastante tiempo viene siempre con la misma.

—¿La conocería si la viera?

—Sólo la he visto de espaldas cuando salen los dos a media tarde. Es una mujer delgada, no muy alta.

—Bueno, gracias. No hace falta que le diga nada a este señor. Soy de una agencia de informes y he de hablar con él. ¿Está en el piso, ahora?

—No le he visto salir. Es en el cuarto A.

El inspector subía al piso cuarto y llamaba a la puerta A. Le abría el mismo Tomás Cerro, el Trampas. El inspector no se daba a conocer como policía. Decía lo mismo que a la portera: que era de una agencia de informes. Esto al Trampas le hacía mucha gracia, pero daba su nombre y como profesión decía que era representante de actores y actrices de teatro y de cine.

Mientras hablaban, siempre de cosas que nada tenían que ver ni con Teresa Timonel ni con el muerto encontrado en un baúl, el inspector con una muy bien disimulada micromáquina de fotografía sacaba la foto del Trampas. Y se despedía sin que el Trampas sospechara que el visitante era de la policía.

* * *

En la comisaría el inspector entregaba las fotos al comisario después de contarle su entrevista con el Trampas. Reveladas las fotos el comisario las comparaba con las del archivo de la policía. Encontraba una muy parecida y llamaba al inspector. Le enseñaba las dos fotos y le decía:

—Este hombre está fichado.

—¿Como qué? ¿Como ladrón?

—Como proxeneta. Es argentino y su nombre en la ficha es Femando Ramos. Ha estado tres veces detenido. Interrogaremos otra vez a Teresa Timonel y también a este Trampas se llame como se llame. Iremos los dos, primero a interrogarla a ella y en seguida después a él, antes de que se hayan podido hablar. A ver si dicen lo mismo o se contradicen.

* * *

Y así lo hacían. A las once de la mañana llamaban a la puerta A del número 25 de la calle de Bravo Murillo. Tardaban mucho en abrir la puerta. Los dos policías

llamaban varias veces. Al fin la puerta se abría y Teresa, medio dormida, les preguntaba:

—¿Qué quieren ustedes? ¡Y a esta hora! Estoy dormida. Me acosté a las cuatro o a las cinco.

—Hacerle algunas preguntas. Nada más.

—¿Otra vez? ¿No pueden venir más tarde?

—Tal vez volvamos.

Y allí mismo, en el recibidor, sin entrar en el pequeño living, el comisario preguntaba:

—¿A qué hora empieza usted en la Espiga de Oro?

—A las siete. Pero a las seis ya estoy allí. No trabajo con el vestido de ir por la calle. Me he de cambiar, peinarme bien.

Y el inspector, de sopetón, lanzaba una pregunta:

—¿Conoce usted a un tal Tomás Cerro?

—¿Tomás? ¿Cerro? Que ahora recuerde, no.

—Bueno, se le conoce por un apodo: el Trampas.

—¡Ah, sí! Es uno que veo a veces en la Espiga.

—¿Cuándo le ha visto la última vez?

—Hace quince días o tres semanas. No lo recuerdo bien.

—Eso es todo. Puede acostarse otra vez y dormir hasta las cuatro.

Los dos policías se despedían y en poco rato, en la vespa, llegaban a la calle de Echegaray. Entraban en la casa número 15, subían al piso cuarto y llamaban a la puerta A. Les abría un hombre joven. El comisario le preguntaba:

—¿Vive aquí un tal Tomás Cerro conocido por el Trampas?

—Sí. Pero está acostado. No se levanta hasta las dos o las tres.

—Llámelo. Hemos de hacerle algunas preguntas. Somos de la policía. Y al decir esto se identificaban. Un buen rato después el Trampas les recibía de mal humor allí mismo, junto a la puerta. Los policías le preguntaban si conocía a una Teresa Timonel que trabajaba de animadora en la Espiga de Oro. El Trampas les decía que por el nombre no. Decía:

—Voy alguna vez a la Espiga de Oro, pero a las chicas no les pregunto cómo se llaman.

El inspector le daba más datos:

—Es una muchacha morena, delgada, no muy alta.

—Hay tantas.

—¿Lleva alguna a su casa alguna vez?

—¿A mi casa? ¿Aquí? No.

—Ella nos ha dicho que sí.

—Quizá… En todo caso debe hacer mucho tiempo.

—Ella nos ha dicho que estuvo aquí con usted, en esta casa, hace dos o tres semanas.

—Todas esas mujeres mienten cuando hablan de sus conquistas. Les gusta presumir, de su amistad con hombres. Son así.

—Bien, bien. No se ausente usted de Madrid. Es posible que tengamos que interrogarle alguna otra vez.

Los dos policías, ya en la calle, entraban en una cafetería y cambiaban impresiones. El comisario era del parecer de citarles a los dos, al Trampas y a Teresa Timonel, dos días después en la comisaría. El inspector preguntaba:

—¿Para un careo?

—Primero les interrogaremos por separado y, según lo que digan, tal vez les enfrentaremos.

* * *

Dos días después, en la comisaría, los dos policías interrogaban primero a Teresa Timonel, cuyo nombre auténtico era Teresa García. Después interrogaban a Tomás Cerro, el Trampas, cuyo nombre auténtico era Fernando Ramos.

Teresa decía que había estado con el Trampas en su casa unos días antes. No decía dos o tres semanas antes, sino unos días. El Trampas insistía en que no había llevado a su casa a ninguna muchacha de la Espiga de Oro desde hacía mucho tiempo.

Los enfrentaban en un careo. El Trampas fingía no conocer a Teresa Timonel. Ella le saludaba tímidamente, con la cabeza, sin decirle nada. El comisario les preguntaba a los dos a la vez:

—¿Se conocen?

Teresa decía, también tímidamente, que sí. El Trampas decía que no. El comisario decía a Teresa que ya podía irse. Ella se iba y antes de salir de la comisaría otro policía, ya advertido, la hacía esperar en otra habitación.

El comisario hacía al Trampas algunas preguntas sin importancia como para inspirarle confianza y, de pronto, le miraba fijamente y le preguntaba:

—¿Por qué mató usted a Gregorio Cifuentes?

—¿Yo? ¿A quién? No sé de quién me habla. Yo no he matado a nadie.

—Mejor para usted. Pase aquí. Le llamaré dentro de un rato.

Hacían entrar a Teresa Timonel. El comisario le rogaba que se sentara y sin preguntarle nada le decía:

—El Trampas lo ha confesado todo.

—¿De veras?

—Sí. Sólo falta que usted nos explique algunos detalles.

—Yo no sé nada.

—Si no sabe nada, ¿por qué ha preguntado de veras?

—Me ha salido así. Pero yo no sé nada.

—Bueno, bueno; no se preocupe. Aguarde aquí por si la necesito otra vez. Y le indicaba una puerta, la hacía pasar a otra habitación y cerraba la puerta. Después el inspector hacía entrar al Trampas. El comisario le invitaba a fumar y después de las primeras bocanadas de humo le decía:

—Esta mujer, Teresa Timonel, lo ha confesado todo. De manera que… El Trampas gritaba:

—¡Miente!

—¿Cómo sabe que ha mentido?

—¿Qué ha dicho de mí?

—Que fue usted quien le mató. Que ella se limitó a ayudarle.

—Le repito que yo no he matado a nadie.

—Sí; a un tal Gregorio Cifuentes, hace ya cosa de dos o tres meses. Lo mejor que puede hacer es contárnoslo todo.

Y le decía al inspector:

—Que entre la mujer.

Teresa entraba ya confusa y amedrentada. No se atrevía a mirar al Trampas. Decía que no se sentía bien y pedía algo de beber. El comisario le hacía servir un café. Entraba un agente después de un rato con un café y lo dejaba sobre la mesa. Teresa bebía un sorbo y decía:

—Está frío.

El interrogatorio con careo se prolongaba duranta mucho rato. Y al fin Teresa Timonel, agotada ya, gritaba:

—¡Yo no le maté! ¡Yo no le maté! Lo hizo él.

El Trampas se levantaba y entre los dos policías conseguían detenerle cuando iba a echarse encima de Teresa Timonel, levantadas las manos, como para abofetearla.

* * *

El interrogatorio se prolongaba más de tres horas. Teresa Timonel acusaba al Trampas una y otra vez y repetía que ella no había matado a Gregorio Cifuentes, que ella se había limitado a ayudar al Trampas a llevar al cadáver a la otra casa. Y al fin el Trampas, acribillado a preguntas y ya con los nervios destrozados, confesaba la verdad. Gritaba:

—¡Sí! ¡Acabemos de una vez! ¡Lo maté yo!

El comisario le pedía que repitiera esta declaración y el Trampas le contestaba con una grosería. El comisario escribía a máquina la declaración del Trampas y le rogaba que la firmara. Y el Trampas gritaba:

—¡No sé escribir!

Y se negaba a firmar.

* * *

Ya puesto todo en claro el inspector Gustavo Ramírez hacía un resumen del caso y lo guardaba para su archivo. El resumen le quedaba así:

> ASESINATO DE GREGORIO CIFUENTES. —Teresa García, de veinte años, animadora en la sala de fiestas Espiga de Oro bajo el nombre de Teresa Timonel, estuvo algunas veces con Gregorio Cifuentes en el hotel donde Gregorio se hospedaba cuando se fue de su casa de Villanueva, número siete.
>
> En el hotel se hacían pasar por matrimonio.
>
> Una noche, mientras Gregorio dormía, Teresa le quitó las llaves de la casa de Villanueva número siete y las guardó escondidas. Después despertó a Gregorio y le pidió que la llevara a su casa en Bravo Murillo número veinticinco. Le pidió que subiera al piso donde ella vivía (el quinto piso) y le dio a beber un café en el que había disuelto un somnífero. Gregorio quedó dormido sobre un diván. Teresa, cuando le vio dormido llamó por teléfono a Tomás Cerro, conocido por el Trampas y cuyo verdadero nombre era Fernando Ramos, un tipo de nacionalidad argentina y de conducta dudosa, que ya había sufrido algunas condenas como proxeneta y como promotor de disturbios.
>
> El Trampas fue primero a su casa en Echegaray número quince y se metió unas zapatillas en el bolsillo.
>
> Después fue andando hacia Bravo Murillo. En una calle poco concurrida, abrió la puerta de un coche aparcado y lo puso en marcha. Sabía hacer esto. Fue en el coche hasta Bravo Murillo y lo dejó aparcado frente al número 25. Teresa le esperaba allí. Los dos subieron al piso quinto.
>
> El Trampas le quitó la cartera al muerto. Sacó el dinero de la cartera y lo guardó en un bolsillo. La cartera la guardó en otro bolsillo.
>
> El Trampas puso una almohada sobre el rostro de Gregorio y se sentó sobre la almohada hasta que Gregorio dejó de respirar.
>
> Bajaron el cadáver entre los dos (Teresa y el Trampas) y lo metieron en el coche robado. Eran las dos de la noche, no circulaba nadie por allí y lo pudieron hacer sin que nadie les viera.
>
> Fueron en el coche hasta Villanueva número 7. El Trampas se puso las zapatillas y él solo subió el cadáver en el ascensor. Abrió la puerta B del tercer piso. Entró sin hacer ruido gracias a las zapatillas, y dejó el cadáver en el suelo, en el living.
>
> Bajó a la calle donde le esperaba Teresa García, dejaron allí el coche robado, y se fueron andando hasta Bravo Murillo 25 y allí se

quedaron hasta el día siguiente. Teresa no pudo dormir. El Trampas sí.

El día siguiente los dos se comprometieron mutuamente en que, si les preguntaban, los dos dirían que no sabían nada de nada.

Teresa dejó sobre una mesa las llaves de la casa de Villanueva 7, donde vivían Gregorio y Anamaría. Y por estas llaves se descubrió todo.

* * *

El comisario y el inspector comentaban este caso. Y el inspector Ramírez preguntó:

—¿Me puedo quedar las llaves?

—¿Para qué?

—Para mi colección. Guardo y colecciono todo lo que me ha servido como pista para descubrir a los autores de los delitos en cuya busca he intervenido.

—¿Y con qué fin lo guarda?

—Tal vez algún día lo cuente todo en un libro y el libro sea un éxito de venta.

—Por mí sí. Aquí las tiene.

El comisario entregaba al inspector las llaves de la casa de Villanueva número 7, le invitaba a un café y en la cafetería levantaban a la vez las dos tazas de café y brindaban para el éxito en el próximo caso en que tuvieran que intervenir los dos a la vez. Y el comisario preguntaba:

—Si escribe usted la historia de este caso, ¿qué titulo le pondrá?

Y el inspector, que ya tenía pensando el título, decía: EL BAÚL OSCURO.

DEMASIADOS VERDUGOS PARA ALBI

Alberto Díaz Rueda

Me nacieron en Granada allá por los finales de los cuarenta. Tuve una infancia feliz, lo cual en aquellos tiempos es mucho decir, y viví años inolvidables en tierras del Marruecos colonial. Con la vuelta de mi padre (funcionario del Cuerpo General de Policía) a la península, ingresé en la ardua realidad española de los sesenta. Estudié Bachillerato y entré en la Universidad en pleno comienzo de la contestación estudiantil a un Régimen culturalmente —y en otros aspectos— castrador. He realizado estudios de Derecho, Filosofía y Letras y Periodismo. De todo ello sólo conservo una invencible tendencia al bello vicio de leer y una desviación psicológica que me impele a creer que con mi pluma puedo llegar a la gente, a mis contemporáneos. Con esos dos condicionantes a cuestas reparto mi tiempo en ejercer crítica literaria en diversos medios de comunicación, ocuparme de política internacional en «La Vanguardia» de Barcelona y escribir relatos y novelas. En este último apartado he recibido algunos efímeros laureles en forma de premios (Armengot, Gerona, Luí de relatos, etc.) y unas compensaciones personales mínimas en forma de libros editados (tres novelas, un libro de relatos y tres ensayos). Y escribo «mínimas» porque hasta el momento la Literatura sigue sin querer ponerme un piso, vamos, correr con mis míseros gastos y «retirarme» de la vida activa, para poder dedicarme a ella como amante exclusiva.

En estos momentos mi brillante pluma (por reluciente, cualidad física, no literaria) se ocupa de terminar una novela y perfilar una trilogía que será un éxito (eso dicen mi mamá, mi mujer y mis dos hijas pequeñas, a las que ato sólidamente unas horas cada fin de semana para que escuchen mis proyectos literarios). Pero dejemos estos castillos de arena junto a las olas del mar… Que ustedes lo pasen bien con el sargento Martos y el agente Jacinto: mi relato les espera.

Uno

—Pero ¿quién mató a Albi?

El sargento Martos golpeó con su dedo índice extendido la rojiza libretita de hule, muy manoseada y un tanto mugrienta.

—Aquí está la solución al enigma, Jacinto. Entre estos nombres tan cuidadosamente anotados por el viejo Albi. Con toda su meticulosa manía de apuntar sus cifras y quehaceres… el viejo periodista que jamás pudo ver publicada una de sus novelas policíacas —movió con pesadumbre la enorme cabeza de cabellos leonados — resulta víctima de una historia de misterio como las que no lograron convencer a los editores.

—Pero, sargento, si este caso está «chupao» —el agente Jacinto dejó que una amplia sonrisa mostrara el glorioso esplendor de sus enormes dientes caballunos—; tenemos al asesino entre esos nombres tan cuidadosamente anotados. Es cuestión de cogerlos a todos y…

—¡No me digas! —el sargento bajó el registro de su gruesa voz a la engañosa suavidad de un falsete lobuno-corderil—. Todo está muy claro, ¿verdad? Uno —el sargento comenzó a estirar con los dedos de una mano los gruesos morcillones que se arracimaban en la otra—, aparece muerto un estimado y poco conocido periodista de sucesos; dos, tenemos el dictamen médico de costumbre; paro cardíaco y paro respiratorio; tres, hace tan sólo una semana el bueno de Albi me comunica que está haciendo una investigación para su periódico sobre una mafia de esta ciudad que controla toda la mierda humeante de la droga y la trata de blancas de esta zona del país; cuatro, ayer recibo una llamada (en presencia tuya por cierto) del mismísimo Albi comunicándome muy entusiasmado que tenía en el talego a la «plana mayor» de la mafia y que me caería de culo si supiera sus nombres: quinto, se cachondea de una manera desconsiderada de mí, el sargento Martos, cuando le pido que me los dé; «todos están en mi libretita roja, viejo palurdo», me dice; sexto, Albi aparece muerto sin signos de violencia, encerrado en su habitación con la llave por dentro; séptimo, como estoy seguro de que lo han liquidado, pido que me autoricen a investigar; octavo, el teniente me dice que me deje de gaitas, que la cosa está clara: el viejo Albi ha tenido un ataque al corazón al ver que por milésima vez le rechazan una novela de misterio en cualquier editorial y que lo de la investigación eran puras fantasías de un viejo soñador al que ya no aguantaban ni en su propio periódico; noveno, consigo la dichosa libretita de marras y leo en ella seis nombres y seis fichas profesionales que ajustan perfectamente con las seis cabezas de la ciudad que yo pondría con mayor placer entre rejas y que siempre se me han escabullido, seis tipejos que venderían la piel de su propia madre para hacer zambombas y panderetas, pero que, al mismo

tiempo, tienen tales padrinos y tales coartadas que jamás podríamos sacudirles una mota de polvo del traje sin tener inmediatamente a un abogado bien pagado buscándonos las cosquillas y… décimo…

—¿Décimo? —pregunta con expresión anhelante el agente Jacinto que, arrastrado por la metódica y cartesiana perorata de su superior apoya antirreglamentariamente ambas manos en el escritorio del sargento y hunde, desde el extremo del desnudo y flacucho cuello, superando la babeante boca y la aguileña caída de la roja nariz, sus dos ojos azulinos, redondeados por la emoción y lacrimosos por algunas libaciones secretas, en el rostro cachazudo y redondo del sargento—: Y… ¿décimo?

—¡Que eres un condenado memo, Jacinto, si consideras que el caso está… —dudó con infinito desprecio hacia la expresión— «chupao»!

Dos

—Pero, sargento —el teniente trató de evitar el tono de hastío—, le repito que las cosas están muy claras. El periodista estaba viejo y achacoso. Ha muerto en la cama, como un bendito. Reconozco que —señaló con un gesto displicente la libretita roja que reposaba sobre su mesa— los nombres anotados allí son tentadores, pero usted sabe que tanto Albi como cualquier otro periodista especializado en sucesos y por tanto visitante asiduo de comisarías y amigo de muchos de nosotros está al corriente de las «bestias sagradas» que hociquean en la porquería de la ciudad y a la que no hemos logrado agarrar…

—Las fechas —interrumpió con su voz abrupta y seca el sargento—, se olvida de las fechas, mi teniente. Albi se entrevistó con todos y cada uno de esos sinvergüenzas en la misma semana de su muerte. A mí me dijo que ya los tenía, que había descubierto los datos precisos para cogerles a todos… Albi podía ser un mal novelista, pero nunca fue un mal periodista.

—El afecto le ciega, sargento. Esta mañana hablé con el director del periódico. En los últimos tiempos Albi no era ya el periodista que fue. Siempre andaba diciendo que obtendría la gran noticia, la gran primicia… en fin, el éxito profesional que lo justificaría de tanto fracaso literario. Le repito que la historia que ha levantado Albi con su libretita es excelente… envidiable… si fuera verdadera. Pero me temo que sólo será un «bluff», una «serpiente de verano» inventada por Albi para engañarse a sí mismo. Y en cuanto a su muerte, un simple ataque cardíaco, ya oyó usted al médico.

—Un cuerno para el médico, mi teniente. A Albi lo ha matado uno de esos granujas para que no descubriera el pastel.

El teniente hizo un gesto de cansancio y levantó su rechoncho cuerpecillo enfrentándose sin ningún cuidado al corpachón enorme, oblongo, sólido y sanguíneo

del sargento. Se empinó sobre sus pies como una bailarina y levantó la redonda cara con el bigotillo horizontal y encrespado para vociferar:

—Por todos los demonios, sargento, ¿y cómo lo mataron? ¿Con ayuda del hombre invisible? ¿Con la colaboración del mono de la calle Morgue? ¿Por medio del rito vudú, o por correspondencia?

El sargento miró desde su altura con visible desconcierto al teniente.

—Eso… aún no lo sé. Pero si usted me deja, lograré saberlo. Y si usted no me deja oficialmente, lo haré en mis horas libres o pediré vacaciones. Pero le aseguro que he de poner la mano encima a esos seis facinerosos y alguno de ellos, o todos, que también podría ser, me dirán cómo mataron al viejo Albi.

Tres

—¿Se va de vacaciones, mi sargento? —el agente Jacinto parpadea con asombro, tratando infructuosamente de evitar que el sargento vea cómo esconde la botella de coñac, en un cajón del polvoriento escritorio sobre el que tenía puestos lo pies.

—No —contestó el sargento sin dejar de colocar documentos, la libretita roja y su pistola reglamentaria en una carterita de mano de oscuro plástico imitación piel—. No *me* voy. *Nos* vamos. Me acompañarás tú.

Jacinto abrió los glaucos ojazos mientras una lágrima redonda y brillante rebasaba su húmedo recipiente para resbalar por la protuberante rojez de la nariz hacia el bigote lacio. El sargento contempló con su tradicional curiosidad cómo, escena repetida miles de veces al cabo de tantos años de convivencia profesional, aparecía automáticamente la lengua del agente y esperaba la llegada de la lágrima junto al borde izquierdo del bigote para absorberla.

—Pero, mi sargento… yo… yo tengo mucho trabajo —señaló con un gesto desolado el polvoriento, enorme fichero que se perdía en las profundidades del oscuro despacho—. Es preciso poner al día «eso».

El sargento gruñó. «Llevamos diez años tratando de poner en orden “eso”. Puede esperar diez años más.» Cerró la cartera con un brusco rasgado de la cremallera metálica. «Vamos, Jacinto, coge tus cosas. Te vas a casa y dentro de media hora te espero en el “Nuria”. De paisano, naturalmente.»

Jacinto negó con la cabeza, pesarosamente.

—Esto no está bien —sus ojos volvieron a humedecerse. Abrió el cajón del escritorio y sin disimulo acarició con los dedos la pulida botella de coñac—. No está nada bien, mi sargento. Usted sabe que no salgo de servicio a la calle desde hace… desde hace por lo menos seis años, y ahora…

—No sales desde que te saqué, carcamal, de hacer rondas diarias. Y estás viviendo de leer «El Mundo Deportivo» y beber coñac desde entonces.

—Pero… mi sargento, ya sabe usted que a mí estas cosas violentas no me van. Soy incapaz de pegarle a un chorizo, de amenazar a nadie… si no asusto ni a mi chico.

El sargento se despojó de la chaqueta de su uniforme y sobre los hombros se colocó descuidadamente un grueso cardigan de lana.

—Y… además… ¿de qué le puedo servir yo, mi sargento?

El sargento se detuvo ante la puerta y se volvió lentamente. Clavó su mirada en su subordinado, que se envaró nerviosamente.

—Basta, Jacinto. Tenemos veinticuatro horas de vacaciones y hemos de aprovecharlas. El Departamento de Archivo quedará vacante, sin grandes problemas para esta comisaría. Todo eso son casos terminados. Y a ti te necesito a mi lado, siquiera sea por una razón…

—¿Cuál, mi sargento?

La puerta se cerró con un golpe que hizo tintinear los frascos colocados sobre un archivador cercano. El agente aún pudo oír el vozarrón de su superior: «Que no paras de leer novelas policíacas».

Cuatro

Jacinto contempló con cierta aprensión al variopinto gentío que se arremolinaba junto a los mostradores del Nuria o circulaba entre las mesas. Buscó con la mirada desorientada la figura corpulenta del sargento Martos. Al fondo de la barra de la derecha, junto a las voluminosas montañas de bocadillos variados, Jacinto distinguió al sargento que parecía muy ocupado en eliminar por la vía rápida un bocadillo, que en sus manazas parecía un bocadito minúsculo. A su lado, una jarra grande de cerveza mostraba su más que mediado vientre amarillo. Relamiéndose, Jacinto se acercó al sargento. Se acodó a su lado sobre la barra y con la voz alegre y los ojos brillando de deleite anticipado pidió al camarero más cercano: «Otra cerveza como esa y una copa grande de ginebra».

—¿No vas a comer nada, Jacinto?

—Jamás se debe mezclar la bebida. Ya debería saberlo mi…

Un golpe tremendo en la espalda lo redujo a un silencio entreverado con una tos dolorida.

—Tú deberías saber que la bebida sola no es recomendable… afloja la lengua y hace decir cosas que no se debe.

Jacinto miró con un silencioso reproche a su superior. Sacó la lengua para recibir un par de lagrimones que ya corrían por su mejilla hacia los bigotes y asintió lentamente.

—Está bien, Martos. Lo que usted diga. Me tomaré una tapita de ensaladilla… y que sea lo que Dios quiera.

—Buen chico —sonrió el sargento. Tragó sin dificultad la mitad del bocadillo que unos segundos antes había introducido en la boca y alargó la mano para coger otro de la muralla erguida ante él. Su gesto quedó bruscamente detenido mientras su mirada se endurecía convirtiendo los ojos en dos rendijas brillantes que parecían surgir del fuego súbito que incendiaba las abultadas mejillas y la tersa y estrecha frente. Luego, sin dejar de mirar por encima de Jacinto, su mano, como a cámara lenta, fue desplazándose hasta posarse sobre un bocadillo.

—¿Pasa algo, mi… Martos?

—No se te ocurra darte la vuelta, o te rompo el pescuezo. Aquí tenemos a uno de nuestros pajaritos. El brillante y acicalado Juanito el Hermoso, muy bien acompañado de sus jovencitos efebos y de un par de gorilas. Deben de haber estado de captación por las Ramblas —el sargento desvió la mirada y pareció enfrascarse en devorar el bocadillo—. A ver, Jacinto, desembucha.

El agente bebió un largo sorbo de su bebida y quedóse con la mirada perdida en la jarra espumeante. Sus ojos parecieron hipnotizarse y de sus lagrimales comenzó a surgir una lenta, pero constante cadena de lágrimas.

—Juan Mellizo, alias «el Hermozo», alias «Pijitos», alias «Tornillete», nacido en el 46 en el Campo de la Bota (Barcelona). Detenido en numerosas ocasiones por delitos de robo, drogas, vagos y maleantes, homosexualidad militante, en fin, la tira. Desde los catorce años, anda metido en casi todo. Sin embargo, la última detención fue en… el 79. Desde entonces siempre anda cerca de las cosas que pasan, pero no se le puede echar el guante. Tiene buenos abogados y en el caso aquel de la menor enviada al Líbano a un prostíbulo internacional, en el que su nombre aparecía indirectamente, fue inmediatamente defendido por el abogado Cabré y pudo pagar una buena fianza…

El sargento sonrió satisfecho. «Muy bien, Jacinto.» «Veamos.» Abrió su cartera y extrajo la libretita. Hojeó pacientemente. «Aquí está.» Golpeó con su dedo extendido una hoja. «Juanito el Hermoso. Martes, a las quince horas. El “Nuria”, como siempre. Primero niega lo que le digo. Después me amenaza. Nadie me creerá, me dice. No tengo pruebas. Pero Juanito proporciona chicos jóvenes al político M… y al industrial J… Las citas, en una torre situada junto al restaurante “La Venta” en la plaza del Funicular del Tibidabo. Bastaría poner un servicio de vigilancia discreto y los pescarían. Pero Juanito es sólo una pieza, y de las menos importantes. Aunque es peligroso.»

—No le pierdas de vista, Jacinto. Nos veremos esta noche en mi piso.

—Pero, mi… Martos. —Jacinto echó una mirada de soslayo a la acicalada y delgada figura del malhechor que con grandes y amanerados ademanes explicaba algo a sus amigos, unos metros más allá de los policías, en una mesa cercana a las puertas de salida. Se estremeció al repasar los rasgos afilados, crueles, la expresión vil y solapada del pálido rostro de Juanito «el Hermoso»—. Ese tipo es una serpiente y yo… en fin… ni siquiera llevo armas —dijo con un susurro.

—Te llevas mi cartera. Tú no corres ningún peligro si tienes un poco de cuidado. «Con esta pinta tuya nadie va a reparar en ti. Además no se te conoce en el hampa. Toda tu carrera policíaca ha consistido en vigilar un mercado y dedicarte al archivo… además de leer novelas. Aplica un poco de lo que has leído, muchacho. Holmes, Agatha, Dorothy Sayers, Chandler y Hammett están contigo; no les defraudes.

Cinco

Jacinto subió las escaleras de tres en tres maldiciendo a su jefe por vivir en un ático y a los ascensores en general por estropearse en momentos en los que se les necesita. Resollando como una locomotora de vapor entrando en un andén, el agente pulsó el timbre del domicilio del sargento. Escuchó los pasos ruidosos y el estrépito del cerrojo al correrse. Cuando la puerta se abrió, Jacinto contempló al enorme cuerpo en forma de oso plantado frente a él con toda su zona central investida por un delantal encarnado que rezaba en grandes letras negras: «Para esto he estudiado tanto». Por encima del delantal, sobre el torso gigantesco, la cabeza piramidal en la que las manzanotas de las mejillas abultaban ahora su tersa superficie en una sonrisa de bienvenida.

—Llegas a tiempo, Jacinto. Ya casi está la cena. Souflé de queso y lenguado a la *meuniére*. ¿Ha habido suerte? —Cerró la puerta de un fuerte empujón y volvió a correr cerrojos y cadenas.

—Nunca he comprendido, mi sargento, cómo un hombre como usted tiene tanto miedo de que alguien entre en su casa. —Jacinto se dirigió por el largo y oscuro pasillo hacia el gran estudio iluminado donde ya estaba dispuesta una mesa magníficamente servida, como un espejismo de finura y civilización en un mercadillo insólito de libros, infolios, carpetas polvorientas, chismes de todas clases, bibelots, objetos incongruentes, discos a millares y aparatos de música.

El sargento le señaló un asiento y escanció rojo vino en una copa de cristal tallado. «Ve haciendo boca.» Abrió una puerta oscilante y pasó a la cocina, de la que surgía un aroma apetitoso. El vozarrón llegó perfectamente al agente.

—Para mí es un misterio también. No lo puedo remediar. No le tengo miedo a nada… excepto a una puerta cerrada que pueda ser abierta estando yo desprevenido. Y en ningún sitio estoy desprevenido… excepto aquí. Entre mis libros, mis cosas, mi música y mi cocina. Aquí soy más indefenso que… que… tú, mi buen Jacinto. Por cierto, para el lenguado tengo en el cubo de hielo un «Eiswein». Me costó media paga de julio conseguir un par de botellas. Ya sabes, es bastante buscado. Está hecho eliminando el hielo que desprenden las uvas heladas, lo cual produce una alta concentración de aromas y azúcares. Lo encontrarás inolvidable.

Jacinto miró con tristeza su copa y paladeó el Rioja que le había sido servido en primer lugar. «¿Qué hay que celebrar, jefe?» El rostro sudoroso y enrojecido del

sargento apareció sobre la puerta oscilante de la cocina. «Celebraremos que vamos a echar el guante a los seis sinvergüenzas más desalmados de Barcelona. ¿Te parece poco?»

Seis

El sargento encendió cuidadosamente su «Davidoff». Jacinto requirió su pipa y comenzó a llenarla con parsimonia. Se sentía satisfecho y miraba amorosamente la copa de «Napoleón» que se calentaba inclinada sobre su soporte.

—Recapitulando… —el sargento lanzó una fina y azulada lanza de humo fragante hacia el techo, del que pendía el disecado disparate de un pequeño cocodrilo con las fauces abiertas—, tu hombre realizó todas las acciones que cabía esperar de él. Buscó jovenzuelos en la Rambla de Cataluña, anduvo manoseándolos en el coche y llevó a algunos a su piso de la Plaza Real, no sin tratar de pasada con algunos conocidos «camellos», dar y recibir droga, cobrar y negociar con algunas prostitutas callejeras del Arco del Teatro. Con la guinda final —el sargento guiñó aprobatoriamente uno de sus ojillos satisfechos a su subordinado—, la larga charla con Eduardito, «el Escorpión» en la terraza del Cosmos. Es decir… —cogió la libretita roja del periodista de un bolsillo de su batín— con el hombre que Albi «fichó» como uno de los seis y con el que se entrevistó la noche antes de su muerte, el sábado, minutos antes de llamarme para decir que su trabajo había sido un éxito.

Jacinto chasqueó los labios paladeando el coñac. Encendió su pipa, dio un par de enérgicas chupadas y fijó su mirada en las volutas del humo desprendido que se enroscaban perezosamente en torno a la lámpara china que mostraba sus gloriosos símbolos sobre su cabeza.

—Eduardo Expósito, alias «el Escorpión», alias «el Niñato». Una carrera también muy larga y productiva. Atracos a mano armada, violencia callejera, trata de blancas, chulo… última detención en 1978. Desde entonces…

—Desde entonces, nada. Sabemos que anda metido en prostitución, droga, contrabando y posiblemente algún «ajuste de cuentas». Siempre tiene un abogado a punto y dinero fresco. Se entrevistó el sábado por ¡a noche con Albi. «Me negó su participación en lo del Central», escribe Albi, «pero se queda helado cuando le digo que se ve a menudo con el “Gaviota” y el “Magnate”, que todos van juntos. Tengo que largarme porque se ha puesto violento. Afortunadamente pasa un taxi y me escabullo. Por un momento creí que me mataba. Me ha dicho que lo hará, desde luego».

Cuando el sargento acabó de leer en la libretita, Jacinto dio un nuevo par de chupadas a su pipa y asintió, pensativamente.

—Curioso desde luego, muy curioso. Luis Rojas, el «Gaviota» nacido en el 34, otro carrera brillante. Estuvo encerrado por intento de homicidio, se escapó dos

veces. No se pudo demostrar que fuera él el asesino de un compañero de prisión. Desde el… 79, nada. Sin embargo, se menciona su nombre entre atracadores y facinerosos de toda laya. Nada demostrable. Se le supone ligado a la Maña. Armando Salinas, «el Magnate» estafador conocido, nacido en el 23 y con ficha abierta casi desde que echó el primer diente. Falsificación de documentos, moneda, contrabando de divisas, extorsiones… una joya. ¿Quién falta?

—Rosendo Molas, el «Legionario»…

Jacinto se dio un golpe en la frente. «¡Caray! ¿También ése?» El sargento extendió la mano hacia su subordinado.

—De éste me acuerdo. El «Legionario», atracador, experto en explosivos, implicado presuntamente en algunos robos recientes con explosivos y tal vez en actos terroristas. En cuanto al sexto hombre…

El agente sorbió lentamente su coñac y miró acuosamente a su jefe. Una lágrima irisada dejaba su huella brillante en la tortuosa mejilla de Jacinto. Martos esperó que la lengua de su compañero hiciera la operación consabida, vagamente hipnotizado por el hecho, como siempre le ocurría, y continuó:

—Del sexto no sabemos nada. Unas iniciales y el día de la cita, el jueves. Una M y una H. ¿Te dice algo?

Jacinto entrecerró los ojos. Las lágrimas comenzaron a fluir acompasadamente, los labios eran una firme línea quebrada por el caño de la pipa, de la que surgía un chorro rítmico de acre humo. El sargento observaba, chupando tranquilamente su puro, el esfuerzo mental de su subordinado.

—Manuel Hernández, violador, en prisión, descartado. María Hojeda, la «escapularios», estafadora, en la Trinidad desde hace un mes. Melchor Homero, rufián y carterista. No puede ser, está en el Clínico con un navajazo desde hace quince días. Marino Huáscar, vagabundo borracho, encerrado por escándalo y pederastia. Ahora anda libre, pero no creo…

—No… todos estos tipos de Albi tienen dos cosas en común: están «en activo» y son bastante peligrosos, la primera. La segunda es que, curiosamente, están «fuera de circulación» en las comisarías desde hace dos o tres años. Bueno… vete a dormir, Jacinto. Tu esposa debe estar preocupada. Mañana, en la comisaría a primera hora. Repasaremos los casos no resueltos en los últimos dos años.

Siete

—Bueno, pues lo único que puedo decir, mi sargento, es que esto es muy raro, vamos, muy extraño, vamos…

—Está bien, Jacinto. Deja de cantar sinónimos.

—Sino… ¿qué? Pero ¿no se da cuenta, mi sargento? La proporción de casos no resueltos en los dos últimos años supera en un sesenta por ciento los de años

anteriores. Personas desaparecidas, ajustes de cuentas, prostitución, drogas, menores, contrabando, robos, atracos, algún que otro asesinato…

—Y ¿qué? —tronó el sargento golpeando la mesa con una enorme carpeta llena de expedientes—. ¿Qué coliges tú de todo esto?

—¿Qué…? ¿Cómo dice? Cómo habla usted, mi sargento. Supongo que quiere decir que qué pienso de todo.

El gruñido del sargento no alteró lo más mínimo la risueña expresión de Jacinto.

—Esto me recuerda una novela de Dashiel Hammett, «Cosecha Roja», creo que se llamaba. Sí, eso es. —Jacinto dejó vagar sus ojos, en los que el recuerdo azulaba aún más el agüilla perpetua que los cubría—. Personville y Poisonville, la ciudad venenosa. Todo está organizado, naturalmente. Albi descubrió el «pastel». Están todos liados, los seis. Una organización criminal que se ha ido ocupando de todos esos asuntos, bien organizada, con dinero, medios, tal vez influencias. Albi, que tenía olfato de policía, debió sospechar sobre este aumento de delincuencia, con sospechosos pero sin detenciones. De alguna manera llegó a uno de ellos y tirando del hilo…

—Sí, ya. Tirando del hilo, como en todas las novelas que has leído, se llega al ovillo: al jefe de todos ellos, una personalidad que disfraza, tras un aspecto honorable, su organización. El «cerebro» de una mafia barcelonesa descubierto por un viejo periodista que sería prontamente eliminado.

—¿No es verdad? —Jacinto aplaudió entusiasmado—. Todo encaja. Ya le dije, mi sargento, que es un caso «chupao».

El sargento se dejó caer en su sillón con un suspiro de cansancio. Se inclinó hacia su mesa y apoyó en ella los codos. Con las grandes y rollizas manos sujetó la gran cabeza triangular y sacudióla haciendo revolotear el leonado desorden de sus cabellos.

—Y ahora me dirás, especie de merluzo, que el enigma tiene su solución en «el hombre que fue jueves». El misterioso «M.H.».

—Muy buena novela, mi sargento. Muy buena. Algo mística, desde luego, pero… pues sí. M.H. debe ser el mandamás, el «cerebro» y tal vez el asesino.

—Maldita sea… —tronó el sargento—. Y ahora me citarás «El misterio de Big Bow» de Zangwill para explicar lo de la habitación cerrada por dentro y a aquella novela de la Hisgmith para explicar el tipo de muerte y a Ellery Queen para completar el cuadro misterioso de la Logia que condenó a muerte al pobre Albi… ¡Tienes una indigestión de literatura policíaca, Jacinto!

El agente dejó que su caballuna sonrisa emergiera, para espanto de su superior, que reprimió un fuerte impulso de lanzarle un tintero a la cabeza.

—Parece mi sargento que no sólo yo soy aficionado a la novela policíaca. No tenía ni idea de estas aficiones suyas.

—Eso demuestra tu capacidad de observación, especie de memo. ¿De qué crees que pasaba las horas charlando con el bueno de Albi? Nos conocíamos todo lo bueno

que se haido publicando sobre el género. En mí eso es una simple afición más, como la gastronomía, los buenos vinos o la ópera. Para el viejo Albi la novela policíaca era la vida. Toda su existencia giraba en torno a los MacDonald, Hammett, Gardner, Scerbanenco, Dickson Carr, Van Diñe, Wallace o Ballinger. Desde la mañana a la noche su mente giraba en torno a los grandes detectives, a los geniales argumentos, a los criminales famosos, a las buenas coartadas, a la impecable arquitectura de una intriga que lleva al lector, tenso y angustiado, sorprendido y jubiloso hasta el final, el final del rompecabezas, cuando el orden se imponía y cuando todo tenía una explicación lógica, un culpable evidente…

—Pobre señor Albi —musitó Jacinto—. ¿Quién le iba a decir que su muerte podría ser tan semejante a alguno de los argumentos de las novelas que…

—¡Eso es! —bramó el sargento. Se dio una fuerte palmada en la frente—. Vamos a casa de Albi. Quizá la solución de este asunto no esté precisamente en este cuadernillo.

«Es increíble —musitaba Jacinto para sí mientras trataba de seguir a su superior, que ya trotaba pasillo adelante dejando a su paso una confusa, alarmada, escandalizada y a veces irritada sucesión de policías de uniforme y paisano que se tropezaban o eran empujados por el sargento—, es increíble la agilidad y la movilidad de este tonel de carne que es el sargento. Lo más seguro es, siempre, caminar a su lado o detrás, no ponerse nunca delante.»

Ocho

—Habrá que volver a repasar su libreta de notas, mi sargento. —Jacinto lanzó una mirada desolada a su alrededor y sorbió, ausente, una lágrima que pugnaba por abrirse paso entre los pelos de su bigote—. Aquí no hay más que libros y periódicos atrasados.

La habitación del periodista muerto, presentaba un aspecto caótico. El sargento Martos se movía con la dinámica inclemente de un martillo pilón, devastando anaqueles, baúles, cajones y paquetes de libros y periódicos, el archivador metálico y la pequeña cocina, buscando bajo la mesa camilla y bajo la cama, en las polvorientas maletas de cuero llenas de ropa usada y objetos de uso común.

—Por todos los malditos diablos del infierno… aquí hay algo, algo que tenemos delante de los ojos y que nos está gritando, que nos está diciendo a voces cómo y por qué murió Albi y, naturalmente, quién le asesinó.

Jacinto miró en torno suyo con una expresión escéptica y después lanzó una rápida mirada de compasión a su jefe. El sargento se sentó en la cama con un suspiro de desaliento. Los flejes del somier crujieron escandalosamente.

—Aquí estaba —miró a la almohada con cierta emoción—, aquí le encontraron la mañana del domingo. Tan tranquilo como si la cosa no fuera con él.

—Tan muerto como el clavo de una puerta —citó Jacinto y enmudeció ante la mirada colérica del sargento.

—Pero había seis hombres, seis, que le habían amenazado de muerte. Dictaminan paro cardíaco y…

—Bueno, mi sargento, no sólo eso. El señor Albi, bueno, bebía bastante y padecía del hígado… en fin, todo junto, ya se sabe. Tal vez la emoción de tener a todos esos granujas a punto de…

—¿En qué quedamos, Jacinto? Primero imaginas un complot demoníaco, una logia de asesinos dispuestos a cargarse a Albi y ahora apoyas las tesis del médico que extendió el certificado de defunción.

Jacinto se sentó junto al sargento. Meneó la cabeza sin convicción. Comenzó a acariciar los libros que había sobre la mesita de noche, junto a la cabecera de la cama.

—Es que… mi sargento, una cosa es la novela policíaca, la imaginación, en fin, todo eso que usted conoce tan bien como yo y la otra es esto, la frialdad de este cuarto de pensión, la existencia solitaria del señor Albi, este ambiente tan desolado, las frustraciones de una vida que ya tocaba a su fin… no sé… una vez aquí me parece que estamos como haciéndole el juego al señor Albi, como si nos hubiera tratado de hacer jugar un juego novelesco, de intriga, con todos los ingredientes, los asesinos, los móviles y el cadáver… él mismo.

El sargento golpeó amistosamente el hombro del agente, que se sintió sacudido como una rama ante un vendaval.

—Vamos, vamos, Jacinto. Te estás dejando ganar, precisamente, por la literatura. La realidad es más siniestra y menos tétrica, más vulgar…

Quedaron ambos en silencio. El sargento miraba ausente hacia la sucia tulipa azulada que pendía de la pared, entre las estanterías repletas de libros desordenados. Jacinto hojeó el libro que estaba sobre un grupo de tres en la mesilla de noche.

—Mire, mi sargento, este debe ser el último libro que leyó el señor Albi. «El factor humano» de Graham Greene. —Pasó las hojas en veloz sucesión ante sus ojos —. Hasta hacía señales y anotaciones a las novelas. Debía buscar ideas para sus propias novelas, ¿no?

El sargento meneó la cabeza como asintiendo, aunque evidentemente pensando en otras cosas. «Sí… debía buscar ideas.» Se sacudió los cabellos que nimbaban su cabezota y se irguió de un salto haciendo temblar el piso.

—¡Andando! Vamos a cazar a seis pichones… Esperaba encontrar alguna pista aquí… me equivoqué. Aquí sólo existe la evidencia de un fracaso, del fracaso de una vida a la que le robaron su éxito final, el triunfo definitivo.

Nueve

—Usted no tiene derecho… ¿me oye? —el manotazo del sargento hizo caer al hombrecillo al suelo, derribando una mesita con ruedas cargada de botellas. Una mirada bestial de odio afloró en el rostro cetrino del delincuente. Echó su mano derecha a la parte posterior de sus pantalones.

—Bueno, Juanito —el vozarrón de Martos se volvió suave y amenazador como el filo de una navaja—, piénsate bien lo que vas a sacar ahora. Sea lo que sea, te lo haré tragar. Piénsalo. No vas a ser más rápido que yo, lo sabes. No me importará nada, ni creo que al juez le importe, declarar que tuve que matarte en legítima defensa, cuando te resistías a ser detenido.

—Maldito gordo, bola de sebo, ¿de qué me acusas? —el rufián trató de levantarse y de pronto, bajo la fuerza de un golpe, se levantó en el aire y cayó pesadamente como un saco de patatas, derrumbado y exánime sobre la cama, en la que un jovencito desnudo miraba aterrorizado la escena.

Diez

—Muy bien, muy bien… —la voz del teniente resonaba en el despacho como disparos de fusilería—. Ya tiene usted a un sospechoso entre rejas… con la mandíbula partida, sargento. Perversión de menores, tenencia ilegal de armas, drogas… muy bien, muy bien… pero esto, ¿qué tiene que ver con su amigo Albi? ¿No se da cuenta, sargento? Nada que ver. —El teniente cogió nerviosamente un papel de su mesa y con pasos cortitos, como de saltarina, se acercó al sargento, que elevaba respetuosamente su mole a unos pasos de él—. Aquí tiene usted su declaración. Día por día. En la última semana. El sábado y el domingo, Juanito el «hermoso» estaba en Sitges, en casa, precisamente…

—Precisamente, mi teniente, de Armando Salinas, «el magnate». Y en un dulce fin de semana, mi teniente, al que también asistían el «Legionario» y Luis Rojas «el Gaviota». ¿No le parece muy significativo?

El teniente movió la cabeza. Golpeó su mano con el papel. Volvió a su mesa y se sentó en el borde. Sus pies quedaron colgando como los de un chiquillo. El sargento los miró con una expresión inescrutable. El oficial se dio cuenta, carraspeó molesto y dando un pequeño salto volvió al suelo y tornó a acercarse al sargento. Su voz se hizo amistosa y persuasiva.

—Vamos a ver, sargento Martos. De acuerdo, de acuerdo. Hasta ahora lo que sabemos es que esos pintas están relacionados entre sí. Hasta ese punto las presuntas averiguaciones de Albi son correctas. Reconózcame que tampoco es algo definitivo y que, en todo caso, no es un dato que nos acerque a lo que usted le preocupa. ¿Quién mató a Albi? Si es que verdaderamente alguien lo mató o es que… simplemente se murió, como nos ha de ocurrir a todos, ¿no?

—Escuche, mi teniente. Usted me ha reconocido que los datos que Albi tiene anotados en su libreta nos están siendo útiles. Sabemos dónde se reúnen los pillos estos y podremos averiguar a qué se dedican. De momento el interrogatorio preliminar a Juanito ha permitido averiguar que un par de asuntos cuyos autores desconocíamos habían sido realizados por él. En cuanto podamos apretarle las clavijas «cantará» y no me extrañaría que esa rara epidemia de casos sin resolver estuviera relacionada con nuestros «seis angelitos», con los «seis» hombres que amenazaron de muerte a Albi.

El teniente se acarició el bigotillo horizontal y miró a Martos con una expresión cavilosa.

—Bueno, sargento… la cosa ha empezado más bien que mal. No creo que estén relacionados los dos asuntos, pero vamos a tirar del hilo. Déjeme la libreta de Albi y moveré a los chicos de la Criminal.

El sargento se tensó como la cuerda de un arco y había una innegable y enérgica vibración en su voz cuando habló:

—Perdone, mi teniente, pero eso no puede ser.

—¿Cómo dice usted, sargento? —clamó el teniente y volvió a acercarse a Martos. Una vez junto a él se elevó sobre sus puntillas y acercó el redondo rostro tenso y colérico al nudo de la corbata del sargento—. ¿Cómo ha dicho usted? —volvió a gritar.

Sin pestañear, el sargento dejó que su voz gruesa y tensa bajara de lo alto con la rotunda pesadez de lo inevitable.

—Mi teniente, no le voy a dar la libreta de Albi. En primer lugar, porque si alerta a los de la Criminal en diez minutos habrán volado todos los pájaros. Deben tener «fichados» a todos los especialistas de la policía, no sólo de esta ciudad sino de toda la región. Segundo, porque este es un asunto tan peculiar como la personalidad del asesinado y nadie como yo lo conocía. Tercero, porque la libreta es mía, me fue entregada en un sobre dirigido a mí con una nota en la que se me hacía depositario de todas las pertenencias de Albi. Yo era su único amigo y hacía tiempo que me había dicho que en caso de que le ocurriera algo, yo debía tomar posesión de sus cosas. Cuarto…

—Basta, sargento, basta. Mire usted, paso por alto, por esta vez, su insubordinación. Entiendo que está usted muy alterado por la muerte de su amigo. De todas maneras está llevando el caso bien por ahora. Pero dos advertencias: no quiero más mandíbulas rotas, a no ser que sea, verdaderamente, cosa de vida o muerte y, segundo, me dará cuenta minuciosa de todo lo que haga o vaya a hacer y en el momento que sorprenda una tendencia vengativa personal o una extralimitación de sus funciones policiales, le quito del asunto y le expediento por ello y por lo de hace un momento. ¿De acuerdo?

—Sí, mi teniente. Gracias, mi teniente. —Martos permitió que de las abultadas colinas gemelas de sus mejillas surgiera una débil sonrisa.

Once

—Se les oía gritar desde aquí, mi sargento.

Martos gruñó, asintiendo. Estaba examinando unos folios mecanografiados. Se los tendió a Jacinto.

—Compruébame las fechas de estos asuntos que ha confesado el «Hermoso». Anótame todos los que se encuentren a su alrededor. Es decir, los asuntos de parecida tema, en lugares cercanos y por los mismos días.

Abrió la libretita del periodista y consultó entre sus páginas repletas con la letra menuda y clara de Albi.

—Yo voy a ver a Rosendo Molas. Según Albi es aficionado a pasear por el puerto y tiene muchos amigos entre los contrabandistas de baratillo y los estibadores. No me irá mal un paseíto junto al mar. Eso abre el apetito. Y además allí está el «Carballeira» o el «Siete Puertas»: una buena comida para festejar algo. Me da en la nariz que habrá algo que festejar.

—Espero que no pierda la nariz, mi sargento. Los estibadores son gente dura.

—Yo también, Jacinto, yo también.

Doce

—¿Querías verme, gordinflón? ¿Es a mí al que buscas? ¿Te pagan bien por esto?

Los grandes contenedores formaban un oscuro cuadrilátero sobre el que brillaba el cielo azul del mediodía. Los ruidos de carga y descarga, el golpeteo intermitente, los chirridos mecánicos iban enmudeciendo y las sirenas y pitidos anunciaban el descanso. Por los estrechos corredores que iban a desembocar en el cuadrilátero comenzaron a aparecer uno, dos, tres individuos toscos, con los menos sucios o la ropa desgastada de los estibadores, cubiertas las manos con las gruesas manoplas, llevando unas cadenas tintineantes y uno de ellos una barra oscura y siniestra con la que hacía sordos ruidos al golpearse a sí mismo, a guisa de amenaza, sobre la mano opuesta.

—Oye, «Legionario» —dijo uno con una vocecita atiplada que surgía, paradójicamente, de un rostro patibulario colocado sobre un esqueleto de casi dos metros—, no creo que nos necesites. Con ese gordinflón no tienes ni para empezar.

—No nos gustan los fisgones, gordito —aseguró otro, avanzando lentamente, con una sonrisa torcida en los labios.

—Bueno, muchachos —intervino, conciliador, el «Legionario—, no asustemos a este contenedor de grasa. A lo mejor es uno de los detectives privados que alguna de

mis mujeres ha puesto tras mi pista.

Martos esperaba, las piernas bien separadas, sólidamente apoyado en el contenedor que tenía a las espaldas, con la carterita de plástico negro en la mano izquierda, con una sonrisa jovial que abultaba sus mejillas y los ojos convertidos en mirillas de las que surgían brillos intermitentes.

El «Legionario» se acercó al sargento. Lo miró con desprecio, para susurrarle, a pocos centímetros del rostro budesco que parecía meditar profundamente, ajeno a lo que ocurría en torno suyo. Los tres individuos esperaban, ocupando con sus cuerpos las salidas de los estrechos corredores que dejaban entre sí las montañas de contenedores.

—No tienes pinta de «pasma». Debes ser un «pagao» al que le va a costar un par de costillas rotas y una dentadura nueva el haberte fijado en mí. Pero, antes, vas a decirme todo. Si eres bueno y hablador la paliza será menos dura. Así, que todo depende de ti…

A pesar del golpe bestial, el «Legionario» no tuvo tiempo material de recomponer el rostro de sorpresa y fue con esa misma expresión con la que ingresó en el más justo mundo de los sueños cuando su cabeza golpeó, con un casi broncíneo sonido de campana, contra el contenedor sobre el que se apoyaba el sargento, a efectos del tremendo golpe que la mano derecha de éste, disparada como el rayo justiciero de Zeus o como una catapulta romana, fue a imprimir en el rostro adelantado y amenazador —pero desprevenido— del «Legionario».

Su rápida incursión personal en las tranquilas lagunas oníricas no permitió al «Legionario» apreciar la enorme velocidad con la que el glorioso Buda gordinflón que parecía dormitar, inerme, se había desplazado después de golpearle, a su derecha, evitando por milímetros que una barra de acero le destrozara el cráneo. Tampoco pudo admirarse de cómo exactamente al mismo tiempo que la barra arrancaba un grito metálico de estallido al contenedor, un bramido ensordecedor surgía del suelo sobre el que había rodado la presunta víctima, seguido de un alarido emanado de la boca del hombre que acababa de golpear el contenedor. Ni, por supuesto, contemplar como otro estallido de una *Star* del nueve corto arrancaba nuevos alaridos a uno de los tintineantes portadores de cadena, mientras su compañero emprendía veloz desaparición por el corredor que se encargaba de custodiar, seguido por el que había gritado primero.

El sargento metió calmosamente el arma en su carterita de plástico, que yacía abierta junto al cuerpo exánime del «Legionario» y esperó, tranquilamente sentado en el suelo, a que apareciera la guardia civil, cuyos gritos y órdenes ya podía oír en torno suyo.

Trece

—Contrabando en gran escala, robo de contenedores enteros, una auténtica mafia en el puerto de Barcelona, corrupción, cohecho, funcionarios comprados a porrillo… se llevaban las mercancías en camiones. Y una puerta abierta para la entrada de droga, en cantidades que han dejado asombrados a los de estupefacientes. Buen trabajo, sargento.

—Gracias, mi teniente. Pero seguimos perdidos entre los árboles del bosque. El principal personaje de esta función se nos sigue escapando. Si sigue así la cosa tendremos a nuestros seis hombres entre rejas acusados de mil cosas, excepto de la muerte de Albi.

El teniente volvió a repasar las declaraciones de los detenidos. Hizo un gesto de escéptico desaliento y alzó un rostro sonriente hacia el sargento.

—Pero, bueno, sargento Martos, usted sabe tan bien como yo que en este trabajo debemos tener en cuenta todas las probabilidades. ¿Por qué no aceptamos el dictamen del médico? En realidad Albi había hecho un gran trabajo de investigación periodística. Era la coronación de una carrera que ya declinaba. La emoción, unas copas de más, un organismo débil, un fallo cardíaco… no le dé más vueltas. Tenemos, gracias a la libretita de notas de ese periodista, a cuatro hombres detenidos. El «Hermoso», el «Legionario» y el «Escorpión», convalecientes todavía, pero bien sujetos, y a «el Magnate», entre rejas, por su evidente implicación con los manejos de los anteriores.

—Armando Salinas, «el Magnate», menudo canalla. Debía haberle visto usted —Jacinto dejó escapar una risa caballuna en la que sus enormes dientes parecieron bailar— cuando el sargento, muy educadamente, le fue contando punto por punto los motivos por los que le iba a detener. «Me dejará usted llamar a mi abogado», dijo casi llorando…

—Sí —el teniente miró indignado al sargento—, y usted tendrá que pagar el destrozo del aparato telefónico, Martos. No acabo de aprobar sus métodos. Son un tanto… heterodoxos.

—Pero efectivos, mi teniente —aseguró, muy satisfecho, Jacinto—. Por poco se nos desmaya el «Magnate». Se tuvo que tomar media botella de champagne para tener fuerzas con que levantar su cuerpo y acompañarnos. Una vez aquí bastó media horita y un par de bufidos del sargento para que se declarara dispuesto a corroborar lo que hiciera falta. Saber que teníamos a sus compinches ya bien cogidos lo dejó sin ganas de nada.

—«El Escorpión», Eduardo Milá, también llamado «el Niñato», me dio más trabajo —rezongó el sargento—; tuve que bajarle de la escalerilla del avión a empujones…

—Y si no llego a estar yo allí —cloqueó muy ufano, Jacinto—, en estos momentos estaríamos llorando la triste desaparición de nuestro sargento.

Martos miró con su acostumbrada seriedad la gruesa lágrima que descendía por las mejillas del agente, distendidas por la sonrisa.

—En ti, lo justo es que hubieras dejado de llorar —gruñó.

—Interesante artilugio este —el teniente cogió una gruesa estilográfica de oro que, con una etiqueta, estaba sobre la mesa entre otros efectos también etiquetados—, y mortífero.

—En el momento —recordó Jacinto con evidente satisfacción— en que lo llevábamos hacia las dependencias de la policía del aeropuerto, el «Escorpión» sacó la pluma y dijo que tendría que dar una nota a la azafata para que se la entregara a su mujer, que le esperaba en el aeropuerto de Madrid. A mí me extrañó mucho, porque en mi «fichero» —y Jacinto se golpeó seca y ruidosamente la frente— consta que Eduardo Milá, alias «el Escorpión», alias «el Niñato», no estaba casado, ni lo había estado nunca, ni lo estaría, porque tiene una malformación congénita que le convierte en un… vamos, que de irle algo, sólo han de ser hombres.

—Maldita sea —rezongó el sargento—, cómo te complicas, muchacho. Termina de una vez, tenemos trabajo.

—Bueno, ya me lo ha explicado otras veces, Jacinto. Usted vio al «Escorpión» sacando la pluma y hacer un gesto casual con el que dirigió la plumilla a la mano del sargento, que lo sujetaba por el antebrazo izquierdo. Usted le dio un manotazo y lanzó la pluma al suelo. Esta contenía un artilugio muy ingenioso que depositaba una gota de un potente veneno en la punta de la plumilla. Bastaba un simple rasguño para que la víctima muriera en un plazo no superior a tres horas y sin dejar rastro alguno en el organismo.

Jacinto asintió vigorosamente. Mostró los dientes en una sonrisa que parecía feroz y sólo quería ser satisfecha y continuó:

—Eduardo Milá, hijo de un conocido industrial barcelonés que se arruinó en los sesenta, estudiante brillante de químicas, biología y bacteriología. Experto de toda clase de venenos… pero, sargento…

Martos se había puesto en pie, como si fuera el resorte de una caja sorpresa y había detenido la perorata de Jacinto con el rápido expediente de oprimir vigorosamente su brazo. El teniente lo miró con inquietud.

—¿Qué le pasa, sargento? Nunca le había visto tan excitado.

—Ya lo tengo, mi teniente, este debe ser el asesino. Al menos, el brazo ejecutor.

Sacó la libretita roja y consultó febrilmente.

El timbre del teléfono estremeció el ambiente tenso del despacho con su acento de alarma. El teniente descolgó.

—¿Sí?… ¿Al «Gaviota»? ¿Dónde? Buen trabajo… será estúpido. Me lo traes sin permitírselo… Por ahora incomunícalo. Ni abogado, ni gaitas. Tenemos unas horas por delante y no conviene que alerte al que queda.

Esbozó una sonrisa de disculpa, pero le tembló ligeramente el recto bigotillo de pura satisfacción.

—Bueno, sargento. Como usted comprenderá, no iba a dejarle solo en este asunto. Los muchachos de la Criminal se han movido con bastante sigilo. El

«Gaviota» está en nuestras manos. Uno de los nuestros se ha hecho pasar por «junkie» desesperado y con pasta y ha caído como un corderito…

—Es raro que se dejara engañar —Jacinto se rascó pensativamente la barbilla—. Luis Rojas, alias «El Gaviota», nacido en 1948, es uno de los mejores expertos en el asunto de drogas y un especialista en informática, tiene absolutamente controlados a todos los que tratan o dependen de drogas.

—Bueno, hemos utilizado los servicios de tres «camellos» conocidos…

—A cambio de qué… —gruñó, descontento, el sargento, que no dejaba de consultar la ajada libretita roja.

—Bueno —el teniente volvió a sonreír, aunque esta vez con cierta incomodidad —, pasaporte y libertad fuera de España.

—Y usted, mi teniente, protesta de mis métodos no ortodoxos —Martos no pudo evitar una mirada iracunda a su superior.

El teniente movió su cuerpecillo con nerviosismo y se plantó con algún desafío ante el corpachón del sargento. Empinó sus pies y alzó con arrogancia la redonda cara de probo oficinista.

—Está bien, sargento. Le habíamos interrumpido. ¿Qué ha descubierto?

—Esperaremos la declaración del «Gaviota». Habrá usted observado, mi teniente, que hay una laguna, curiosamente la misma, en todos ellos…

—La única laguna común consiste en que todos, absolutamente todos, tienen coartadas demostrables, muchas ya han sido comprobadas, de que el sábado y el domingo estuvieron ocupados bastante lejos y ajenos a lo que estaba haciendo el periodista. Excepto…

—No es eso —negó con impaciencia el sargento—. Sólo hay una laguna común: ninguno de ellos puede demostrar qué hicieron el jueves.

—Bueno, mi sargento, no sólo el jueves. —Jacinto abrió un «dossier» y fue a extraer las declaraciones.

—¡Claro, botarate! —gruñó impaciente el sargento—, tampoco aseguran otros días de la semana, eso sería doblemente sospechoso. Pero entre los días que cada uno se ve incapaz de presentar con coartadas comprobables, en todos coincide el jueves. Por otro lado, el último en ver a Albi y en, como los demás, amenazarle indirecta o claramente de muerte por lo que sabía o sospechaban que sabía, fue, justamente, el «Escorpión». El experto en venenos. Capaz de conseguir un veneno lento… muy lento y muy mortífero… digamos veinticuatro horas de plazo de muerte segura y sin rastros.

El teniente se pellizcó excitado el bigotillo funcionarial. Descolgó el teléfono y marcó un número.

—Cuando llegue el «Gaviota», me lo cogéis y directo al cuarto. Ni un minuto de descanso. Atornillarle bien. Creemos que fue uno de los implicados indirectos en la muerte de Albi… sí, por envenenamiento diferido.

Catorce

—La más importante red de venta de drogas del país, una estructura de tráfico de drogas que envidiaría la misma Mafia, el negocio de prostitución mejor montado de la historia, corrupción de menores, extorsiones, secuestros y matones a sueldo, contrabando en cantidades astronómicas, funcionarios de aduana, policías metidos en el asunto… y una organización en plan multinacional con varios expertos en asuntos contables, mercantiles y fiscales involucrados, sin saberlo, en este tinglado…

—Y varias sociedades absolutamente legales que recibían sus fondos de esta mafia y las acciones y obligaciones también legales compradas con el dinero de esta organización… sin hablar de las conexiones con el extranjero que vamos descubriendo: Marsella, Chicago, Beirut, Hong Kong… —añadió Jacinto.

El sargento golpeó pensativamente su gruesa nariz con la libretita roja. Tenía los pies puestos sobre la mesa de su despacho, en la que reposaba, desparramado, un voluminoso «dossier».

—Hasta falsificación de moneda… billetes de cinco mil pesetas fabricados en Ávila y Palencia, que… ¡maldita sea!

—¿Qué pasa, mi sargento?

—¿Te acuerdas de aquel tipo al que se detuvo hace unos meses por tratar de pasar dinero falso… precisamente billetes de cinco mil?

—Sí… déjeme un momento… —Jacinto puso los ojos en blanco y dejó que sus labios se abrieran en una sonrisa bobalicona que hizo emerger la anarquía agresiva de su dentadura—. Felipe Panero, dibujante excepcional, dedicado a ilustrar historietas… Se le dejó marchar, alegó que se los habían ido pasando en diversas editoriales para las que trabaja… varias personas testificaron en su favor…

—¿Qué editoriales? ¿Qué personas?

En el silencio subsiguiente podía casi oírse el ruido de engranajes del cerebro del agente a pleno funcionamiento.

—Dios mío… juraría que uno de los que testificaron a favor de este hombre… que incluso presentó a los demás testigos… nadie podía estar seguro de no haber pagado por error o inadvertencia uno de esos billetes…

—¿Quién? —tronó el sargento.

—Pues… pues… lo he de comprobar, pero juraría que fue Albi, el periodista.

Quince

—Bien, sargento, muy hábil. Sabemos cuál fue el hilo que llevó a Albi a desenredar toda la madeja. El falsificador que trataba de meter algunos de los billetes que fabricaba, Albi sale como fiador y a cambio de su silencio y su complicidad le hace confiarle parte del montaje. Nuestro periodista comienza las pesquisas en

silencio y con discreción y va ensartando, una a una, las piezas de este tinglado monstruoso del vicio, la corrupción y el crimen organizado. En una última semana se reúne con todos y cada uno de los cabecillas de esta «sociedad limitada» del delito y les cuenta algo de lo que sabe… ¿con qué finalidad? ¿Para que le maten? ¿Por qué no nos lo cuenta a nosotros? ¿Por qué no lo publica?

Martos se encogió de hombros. «No lo sé, mi teniente.» Se frotó la enorme panza y contempló con curiosidad sempiterna las fluyentes lágrimas de Jacinto, que parecía abismado en sus pensamientos.

—A lo mejor, mi teniente —habló al fin—, es que Albi leía demasiadas novelas policíacas y…

El teniente asintió con impaciencia.

—Sí, sí… pero el caso es que hemos destruido la estructura de esta mafia, pero no tenemos todavía al sexto nombre, al que Albi vio el jueves…

—Sí… a «M.H.». En la libreta sólo pone: «Entrevista. Un éxito».

—Y mientras, todos niegan tener nada que ver con la muerte de Albi y, tal como dijo usted, tampoco el «Gaviota» tiene coartada comprobable el jueves.

—Pero todos tenían ganas de retorcerle el pescuezo. El «Legionario» ha confesado que el día de la cita si Albi no se llega a largar, se lo carga allí mismo —completó Jacinto.

—Hay que encontrar a «M.H.».

La puerta del despacho se abrió sin ceremonias y los tres hombres se pusieron en pie, el sargento y el agente en posición reglamentaria de firmes y el teniente se acercó deferentemente al recién llegado, un hombre alto y muy delgado, de rostro pálido, vestido con elegancia y que desprendió un aroma fuerte de seco perfume de calidad.

—A sus órdenes, don Antonio —musitó el teniente, alargando la mano, que fue estrechada con vigor.

—Felicitaciones a usted y a sus hombres —el caballero se dio la vuelta y estrechó las manos del sargento y Jacinto—. Un buen trabajo. Recibirán mención oficial por esto. Acaba de dimitir el gobernador civil, Holgado…

—Holgado… ¿cuál es su nombre, señor? —casi gritó con su vozarrón bronco el sargento.

El interpelado lo miró con curiosidad.

—José Holgado, sargento. ¿Pensaba usted en esas misteriosas iniciales? ¿Coinciden?

—No, señor… —contestó mohíno el sargento.

—Bien… en lo que a mí respecta podemos dar el caso por cerrado en lo referente al periodista muerto —se dirigió al sargento—, ya me ha contado el teniente lo que significaba para usted. De todas maneras puede estar satisfecho. Hay un ascenso por méritos esperándole, sargento. Ya descubriremos quién es el hombre que se oculta tras esas iniciales. Tal vez no sea más que otro eslabón. Tengo la impresión de que él o los «cerebros» de todo esto están fuera de España. Que todo este monstruoso

tinglado es un simple ramal. La internacional del crimen y todo eso que encanta a novelistas y gacetilleros… algo de eso hay.

Dieciséis

—La dimisión del gobernador civil alegando que se siente responsable de que este horror haya ocurrido en su ciudad y él sin enterarse… tantas víctimas… no sé… también dimitió el jefe superior de policía y otros altos cargos, pero a esos no se les ha aceptado…

—Deje de darle vueltas, mi sargento… ¿o he de llamarle mi teniente?

—Déjate de idioteces, Jacinto. El hombre «que fue jueves» se nos escapa, maldita sea —volvió a hojear la libretita con desesperación—. «Entrevista con M.H. Un éxito.» Ni una palabra más. Con los demás ocupa páginas enteras de anotaciones…

—Es raro… —afirmó Jacinto, distraído—, siendo una entrevista, cualquier periodista…

El golpe brutal sobre la mesa hizo saltar involuntariamente a Jacinto. El sargento ya estaba de pie y se dirigía a la puerta con una agilidad que siempre maravillaba al agente.

—Mi… mi sargento… ¿dónde va usted?

—Al periódico de Albi… ¿en qué otro lugar podría estar la entrevista redactada?

Diecisiete

—Pues sí, sargento. La última cosa que escribió el pobre Albi fue una entrevista. La tengo por aquí. Era una entrevista muy extraña, escrita de una manera muy rara, no le presté mucha atención. No era nada de actualidad y no andamos sobrados de espacio. ¿Por dónde? ¿Por dónde? ¿Por dónde la tendré? —canturreó el hombrecillo mientras tamborileaba sobre la atestada mesa, repleta de originales y pruebas de imprenta.

—Es vital que la encuentre, señor director.

—Ya, ya… mi querido amigo… hago lo que puedo. —Comenzó a abrir cajones sin dejar de canturrear alegremente—. Y no soy el director, sólo redactor-jefe.

—Muy bien —gruñó el sargento, cada vez más impaciente.

—¡Ah! —el rostro del hombrecillo se iluminó—, estará en la carpeta de «recursos».

Sacó una enorme carpeta azul rebosante de papeles mecanografiados y comenzó a hojearlos rápidamente uno por uno. En el silencio del despacho, apenas turbado por el sordo rumor de las máquinas, el sutil rasgueo de los folios al ser desechados y un

ruido líquido de negación que producían los labios del redactor-jefe, Martos sentía que sus nervios se tensaban como las cuerdas de una guitarra.

—¡Hombre! Aquí está. «Entrevista a Mariano Holgado, jefe del Puerto de Barcelona». —La sonrisa de satisfacción se borró de su rostro—. ¡El primo del gobernador civil dimitido! Casualmente esta mañana se marchó a Sudamérica… ¿estará implicado en el asunto de… oiga?

El redactor jefe miró, con una enorme sorpresa, cómo en fracciones de segundo desaparecía el folio que tenía en las manos y la voluminosa figura del sargento prácticamente se esfumaba ante sus ojos dada la rapidez con la que atravesó el despacho y, con un portazo, salía de la habitación.

Dieciocho

—Bien, sargento. Todo aclarado. El primo del gobernador civil tenía excelentes fuentes de información de las medidas de seguridad, de los hombres que las ocupaban y por su cargo de jefe del Puerto, podía controlar cuestiones de contrabando y tráfico de drogas, etc. Lástima que se nos escapara. Supongo que la dimisión del gobernador fue la señal de partida. Será difícil demostrar que hubiera entendimiento entre los dos primos. De todas maneras, hay muchas presiones para que se eche tierra al asunto. Se han pedido extradiciones y todo eso, pero cuando el avión de Holgado llegó a Buenos Aires, nuestro hombre había desaparecido. Debió comprar dos billetes distintos y largarse a otro lugar del mundo. El F.B.I., el Deuxiéme Bureau y Scotland Yard están avisados, así como las policías de Alemania e Italia. Será difícil pescarle. Asunto resuelto, ¿no?

—No, mi teniente. —Martos ignoró el gesto de fastidio de su superior—. Alguien mató a Albi. Uno de esos seis o todos ellos con la ayuda de «el Escorpión».

—Bueno, sargento. Se acabó. Deje usted ya el tema. Vuelva a su departamento de documentación con el agente Jacinto. Supongo que no tardará en recibir la notificación de ascenso y entonces ya pensaremos en algo mejor para usted y para el agente.

—Perdone, señor —Jacinto levantó un dedo como un colegial y trató de esbozar una sonrisa—, yo preferiría seguir en Documentación…

Diecinueve

—Mi sargento, ¿por qué no deja de darle vueltas? Aquí ya no hay nada que ver, sólo novelas policíacas y trastos viejos. Deberíamos llevarnos los libros y lo que se pueda aprovechar y tirar lo demás. Ya ha oído usted a la vieja… señora de la pensión.

Que necesita la habitación y que el plazo ha vencido y que tiene que desinfectar, y que hay que ver mala impresión de que alguien se haya muerto aquí, y que…

—Cállate, Jacinto.

—Sí, señor. —El agente se dejó caer sobre la cama junto a su jefe, con un suspiro de resignado fastidio. Su mano, distraída, cogió el primer libro del montón que había sobre la mesita de noche. Leyó—: «El factor humano», de Graham Greene. Debió ser…

—Sí, ya lo dijiste el otro día… —interrumpió abruptamente el sargento—, debió ser el último…

Martos miró con los ojos desencajados el libro y lo arrebato de las manos del agente. Comenzó a hojearlo lentamente.

—Tal vez la solución la tengamos delante de las narices. Los seis canallas habían estado reunidos el jueves en casa de Mariano Holgado. Albi hablaba en su entrevista de una «amable y significativa reunión de negocios» en la que su presencia inesperada fue bastante mal recibida. Las entrevistas del viernes y del sábado con el «Magnate» y el «Escorpión» tienen dos peculiaridades en las que hasta ahora no había caído: el «Magnate» le ofreció dinero, participación en negocios, propiedades… trató de comprarle. Y el «Escorpión» fue el que más le amenazó y tuvo discusiones con él. Como si todo ya estuviera decidido. —Golpeó el libro secamente—. Decidido en la reunión del jueves de la plana mayor, interrumpida por la visita de Albi al jefe del Puerto y, probablemente, con una discusión violenta en la que Holgado, sorprendido y atemorizado, descubriría sin querer todo el pastel a los ojos ya avisados del periodista. Luego, enviaría el «Magnate» para que tratara de comprarlo y al «Escorpión» para que lo liquidara en silencio y con prudencia. ¿Qué es esto?

Martos acercó a sus ojos el libro abierto.

—Las páginas 95 y… 96 están llenas de subrayados. Y hay una anotación al margen: «Hablar con Luis Miguel, laboratorio».

—¿De qué habla Greene en esas páginas? —Jacinto se inclinó sobre el hombro del sargento. Este hizo un gesto de rechazo.

—Mira en la libreta de teléfonos y direcciones, todos los Luis Miguel y en la «L» de laboratorios. Yo leeré esto:

> «Estoy elaborando una bonita idea, John. Cacahuetes».
>
> «Los cacahuetes cuando se estropean producen un moho causado por la *aspergilus flavus*.
>
> «Me concentraré en el moho. Este produce un grupo de sustancias de alta toxicidad conocidas por el nombre colectivo de aflatoxinas.
>
> «La aflatoxina mata las células hepáticas. La autopsia muestra hemorragia y necrosis del hígado, así como obstrucción renal. La

> muerte se produce en cuestión de una semana, según las dosis el forense podría pensar… en los excesos de ingestión de alcohol.

—Ya lo tengo, mi sargento.

—Yo también, Jacinto. —El sargento cerró pensativamente el libro y se lo colocó bajo el brazo. Se levantó pesadamente y miró tristemente en torno suyo—. Le diremos a la dueña de la pensión que puede hacer lo que quiera con todo esto. ¿Qué decías, Jacinto?

—Juan Luis Diez. Médico. Empleado en los Laboratorios Químicos municipales.

—Vamos a charlar con él. Creo que ya sabemos cómo mató el «Escorpión» a Albi. Y él también debió sospecharlo. Pero no le dio tiempo a consultar a su amigo el doctor Diez. La muerte llegó primero. Lástima que no se le hiciera una autopsia.

Veinte

—Encantado de conocerle, sargento Martos. Albi me había hablado mucho de usted. Creo que es usted un excelente gastrónomo y un cocinero muy imaginativo. La verdad es que le esperaba unos días antes. Ya no sabía qué hacer.

—¿De qué habla, doctor?

—Pues de la carta.

—¿Qué carta? —El sargento sintió como una mano helada que se posaba en su nuca. Agitó el cabezón leonado, con disgusto.

—La que nuestro pobre amigo me dio para usted. Me dijo que vendría a buscarla a lo sumo veinticuatro horas después de su… muerte.

—Luego, ya sabía que iba a morir. ¿Por qué no nos avisó usted, doctor? —la voz del sargento sonó extremadamente dura.

—¿Cómo? —el médico, un atildado joven vestido con una bata blanca, con una expresión bondadosa en el rostro, ahora un poco desfigurado por la sorpresa—. ¿Avisarles? ¿Por qué había de avisar a la policía de que Albi tenía un cáncer mortal y fulminante, un cáncer de linfa adelantadísimo?

El sargento sintió un vahído. Se apoyó sobre la mesa del laboratorio haciendo tintinear los tubos de ensayo y las probetas y los extraños y brillantes aparatos que la llenaban de extremo a extremo.

—Cuidado, sargento. No dé esos empujones a la mesa, hay ciertos preparados que…

—¿Cáncer?… —susurró Martos.

—Pues sí. Una verdadera desgracia. Cuando se lo descubrimos, hace quince días, apenas le dábamos un mes. Ocurrió antes. Me pidió que no dijera nada a nadie. Pero la semana pasada vino a verme y me dejó una carta para usted.

—Por favor… —el sargento se pasó una mano lentamente por los ojos.

El médico se acercó ágilmente a una mesa de despacho y buscó en uno de los cajones. Extrajo un sobre y miró con interés al sargento.

—Está usted muy pálido, sargento. Siéntese aquí. Lamento haberle dado la noticia tan brutalmente. Pensaba que siendo amigo de Albi él le había informado. De hecho, el último día que estuvo aquí, hablamos mucho de usted. El decía que usted era un gran detective al que las circunstancias habían burocratizado. Luego tuve que irme y le dejé aquí haciendo unos experimentos.

—¿Unos experimentos?

—Sí, tenía una gran curiosidad por las técnicas de laboratorio. Era un experto en criminología y medicina legal, como usted sabe. Que yo sepa, experimentaba con alcaloides y últimamente con la cromatografía de capacina preparativa…

—¿Qué?

—Oh, perdone. Se trata de una técnica para separar las aflatoxinas de ciertas sustancias en las que se producen colonias artificiales de hongos. De ahí se extraen las aflatoxinas…

—¿Cacahuetes?

—Oh, sí… —el médico miró sorprendido al sargento—, cacahuetes o granos de arroz, hay bastantes sustancias primas de donde sacarlas.

El sargento abrió lentamente el sobre, sus manos temblaban…

Epílogo

Querido Martos: No sé hasta qué punto del asunto habrás llegado. Es mi riesgo. No creo que me defraudes. El hecho de que hayas venido al laboratorio es señal de que te mueves en la dirección correcta o tal vez que ya has llegado al final. Pues sí, querido sargento, querido comilón, yo soy el asesino. Mi propio asesino. Yo preparé las aflatoxinas que me eliminarían rápidamente, antes de que me destruyera por completo el cáncer. Y, de paso, ponía un magnífico epitafio a mi tumba. ¿O es que la desmembración de esa siniestra compañía de criminales no es un buen logro, un gran reportaje, una inmejorable primicia? Yo ya no tenía tiempo, ni fuerzas para llevar a cabo este asunto. Por eso me he permitido preparártelo todo como en una de esas novelas que tanto discutíamos y disfrutábamos, como la mejor novela que podía haber escrito yo mismo y que ya no me rechazará ningún editor… de este mundo. En el otro tal vez un Juez menos severo me perdone. Al menos por haber librado al mundo de seis canallas que lo hacían aún más cruel y más despiadado. Perdóname esta última broma literaria. Después de tantos fracasos en ese terreno, me lo debía a mí mismo.

Albi

Postdata. Un buen trabajo, ¿verdad?»

LA AGUJA EN EL PAJAR

Fernando Díaz-Plaja

Nací en Barcelona; obtengo la licenciatura en Filosofía y Letras en la misma ciudad y el Doctorado en Madrid. Profesor de varias universidades extranjeras. Tengo más de sesenta años, más de sesenta libros publicados y conozco más de sesenta países que he descrito en algunas de mis obras como El mundo de colores, Los Brasiles *o* Viajes por la Europa roja. *En otros libros estudio a la gente de mi alrededor como en la serie de* Los Pecados Capitales, El casado imperfecto, El libro de las manos *o* El libro de los ojos*; o procuro aproximar la Historia de España a la gente tanto en su raíz,* La Historia de España en sus documentos *(8 tomos) como en su interpretación,* La Sociedad española desde los orígenes hasta nuestros días*;* Otra historia de España; Francófilos y Germanófilos; La guerra civil y los poetas españoles..

MIENTRAS hay un árbol en un radio de distancia de veinte kilómetros la cosa en agosto tiene su pasar. Basta con colocarse bajo de su copa. El servicio es el mismo, pero al menos está uno cómodo, un poco más fresco…

Si resulta además que ese árbol está situado en la cima de una cuesta donde existe la raya continua, miel sobre hojuelas; se está fresco y al mismo tiempo puede vigilarse el punto más delicado de las carreteras españolas, aquel que, según las estadísticas, provocan el mayor número de accidentes, es decir, el adelanto prohibido por falta de visibilidad.

—Aunque alguien siempre dice que veía muy bien —dijo el guardia—, ¿no lo has oído?

—¡Hombre!, incluso me dicen que «en esta curva» es precisamente donde no hace falta la prohibición —contestó el cabo—. En cambio, en otros lugares de la carretera…

Sonrieron recordando las mil excusas que da siempre el automivilista cuando le acusan de una infracción a las reglas. La más típica es la negación absoluta: «No he cruzado la línea, guardia». Tras ésta y ante la insistencia de los vigilantes ceden un poco: «Bueno, quizás unos metros», y cuando les recuerdan que la infracción sigue siendo infracción por poca distancia que hayan cruzado, pasan de lo particular a lo universal. En lugar de negar la falta niegan su prioridad. «Mejor sería que vigilasen ustedes a los motoristas… a los extranjeros que van como locos… a los carros que van sin luces.» Y cuando se les decía que así se hacía, rezongaban que nunca habían visto poner una multa en ninguno de esos casos.

El cabo y el guardia llevaban muchos años en aquel trabajo para extrañarse demasiado ante las manifestaciones que oían. Lo normal, lo acostumbrado, eran las etapas de asombro (¿yo hacer eso?), luego las de extrañeza (no lo hago nunca), y por fin del resentimiento antes aludido. En términos generales comprendían la reacción del automivilista basada casi siempre en su soberbia. No es agradable quedar mal ante la familia o acompañantes y menos ante los otros automovilistas que al pasar lanzaban miradas irónicas, especialmente aquellos a quienes habían adelantado unos quilómetros antes; por ello los de Tráfico admitían el refunfuñar de las víctimas de su celo, fingiendo no oírlas. Aunque si precisaban una acusación o un insulto no tenían más remedio que tomar medidas más severas que la propia multa.

Aquel día de verano realmente no había demasiado jaleo. Unas diez contravenciones que, teniendo en cuenta la abundancia de vehículos de vuelta de la época estival, era realmente muy poco. Estaba ya anocheciendo y su jornada, como el día, estaba también terminando… dentro de poco sería la vuelta al cuartel; luego, tranquilamente, una ducha y a vestirse de paisano y salir a tomar unas copas.

Este era el programa que el cabo Juan García Oliveras y el guardia primero Antonio Ruiz Martos comentaban y ya casi paladeaban para aquella noche…

Y de pronto el enemigo de aquel proyecto apareció en el fondo del valle subiendo a toda velocidad hacia donde ellos estaban. El potente motor a más revoluciones de lo

normal fue lo primero que alertó a los dos guardias. Interrumpieron la conversación y se acercaron al cambio de rasante. Entre las luces de los faros que subían emparejados en hileras por la cuesta vieron dos que en lugar de seguir lentamente su camino saltaban al lado opuesto, se disparaban cuesta arriba y luego obligados por los coches que llegaban, se intercalaban rápidamente entre otros pares de luces. Unos metros más adelante saltaban de nuevo fuera del carril, avanzaban otro poco y con un rechinar de frenos ante el nuevo obstáculo volvían de nuevo a su puesto.

—Vamos a tener trabajo…

Siguieron observando, los ojos fijos en el coche rebelde, midiendo con la vista la distancia que le separaba del principio de la línea continua. Era importante esa situación porque en la mente reglamentaria de los guardias hasta entonces el coche era culpable sólo de conducción errática y aun peligrosa, pero esa acusación —lo sabían por experiencia— era difícil de probar; ante un tribunal lo que constituye temeridad es arduo de definir. Como había hecho notar un brillante abogado ganándole el caso a la Dirección General de Tráfico, tan temerario puede ser un viejo conduciendo a cuarenta quilómetros por hora entorpeciendo el tránsito con un coche antiguo, como un joven llevando el nuevo modelo a ciento veinte y saltándoselo. Pero cuando cruzara la línea continua no habría dudas de ninguna clase; el delito estaría consumado.

Lo hizo. Desde la altura los guardias vieron perfectamente los focos alumbrando la raya seguida y el coche que segundos después la tapaba con su masa. Sin consultarse, repitiendo una maniobra realizada mil veces, el cabo se adelantó a un cuarto de la carretera, mientras el guardia se acercaba a su moto; una mano cogió el manillar y la otra se apoyó en la culata de la pistola. Nunca se sabía lo que podía traer un coche desbocado que se acercaba con fuerte ronroneo por la cuesta. El cabo se adelantó un poco más, dio paso con su mano izquierda a un coche pequeño que estaba coronando la cima en aquel momento —el conductor le miró nerviosamente antes de lanzar un suspiro de alivio, ¡no era él!— y se plantó erguido frente al automóvil que se acercaba a alta velocidad, con la mano derecha abierta y un poco separada del cuerpo. La señal internacional que desde siempre significa que el que se acerque, hombre, animal o vehículo, tiene que pararse.

Para pararse, un coche necesita usar de los frenos, pero los que en aquel momento y frente al cabo García sonaron con un chirrido escandaloso en la noche no indicaban que el conductor aceptase esa orden. Ese sonido de la presión sobre la zapata de la rueda indicaba solamente que el coche, en la brusca maniobra para evitar al guardia, se había acercado peligrosamente al abismo de la parte contraria de la carretera, siguió unos metros rozando el borde y tambaleándose, el pie del conductor saltó del freno al acelerador, el coche dio un breve salto hacia adelante y se disparó en la oscuridad de la noche.

Con el último petardeo que se oyó se mezclaron los primeros de la moto puesta en marcha por el guardia Ruiz. En el momento en que vio que el coche no disminuía su

velocidad, saltó al sillín y al resbalarse por el arcén contrario el pie había caído sobre la palanca de puesta en marcha. Luego le bastó una mirada a su jefe para cerciorarse de que estaba ileso, mirada que el cabo devolvió con el gesto habitual, tantas veces visto y obedecido. El guardia Antonio Ruiz Martos estaba ya lanzado en la persecución cuando el cabo Juan García Oliveras se acercó lentamente a su moto y oprimió el botón de la radio. «Oiga, oiga… ¿cuartel? Aquí el puesto número veintidós, habla el cabo García…» Completó el mensaje con pocos datos. Por la velocidad con que había pasado el coche no había distinguido el número de la matrícula… de todas maneras el guardia Ruiz tenía tiempo para verlo porque había salido tras él. Iba a seguirle. «Corto y cambio.»

Puso en marcha la motocicleta y salió tras de su compañero.

No aceleró demasiado porque pensó que alcanzaría el cazador y a su presa a los pocos quilómetros. Se imaginaba ya la escena tantas veces vista; el coche en el arcén, la moto situada al lado, el guardia tomando calmosamente notas de la matrícula y de la documentación mientras un conductor muy nervioso agitaba en aspas los brazos: «Le juro a usted que no he visto la raya ni al guardia… yo jamás cometo una infracción, jamás, se lo aseguro», mientras en el interior del coche los familiares ponían cara preocupada y alguien (casi siempre era una señora, la mujer o la suegra), repetía en voz baja: «Se lo he dicho… se lo he estado diciendo todo el camino…».

La evocación de la familiar escena le obligó a sonreír. Y esa sonrisa es la que se heló de pronto al contraer todos sus músculos en el brusco frenazo. Allí, a los pocos quilómetros, estaba efectivamente el guardia Ruiz. Pero no estaba de pie, tomando notas, ni a su lado movía nadie las aspas de sus brazos para justificarse… El guardia Ruiz estaba tendido en el suelo junto a la cuneta, totalmente solo… y cuando el cabo saltó de su moto para acercarse a él se dio cuenta de que estaría solo para siempre. La soledad de los cadáveres.

Apretó los puños, vio la moto tirada en el centro de la carretera y su espíritu profesional reaccionó rápidamente. Con esfuerzo la arrastró al lado del camino, junto a su dueño, y al colocarla de pie se quedó absorto. La moto no tenía la rotura que esperaba encontrar, la de la barra protectora de un lado y de la parte del manillar, los daños normales cuando el vehículo derrapa y choca contra el suelo. Lo que estaba roto era la parte delantera, rueda, matrícula, guardabarros… el guardia Ruiz no había caído en la curva, el guardia Ruiz había chocado frontalmente con algo o alguien.

Un coche se detuvo a su altura y bajó un hombre… detrás otros se pararon también.

—¿Pasa algo, guardia? ¿Puedo ayudar?

¿Podía ayudar? ¿Había algo en que ayudar? El cabo hizo un gesto de espera con la mano, volvió al lado del compañero, le miró los ojos vidriosos, apoyó la cabeza en su pecho. Ni un latido… los coches seguían llegando, parándose, la gente bajaba y se acercaba… El sentido profesional volvió a acuciarle. Se levantó.

—No, por favor, circulen… aquí no tienen nada que hacer… si ha sido un accidente… ¿tienen ustedes… tienen ustedes una manta que pudieran prestarme?

«Una manta…» «una manta…» la petición corre de coche en coche, «necesitan una manta para abrigar al herido», «¿quién tiene una manta?»… Alguien se adelanta con timidez, se la entrega al cabo y rechaza las gracias, la petición de dirección. El cabo de todos modos toma nota mental de la matrícula, camina con la manta hacia su compañero. Le siguen todos a cierta distancia comentando en voz baja. Y de pronto todos se callan mirándose entre sí. Porque el cabo ha colocado la manta sobre el cuerpo tendido cubriéndole totalmente, cabeza incluida. Y eso no se hace nunca con un herido al que hay que dejarle siempre la vista del cielo; taparle los ojos es quitarle también la esperanza. Eso sólo se hace con los muertos…

La gente se vuelve lentamente a los coches. El cabo se endereza, toma el mando. «Por favor, circulen, circulen… sigan, sigan…» La caravana se pone lentamente en marcha. El cabo agarra de nuevo el aparato de radio.

—Oiga, oiga, ¿cuartel? Aquí el puesto número veintidós, habla el cabo García. Ha habido un accidente… el guardia Ruiz…

Dudó un momento. La referencia de antes bastaba, para la rutina, la persecución de un automóvil infractor del código de la circulación. Ahora en cambio había que completar la filiación como se llamaba en la jerga oficial. No podía haber error de persona.

—Repito, el guardia Antonio Ruiz Martos ha sufrido un accidente… esta muerto, sí, muerto. No, no ha sido una caída… (miró hacia la moto en el suelo), ha sido un asesinato.

Dio el lugar del suceso tras un pequeño cálculo de la distancia recorrida y de pronto, abruptamente, «Corto», y se dirigió hacia la dirección de donde procedía. A los pocos metros encontró lo que buscaba; unas huellas de neumáticos hundidas en el asfalto; el frenazo había sido tremendo, pero esas huellas estaban colocadas *de través* en la carretera. Era la primera mitad del enigma; caminó unos metros más. Las ruedas de la motocicleta habían dejado otro impacto también profundo pero en el camino normal de un vehículo que se desplaza a lo largo de la carretera. Ahí era donde el guardia Ruiz había hecho un último y desesperado esfuerzo para salvar su vida sin conseguirlo. El cabo puso la moto de lado en el arcén iluminando con sus faros la huella de ambos vehículos y después colocó con cuidado una señal de peligro. Cogió de nuevo la radio: «Cuartel, cuartel, aquí llamando el puesto veintidós, habla el cabo Juan García Oliveras (se estremeció. Daba su propia filiación entera)… sobre el accidente ya informado. El culpable del asesinato del guardia Ruiz Martos es un coche al que perseguía; se atravesó adrede en la carretera para que se estrellase contra él… no, sigo sin saber la matrícula, pero tiene que tener un impacto fuerte en el lado izquierdo, sí, en el izquierdo, por este lado se volvió. No puede estar a más de quince quilómetros de aquí. Gracias. Corto».

Un coche se acercaba frenando al llegar a la señal. El cabo se colocó junto a ella dentro del rayo de luz de sus faros y le indicó que pasara por el lado sin tocar las huellas del suelo. Siguieron otros coches, cada vez menos, porque la noche se echaba encima e iba metiendo a la gente en sus casas, en sus hoteles. El cabo los hacía pasar «sigan, sigan, no se detengan, sí, ha sido un accidente, ustedes sigan…» Cuando se quedaba solo miraba tristemente al bulto situado en el arcén.

* * *

No estaba a más de quince quilómetros, efectivamente. Para ser precisos estaba sólo a ocho, pero no en la carretera principal sino en una secundaria de pésimo piso; había rodado: por ella tinos cientos de metros y por fin se había salido de ella bamboleándose hasta colocarse tras unos arbustos. Los faros se apagaron. Pasaron unos minutos de silencio. Al comprobar que nadie les seguía el hombre bajó con una linterna. La encendió y dirigió el haz al lateral del coche.

—¡Mierda!

La fuerte luz destacaba la tremenda abolladura, seguía su borde, se metía en el agujero. El hombre pasó la mano por encima en un ridículo intento de alisarla, de borrar la cicatriz. Lanzó otra interjección.

Del interior del coche salió el rumor de unos sollozos.

—Cállate.

—Te lo dije, te lo dije… —era una voz femenina, convulsa—, no vayas tan de prisa… y ese pobre hombre, ese pobre hombre…

—¡Te digo que te calles! Es demasiado tarde. Y además probablemente habrá salido con una herida sin importancia.

—¡Pero si ha volado por encima de nosotros!, ¡ha volado! ¡Le has hecho volar tú al cruzarte en la carretera!

—¿Cómo: tengo que decirte que ha sido un accidente? Al intentar parar me han resbalado las ruedas y he perdido el control del coche; eso es todo, ¡qué culpa tengo!, ¡le puede pasar a cualquiera!

—No es cierto, Luis, no es cierto —la voz hipaba convulsivamente—; lo has hecho adrede, no podías consentirlo, tu soberbia no podía consentir que te detuviesen, que te riñesen; lo has dicho cuando veías que te iba a alcanzar: ¡Ahora verá lo que le espera ese hijo de puta!

El conductor dio con la linterna en la carrocería; el golpe resonó largamente en la noche tranquila.

—Y aunque así fuera, ¿qué más da? Ahora hay que escapar de eso, estarán furiosos (eso lo dijo en voz baja como si hablase consigo mismo), estarán furiosos si le ha… si le ha pasado algo grave.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué lo has hecho?

—¡Basta! ¿Me quieres ayudar sí o no? O prefieres —la voz se hizo sarcástica—, o prefieres ir a denunciarme?

—Ya sabes que no… ya sabes que no… —la voz se hizo apenas audible y los sollozos fueron también debilitándose. Sólo se mantuvo un temblor espasmódico tan fuerte que hacía vibrar el coche. El hombre entró de nuevo en el coche, abrió la guantera y sacó un mapa vial.

—Voy a ver dónde estamos.

La linterna fijó su rayo de luz sobre el entrelazado de carreteras. El hombre iba murmurando mientras las seguía con la luz.

—Habíamos pasado hace poco por Motilla del Palancar, ¿verdad? ¡Te pregunto! —del bulto a su lado salió un leve «sí»—. Entonces, si hemos tomado el primer camino a la izquierda debemos estar cerca de Tébar… Creo que hemos hecho bien en tomar el de la izquierda, lo lógico es que alguien que quiera salir de la carretera general se vaya por su derecha, nos buscarán por ahí, hacia el pantano de Alarcón… (en el recuerdo «sintió» de nuevo el fuerte golpe, «vio» de nuevo a un muñeco saltando en una pirueta trágica por encima del automóvil, «oyó» el otro golpe, este más sordo, del cuerpo contra el suelo) …nos buscarán —acabó desmayadamente—, por todas partes.

* * *

—La alarma se dio en el mismo momento de recibir su llamada con los datos, cabo —el capitán se acercó al mapa de la pared—. Pusimos inmediatamente parejas en Tarancón por el norte y en Requena por el sur. Hasta ahora no han detectado ningún coche con un golpe como el que ha tenido que recibir tras el choque. Naturalmente, si el conductor… —miró al cabo, que contraía los puños—, si ese asesino quiere evadirse, habrá tomado una carretera secundaria a derecha o a la izquierda de la general. A su favor está el hecho de que puede elegir libremente su camino al estar motorizado; nuestra ventaja es que lleva con él un lastre difícil de sacudirse; el coche que le sirve de medio de huida también va denunciando su culpa.

—Si no encuentra un taller antes que nosotros le encontremos a él, mi capitán.

—Efectivamente, cabo. Pero, fíjese; tiene que encontrar el taller de carrocería precisamente en esta zona, no hay tantos y sabemos cuáles son, que le arreglen inmediatamente la *avería…* además, además… tendría que silenciar de alguna forma a los que allí estuvieran porque si no la descripción del coche y de sus ocupantes estará en manos del primer guardia que pase por allí. Lo tiene muy difícil; aparte de los puntos fijos en la general peinaremos la zona totalmente en las próximas veinticuatro horas. —Tomó el puntero, se acercó de nuevo al mapa y trazó líneas imaginarias—. El coche tiene que estar dentro de un cuadrado limitado por los vértices de Requena, La Roda, Montalbo y Cuenca aproximadamente. Le cogeremos,

cabo; no se preocupe. Y ahora es mejor que se retire a descansar. Mañana será usted el primero en la búsqueda, como imagino que desea.

—Así es, mi capitán. Gracias. Con su premiso, iré un momento a verle…

—Vaya, cabo. Buenas noches.

El guardia Antonio Ruiz Martos yacía en su cama de campaña, la misma que utilizaba en vida. Tenía una expresión afable; el golpe había sido en la parte de atrás del cráneo y la cara, bajo la gruesa venda, aparecía sin ninguna marca. El cabo García le miró unos momentos. Luego saludó torpemente y salió.

* * *

Empezaba el día; el hombre se despertó bruscamente como una fiera alertada por el peligro. Una bicicleta se acercaba por el camino y lo que había oído era el choque de sus hierros cada vez que su dueño pasaba por uno de los innumerables baches. El hombre salió del coche. Era imposible que no le viera y pensó que era mejor que el testigo se quedara lo más lejos posible de la carrocería abollada.

—Hola, buenos días.

El ciclista se detuvo en un cómico intento de aguantar el equilibrio y puso un pie en el suelo.

—Buenos días tenga usted.

Miró el coche y luego el camino hacia adelante.

—¿Han tenido una avería?

El hombre dudó un momento antes de contestar. Naturalmente, el campesino estaba extrañado de verles en aquel páramo. Pensó en decir que sí, pero eso representaba la oferta, de auxilio, la promesa de llamar desde el primer teléfono a un taller. Justamente lo que el hombre no quería.

—No… qué va… nos salimos anoche de la carretera general para descansar un poco; llevaba muchas horas de viaje y al menos pensé que aquí, un poco retirados, no oiríamos el paso de los coches. Y ya ve usted, nos hemos quedado dormidos toda la noche.

—Ya…

El campesino observaba con curiosidad el coche. Afortunadamente, pensó el hombre, el golpe está al lado contrario.

—Este camino lleva a Tébar, ¿verdad?

—Sí, señor —el ciclista accionaba indicando la dirección como si se pudiese ver el objetivo—, tras Casas de Guijarro sale a la Roda en la carretera nacional. ¿Van para allá?

—Pues sí… —el hombre hacía cálculos de lo que tardaría el campesino en comentar el encuentro—. En realidad, vamos a Quintanar a visitar a unos parientes. Pensábamos desviamos en La Almarcha y pasar por Belmonte, pero ya que estamos aquí… Desde La Roda también podemos ir, ¿verdad?

—Ya lo creo.

—¿Y cómo está el camino hasta allí?

—No está mal. Mejora después. Además, con un coche de estos…

—Pues lo vamos a hacer, así vemos otro paisaje, ¿eh, cariño? (Llegó una respuesta débil, apenas cumplidora, y el hombre se volvió sonriente al labriego.) Está medio dormida todavía. (Pero si seguía el camino anunciado tenía que alcanzar forzosamente al ciclista. A menos que…)

—¿Usted va a La Roda?

—No, señor. Voy a trabajar un pedazo de tierra que tengo aquí cerca, por el Picazo…

—Ya. Entonces no le digo hasta luego. Adiós y gracias por su información.

—De nada; a mandar. Quédense ustedes con Dios.

Se fue la bicicleta en zig-zag por la carretera. El hombre ahora hablaba aparentemente a su mujer pero en realidad estaba pensando en voz alta.

—Si están vigilando las carreteras de la zona, como imagino, ese hombre contará lo que ha visto. Toda nuestra oportunidad es evitar el cerco que hayan puesto y llegar a Madrid; allí buscaremos a algún carrocero que esté en paro, le pagaremos bien y no querrá meterse en líos… verás. Y ahora hay que marcharse de aquí… justamente en la dirección contraria en la que ese pueblerino indique. Saldremos al otro lado…

Miró otra vez el mapa.

—Maldita sea… hay que volver a la carretera nacional y retroceder hacia Motilla de Palancar hasta encontrar el cruce de Valverde del Júcar; menos mal que sólo son siete quilómetros…

Fueron los siete quilómetros más largos de su vida. Conducía a velocidad moderada para no atraer la atención por la prisa ni por su lentitud, pasaron a algunos coches y fueron pasados por más. El hombre estaba todo el rato pendiente del lado izquierdo del coche, quizá era mejor que estuviese el golpe en ese lado… así los únicos que lo podían ver eran los que se cruzaban o adelantaban y éstos generalmente iban muy rápidos. En el lado derecho en cambio había gente cansina a caballo o en carro, gente que tenía más tiempo de fijarse en el automóvil que los dejaba atrás.

Conducía tenso, los ojos fijos registrando las cunetas, las sombras de los árboles; a cada recodo esperaba y temía la aparición de una silueta en uniforme verdoso; «veía» la mano abierta hacia él, la orden brusca y dura de apearse, «veía» la metralleta apuntándole… «A Olmedilla».

Frenó con un suspiro de alivio. Tras la mirada hacia adelante y el retrovisor para comprobar que la calzada estaba despejada (no podía permitirse el menor incidente), dobló a su izquierda. La carretera comarcal estaba vacía.

—Fíjate en esto, creo que tenemos suerte. No puede haber bastante policía para poder controlar toda la zona, carretera tras carretera. Lo importante es que entremos en una ciudad importante (puede ser Cuenca) donde esperar a que pase la tormenta.

Dentro de unos días dejarán de buscarnos. Creerán que hemos salido de los entornos y entonces nos deslizaremos hasta Madrid.

* * *

—Nada, mi capitán.

El capitán fruncía el ceño mirando el mapa. Unas banderitas rojas indicaban el lugar donde habían colocado efectivos, unas banderitas que rodeaban una zona donde estaba —debería estar, al menos— el homicida.

—Es seguro que no ha pasado por la carretera nacional o si lo ha hecho, ha sido por muy breve trecho.

Sonó el teléfono y el capitán lo cogió bruscamente, como si esa precipitación le acercara más al resultado que esperaba.

—¡Sí, dígame! Habla el capitán Jiménez, sí… cómo era el golpe… ¿un raspón?, no, tiene que ser un golpe profundo, unos diez centímetros al menos… espere —cogió el papel que le entregaba un guardia—, espere… me acaban de dar el resultado del análisis. Según los restos de pintura que había en el guardabarros de la moto… el coche era de color azul, azul oscuro… exacto. Sigan buscando.

Se volvió al guardia.

—Dígale a la centralilla que dé esta ampliación del informe. El coche que se busca es color azul oscuro.

Se sentó con gesto cansado. Al otro lado de la mesa el teniente Segovia le miraba en espera de la información que había oído a medias.

—Nada, teniente, muchas detenciones y muchas retenciones en la carretera por causa de eso… Es increíble la cantidad de coches que circulan con abolladuras en su exterior. Pero la mayoría son apenas rozaduras y el único coche con un golpe fuerte que paramos cerca de Utiel lo había recibido en accidente apenas unos quilómetros antes, en Requena, y tenía la copia del parte de Seguros redactado con el ocupante de otro coche. Desde ahora será más fácil porque sabemos que se trata de un coche azul…

—Y también más difícil, capitán. Ha tenido más tiempo para escaparse.

El capitán sacudió la cabeza mirando de nuevo el mapa.

—El tiempo no le servirá de nada si no ha conseguido salir de ahí. Esta zona, aunque no sea muy concurrida, tampoco es un desierto. Incluso por las carreteras secundarias y aunque ya se haya recogido la cosecha, pasa siempre un campesino que puede verle. Hemos lanzado un pregón al estilo antiguo por todos los pueblos pidiendo que den cuenta de cualquier coche visto en carreteras de segundo y tercer orden donde nosotros no hemos podido llegar.

Sonó de nuevo el teléfono.

—¿Sí? Capitán Jiménez al habla. Dígame, sargento. ¿Cuándo fue? ¿De qué color era? Un momento (tapó el auricular con la mano). Teniente, ¿tenemos a alguien en La

Roda?… Sí, sargento, fue uno de los primeros cruces que se cubrió a la media hora del accidente. Gracias, volveré a llamarlo.

Se dirigió al teniente:

—Un coche azul parado con una pareja dentro. El campesino que lo encontró habló con el hombre un momento. Le dijeron que habían entrado en la carretera para descansar, que se dirigían a Quintana y preguntaron si se podía ir por La Roda. El campesino les dijo que sí y se despidió de ellos. Pero entonces… Oiga, póngame con el puesto de La Roda… ¿La Roda? Habla el capitán Jiménez. ¿Ha pasado un coche azul por el cruce? ¿No? ¿Está seguro? Gracias. —Colgó y miró al teniente—. Un conductor se desvía de su camino para descansar. Vale. Luego le dice al único que le encuentra que seguirá hacia La Roda y no ha pasado por allí. Sí, claro, puede ser una pareja que pueda tener motivos particulares para esconderse, pero es raro…, ¡diga!, sí, sargento. ¿Desde dónde me llaman?… ya… gracias.

Se volvió al mapa.

—El campesino acompañó a los guardias hasta donde vio el coche junto a unos arbustos. Hay huellas de un coche grande que retroceden y vuelven a la carretera principal. Allí se pierden.

—Es difícil que sea él, entonces —contestó el teniente—; el culpable no se arriesgaría a ir por donde habrá más guardias; es posible que, como decía usted, sea un asunto de faldas…

El capitán movió la cabeza.

—Es el único coche azul que tenemos detectado hasta el momento. Puede ser que volviera a la carretera principal sólo hasta encontrar otra desviación hacia la izquierda; a la derecha le tendrá miedo… Por el norte no tiene ninguna hasta La Almarcha después del pantano de Alarcón. Por el sur está la de Olmedilla, antes de llegar a Montilla del Palancar…

Silbó suavemente mientras miraba el mapa como si quisiera ver moverse entre las mínimas rayas paralelas un vehículo de juguete como los que usan los niños en sus juegos.

—Este hombre sabe que le persiguen. Y no tiene más que dos posibilidades. Desaparecer en el despoblado… esto le será cada vez más difícil, porque aparte de las patrullas he pedido un helicóptero que llegará mañana y el cielo está sin nubes. La otra posibilidad es meterse en una ciudad grande, donde el disimulo sea más fácil…

Su vista subió por la superficie del mapa. Reflexionó.

—¿Conoce usted Cuenca, teniente?

* * *

Valera de Abajo… Valera… Tórtola… El coche circulaba con precaución, en cada curva cerrada asomaba el morro despacio, el tiempo de que su conductor pudiese ver lo que había delante y si estaba libre el camino precipitaba la marcha…

Ella, rígida como una estatua, tenía los ojos secos, pero la angustia se reflejaba en su boca fruncida. El hombre seguía hablando como antes, consigo mismo… pero en realidad lo hacía con alguien que estaba muy lejos y sin embargo sentía muy cerca. Alguien que le estaba persiguiendo ante un mapa y unos teléfonos, alguien con quien jugaba al ajedrez de la prisión y quizá de la muerte.

… Alguien que en esos momentos estaba tomando una decisión a la que había llegado tras mil dudas y vacilaciones, sin la menor seguridad del triunfo. Pero no podía esperar más…

(Yo no tengo hombres para cubrir tanto espacio, ahora mismo estoy descuidando muchos caminos; quién sabe cuántos accidentes provocarán esas ausencias en los cambios de rasante y entradas de túneles… puedo desparramar a la gente por veinte sitios abriendo la malla o cerrar ésta en puntos concretos. Si acierto en la dirección que emprendió el coche las posibilidades de capturarle son muchísimas, si me equivoco le dejo abierto el camino de la fuga con todas las ventajas por su parte. Pero no tengo más remedio que arriesgarlo todo a una intuición.)

—Teniente, concéntreme usted aquí todos los efectivos; ponga parejas en el cruce de la carretera de Villar del Saz y de la de Mohorte, en Villar de Olalla, en Cabrejas…

El teniente se sentó frente a la emisora y empezó a pulsar teclas… Las ondas salieron hacia el norte y al sur, hacia el este y el oeste. Al oírlas decenas de motocicletas se ponían en marcha, los hombres se desplazaban a toda velocidad, abandonaban unas posiciones para ocupar otras. Pero nadie se quejaba de esa misión contradictoria, del ir de un lado para otro. No había siquiera las típicas reacciones de los subordinados ante órdenes encontradas… el, «¡a ver si se aclaran!», el «no saben lo que se pescan». Oscuramente todos comprendían que en aquel tablero de juego era necesario jugárselo todo a una carta para arrinconar al fugitivo… Claramente todos deseaban ardientemente hacerlo. El choque de la moto en el flanco del coche parecía haber dejado huella en el flanco del cuerpo de cualquiera de los guardias. El concepto del deber pasaba a segundo término; antes estaba el deseo valioso de castigar la muerte del compañero.

* * *

«Aquello a lo lejos es ya Cuenca… allí estaremos a salvo.» La miró de reojo. No decía nada. ¿Estaba a su lado realmente o prefería que lo detuvieran y que pagase aquel error de un minuto con diez años de cárcel?… a lo mejor es lo que quería, librarse de él… pero no tenía que perder la serenidad. De eso hablarían más tarde, cuando estuviesen libres de la amenaza. Ahora lo importante era…

Pisó bruscamente el freno. Luego puso la marcha atrás y dio al acelerador con tal fuerza que el coche dio un salto y el motor se caló. Saltó del coche y se acercó a la curva. Desgraciadamente no se había equivocado. Estaba anocheciendo pero todavía se veía lo bastante. Allí en el cruce de la carretera que él llevaba con la que procedía

de Mohorte, Fuentes y Reilla estaba la inconfundible silueta de la pareja; los dos guardias al lado de sus motos de pie miraban alternativamente hacia cada uno de los caminos que vigilaban. No le habían visto por su precaución de no encender las luces.

El hombre reflexionaba. Su enemigo había jugado sus peones con la seguridad total de que él podía pasar por allí. Sólo así se explicaba que hubiese puesto vigilancia en un cruce, de segundo orden en el lenguaje oficial, pero que en aquel momento para él revestía toda la importancia del mundo. Y el hecho de que le impidiesen llegar a la ciudad le acuciaba más a ello porque evidentemente su adversario comprendía la importancia que ello tendría para su fuga…

Se iba haciendo de noche. En la cara de uno de los guardias brilló un punto rojizo. Estaba fumando… y el hombre al verlo sintió el escalofrío de la idea salvadora. El fuego.

Volvió al coche, aprovechó la pequeña cuesta para deslizarlo hacia atrás, lo situó paralelo a la cuneta para que no llamase la atención de cualquier viajero, raro en aquella hora…

«No te muevas, vuelvo en seguida.»

Echó a correr campo a través tropezando en los pedruscos y en los tallos del trigo recién segado. Vio con satisfacción que había todavía paja esparcida esperando ser recogida para el ganado… Al llegar a la otra carretera, la de Mahorte, se asomó con precaución. Desde allí también se les divisaba. Volvió a ver la lumbre del cigarrillo en el oscuro rostro del guardia. Con la noche serena se oía aunque no se entendía la conversación de los dos.

Amontonó febrilmente paja hasta formar un pequeño montón y cuando lo tuvo pronto se detuvo… necesitaba gente porque gente significa alarma y alarma significa intervención de las fuerzas del orden. Pasó en cuclillas diez minutos que le parecieron horas. La charla de los guardias seguía tranquila, sin altibajos, aunque a veces el aire trajese más claramente sus palabras. Hablaban de permisos, de la familia, de los niños y el colegio.

Luego oyó el ruido de un carro que apareció a poco en el recodo. Venían dos campesinos dentro. El hombre sacó el encendedor y arrimó la llama al montón de paja por tres sitios. Se enderezó y se retiró unos metros. La llama se apoderó del material seco con un chisporroteo fortísimo y se elevó rápidamente en el aire. Oyó el relincho de la mula espantada, el grito de los hombres ¡Fuego!. ¡Fuego!, y se volvió corriendo al coche.

—¡Ya tenemos vía libre!

Lo puso en marcha y salió a toda velocidad. Como había esperado, al llegar al cruce no había nadie. A lo lejos vio la hoguera y a unos hombres que se agitaban a su alrededor golpeando el suelo con ramas. Y entre los hombres, dos llevaban un uniforme verdoso.

Aceleró. Enfrente, coronada de luces en la altura de la ciudad vieja, apareció Cuenca. Redujo la velocidad y se intercaló en la riada de coches que iban por la parte

nueva; por vez primera en su vida el hombre no se quejaba del tráfico intenso, del paso lento, de la aglomeración, del embotellamiento. Por el contrario se sentía feliz entre la manada, tan pegado a los demás coches que nadie podía fijarse en cómo estaba su carrocería del lado izquierdo. Había pasado de la soledad, un punto en oscuro en el campo, a ser otro punto oscuro entre mil. Estaba a salvo.

* * *

En la Comandancia de la Guardia Civil de Cuenca, el capitán escuchaba la relación de novedades que le daba el teniente. Ningún coche azul había sido detectado en los accesos a la ciudad. Entonces no había entrado… entonces era posible que se hubiera equivocado totalmente al volcar toda la vigilancia en sus alrededores. Quizás en ese momento el asesino estaba riéndose de él en las cercanías de Madrid. Luego buscaría a un carrocero de pocos escrúpulos o de mucha hambre; ¡hay tanta gente en paro!, se haría arreglar la abolladura y pintar el coche de otro color. Y aquel hueco cerrado sería como la nueva tumba del guardia muerto, una tumba inviolable. Nadie sabría jamás quién había sido el culpable…

Siguió oyendo informes… llamadas telefónicas… como él temía la ausencia de los lugares habituales para concentración de los guardias había empezado a dejarse sentir en un mayor número de accidentes. Dos gobernadores civiles habían llamado ya al Ministerio quejándose del desamparo que súbitamente tenían las carreteras de sus provincias respectivas.

—Si no le encontramos hoy no habrá más remedio que rendirse a la evidencia —rehuyó la mirada del cabo García, fija en él—, el tipo se nos ha escapado.

De la calle llegaba el ruido del tráfico. De pronto arreció además de las bocinas se oían trompetas y tambores. El capitán levantó la cabeza.

—¿Qué es eso?

El teniente se asomó a la ventana.

—La cabalgata del Circo. Debutan mañana en las afueras y como de costumbre hacen un desfile hoy por el centro de la ciudad.

El capitán se acercó. Pasaban dos elefantes, una jaula con un león de aspecto famélico, una «roulotte» —a la gente le gustaba saber cómo vivían los artistas—, una banda de música con sus componentes con chaquetillas rojas; los payasos, los augustos, los *clowns* con sus caras pintarrajeadas iban de un lado para otro acariciando a los niños de ojos inmensos de asombro y dándoles caramelos; unos lo agradecían, los otros, más pequeños, se querían fundir en las faldas de su madre.

Un camión llevaba a lo largo de su caja una gran pancarta con el anuncio: «¡Gran Circo Mágico! ¡Fieras salvajes, payasos, malabaristas! ¡Acudan todos a presenciar la actuación del Gran Circo Mágico!».

Y las mismas palabras las repetían continuamente con un megáfono; el director del circo, de pie en la caja del camión, con su sombrero de copa y su frac gastado.

Detrás del camión iban tres coches con otras tiras de tela anunciando el mismo mensaje. «¡Acudid todos al Gran Circo Mágico! ¡Diversión para chicos y grandes!»

Por vez primera en veinticuatro horas el capitán sonrió y la sonrisa le dolió, como si las comisuras del labio le hubieran quedado rígidas del dolor de antes. Volvió a la mesa como si con ello quisiera hacerse perdonar su debilidad, entregándose de nuevo a una tarea que consideraba ya inútil.

—¿Un fuego? ¿Cuándo ha ocurrido ese fuego?

Leyó detenidamente el parte. Había sido algo de poca importancia… unos montones de paja que habían ardido en pleno campo. Afortunadamente fue descubierto a tiempo por unos campesinos que pasaban en un carro y entre ellos y la pareja de la Guardia Civil que estaba cerca consiguieron sofocarlo usando unas ramas de árbol. Dado que el campo estaba segado no había podido cundir el fuego. Que parecía un incendio no provocado, porque no habían visto a nadie en las cercanías, aunque les extrañó que surgiera de pronto y por la noche en un campo recién segado.

El capitán preguntó al teniente quiénes eran los componentes de la pareja que habían ayudado a sofocar el incendio y dónde estaban situados, y el teniente se lo mostró en el mapa. El capitán volvió a repasar el informe. En él, como es costumbre en los partes de la Guardia Civil, se mencionaba la hora en que se había iniciado el servicio y la hora de terminarlo… aunque el guardia más antiguo firmante del parte especificaba que dada la urgencia con que habían sido solicitados no había podido registrar el minuto exacto de iniciar el trabajo, aunque sí había podido anotar su final. En todo caso no había sido más de diez minutos.

«¡No más de diez minutos!»

—Mire, teniente —señaló en el mapa el cruce de caminos—, ¡ese agujero en la red ha durado diez minutos! ¿Se da cuenta? ¡Diez minutos! ¿Cuántos se necesitan para colarse hacia la ciudad?

—Sí, mi capitán; pero sería mucha casualidad que justamente en ese intervalo hubiera pasado el coche que buscamos.

—Efectivamente, teniente. Pero esa casualidad podría haber sido ayudada por alguien. Resulta muy raro que, de noche, sin un sol que a través de una botella rota haga arder la paja, sin caminantes que puedan tirar una colilla encendida, arda de pronto el campo… Alguien prendió ese fuego para alejar a la pareja de ese cruce. Y sabemos quién puede ser. Este hombre está en la ciudad.

Quedaron en silencio. Se oía, ahora más lejano, el ruido de la cabalgata. Golpearon en la puerta.

—Pase.

Un guardia entró y se cuadró.

—A la orden de usted, mi capitán. Se presenta el guardia primero Roberto Antón Pérez. Hemos registrado toda la ciudad, la alta y la baja. En la alta hemos penetrado incluso en varios garajes que estaban cerrados; en algunos casos nos han puesto dificultades, pero al final los han abierto todos. Hemos mirado también en los

callejones de la parte alta y por todos los rincones. Hemos encontrado tres —miró un papel que llevaba en la mano—, no, cuatro coches de color azul oscuro. Ninguno tenía la menor huella en su lateral izquierdo.

—¿Están seguros?

El teniente intervino.

—Cuenca no es muy grande, capitán. Y esos muchachos la conocen bien.

—Entonces…

Se volvió lentamente hacia la ventana. Se sentía de pronto inmensamente viejo. La charanga empezó de pronto a sonar más cerca y más alta. El teniente se acercó. Era mucho más joven que su jefe, pero en ese caso comprendía el desencanto del capitán y se sentía su protector y amigo. Le habló como se habla a un niño para distraerle…

—Dan siempre dos vueltas por las calles principales… quieren estar seguros de que nadie vaya a olvidar que están aquí, que a cada niño le quede grabado el espectáculo para que mañana temprano empiecen a dar la lata a sus padres…

El capitán oía a medias y a medias veía por la ventana acercarse de nuevo la cabalgata, el camión, los elefantes, la jaula con el triste león de poca melena, un león que como él se había quedado sin dientes. Y oía también la frase definitiva del guardia:

«Hemos buscado en todos los rincones.»

Todo había terminado. Fracaso absoluto. Había que dar la orden de retirada de las fuerzas a sus puestos. Normalidad absoluta para todos. Dentro de unas horas todo iba a ser igual que anteayer para los guardias y para los automovilistas que encontrarían en sus puestos a los vigilantes de la carretera. Para todos menos para uno.

«Acudan mañana a presenciar la actuación del Gran Circo Mágico… mañana sin falta a las cuatro de la tarde y a las diez de la noche.»

Miraba sin ver, un poco borrosamente, el desfile.

«Hemos buscado en todos los rincones…»

Y de pronto sus manos, que estaban aferradas al alféizar, se pusieron blancas de la presión. Su mirada se paseó inquisitiva por la caravana abajo mientras pensaba furiosamente: «Un alfiler se puede perder en un pajar, pero es mucho más fácil de perderse entre un montón de alfileres, siempre que su característica especial, lo que le hace distinto de los demás alfileres, pueda ocultarse.» Sacó el busto por la ventana y la voz que le salió casi fue un rugido:

«¡Teniente! ¡Cabo! ¡Vengan!»

* * *

Gumersindo Montes llevaba ya muchos años como propietario y director artístico del Gran Circo Mágico, es decir, que había recorrido varias veces la superficie de España, lo cual es decir igualmente que lo había visto prácticamente todo. Sabía lo

que era el desastre meteorológico (que una tormenta se le llevara la carpa del circo por los aires), y mucho más conocía lo que era el desastre económico. Una retracción inesperada de espectadores, una falta total de «liquidez» y una desbandada de trabajadores, artistas incluidos, que se marchan hartos de no cobrar; luego la llamada desesperada a la Sociedad Protectora de Animales más cercana para que, al menos las fieras y los paquidermos puedan comer, ya que no lo hacían sus domadores. Había pasado en tantos años prácticamente por todo. Y sin embargo se le cortó la voz en el momento de repetir una vez más: «No se olviden, mañana a las cuatro y a las ocho actuación del…».

Porque lo que el señor Gumersindo no había visto nunca era abatirse sobre su circo a un destacamento de la Guardia Civil —eran diez hombres, pero a él le parecieron mil— tomando posiciones a lo largo de la calle, avanzando hacia la caravana pistola en mano. Uno de ellos detuvo al primer coche y con ello la caravana entera. La banda dejó bruscamente de tocar. Luego los demás se deslizaron a lo largo de la comitiva; un teniente se quedó a la altura y del camión y ante su cara de susto le indicó que estuviera tranquilo, que no pasaba nada. Cuando vio que los otros guardias seguían su camino pensó que buscarían droga en la roulotte, algo que en una ocasión ya le había causado un disgusto por causa de un malabarista propicio a usarla. Pero su asombro fue grande cuando vio que dos guardias (uno era capitán a juzgar por sus estrellas), metían sus pistolas por las ventanillas de uno de los automóviles. Tras unos segundos de silencio (que atrajo a las ventanas mayor número de personas que las que seguían el ruidoso desfile anterior), los dos ocupantes del coche, un hombre y una mujer, salieron muy pálidos con los brazos en alto.

—¡Teniente, teniente, por Dios! —El señor Gumersindo se volcaba desde lo alto para hacer llegar mejor su voz al oficial—, esa gente no ha hecho nada, no tienen nada que ver con nosotros! Ese señor vino a verme anoche y me dijo que era muy aficionado al circo, que quería ayudarnos los días que estuviéramos aquí a hacer propaganda, que desfilarían con nosotros todos los días y eso gratis. ¿Se da cuenta? Incluso me pidió esa pancarta que llevan para ponerla en el coche… Pero ¿qué hacen? ¿Por qué la arrancan? Me la van a romper y cuesta mucho dinero…

El capitán por un lado y el cabo por otro acabaron de tirar con fuerza de los dos extremos de la tira de tela. Debajo apareció un hueco. Era la marca que deja un choque, igual como tantas que ocurren todos los días, pero por el silencio dramático con que fue acogida parecía que en vez de una abolladura se tratara de una herida en un cuerpo humano; la mujer prorrumpió en sollozos, el hombre miró fijamente al suelo y el capitán dio un paso y se interpuso, sin decir una palabra, entre el hombre y el cabo. Luego recogió el largo pedazo de tela y lo enrolló.

—Cabo, entregue esto y el del otro lado al dueño del Circo. Luego preséntese usted en Requena. Ustedes, vengan conmigo. ¡Teniente! Que siga la caravana.

El señor Gumersindo recogió el fardo de tela y lo colocó en el fondo de la caja del camión. El coche azul, conducido por un guardia, empezó a separarse del camino, los

músicos rompieron en el tatachín de antes, el león rugió, el director cogió de nuevo el megáfono:

—«Mañana a las cuatro de la tarde gran actuación del Gran Circo Mágico… no se olviden, señoras y señores…»

Había alguien que no lo iba a olvidar jamás.

EL CASO DEL FORZADOR PLAÑIDERO

(Una historia de PLINIO)

Francisco García Pavón

Nací en Tomelloso (Ciudad Real) en 1919. Doctor en Filosofía y Letras. Catedrático de Literatura de la Real Escuela Superior de Arte Dramático. Resido en Madrid.

Mi obra puede agruparse de la siguiente manera:

Libros de relatos: Cuentos de mamá *(1952),* Cuentos republicanos *(1961),* Los liberales *(1965),*Las campanas de Tirteafuera *(1955),* La guerra de los dos mil años *(1961),* Los nacionales *(1911). (Menos* Las campanas de Tirteafuera, *agotado, los demás títulos están editados por Destino de Barcelona.)* La Cueva de Montesinos y otros relatos *(Antología, Colección Austral, 1914).*

Novela: Cerca de Oviedo *(1946),* Ya no es ayer *(1916) (Ancora y Delfín, Destino).*

Novela y relatos policíacos: Historias de Plinio *(Plaza y Janes, 1968),* El reinado de Witiza *(1968),* Las hermanas coloradas *(1910),* Nuevas historias de Plinio *(1910),* El rapto de las sabinas *(1969),* Una semana de lluvia *(1911),* Vendimiario de Plinio *(1912),* Voces en Ruidera *(1913),* El último sábado *(1914). (Todas editadas por Destino de Barcelona.)* Otra vez domingo *(Ed. Sedmay, Madrid, 1978),* Cuentos completos *(Alianza Editorial, 1981),* El hospital de los dormidos *(Ed. Cátedra, 1981).*

Publicaciones varias: Teatro social en España *(agotado) (1962),* Textos y escenarios *(Plaza y Janes, Barcelona, 1971),* Nuevos artículos de costumbres *(Prensa Española, Madrid, 1972),* España en sus humoristas *(en colaboración con María Dolores Rebes, Taurus, 1966) (agotado),* Antología de cuentistas españoles contemporáneos *(Ed. Gredos, Madrid, 1959). Los premios más importantes que he recibido son el de la Crítica (1968), Nadal (1969), Hucha de Oro (1975) y Antonio Machado (1978).*

P*LINIO*, sin don Lotario, que estaba en Madrid por problemas conyugales, y sin cosa mayor que le amolara la cabeza, aquella tarde, le dio por irse a pasear al *Parque Nuevo,* que no le decía absolutamente nada… Las cosas y los sitios que le recordaban tiempos idos, tristezas o sonrisillas, le daban fondo, pero los que no vivió de chico o de mozo, como aquel Parque, le dejaban igual, como cagarrutas en la *carrilá.*

De modo, que paseaba, bota tras bota, sin mover la cabeza, sólo entre la incolora sensación del ahora mismo, y sintiendo su cuerpo como de nadie.

Entre los árboles y algunas ventiscas, se veían parejas de jóvenes sentadas o medio echadas en los bancos. Pocas personas mayores como él, y menos, niños. Sólo parejas con pantalones vaqueros, metiéndose entre saliva el berbiquí de la lengua y amasándose los glúteos y las mamas en flor.

Plinio, paseo rectísimo, adelante, ni los miraba. Nada más igual que los manoseos camales, o los besos sin respiro. Aquello del magreo público —pensaba— tenía su aquel cuando estaba prohibido y había que tocarse a tientas… Pero ahora, ver lengüetearse a los chicos y chicas, era como mirarlos masticar chicle o rascarse las orejas. Y es que el toqueteo, cuando se ve sin pasión o sin peligro, es una paliza blanda que no dice nada. De ahí el relativo fracaso, entre las gentes de ahora, de las películas pornográficas.

Al llegar al redondel de cemento, donde en las ferias se coloca la orquesta de los bailes, antes de los señoritos y ahora de todo el pueblo, oyó que desde un banco unos hombres hablaban hacia él.

—Mira a Manuel, míralo. Qué casualidad.

—Es verdad.

—Llámalo.

Antes de que lo llamaran, *Plinio* miró hacia ellos. Eran Juanaco y Rosendo, dos de su quinta, que bajo las boinas negras, y entre las blusas de la misma oscuridad, con los cuatro ojos guiñados, se agarraban a los cigarros como única tabla de salvación, en aquella tarde sin nubes y con tanto magreo silencioso y sorbido.

—Oye, Manuel.

—¿Qué contáis? A la buena tarde.

—Lo de toda la vida. Lo *mesmo,* sólo que con algún dicho o chiste nuevo.

—¿Cuál es el de hoy?

—Acércate un poco… ¿Vienes por aquí a ver si te pones cachondo con tanto besuqueo?

—¡Ay, Dios mío!, a mí ya no me pone cachondo ni una moza desbragá atacándome al rescoldo.

—Eso que tú dices. Rescoldo, que sólo nos quedan los tres montones de ceniza arrugá, en forma de pelotas y palistroque —comentó Rosendo.

—Y pensar que de mozo —dijo Juanaco, el de la boina tan pequeña que apenas le rozaba las orejas— se empalmaba uno mirando a una puntilla… y ya ni a un jaretón.

—Como contaba el otro día el disparate de Braulio, que como las partes bajas del hombre no tienen esqueleto, ya en la tumba se deben evaporar rápidas, y el mundo entero está lleno de sus vapores. Y por eso hay tanta mala leche y tanto olor a *meaos* por todos sitios.

—Anda, Manuel, siéntate un poquillo con nosotros, que te diga de lo que hablábamos, que a ti te puede ir… ¿Verdad, Rosendo?

Y Rosendo dijo que sí, que se sentara con ellos, pero lo dijo como siempre hablaba él, estirando las manos y como ante mucho público.

—¿De qué hablabais, se puede saber?

—De una cosa muy rara o muy enferma. Tú sabrás, que eres perito. Hablábamos de la Palmira, la hija menor de la *Gerundia,* la que va siempre por la calle cantandico.

—Ah, ¿su hija menor, esa alta y con el culo tan pizpireto?, como diría el Faraón.

—Siempre estás con los culos, Manuel.

—Es lo que se tiene más a mano. Además son el segundo espejo del alma, como también dice el gordo.

—Enséñame cómo meneas el culo y te diré cómo eres, según eso, Manuel.

—La mayoría de los culos no dice nada, como la mayoría de las almas. Es muy difícil encontrar a un ser humano hecho con yeso distinto.

—Pues el culo de la Palmira, de pizpireto, nada. Más bien, deprimido o relajado, como ahora se dice.

—Está bien eso de culo deprimido. Nunca lo había oído decir —rió Rosendo.

—Bueno, dejémonos de culilandias. ¿Qué es lo que le pasa a la Palmira, la hija de la *Gerundia?*

—Pues que según su padre, la han llamado tres veces por teléfono, diciéndole que uno la quiere *violonar.*

—Violar, querrás decir… ¿Y aquí en Tomelloso violar a una? ¿Y quién la llama?

—Parece que el mismo violador o rompeconejos, como tú quieras.

—¿El mismo? Nunca había oído cosa igual.

—Sí, le dice que procure no ir sola a ninguna parte, por calles sin gentes o de noche, que la violará sin remedio, que no puede aguantarse más.

—Eso es de película de risa. ¿Y le dice su nombre y todo? —No, no dice quién es.

—¿Entonces le dice que quiere violarla, pero al mismo tiempo que no quiere?… Será un bromista o un loco.

—Eso hemos *pensao* nosotros.

—Es como si te llama uno que te quiere majar los billetes para que salgas sin cartera… ¡Qué mundo éste de cabezas perforadas! Ya hablaré con ella.

Y mientras Juanaco se rascaba las ingles con los dos índices a la vez, al parecer con picores paralelos, Rosendo encendió otro pito, y *Plinio,* con aire caidón, se despidió de los dos, dejándolos con la palabra en el labio, y siguió paseo adelante,

con las manos atrás, y pensando de pronto, sin saber por qué, en todos los bautizos que habría visto en su vida desfilando por el Paseo de Circunvalación.

Caminaba *Plinio* pisándose las sombras que le hacía el sol caidón, dándole patadas a los chinarros, y mirando de reojo las parejas enganchadas en los bancos.

La gente de este pueblo —pensaba—, no es aficionada a los parques. Aquí sólo vienen los del magreo, y nosotros, los mayores, los pensarosos. El personal de estos pueblos, sale a la calle para ver al otro personal, no para mirarse los adentros, como se hace en los paseos solitarios.

A él mismo, hablando con otros o con otro, sobre todo con don Lotario o con sus mujeres, se le ponían las cosas recientes, vibrando. Pero cuando salía solo, sobre todo a nada, a pasear, empezaban a huirle de la cabeza las presencias, y sólo a ver por el canuto que mira hacia la vida que se fue, al tiempo callado, el acabar que se acerca con pasos dobles e insensibles.

Una caña de cerveza, un manotazo en la espalda, y hasta el chiste más tonto de alguien, lo volvían al escenario. Pero los paseos solitarios, lo colocaban en seguida detrás del telón, viendo las cosas y las personas por su revés, es decir, por lo que es sombra total. Y pensaba que lo peor de este mundo debía ser no tener actualidades con las que poder engañarse, y sólo estar en lo que fue.

Como los cigarros lo traían un poco al presente, al terreno del sol y del aire que respiraban todos, lió, encendió, y al echar el humo, esta vez, entre toses de bronquítico, se acordó de Palmira, y de los avisos telefónicos que le hacía el que quería, y al tiempo no quería violarla. En la vida había oído que hubiese violadores tan compasivos con las posibles víctimas, elegidas por su príapo ciego. Debía ser algún virulo de cerebro, o que disfrutaba metiendo miedo por teléfono a las elegidas.

Y tanto lo reanimó el tema, que empezó a rodear su paseo, a ver si atinaba a salir otra vez frente a Juanaco y Rosendo, para repasar la historia.

Y allí estaban los dos, sobre el mismo banco, cada cual mirando a su cielo, y rumiando sus cosas.

Plinio no se anduvo con portales, y nada más ponerse a voz, les dijo a lo que volvía:

—Por más vueltas que le doy, no entiendo lo que me habéis contado del que telefonea a la Palmira, para decirle que quiere violarla.

—Ni tú ni nadie. Pero parece que es ciertísimo, Manuel —dijo Rosendo—, porque él le pide a ella, con voz de mucha prevención, que no salga, que no salga, que no se le ponga a tiro. Y ella dice, que se le nota muy bien la voz de miedo.

—Yo como nunca he visto una violada en mi vida.

—Pues aquí hay de todo como en Madridejos, digo yo.

—Sí, pero habrán sido violaciones de «casi quiero», y de piernas entreabiertas.

—¿Y de qué edad tiene la voz el violador, según ella?

—Dice que es voz de hombre mayor, como de padre.

—Que a nuestra edad le entren a uno ansias de ingle, debe de ser tremendo —dijo Rosendo mirándose con desprecio hacia el vértice de sus pantalones de pana negra, aunque algo pardota.

—Hombre, pero los hambrientos de ingle, como tú dices, de nuestra edad, se calman como sea, pero no violando mocetas —dijo Juanaco.

—Yo supongo que el padre irá a verte de un momento a otro. Así me lo dijo ayer. Yo le contesté que muy bien, que si no averiguas tú quién es ese deseoso, no lo averigua nadie.

—Pues sí. Cualquiera descubre a un secretero de esos.

Y al poco, echaron los tres paseo abajo, muelleando mucho las piernas y mirando al sol ya bajo.

Cuando llegó Plinio a su casa, bien pasadas las diez de la noche, después de cervecearse solo en el casino, y de pasarse por el Ayuntamiento, por si había alguna cosa, allí estaban esperándole la Palmira y su padre, sentados frente al televisor, con caras despreocupadas y hasta aburridas.

—Ya sé a lo que venís, padre e hija, Juanaco y Rosendo, me avisaron esta tarde que me haríais la visita.

—¿Y le han contado, Manuel, lo que le pasa a mi hija?

—Sí, Candelas.

La Palmira escuchaba, pero sin dejar de echar vistazos al televisor, que sonaba muy bajito.

—¿Tú, Palmira, has notado si alguna vez te seguía alguien?

—No, Manuel. Y le aseguro que desde que me llamaron la primera vez, miro a cada instante, y me vuelvo de pronto, pero nunca he visto nada ni nadie sospechosos.

Y quedó sonriendo un poco, como si se hablase de algo muy corriente, con sus gestos todavía infantiles y casi traviesos.

—Me da la impresión de que no te preocupan mucho esas amenazas, Palmira.

—Pues… si le digo la verdad —habló moviendo nervioso sobre el asiento, el culillo discutiblemente «pizpireto»—, no, señor, no me preocupa. Me parecen bromas de un viejo verde, que lo pasa bien hablándome por teléfono.

—¿Pero es que te amenaza y previene al mismo tiempo?

—Más me previene que me amenaza, parece que no quiere que nos encontremos, pero, sí, tengo la impresión de que le gusta hablar de eso.

—Pues a mí sí me preocupa, Manuel —dijo Candelas, pasándose las manos por los muslos con aire caído—. A los locos buenos les tengo más miedo que a los cuerdos malos… Y por eso quería que vieses la manera de descubrir quién es el que la llama.

—Y una cosa, Palmira, aunque no sospeches de nadie, ¿has observado en distintos sitios y varias veces cerca de ti, alguna cara, aunque no te dé sensación de nada malo?

—Ya le digo, Manuel, que a pesar de mi preocupación desde que empezaron a llamarme, no he notado nada anormal.

—Y no le da ni pizca de miedo ir por la calle sola.

—Claro que no, padre. De día, en plena calle, estoy tan tranquila. ¿Quién puede pretender nada? Me pongo a gritar —dijo poniendo gesto de que gritaba—, y huye hasta el demonio.

Y decía Palmira todas aquellas cosas, tranquila, incluso con alegría.

—Es que digo yo, Manuel, que ese que la amenaza y la previene, no la seguirá por las calles como un bobo. En los pueblos se notan esas cosas en seguida y más de cerca. Tendrá algún sitio estratégico para lo que se propone, y además para poder observar, sobre todo en pleno día.

Y el padre, al acabar el párrafo, quitándose la boina, empezó a darle vueltas entre las manos, pero con cara de estar pensando en algo muy triste.

—¿Entonces, vas sola a todos sitios, Palmira?

—De noche, no, pero de día, desde luego, ya se lo he dicho.

—¿Y hasta el Instituto que está tan lejos?

—Hasta el Instituto, sí, señor.

—Bueno, pero no pierdas ojo. Vigila bien todo lo que pueda pasar a tu lado un poco raro. Y cualquier cosa que notes, me lo dices… Oye, ¿a qué horas entras y sales del Instituto?

—Entro a las nueve de la mañana y salgó hacia las dos.

—¿Y tú qué vas a hacer, Manuel? —dijo el padre.

—La seguiré desde lejos algún día que otro… Pero tú, Palmira, cuando sepas que te sigo, no me mires. Como si fuera casualidad. Y daré vueltas por el Instituto y el *Parque Nuevo*, a las horas de salida. Ya digo, haré todo lo que pueda. Pero vosotros ayudadme.

—Que haya suerte, Manuel.

—Igual digo, Candelas.

—Cuando se juega con locos, si este es el caso, nunca se sabe por dónde pueden ir las cosas.

Ya en la puerta de la calle, Candelas agarró muy fuerte del brazo a su hija.

—Pero, padre, que me hace usted mal… Tiene más miedo que yo, Manuel.

—Es natural.

—Hasta luego, Manuel.

—Id con Dios.

Y *Plinio* quedó unos momentos mirando cómo la pareja pasaba bajo las luces, ella abrazada por su padre y bien arrimada a la pared para mayor defensa… Había tan poca luz por allí, que *Plinio* no pudo constatar si el culillo de Palmira era pizpireto o deprimido.

Se entró resignado y pidió la cena a la Gregoria, que nerviosa daba vueltas por el pasillo, que iba desde la cocina al cuartejo de la televisión.

—Menos mal. Que ya, ni te van a dejar cenar.

—No exageres, mujer.

—El Ayuntamiento está para estas cosas y no tu casa particular.

—Yo estoy para el pueblo en todos sitios, Gregoria.

—En todos sitios, pero la cena enfriándose.

—Buenooo.

Cenaron en el silencio más matrimonial, vieron por la TV la película americana de costumbre, y antes de las noticias, *Plinio* dio el cabezazo decisivo, y se quedó traspuesto total. La Gregoria tuvo que quitar el televisor, despertar a Manuel, pasarlo a la alcoba, del brazo, y llevarle el vaso de agua.

A las doce y media, dormía ya pegado a uno de los bordes de la cama de matrimonio, sin imaginarse que a la mañana siguiente, otra visita de las que tanto disgustaban a la Gregoria, se presentaría, apenas *Plinio* se tomase el café solo con que empezaba las mañanas, antes de marchar a la buñolería de la Rocío.

Sí, recién dejada la taza vacía, y con el «caldo de gallina» ya entre los dedos, sonó el timbre de la puerta de la calle.

Salió la Gregoria rápida, rápida. —¿Quién será a estas horas?—, con su taconeo menudo. En seguida se oyeron palabras saludadoras de varias voces, y rápido volvió el taconeo de la Gregoria:

—Ahí tienes, Manuel, ahí tienes a la Teresa López, la hija de la Teresa y del Teresón, bien cogida del brazo de sus dos hermanas, las Teresitas, que quieren hablar contigo… Y aquí en tu casa… Pero que las Teresitas no le sueltan los brazos a la Teresa López, como si se fuera a caer, o tuvieran mucho miedo de algo.

—Pásalas…

—Pero no tardéis.

—Hija, ¡y yo qué sé lo que traen!

Y con la fila perpendicular, para poder entrar las tres sin soltarse los brazos, apareció la Teresa López y sus hermanas, con cara de pupa.

La Teresa López, siempre tenía la cara coloradota, como atosigada, con mucha sangre hasta las orejas. Y también de vez en cuando respiraba muy hondo como si le diera gusto no se sabía qué. De modo, que de respirar fatigosa y anhelante, de pronto pasaba a hacerlo suave, y a punto de dulce «¡Ay!». Otra cosa, es que el amago de gordura que tenía, la hacía buena, tocante y comestible.

Y las dos hermanas, más jóvenes, más morenas y más bajas, iban colgadas cada una de un brazo como por oficio y orden.

Por cierto, que cuando *Plinio* les dijo que tomaran asiento, las tres miraron por toda la habitación, como buscando un sofá, donde pudieran sentarse asidas a la altura de los sobacos. Pero como no había sofá, se tuvieron que sentar en tres sillas, muy juntas, y rozándose los hombros.

—¿Qué pasa? —dijo *Plinio,* sentándose también en el sillón frontero al televisor.

—Pues nada, Manuel —dijo la Teresita mayor—, que a mi hermana Teresa la quieren violar.

—¿Quién?

—¡Ah! No sabemos.

—¿Uno que se lo dijo por teléfono?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque ha habido otro caso así.

—Pero, Manuel, la llama para avisarle, no con gusto o amenaza, sino previniéndola.

—Igual que a la otra.

—Sí, señor Manuel —dijo Teresa López, después de suspirar a lo dulce y subiendo mucho los pechos pelotudos—, me llama casi llorando, pidiéndome por Dios que no salga sola, que no responde de él, y puede violarme así que me vea.

—¿Y qué voz tiene el violador?

—Voz de hombre mayor.

—Y desde que la llamó por primera vez —dijo la mayor de las Teresillas—, no nos desagarramos de ella… Pero, fíjese usted, que ahora nos tenemos que ir a vendimiar y no va poder menearse de casa.

—Pues llevárosla a vendimiar también.

—Pero es que si cuando esté agachá vendimiando, la coge el malo, a ver qué hacemos.

Plinio disimuló una sonrisa, y preguntó:

—¿Y te parece que ese hombre habla en serio, que siente lo que te dice por teléfono?

—Eso mismo le he preguntado yo —dijo la Teresita pequeña dándoselas de lista.

—Al principio sí creí que era un chusco, pero después de oírlo más veces, me parece que lo dice muy en serio y casi llorando.

—¿Como un loco?

—Podría ser. Pero ¿y si no?

—¿Y no te da ningunas señas de él?

—No. Sólo eso de que no salga sola «por Dios y por sus ángeles», recuerdo que me dijo una o dos veces.

—«¿Por Dios y por sus ángeles?»

—Eso. ¿Y has observado alguna vez si alguien te seguía o te acecha?

—Hasta ahora, no, señor, y fíjese que miro siempre a toas las esquinas.

—Igual que la otra —dijo *Plinio*, desanimado por la falta de novedades.

—¿Y esa otra, se parece en algo a mi hermana?

—En nada, en nada. La otra es más bien delgada y nerviosa, mientras que aquí la Teresa es muy mujer.

—¿Y qué hacemos con ella ahora en la vendimia?

—Lo que he dicho. Llevarla a las viñas con vosotras. En la vendimia siempre se está entre mucha gente.

—¡Ay!, mire usted…

—Ya que hay dos casos así, estaremos yo y mis hombres al cuido, a ver si sacamos algo.

—No nos da usted la solución, Manuel… Con esto de la vendimia —dijo otra vez la pequeña.

—Yo trabajo sobre la marcha. Y no os preocupéis demasiado, debe ser un enfermo de la cabeza.

—Según de qué cabeza —dijo la Teresa López.

Y la hermana soltó una risotada al levantarse.

Plinio se pasó la mano vuelta sobre la boca, y salió tras ellas echándoles monosílabos contentadores.

Cuando al día siguiente *Plinio* recordó que era la hora de entrar la Palmira en el Instituto, se fue hacia allá con pasos caídos, y muchas ganas de desayunar, pero lo primero era aquello.

Iban bastantes chicos y chicas, con libros, por las dos aceras. Y *Plinio* mirando a las puertas de todos los bares, casas y tiendas por si había alguien especial contemplando el desfile.

Ya frente al Instituto, se sentó en un banco del paseo, algo alejado, y empezó a observar si asomaba algún señor raro.

No vio a la Palmira. Bastante deprisa, acabaron de entrar los alumnos y alumnas, y la Avenida de don Antonio Huertas quedó con su soledad matinal.

Aburrido, lo mismo que siempre que no se le ocurría nada, volvió como arrepentido sobre sus pasos, rascándose las palmas de las manos, cruzadas sobre la espalda, y soltando «buenos y buenos días» con desgana. Y cuando ya desayunaba en la buñolería de la Rocío, se le ocurrió preguntarle:

—Oye, tú recuerdas haber oído a alguien decir «si Dios y los ángeles lo quieren», en vez de «si Dios lo quiere».

—Pues claro, si lo quiere Dios, también lo quieren los ángeles. A ver qué van a hacer.

—Te pregunto que si lo has oído decir a alguien, cansina.

—No, señor, nunca, que recuerde ahora.

Con el cigarro a estreno, se fue hacia el Casino de San Fernando, a ver a Manolo Perona, que aquel día le tocaba de mañana.

Entró en el salón vacío y con las ventanas abiertas. La chaqueta blanca de Perona revolaba por el fondo. Se aproximó y haciendo ruidetes para que reparara en él:

—Oye, Manolo, ¿tú has oído a algún socio decir, en vez de «si Dios quiere»: «si Dios y los ángeles lo quieren»?

—¿Cómo, Manuel?, que no he oído bien.

Y *Plinio* lo repitió, forzando un poco la voz.

—No, Manuel, no recuerdo… Antaño, cuando estaba Abelardo Contento de alcalde, sí había uno, y ya olvidé quién, que siempre decía jugando a las cartas: «Si Dios y el alcalde Abelardo Contento lo permiten»… Pero ahora no. Cuando venga Antonio Moraleda, se lo preguntaré… Y luego, a los amigos, a ver si sale algo.

—Pero a los amigos ya de cierta edad.

—Estaré al tanto. No se preocupe, Manuel… Como alguno de los que vienen por aquí lo suela decir, cae… Tratándose de usted.

—Gracias, Manolito, y haz oído también en las tertulias fijas de mayorcetes.

—De acuerdo. Iré con las orejas desplegadas.

Plinio, ya en la plaza, sin ganas de nada, ni idea de qué nuevas diligencias hacer, tiró para el Ayuntamiento… Aunque de pronto, cambió de rumbo, y fue hacia el otro Casino, el de Tomelloso, a preguntarle a los camareros también si alguno de los habituales solía decir «lo de Dios y los ángeles».

Cuando creyó agotadas todas las preguntas, volvió hacia la oficina.

En la puerta de su casa, encontró a Claudio Arrarte, que al verlo le soltó:

—Manuel, ¿a que no sabes quién se ha muerto esta misma mañana?

—No hace nada más que amanecer y ya estás con los muertos.

—Pues no voy a estar con tanto vivo gilipollas. Los muertos, por lo menos se callan siempre.

—Oye, ¿tú has oído a alguien que diga con frecuencia «si Dios y los ángeles lo quieren»?

—De los ángeles nunca oí nada. Se lo preguntaré a Lucifer, que tiene los oídos muy bacines.

—¿Y quién decías que se había muerto, que te corté cuando ya estabas con el cadáver en la boca?

—Ya no te lo digo. Para que no me vuelvas a decir que siempre ando con muertos. Te enteras en el Ayuntamiento, que allí estará la esquela… Y ¿con quién voy a andar si no es con los muertos, que son los más y los mejores?

Los dos riéndose, siguieron hasta la Plaza. Desde allí Claudio marchó hasta la ex bodega de los *Goteras,* y *Plinio* hacia su despacho.

Durante unos días que no hubo novedad alguna, Pliníο se dedicó a acechar a la Palmira y a la Teresa López, ocultándose muy bien, como si fuera él el violador… a ver si así sacaba algo en claro. Si hubiera estado don Lotario, le habría dado vergüenza proponérselo. Pero como solo se aburría tanto, decidió hacerlo para matar el tiempo… Además, si algo descubría, pues eso que ganaba.

De modo que, dos o tres veces, ya al caer la noche, se ocultó, pegado al quicio de alguna portada o puertecilla próximas a las casas de la Palmira o de la Teresa, y sin fumar, ni apenas moverse, miraba a un lado y a otro, a ver si llegaban o salían las interesadas, o veía a otro que hiciese lo que él. Pero no descubrió nada especial, aparte de la caca de una abuela muy vieja, que por lo visto no pudo contenerse, y soltó sus heces, de pie, y agarrada a una ventana, tan cerca, que por pocas, pero que

por muy pocas, no le manchó los zapatos a *Plinio*, pero le dejó un olor tan insoportable, que tuvo que abandonar la vigilancia para airearse. Otra noche vio una riña tan feroz y silenciosa de dos mozuelos, que tuvo que salir de su escondite para separarlos.

Plinio no hablaba mucho con los alcaldes, según él, por tres razones: como los quitaban tan pronto, lo que hablara con ellos, en seguida no valía para nada; porque él, como Jefe de la G.M.T. era mucho más famoso en España que todas las autoridades de la provincia… y cada cosa merece un respeto. Y tercero: porque los alcaldes, siempre metidos en política, solían reparar muy poco en los quehaceres menudos de *Plinio*. Sin embargo, aquel día, con el alcalde hablaba por una huelga de tractoristas que había anunciada.

—Yo lo que me temo, Manuel, es que se manifiesten subidos en los tractores y paralicen el pueblo.

—No creo que los amos les dejen los tractores para que se luzcan.

—Hombre, no les van a pedir permiso. Vendrán directamente con ellos desde donde estén.

Así estaban, cuando de pronto, por los balcones abiertos de la alcaldía, llegaron unos gritos de mujeres:

—¡Justicia! ¡Justicia! ¡No hay derecho!

—¿Qué pasa? Ya están ahí las tractoristas, en vez de los maridos.

Plinio se asomó por la puerta entreabierta de uno de los balcones:

—Sí, son mujeres, pero muy pocas. Y no creo que tengan nada que ver con los tractoristas.

—¿No serán feministas?

—Aquí no hay todavía.

—¿Y llevan los puños alzados?

—Ni los puños, ni los brazos. Las lenguas nada más. Asómese usted.

—Es verdad. Y tampoco llevan carteles.

—Quite usted. Un cartel es muy difícil de hacer. Voy a bajar a ver qué quiere esa docena de descosidas… Que de la docena no pasan.

Antes de que *Plinio* llegase a la puerta, se presentó Maleza:

—Jefe, que por lo visto han violado y asesinado a una hija de la Eustaquia y del Felixón, que se llama Vicenta.

—¿Que la han violado y además asesinado?

—Sí… según las muestras.

—¿Pero han venido a denunciarlo?

—Hasta ahora, nada. Sólo estas que gritan… Me lo ha dicho una de ellas, la Joaquina, que viene muy colorá, como si la hubieran violado a ella.

—Imposible.

—¿Imposible que hayan violado a la Joaquina?

—Imposible que en este pueblo hayan violado a alguna. Nunca ha ocurrido.

—Por lo visto acaban de descubrirla.

—¿Dónde?

—En un haza cerca de la Huerta de Pueblas, de la que el sábado se llevaron la cosechadora.

—¿Acaban de descubrirla y ya está armada la manifestación? Y antes de llevar el caso al Juzgado. No entiendo.

—… Bueno, Jefe, a lo mejor hace una hora que la encontraron, cuando iban a recoger las *alpacas.*

—Voy a ver —dijo *Plinio,* bajando la escalera a buen paso.

Plantado en la puerta del Ayuntamiento, aguardó a que bajaran un poco los gritos de las manifestantes, que nada más verlo, empezaron a hablar más entre sí.

—¿Pero a quién le pedís justicia, al alcalde?

—A usted —dijo la más próxima.

—¿A mí?

—Sí, porque hay un violador por ahí suelto, amenazando a medio pueblo, y usted no sabe averiguar quién es, a pesar de que se lo denunciaron varias…

—Eso es verdad —dijo *Plinio,* muy tranquilo—, no he podido averiguar quién es ese loco, que, hasta hoy, se limitaba a prevenirlas por teléfono.

—¡Justicia, queremos justicia! —volvió la que llevaba la voz cantante, con los ojos muy enfurecidos.

Plinio vio como del inmediato Juzgado, arrancaba un coche. Y sin decir nada, pasó por detrás de las manifestantes hacia la ferretería de los Peinados, donde está la parada de taxis. Montó en el que le pilló más cerca, y dijo al taxista:

—Siga a ese coche, donde van los del Juzgado.

—Sé donde van.

—Al haza de los Quiñones.

—Sí, descuide. Voy derecho.

—A esta chica que dicen que han violado no la recuerdo. ¿Es muy mayor?

—Unos dieciocho años, dicen, aunque aparenta más… Por lo visto la han matado a palos antes del acto.

—A ver qué dice el forense.

Por la carreterilla iba el coche del Juzgado, y delante y detrás, coches, motos y bicicletas, en carrera cortísima, puesto que el haza de los Quiñones estaba en la misma orilla del pueblo.

Plinio, nada más apearse de su taxi, se unió a los del Juzgado. Avanzaron hacia donde parecía estar la muerta, rodeada de un grupo de gentes sudorosas.

Les hicieron sitio. Entre las pacas, la Eustaquia y tres mujeres más, de rodillas, rezaban alrededor del cadáver, cubierto con una manta de mulas, vieja.

Quedaron los del Juzgado un momento paralizados ante el rezo familiar, hasta que pidió el Juez:

—Por favor, déjennos pasar, que podamos cumplir con nuestro deber…

Las que rezaban arrodilladas, se apretaron un poco, con los ojos en alto, llenos de reflejos del sol.

Pensó *Plinio,* que la mezcla de crimen y sexo, provocaría aquellos rezos, infrecuentes en los levantamientos de cadáveres. Aparte de que ni la Eustaquia ni Felixón tenían en el pueblo fama de eclesiásticos… *Plinio* no se sentía con ganas de rezar, pero sí con una tristeza como nunca en semejantes casos.

El Juez tiró de la manta que cubría el cuerpo de Vicenta. Salpicado de pajas, parecía totalmente destrozado. Se le veían grumos de sesos, y un ojo saltado, por donde debía haberle salido mucha sangre. Tenía la bata destrozada, un pecho casi fuera, muy amoratado, parecía que a mordiscos. Despatarrada, descalza, y con hematomas muy grandes por casi todas las carnes descubiertas.

A una señal del Juez, se adelantó el médico forense. Auscultó a la víctima y en seguida confirmó su muerte. Era espeluznante aquel gesto de grito ensangrentado, que entre los pelos tenía la muerta.

Se oían sollozos por todos lados. *Plinio,* con la lengua sequísima, tuvo que entreabrir la boca.

En seguida llegó la ambulancia, y el Juez dio orden de trasladar el cadáver al Depósito Judicial. Al alzarlo los alguaciles, quienes estaban en primera fila, notaron que algo caía al suelo.

—¿Qué ha sido, qué ha sido? —preguntaron el Juez y *Plinio.* Este, puesto en cuclillas, arrastraba los ojos entre las pajas. Las mujeres que estaban de rodillas y los del Juzgado, seguían las miradas del Jefe. Se había calado las gafas, y después de un ratillo de búsqueda, haciendo pinza con dos dedos de la mano derecha, tomó algo blanco y curvado del suelo. Lo miró y remiró, y luego se lo entregó al Juez, y éste en seguida al forense:

—Una prótesis dental superior —dijo.

—Sí.

—De la muchacha no puede ser, Manuel.

—Desde luego —dijo, volviendo a tomar la dentadura.

—¿Y no miran ustés a ver cómo le han dejado sus partes? —dijo en voz muy alta una de las que rezaban junto a la Eustaquia.

—Eso se verá al hacerle la autopsia —dijo *Plinio* con su gesto caidón, y sin dejar de contemplar la prótesis que tenía entre los dedos.

—Sepa Dios lo que dirán después de la *eurosia* o como se diga —monologó la mujer con gesto de desprecio—. Justicia es lo que hace falta.

Ya habían colocado el cadáver sobre la camilla, y la cargaron en la ambulancia entre murmullos lastimeros de todos.

—El tío la mataría después de joderla —dijo una a grito lloroso.

—O antes. ¡Quién lo sabe! —contestó una vieja con la cara casi cubierta con un pañuelo negro.

—¿Quién vio primero a la muerta? —preguntó *Plinio* a los dos camioneros que habían venido a recoger las pacas.

—Un servidor —dijo el más joven, y con sombrero de paja—. Cuando fuimos a cargar estas *alpacas,* la encontramos entre medias. La pobre estaba cubierta de pajas. Debió de ser aquí mismo… la operación.

—¿Y alguien la ha mirado bajo la falda?

—Sí, Manuel. Su madre, así que llegó, se fue derecha a sus partes, como estaba amenazá, según se ha dicho.

—¿La llamaron por teléfono, Félix?

—No, no tenemos teléfono. Pero le mandaron dos cartas diciéndola que no saliera sola.

La Eustaquia, que seguía llorando y de rodillas, decía que sí con la cabeza a lo que contaban el mozo y luego su marido.

—¿Y cómo tiene esa parte, Eustaquia?

—Un destrozo, Manuel, pero un destrozo que no pudo ser hecho con el instrumento del hombre.

Plinio miraba al suelo con su cara amarga.

—Si un día encuentras a ese violador, Manuel, lo meteré en una cosechadora, te lo juro por estas, hasta romperlo a cachos como espigas.

—¿Es que ayer salió sola a la calle, Eustaquia?

—Ella no hacía caso a las cartas y salió, como todos los días, a dar un paseo con las amigas. Y como tardaba en volver a cenar, preguntamos en las casas de dos de ellas. Y nos dijeron que estuvieron juntas hasta eso de las nueve y media, y que luego cada una marchó para su casa.

—Pero vuestra casa no está por aquí cerca.

—No, ni pensarlo, Manuel. Debió de ser en otro sitio y la trajeron aquí.

—¿La manta de mula con que la tapasteis era vuestra?

—No, la encontramos tapada con esa manta, que no es nuestra… y manta y chica cubiertas con la paja de esta *alpaca,* que está medio desatada.

—Ya me he dado cuenta —comentó *Plinio,* que seguía con la prótesis entre la mano.

—¿Se ha fijado bien en la vejez y la anchura de esos dientes postizos? —le dijo el Juez.

—Sí…

—¿Y podrá valerle esta medio dentadura para algo, Manuel?

—Hasta ahora es lo único.

—Pues quédese con ella, y que haya suerte.

El mozo del sombrero de paja quedó mirando a la dentadura sobre la palma de la mano del Jefe.

—¿No podrá ser de alguno de los que anduvisteis con la cosechadora, o ahora con el camión?

—No, señor —dijo picado—, no estamos ninguno en edad de dentaduras postizas. Mire —y le enseñó los incisivos, arremangando los labios con mucho gusto.

—Desde luego —dijo *Plinio* guardándose la prótesis en el bolsillo de la guerrera.

Los del Juzgado montaron en su coche. Los familiares también tomaron camino. Sólo quedaba un grupillo de curiosos, los del camión, y el taxista aguardando a *Plinio*.

—Bueno, te llamarán a declarar. No te asustes —dijo *Plinio* al mozo del sombrero de paja.

—No, Jefe, de lo único que me asusté, fue de ver a la muerta tan destrozó.

—¿Tú también crees que la violaron?

—Yo no sé cómo se está violada. Jefe.

Plinio, ya en el taxi, se metió la mano en el bolsillo de la guerrera y echó otro vistazo a la prótesis… Hacía ya más de dos meses que lo visitaron la Palmira y su padre, y la Teresa López y sus hermanas, y casi se había olvidado del violador tan bueno que prevenía por teléfono… Mejor dicho, una cosa así, en un pueblo tan pacífico como Tomelloso, no se puede olvidar nunca, pero como nadie le volvió a hablar del tema, lo tenía ya bastante cubierto con el polvillo de lo que fue.

Al día siguiente, el forense, al salir del Depósito, le confirmó los malos y sádicos tratos de que había sido víctima la pobre Vicenta.

—Con decirle, Manuel, que tiene sus partes altas y bajas deshechas a bocados, con eso se lo digo todo.

—¿Pero ha muerto de eso?

—No. Después, de golpes en la cabeza. Seguro. No encontró otro medio de hacerla desaparecer, para evitar que lo denunciase… Pues no creo que fuese tan monstruo como para mordisquearla después de muerta.

Plinio, tan muertero él, aquel día marchó del Cementerio con la amargura inédita en él. Casi de miedo. De miedo a nada en concreto, al hombre en sí. No quiso volver a ver la muerta después de escuchar al médico. Se volvió con él en el coche, dispuesto a descubrir al criminal fuese como fuese. Y empuñando con furia la dentadura dentro del bolsillo, pensaba mientras hablaba el forense, si habrían sido aquellos mismos dientes los que mordieran las partes tiernas de la Vicenta.

Cuando lo dejó el forense en la puerta del Ayuntamiento, después de enterarse que no había nada para él, tiró para la calle de la Independencia, concretamente hacia la clínica del dentista Carlos Pons, a ver si podía decirle algo de aquellos dientes encontrados entre pajas y carne muerta.

Llegó al 54 de la calle y subió hasta la clínica. Tuvo que aguardar en la sala de espera casi media hora. Por fin acudió el mismo Pons sonriendo y lo saludó muy cariñoso:

—¿Qué se le ofrece a su boca, Manuel?

—A la mía nada. A la de otro que no sé quién es.

—¿Trae usted entonces la boca de otro?

—En parte.

Pasaron a la clínica. *Plinio* se sacó la prótesis del bolsillo, y Pons, con su cara redondona, empezó a reír.

—Sé que es una tontería, Carlitos. ¿Pero tú podrías decirme algo de esta media dentadura?

Carlos empezó a darle vueltas entre sus manos, con gesto escéptico, y dijo al fin:

—Debe tener ya ocho o diez años, y parece que se le rompió lo que nosotros llamamos la corbata, es decir, el alambre con que se engancha a algún diente fijo… no creo que hubiera más de uno.

—¿No te da la impresión, Carlitos, de que esta prótesis cayó al suelo cuando su propietario estaba echando una medio sonrisa… triste?

—Qué cosas se te ocurren, Manuel.

—¿Y no tienes idea de quién pueda ser este teclado?

—No… pasan tantos teclados por nuestras manos, que cualquiera, además de que somos dos dentistas en el pueblo.

—Suponemos que son del que ha violado y matado a la Vicenta.

—Ya he oído.

—Pero lo que sí podrás hacer es fijarte bien, por si diese la casualidad que quien la perdió viene a hacerse otra.

—Hombre, si es verdad que la perdió en semejante acto, lo natural es que no venga a reponérsela en el mismo odontólogo.

—Ya, pero toma detallada nota por si acaso. Las mayores tonterías del mundo siempre las hacen los hombres, no los autos… Y después iré a casa de tu compañero para que haga lo mismo.

Hablaron luego de la víctima, del posible violador y de otras novedades del pueblo, pero en seguida llegó la enfermera a avisarle a Pons que le aguardaba alguien con mucha urgencia.

—De acuerdo, Manuel. Si averiguo algo, le doy el telefonazo.

Aunque ya era un poco tarde, *Plinio* echó hacia la buñolería de la Rocío, aunque con la cabeza en mil sitios.

Entró en la buñolería, que ya estaba solitaria a aquellas horas, y la Rocío se puso de codos sobre el mostrador enfrentico de él, después de servirle el desayuno, y lo miraba muy fija y muy seria, como dolida por el mismo caso… Así estaban de callados y fijos, pues los dos se entendían muy bien con el pensamiento y sus ventanales de los ojos, cuando entraron dos mujeres ya cuarentonas hablando entre ellas y al mismo tiempo, procurando que las oyese todo el mundo.

—Pues sí, y que lo han encontrado ahora mismico, colgado del pasamanos de la escalera de su casa.

—Mira que ahorcarse del pasamanos propio, ¡qué cine! —dijo la otra.

—¿Pero de qué habláis? —les preguntó la Rocío.

—Pues de casi *ná.* Que Florencio García, el hermano de la Adoración, el que vivía antes en Madrid y se quedó viudo…, ¿saben por dónde voy? Lo encontraron esta mañana badajeando del pasamanos de la escalera de su casa… Cuando el portero abrió el portal y se le ocurrió mirar hacia arriba, allí que estaba como una ristra de morcillas el pobre. Ahorcado del *to,* del *to.*

—¿Y se ha ahorcado esta misma mañana?

—Sí, Rocío. Esta mañana muy temprano o anoche.

—Un hombre que parecía tan tranquilo. ¿Y no vivía en la casa de su hermana?

—No. Se llevaban bien, pero vivía solo.

—Lo que no entiendo bien es que, siendo viudo, jubilado y sin estorbos, se haya quitado de en medio.

—¡Cualquiera sabe por qué causa se quita un prójimo la vida! —dijo la Rocío, meditativa, y siguió torciendo el párrafo—: Y ahora comenzará el desfile de ahorcados, porque en este pueblo la gente se contagia mucho cuando alguien se suicida. ¿Verdad, Manuel?

—Es verdad. En seguida vienen otros automuertos… Parece que son tontos y no se enteran de que eso puede hacerse, hasta que no se mata otro.

—No es que les dé idea, Manuel. Es que un suicidio los anima.

—¿Y la hermana y él decís que se llevaban bien? —preguntó *Plinio* a las mujeres.

—Sí, pero cada cual vivía por su cuenta. Ella en la casa familiar de toda la vida, y él en un piso moderno que compró ahí en la calle de doña Crisanta, cuando lo jubilaron tan pronto, por no sé qué jaleos, del Banco donde trabajaba en Madrid, y se vino aquí a vivir con su mujer, que por cierto murió antes del año. Luego enviudó la hermana también, y siguieron igual.

—Hace mucho tiempo que no lo veía —dijo *Plinio.*

—Siempre andaba muy solitario por las calles y con pasos cansinos.

—Es un hombre con el que no he hablado nunca.

—Yo tampoco. Pero su cara estaba en todas partes.

—Será en todas las partes que tú estás, pero en las mías no —dijo *Plinio.*

Así estaban las cosas, cuando de pronto se encuadró don Lotario en la puerta.

—¡A tus órdenes, Manuel!

—Pero, hombre, don Lotario. ¿De dónde sale usted?

—Salir, salir, lo que se dice salir, de la cama, porque llegamos anoche a las dos.

—¿Todo bien?

—Vamos, lo que se dice regular… Por cierto que acabo de encontrarme a Carlitos Pons en su puerta, y me ha dicho que andas en busca de una boca.

—¿De una boca? —preguntó la Rocío, curiosísima, interrumpiendo la recogida de churros para el veterinario.

—El me entiende.

—¡Ah!, entonces no he dicho nada.

Empezó a entrar gente en la buñolería y *Plinio* aprovechó para enseñarle a don Lotario, asomándola al borde del bolsillo, la prótesis famosa.

—¿Y tú crees que puede ser de ese devorador de mozas que nos ha salido?

—¡Ah! No sé, pero junto a la muerta estaba, y la muerta tiene dieciocho años, de modo que todavía no ha necesitado que le pongan dientes de repuesto. Y qué casualidad que haya visto usted a Carlitos Pons. Ni media hora hace que fui a hablar con él.

—Ya te he dicho que estaba asomado a la puerta de su casa. Se conoce que entre tirón y tirón, le quedó un ratillo libre, y sacó la boca fuera para respirar… Se ha reído mucho por lo que le has dicho de la media sonrisa de la prótesis…

—Pues ha habido otro muerto, don Lotario. Nos han contado unas parroquianas de aquí de la Rocío, que han encontrado colgado del pasamanos de la escalera de su piso, a Florencio, el hermano de la Adoración, el viudo.

—¿Ese que se paseaba siempre con los ojos adormiscados, Manuel?

—Es verdad lo que dice don Lotario —dijo la Rocío—, siempre llevaba los párpados medio caídos, como si le estuviera llegando el sueño.

—Pues si quieren ustedes, ahora, cuando cierre, nos damos un paseíllo hasta el Depósito de los muertos, que yo no he visto un ahorcado en mi vida —dijo la Rocío después de un silencio—, y a mí sola, seguro que no me dejan pasar.

—Vaya unos gustos que tiene esta Rocío por las mañanas.

—Pues si usted quiere, don Lotario, le digo los que tengo por las noches.

—Ya me los contarás cuando vayamos para el cementerio.

—Vamos a ver si de aquí hasta que cierres se ahorca otro, y puedes ver un ahorcado, en su sitio más propio.

—Eso sí. Deben estar más propios en la cuerda que sobre la piedra.

—Desde luego, don Lotario, este Manuel, suele estar cada día más gracioso.

—Y sobre todo hablando de muertos.

—Además, que estarán ahora los dos muertos en el depósito —dijo la Rocío.

—Eso. Vamos, Manuel… que quiero ver a esa pobre chica.

—¡Qué horror!

—¿Tú horrorizado, Manuel?

—Sí, ante una chica de dieciocho años, violada y matada a golpes, desde luego.

—Qué mundo este de lobos vestidos de personas.

—Y que lo digas, Rocío.

—Pero, Manuel, qué patato estás.

—Véngase usted, don Lotario, a mi despacho, y allí hablamos hasta la hora de venir a recoger a ésta.

Don Lotario y la Rocío se miraron, como extrañados de la pena de *Plinio*, y no dijeron más.

Marcharon. Ya en el despacho, callaron un buen rato, vieron los periódicos y fumaron.

—¿Es que conocías mucho a la Vicenta, Manuel?

—No, la he visto pocas veces y nunca hablé con ella. Pero su final me ha impresionado mucho… Hay días que uno está así…

Cuando ya eran las doce menos diez y se disponían para irse a recoger a la Rocío, sonó el teléfono.

—¿Dígame?

—Manuel, soy Carlos Pons.

—¡Ah! ¿Qué hay, Carlitos?

—Oiga usted, que acaba de pasar por aquí, por la clínica, el médico forense, que está de arreglos, y me ha dicho que al levantar el cadáver de Florencio, el viudo que ya sabe usted que se ha ahorcado, mejor dicho, al descolgarlo, han visto que le faltaban las prótesis. En seguida me acordé de su visita… No creo que tenga nada que ver una cosa con otra, pero si quiere comprobarlo…

—¿Dices que le falta la prótesis o las prótesis?

—Las, las prótesis.

—Muchas gracias, Carlos, por la noticia… Pero no vas a tener más remedio que echamos una mano, que de dientes se trata. Espéranos en la puerta de tu casa, que ahora mismo te recogemos con el coche de don Lotario.

—Pero si estoy en plena consulta.

—Que esperen un momento, en seguida te volvemos.

—Venga, sea lo que usted quiera.

—Muchas gracias otra vez, Carlitos, por tu atención —dijo colgando el teléfono —. Vamos, don Lotario. Está de Dios, maldita sea, que tenga que ir al Depósito esta mañana.

—¿Pues qué pasa?

—Ahora se lo cuento. Vamos a por Rocío, pero en coche, que si nos ven con ella por la calle, van a pensar que se ha hecho ya de la G. M. T. femenina.

Fueron despacito y dando vueltecillas para gastar el tiempo que sobraba, y Plinio contó al veterinario su conversación con el dentista.

Al terminar contestó don Lotario dando manotadas sobre el volante:

—¿Qué sería de los policías sin casualidades?… Claro que tú tuviste tu pálpito al ver la dentadura en el suelo…

—Pero qué pálpitos ni qué coño. La vi en el suelo y la cogí, como hubiera cogido una colilla o un duro que hubiera junto a la violada.

—¿Entonces, ahora estás más dispuesto a venir al Depósito?

—No tengo más remedio.

—Así que asomó la solución del caso, se te voló la lástima.

—No es que voló. Es que mi deber es comprobar si hay alguna relación, entre los dientes encontrados, y la mellica del otro puesta tan a huevo.

—Que llevas razón. El deber profesional, lo primero. Tú nunca fallas, Manuel.

—No sé por qué me parece, don Lotario, que la prótesis que llevo en el bolsillo ya no sonríe.

—Aquí está la Rocío, esperándonos.

—Sube por este lado.

—Todos al verme tan arreglada y ante la puerta ya echada, querían comprar buñuelos.

—Es por verte.

—¡Que va!, por pura licenciauría.

—Tire usted por aquí, don Lotario.

—¿Y dónde vamos por ahí?

—A casa de Pons, el dentista.

—¿Pero qué tiene que ver Pons Torija con esto?

—Cuando lleguemos al depósito te enterarás, Rocío, que quieres saberlo todo.

—Desde luego con usted siempre pasan cosas rarísimas. Sus quehaceres nunca son normales.

—¿Entonces, verte a ti todas las mañanas?

—Tampoco, Manuel. Yo no soy muy normal. Ya creo que le he dicho alguna vez que me gusta rascarme las espaldas con el borde de la puerta. Y eso no es nada corriente.

—Pues al entrar en el coche me has rozado el hombro con el culo, y no te lo he encontrado raro.

—Pero qué tiene que ver eso. El culo sí creo que lo tengo equilibrao, pues no me lo rasco con puertas ni con palustres.

—Ahí está Carlitos.

En la puerta del 54 de la calle de la Independencia, estaba Pons con su traje de verano color barquillo, mirando hacia todas las esquinas.

—Carlos, siéntate aquí, al lado del conductor —le dijo *Plinio* abriéndole la puerta.

—Venga, vamos de prisa, que tengo ahí una espera de clientes, que si se ponen en cola, llegan a la casa de los Mayos.

Doblaron por la calle de Lepanto a toda marcha.

—No sabes lo que te agradezco esto, Carlos.

—Hombre, Manuel, donde se ponga la prótesis de un ahorcado, que se quiten las de quienes todavía mastican.

—¿Una prote-qué, dice el doctor? —preguntó la Rocío.

—Una dentadura postiza —le explicó *Plinio* con tono persuasivo.

—Ah… Yo desde que me he enterado que llaman a las putas masajistas, y a los maricas travestís…

—Mujer, las putas siempre dieron masajes.

—En eso lleva usted razón. Pero lo de los travestís. ¿Es que el culo ahora lo llaman «través»?

Enfilaron por la carretera del cementerio, comentando más decires nuevos.

El camposantero, nada más columbrarlos, abrió el Depósito, y se puso un poco cuadrado, al pasar los de la autoridad.

En su ataúd, ya, y envuelta en una sábana estaba Vicenta, y sobre la mesa de piedra, el suicida, con el cuello ensangrentado por el roce de la maroma y la boca y los ojos completamente abiertos. Ella parecía encogida, como acobardada, y él con gesto de cantaor, aunque muy en triste.

Don Lotario destapó un poco el cadáver de la chica y *Plinio* volvió la cabeza.

—Ahora mismo se acaba de ir la hermana —dijo el camposantero.

—¿De quién? —preguntó don Lotario.

—Del ahorcado. Se deben haber cruzado con ella.

Se pusieron junto a Florencio y *Plinio* sacando la prótesis del bolsillo se la entregó a Carlos.

—No te va a ser difícil porque al pobre se le quedó abierta la boca de par en par.

—Le falta también la prótesis inferior —dijo don Lotario.

—Ya se lo dije a Manuel —le respondió Pons.

Le entró la prótesis que le entregó *Plinio,* en la boca, metió los índices, le apretó un poco y quedó completamente encajada. Por cierto que quedaba el muerto feísimo con la prótesis superior entera, enseñándola toda, y abajo nada.

—¿No cabe ninguna duda? —le preguntó *Plinio.*

—Como no sea una casualidad tremenda, ninguna.

—¿Y fue cliente tuyo?

—… quiero recordar…

—Bien, pues vamos a la casa de este canalla —dijo *Plinio* señalando, desencajado, al cadáver de Florencio.

—¿A la casa de este canalla para qué? —preguntó el camposantero—. ¿Para qué, Jefe, si allí ya no vive nadie?

—Quiero decir a casa de su hermana a ver qué nos cuenta de esta locura desconocida.

—Quién iba a decir que un hombre con este aspecto de buenazo y hasta un poco tontorrón, iba a violar a una cría.

—¿Y tú qué crees, Manuel? ¿Por qué se habrá ahorcado?

—Yo qué sé. Ya veremos. Pero vamos a ir antes a su casa, donde se ha ahorcado, a ver cómo está todo. Luego visitaremos a su hermana.

—Bueno, señores, no les importará llevarme en seguida a la clínica —dijo Pons —. Esto está clarísimo.

—Ahora mismo, sí señor.

Se despidieron del camposantero, que también parecía tristísimo, cosa rara en su oficio, y salieron en el coche.

—Me ha dicho el Forense que hasta mañana no le hacen la autopsia —dijo Pons.

—Es igual.

Después de dejar a Pons y a la Rocío, fueron a la casa de la calle de doña Crisanta.

Les atendió el portero, con ganas de hablar mucho, y les dijo que la soga con que se ahorcó, se la llevaron los del Juzgado.

—Pero ahí está la señal. Miren ustedes si quieren el pasamanos ahí arriba.

—¿Tú fuiste el primero que vio al ahorcado?

—Sí, da la casualidad que hoy vine muy temprano, tanto que todavía estaba oscuro, y al encender la luz, me pareció ver una sombra rara. Qué susto me llevé. Lo primero que pensé es que lo había ahorcado alguien… El hombre era tan buen vecino, que se ahorcó desde su mismo descansillo.

—¿No hay nada más que ver? —le preguntó don Lotario al portero.

—Que yo sepa, no.

A todo esto, *Plinio*, empezó a bajar la escalera hasta el fondo, donde daba la puerta del sótano de una de las tiendas. Como estaba muy oscuro y no se veía apenas, *Plinio* encendió la linterna, y empezó a mirar con cuidado. De pronto notó que pisaba algo. Enchufó bien la luz. Era un trozo de encía de plástico, con dos muelas postizas. Lo tomó entre los dedos. Buscó con detenimiento, y encontró otros trozos muy pequeños, de la prótesis inferior.

—¿Qué has encontrado, Manuel?

—Creo que la prótesis inferior.

—¿Y cómo pensaste en ello?

—Cuando estábamos viendo el cadáver, pensé que de no haberla perdido cuando asesinó o mordió a la chica, debía haber sido aquí… Oiga usted y no es por presumir, pero imaginé que hasta habría un descansillo más abajo de nivel de la planta baja, como éste.

—Desde luego, Manuel eres fenomenal… Si ahora alguien tiene alguna duda… que lo certifique Pons.

—¿No has visto algún diente roto más por los escalones? —le preguntó al portero.

—No Manuel… Vamos no me he fijado. Como en estas escaleras de tantos vecinos se caen multitud de cosas.

Plinio envolvió aquellos trozos y dientes sueltos en un papelillo y se los metió en el bolsillo, donde llevaba la otra prótesis.

—Mire, don Lotario, el bolsillo de las prótesis. Este bolsillo ya ha llevado de todo en su larga vida.

—No tan larga, Manuel, que estrenaste este uniforme en la última feria.

—Se lo sabe todo… Venga, vamos a casa de la Adoración a ver qué nos cuenta del monstruo de su hermano.

Al llegar a casa de la Adoración, les abrió ella misma la puerta. Tenía los ojos muy tristes y su cuerpo tan grandón un poco caído. Les ofreció asiento en el tresillo de un salón pequeño, y quedó mirándolos como sabiendo a lo que venían.

Después de unos segundos de silencio, empezó *Plinio:*

—Perdona la pregunta, Adoración. ¿Te ha extrañado que se suicidara tu hermano?

Ella movió la cabeza y dejó escurrir la boca, como diciendo «así, así».

Pasaron otros segundos de silencio.

—'…Hemos encontrado parte de su dentadura postiza, junto al cuerpo de Vicenta, la violada y muerta… —y Manuel sacó la dentadura y se la enseñó—. Acaba de comprobarlo Pons el dentista. No hay duda que es la suya.

Adoración miró hacia los dientes de reojo.

—Lo peor, ya se sabe. Lo único que te ruego es que digas todo lo que pueda aclararnos este… comportamiento.

—… Como desde que era muy jovencillo se fue a trabajar a ese Banco, donde estaba, en Madrid, lo traté poco… Pero, que supiésemos, era normal su vida. Todo empezó cuando otro Banco grande se quedó con el suyo, lo jubilaron todavía joven, por unos arreglos que hicieron, y se vino a vivir aquí, con su mujer, para tener menos gastos.

La Adoración hablaba como intentando recordar algo que llevaba muy dentro.

—… Vinieron, compraron ese piso de la calle de doña Crisanta. Y a menos de un año de estar aquí, se murió su mujer… En seguida empecé a notarle algo raro…

—¿El qué?

—No sé, como si me ocultara algo. Lo primero, fue el no querer venirse a vivir aquí conmigo, que estoy tan sola. Lo habría cuidado y nos hubiera costado la mitad vivir… Hasta podría haber vendido aquel piso.

—¿Y qué pretexto puso para no venirse?

—Cuando le hablaba de eso, encogía los hombros y venía a decir algo así como «Ya veremos, luego».

»… Todo empezó de verdad, cuando hace un par de años, poco más o menos, se me presentó descompuesto, sudando, y me pidió casi llorando:

—Enciérrame con llave, por favor, enciérrame en la despensa de abajo.

—¿Pero qué te pasa?

—Enciérrame cuanto antes, y luego, cuando te llame, me sacas y ya te contaré.

—Y me llevó casi arrastras hasta la despensa. Le abrí.

Entró. Se sentó en la silla de ruedas que usó mi padre, y le dio una patada a la puerta.

—Cierra.

Cerré por fuera, sin saber a quién consultar, y estuve un par de horas en el patio de abajo dando vueltas alrededor de la puerta de la despensa vacía.

Ya casi a la hora de cenar, oí que llamaba con el puño en la puerta:

—Adoración, Adoración… ya puedes abrirme.

A todo esto la Adoración había puesto de pie su gran corpachón, y como en un escenario hacía el mimo de abrir la puerta.

—Cenó conmigo, y ya tranquilo, me confesó que de vez en cuando, le daba el ansia de «aprovecharse» de alguna chica que veía por la calle… Sí, de «aprovecharse», dijo.

—¿De qué tipo de chicas?

—Eso mismo le pregunté yo. Y me dijo que no había reparado. Que de pronto, una que a lo mejor sólo la había visto pasar, se le metía en la cabeza, con tal fuerza y terquería, que no sabía que iba a hacer para no aprovecharse de ella.

La Adoración, se estiró la bata oscura, juntó los larguísimos muslos, cruzó los brazos sobre ellos, como si el «aproveche» del que hablaba, fuese hacia ella, y siguió:

—Fue entonces, cuando me contó, que así que le daba el ataque ese, para librar a la pobre chica de su furia, la avisaba por teléfono, para que no saliera sola, porque un tío bestia la quería violar. Y claro, sin decir su nombre, le confesaba era el mismo que la llamaba… Muchas veces, me lo dijo el pobre, que lo que más temía en esta vida, era llegar a forzar a una. Que antes prefería morirse.

—¿Y vino a refugiarse a la despensa de abajo más veces?

—Sí… En estos dos años, lo menos diez o doce veces.

—¿Y venía después de haberles avisado por teléfono a las elegidas?

—No, después de avisarles por teléfono, se tranquilizaba.

—¿Entonces, cuando venía era por un ataque más fuerte?, intervino don Lotario.

—Eso, señor veterinario, mucho más fuerte, de no poderse ya aguantar, ni con teléfono ni nada.

… Sí venía, según me contó muchas veces, cuando no se podía dominar las piernas y tiraban de él hacia la casa de la chica… Y así que estaba dos o tres horas encerrado, y sin ver a nadie, poco a poco, se le pasaba el rayo, y salía tan tranquilo. Comía y se iba a acostar.

—¿Tú sabes si llegó a violar a alguna?

—El decía que no. Que siempre se pudo aguantar.

—Otra pregunta: ¿Te habló alguna vez de esta chica que murió ayer?

—No. El nunca me decía nombres, ni yo se los preguntaba.

—Una cuestión delicada. ¿A ti nunca pretendió hacerte nada?

—No señor —contestó seca y muy seria.

—Tú te esperabas que algún día ocurriese lo de ayer?

—Qué quiere usted que le diga. De lo que estaba segura es que si hacía algo así… nunca sería tan grave como ha sido, y sí el mayor disgusto de su vida… No pudo aguantarlo.

—¿Y él, además de confesarte las ganas de abusar de tal o de cual, te decía también que le apetecía matarlas en el acto?

—No lo decía, pero apuntaba, «que no sabía todo lo que podría hacerles».

—Yo de lo que me alegro —dijo ella con gesto duro— es de que ya que lo hizo, se haya matado después.

—Era un enfermo.

—Que me hubiese pedido que lo llevase a un manicomio antes que a la despensa vacía.

—¿Estos últimos días vino con más frecuencia a encerrarse en la despensa?… ¿Se le notaba más alterado?

—Vino tres días casi seguidos… cosa que nunca hizo… Ayer por la mañana vino por última vez.

—¿Y no te alarmó?

—Sí, un poco. Pero nada tenía que hacer. Llegaba, como siempre, fuera de sí, se metía en la despensa, tiraba de la puerta, yo le echaba la llave. Y así tres o cuatro horas hasta que me avisaba dando con el nudillo, como le he dicho.

Y se quedó callada, con el puño tan grandón y moreno, alzado como llamando en la puerta.

Plinio le puso la mano sobre su brazo larguísimo y fuerte.

—Lo siento mucho, y no lo comentaré por ahí.

—Sí, diga, diga que fue el primero en sentir el haberse aprovechado de la pobre Vicenta, y no se mató por miedo a la justicia, sino por vergüenza de él mismo.

—Eso debe ser lo peor del mundo —dijo don Lotario—, tener ratos en los que uno se da cuenta de que está loco y no poderlo remediar.

Se pusieron de pie. La Adoración, parecía más alta todavía cerca de ellos. Salieron sin hablar una palabra más. Ella dando lentamente unos pasos muy largos.

Cuando don Lotario dio un paso hacia el coche, le dijo *Plinio:*

—Vamos dando un paseo que se nos despeje la cabeza, don Lotario.

—Cuando uno encuentra anormales tan grandes, es cuando se da cuenta de que la vida está llena de anormales, aunque un poco más pequeños.

—En eso iba pensando yo, en que hay más gente todavía con la cabeza corta que con las piernas tan largas como la Adoración.

—Qué miedo, una mujer con las piernas tan largas, Manuel.

—Depende de como las ponga.

—Déjate, las ponga como las ponga, debe ser como un tejao que se te viene encima.

LA DUDA DEL PROFESOR

Ángel M.ª de Lera

Me di a conocer en 1958 con la novela Los clarines del miedo*, llevada al cine y traducida a numerosas lenguas. He publicado después catorce novelas largas, entre las que se cuentan* La boda, Hemos perdido el Sol, Tierra para morir, Las últimas banderas, Los que perdimos, La noche sin riberas, Oscuro amanecer *y* El hombre que volvió del paraíso*. También tengo publicados libros de reportaje, biografía y ensayo, como* Mi viaje alrededor de la locura, Ángel Pestaña, Retrato de un anarquista *y* La Masonería que vuelve*. Acaba de aparecer mi última novela* Secuestro en Puerta de Hierro.

Poseo los premios «Álvarez Quintero» y «Fastenraht», ambos de la Real Academia de la Lengua, el «Galdós», el «Ateneo de Sevilla» y el «Planeta».

Mis obras están editadas en Canadá, México, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, Alemania Federal, Suecia, Finlandia, Hungría, Bulgaria, Checoslovaquia, Polonia, URSS y Portugal.

EL CAMARERO lo explicó con las palabras precisas:

—Pidió un coñac y yo se lo serví. Es verdad, y ahora lo recuerdo, que parecía muy nervioso, pero eso es corriente en las personas que hacen su consumición en la barra, ¿sabe usted? Están citadas con hombres o mujeres, según, para un negocio, un ligue, cualquiera sabe… Por eso mismo no me extrañó, ni tampoco que fuera un par de veces a hablar por teléfono. Ni me di cuenta de que se marchó, hasta que oí a ese señor gritar que acababan de matar a un hombre al salir de la cafetería.

—¿No oyó usted los disparos?

—Pues no. Y, si los oí, no hice caso porque, como son tan frecuentes los embotellamientos del tráfico en esta plaza, estamos muy acostumbrados a las explosiones, gritos y bocinazos, a ver si me comprende.

—Siga.

—Bueno, pues, al oír lo que decía ese hombre, salí corriendo, con otros, y me encontré con la papeleta. El tipo estaba en el suelo, boca abajo, rodeado de un corro de curiosos. Y no vi más. Alguien dijo que estaba muerto y entonces entré en la cafetería para avisar por teléfono al 091.

El hombre que entró en la cafetería gritando que acababan de matar a un hombre no pudo tampoco ser más explícito:

—Verá. Yo venía con la intención de tomar un café y estaba ya a unos diez o doce metros de la puerta cuando, de repente, oí unos disparos y vi caer al suelo como un saco a un hombre, justo ante la puerta de la cafetería. Me llevé un susto tremendo y quedé como atontado, pero pude apreciar que no circulaba ningún peatón por ese trozo de acera y que uno de los coches aceleraba ruidosamente en dirección a la Gran Vía. Yo creo que debía estar apostado en la acera del cine y que dispararon desde él al tomar la curva. Fue todo tan rápido que ni siquiera pude quedarme con el número de matrícula del automóvil.

Las declaraciones de los demás testigos oculares eran aún más difusas. Eran varias las personas que habían visto y oído desde el centro de la plaza, desde las aceras o desde los coches en tránsito por allí, pero luego fueron incapaces de dar una versión coherente del hecho, porque, en realidad, ninguna de ellas supo con certeza lo que había sucedido hasta que cundió la alarma y se produjo el colapso de la circulación. La plaza del Carmen es, a pesar de su apariencia recoleta, uno de los puntos del centro de la ciudad donde recalan más automóviles para cambiar de dirección o estacionar, y por donde se desflecan las oleadas de peatones que fluyen de la Gran Vía, o de los grandes almacenes o de los cines próximos. Precisamente por ser tan densa la aglomeración de vehículos y viandantes y tan alto el tono de los ruidos en aquel lugar, el atentado pasó inadvertido para la mayoría de quienes se encontraban cerca del escenario donde se realizó y sólo pudo ser percibido de modo fragmentario e inconexo, resultando incompletas, cuando no contradictorias, las informaciones de los testigos más cercanos.

Debido a estas circunstancias, el Profesor, como irónicamente llamaban sus compañeros al inspector César Benavides por su talante de intelectual metido a policía, o viceversa, se encontró con una base de partida tan pobre en el comienzo de sus investigaciones. El hecho, claro. Un hombre es asesinado al salir de una cafetería por los disparos que le hacen desde un automóvil inidentificable, en la plaza del Carmen de Madrid, a las nueve de la noche. En las ropas del muerto no se hallaron más vestigios de su personalidad que el documento de identidad y unas tarjetas de visita que acreditaban tratarse de Alberto Gortázar García, con domicilio en un apartamento de la calle de Londres de Madrid, natural de Vitoria, soltero, comerciante y de 54 años de edad. Por los testimonios del conserje de la finca y de algunos vecinos pudo averiguar que vivía solo, que recibía pocas visitas si se exceptuaban las de una mujer, como de unos cuarenta años, que solía aparecer con cierta frecuencia, siempre por las mañanas, y que, alguna vez, pasó allí la noche. No se encontró ningún documento que esclareciese el mundo de sus relaciones. El mobiliario era vulgar, como el de tantos apartamentos de alquiler, pero no así el decorado, compuesto en su mayor parte por muestras de pintura moderna, generalmente abstracta, que revelaba las preocupaciones artísticas y el gusto refinado de su inquilino. Una litografía del «Guernica» de Picasso, realizada en Nueva York, ocupaba buena parte de la pared a la cabecera de su cama. Entre los trajes que colgaban en el armario ropero había algunos con etiquetas de París, como asimismo, entre su ropa interior, se encontraban camisas italianas, y un par de quimonos de señora. También en uno de los cajones se hallaron prendas íntimas de mujer y unos guantes femeninos de piel gris, muy usados. Su biblioteca se componía de novelas en francés y español y de libros de carácter monográfico de grandes pintores, con reproducciones de sus obras a todo color. Ni una carta, ni una agenda con direcciones, ¡nada! Cuando ya se disponía a abandonar el apartamento y dar por terminada la primera inspección ocular, el Profesor tomó el teléfono para comunicar sus impresiones a su jefe superior inmediato. Mientras hablaba, levantó el aparato portátil y entonces descubrió el triángulo posterior de un sobre de carta en el que aparecía escrito a mano un número de siete cifras.

Antonio de Luis representaba unos cincuenta años, de buena figura, con incipiente calva en su rizosa cabellera entrecana, apagados ojos grises de miope tras las gafas y talante desdeñoso.

César Benavides lo vio así, físicamente, a la primera ojeada, y, espiritualmente, a las primeras palabras, como un hombre escéptico o, más bien, desilusionado, que guardaba celosamente su intimidad. Era arquitecto y estaba al frente de su propio gabinete, instalado en la calle de Velázquez. La secretaria que salió a recibirle le dijo, después de que se anunciara como representante de una empresa de materiales de construcción, que no podía recibirle porque él se dedicaba exclusivamente a realizar estudios o proyectos de encargo, sin relación alguna con la dirección de obras. Entonces tuvo que aducir su condición de policía.

—Dígale usted que se trata de un simple trámite.

En la puerta se cruzó con un hombre joven que le cedió el paso y desapareció.

—Es mi colaborador —oyó decir a Antonio de Luis, quien le recibió de pie, junto al gran tablero en que se desplegaba un plano arquitectónico.

—Siento mucho tener que interrumpir su trabajo, señor de Luis.

El arquitecto hizo un gesto de resignación.

—Bien. Dígame en qué puedo servirle. Verdaderamente, me pilla usted en un mal momento. Está a punto de cumplirse el plazo de entrega de este proyecto —y señaló al plano— y aún nos queda mucho por hacer.

El Profesor prometió ser muy breve.

—Dígame, ¿conocía usted a Alberto Gortázar García?

El arquitecto enarcó las cejas, pero inmediatamente recuperó su expresión de hombre cansado y molesto que aceptaba de mala gana, y sólo por pura cortesía, que un desconocido le interpelase.

—Acabo de leer en el periódico que le asesinaron ayer, a primeras horas de la noche. ¡Qué barbaridad!

—¿Le conocía?

—Bueno, sí y no.

—¿Cómo?

—Me explicaré.

Le conocía muy superficialmente, por las relaciones comerciales que mantenía con su esposa. Alberto Gortázar se dedicaba al comercio de obras de arte, especialmente de pintores modernos. En uno de sus frecuentes viajes a París, donde el arquitecto y su esposa, Josefina Galdo, habían vivido varios años, le conocieron en una pequeña galería de la Rué Saint Honoré.

—Al saber que mi esposa pintaba, quiso conocer alguna obra suya, pero eso no pudo ser hasta que Gortázar vino a Madrid. Estuvo en casa y se sintió muy interesado por la obra de Josefina, tanto que, al poco tiempo, le organizó una exposición en aquella galería parisina. Aunque no fue lo que se dice un éxito, se logró llamar la atención de algunos críticos importantes y vender casi la mitad de las telas expuestas, que era mucho más, infinitamente más, de lo que mi mujer y yo podíamos imaginar. Luego, le montó dos exposiciones más, una en Barcelona y otra aquí, y, desde entonces, representa en exclusiva a Josefina y vende sus cuadros directamente a particulares, a precios que nos parecen suficientemente remunerativos por ahora. Debido a todo esto, hemos cenado alguna vez juntos, nos ha visitado y hemos hablado largas horas exclusivamente de pintura, que era su única preocupación, casi obsesiva. Él se preciaba de su amistad con grandes pintores contemporáneos, entre ellos, naturalmente, Picasso, Dalí, Miró… Esto es todo lo que sé de Alberto Gortázar, cuya muerte me ha dejado estupefacto. Yo pienso que ha debido haber algún error, que ha pagado por otro, quién sabe… Ignoro completamente cualquier otro aspecto de su vida.

—¿Y su esposa?

Antonio de Luis hizo un gesto de duda.

—No creo que sepa mucho más, aunque, como usted sabe muy bien, las mujeres poseen una especie de sexto sentido por lo que se refiere al conocimiento de las personas. Son mucho más intuitivas que nosotros, ¿no le parece?

Salió ella misma a recibirle, vestida con un blusón blanco con manchas de pintura de varios colores, y le introdujo en su taller-estudio, una estancia de medianas dimensiones con un gran ventanal a una terraza exterior bordeada de macetas con flores o con plantas de verdor perenne.

A César Benavides le pareció hermosa, sólida, en el límite justo de los volúmenes, de cálida feminidad, rostro sereno, ojos oscuros y grandes de mirada acariciadora, labios carnosos y boca fresquísima. Una mujer en el esplendor de su madurez.

Adornaban las paredes del estudio diferentes muestras del arte pictórico de Josefina Galdo y se veía en el caballete un lienzo en que se conjugaban los más vivos colores en forma de discos y trazos en espiral.

—Le esperaba. Mi marido me avisó por teléfono. Yo también estoy consternada por la noticia. Es terrible. Por más que he intentado sobreponerme a ella enfrascándome en el trabajo no he logrado dar ni siquiera una pincelada. Pero siéntese, siéntese, por favor.

Sí, Alberto Gortázar era su marchante y, además, un buen amigo. Le gustaba mucho lo que ella hacía y había comenzado a introducirla en el mercado. Una exposición en París y las siguientes en Madrid y Barcelona, organizadas por él, consiguieron atraer sobre su obra la atención de crítica y público. Efectivamente como ya le había anticipado su marido, Gortázar vendía sus cuadros directamente a clientes suyos.

—¿Le gusta a usted mi pintura?

Benavides sonrió.

—Yo no soy un experto, señora. Todavía no he pasado de los impresionistas. Por consiguiente, no debe importarle mi criterio. Por desgracia, no me ha traído aquí ningún problema de índole artística, sino un asesinato…

—Es verdad. Le comprendo. He hablado precisamente por no hablar del tema. Es tan espantoso… Aún no lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprende?

—Por favor.

—Sin embargo, y aun sintiéndolo mucho, tengo que hacerle algunas preguntas relacionadas con el caso.

Josefina Galdo se había sentado frente a él sobre un alto cojín de cuero y le miraba con expresión recelosa y expectante.

—Diga.

El Profesor hizo un gesto que significaba lo embarazoso y desagradable que para él era el interrogatorio.

—¿Le visitaba usted en su apartamento de la calle de Londres?

—Sí, fui a verle allí alguna vez —contestó sin vacilar.

—¿Sólo alguna vez o más bien con cierta frecuencia y casi siempre antes del mediodía?

Josefina asintió con un leve movimiento de cabeza.

—¿Son suyos estos guantes? —prosiguió Benavides, mostrándole los que hallara en el registro.

Josefina miró primero a los guantes y después a los ojos del policía.

—Sí —dijo, sin inmutarse.

—Perdone, pero aún he de hacerle otra pregunta más indiscreta. Perdone.

Josefina frunció las cejas, pero no apartó la vista de los ojos de Benavides.

—Sí —insistió el Profesor—. ¿Es cierto que pasó usted noches enteras en el apartamento de Gortázar?

Josefina se puso en pie súbitamente y se dirigió al ventanal, para hurtarse a la mirada del policía y diciendo:

—¿Olvida usted que soy una mujer casada?

Pero el inspector, imperturbable, contestó:

—Al contrario, señora. Por eso quiero evitarle el careo con quienes podrían atestiguarlo.

Siguió una pausa tensa, hasta que Josefina, volviéndose para mirar a Benavides, dijo:

—Sí, es cierto. Éramos amantes y yo aprovechaba los viajes de mi marido para pasar la noche con Alberto. ¿Qué más quiere saber?

Benavides se levantó, a su vez, y anduvo hasta situarse a un paso de Josefina. Entonces sacó un paquete de cigarrillos rubios e invitó a fumar a la mujer. Ella aceptó. Sus manos temblaban cuando tendió el cigarrillo hasta el encendedor del policía. Éste, después de la primera chupada, insistió:

—Dígame. ¿No notó usted últimamente nada anormal en él, más preocupado o nervioso que de costumbre, por ejemplo?

—Sí, a veces me parecía muy intranquilo.

—¿Como si temiese algo?

—Quizás. Ahora me parece que sí.

—¿Y no se lo hizo notar usted?

—Yo le pregunté en algún momento el motivo de que no siguiese mi conversación como si no me oyera o estuviese pensando en otra cosa, pero él lo atribuía siempre a las complicaciones de los negocios.

—¿Qué negocios?

Josefina se encogió de hombros.

—No sé, los suyos: compra y venta de pinturas y de otros objetos de arte. Él traficaba también con antigüedades. Naturalmente, yo no podía sospechar que temiera por su vida y jamás me insinuó nada sobre ese peligro.

—¿No pensó usted que ese temor se debiera a que su marido descubriese las relaciones…?

—Oh, no —y la pintora sonrió pálidamente.

—¿No? ¿Tan confiado y ciego es su marido?

Antonio de Luis no era un calderoniano, no, sino un hombre muy del día, civilizado, incapaz de resolver a tiros un asunto de esa índole.

—Así que no es por ahí, inspector. Puede usted desde ahora borrar a mi marido de la lista de sospechosos. No pierda el tiempo.

—¿Sabe usted si él conocía su intimidad con Gortázar? Josefina movió la cabeza.

—Nunca me lo dio a entender, por supuesto, pero yo sospecho que…

—Sospecha que él sospechaba, ¿no es eso?

—Sí.

—Ello quiere decir que consentía.

—Se resignaba. Me adora.

—¿Está usted muy segura?

—En eso no nos equivocamos nunca las mujeres.

El Profesor desvió los ojos hacia la terraza y ella, como dando por terminada la entrevista o, al menos, agotado el objeto de la misma, se acercó al caballete y, después de contemplar unos instantes en silencio su propia obra, exclamó:

—Me gusta.

—¿Qué? —preguntó Benavides, volviéndose hacia ella.

—Se parece a las últimas cosas de Miró. ¡Me encanta Miró: color, alegría, inocencia! Mi ídolo, sin embargo, es Picasso. ¡Qué monstruo!

—Sí. Por lo menos es el pintor que mayor gloria ha disfrutado en vida. Ni Miguel Ángel ni Rafael alcanzaron tanta en su tiempo. Pero a mí…

—¿No el gusta el cuadro?

—¿Qué cuadro?

—Qué cuadro va a ser: el «Guernica». Nosotros le llamamos así, sin más detalles.

—Ah. Pues, francamente, a mí me gusta más el Picasso de sus épocas azul y rosa. Ya le he dicho antes que no entiendo mucho de pintura.

—Es una lástima, créame.

Benavides sonrió mirando involuntariamente con admiración a la mujer.

—Quizá.

—Seguro, señor inspector.

—Bien. De todas formas tendremos tiempo para hablar de ello en otra ocasión, porque espero volver a verla muy pronto.

—¿Sí? —y como Benavides moviese la cabeza en sentido afirmativo, añadió—: Pues ya sabe dónde puede encontrarme todas las mañanas.

—¿Y por las tardes?

—Suelo salir para reunirme con Antonio. Merendamos por ahí y luego vamos al cine, o nos reunimos con algunos amigos o, simplemente, regresamos a casa juntos.

—¿No tiene usted amigas?

—Amigas amigas, no. Nunca las he tenido. La amistad entre mujeres no trae más que envidias, murmuraciones y disgustos.

—¿Y amigos?

—Los de Antonio.

—De la profesión, supongo, ¿no?

—¡No! ¡Qué aburrimiento! Claro que tiene amigos de la profesión, pero no son esos los que frecuentamos. Entre ellos hay de todo, hasta un cantante, como Luis Revirar, un barítono de zarzuela, bastante malo por cierto, pero que se gana muy bien la vida dando lecciones de canto.

—Ya, y, naturalmente, el ayudante de su marido, ¿no?

—¿Le conoce?

—Le he visto esta mañana en el estudio.

—Sí. También pertenece a nuestro círculo. Se llama Josechu Legorburu y es un joven arquitecto bilbaíno. Ya ve, Legorburu significa en vasco Cabezaseca. Y no, es muy inteligente.

La atmósfera se había ido distendiendo y aligerando a medida que el diálogo derivaba hacia temas generales. Josefina se mostraba asombrosamente versátil, despreocupada y dueña de los recursos femeninos para atraerse la simpatía de su interlocutor.

—Volveré —dijo Benavides, estrechando su mano.

—Lo sé. Pero aún no me ha dicho cómo se llama.

—César Benavides.

—Oh, qué rimbombante —y sonrió.

Ya en la puerta, Benavides le preguntó, mirándole fijamente a los ojos:

—Si descartamos a su marido y a los celos, ¿quién pudo matar a Gortázar y por qué?

La mujer, sorprendida por la pregunta, como si la hubieran zarandeado bruscamente, abrió mucho los ojos, entre asombrada y temerosa, pero respondió rápidamente:

—No lo sé, no lo sé.

La autopsia no sirvió más que para confirmar que Alberto Gortázar había recibido tres balazos en el pecho, uno de los cuales le atravesó el corazón y produjo su muerte instantánea.

Los gastos del modesto entierro los sufragó Antonio de Luis y a la inhumación del cadáver sólo asistieron él, Josefina y Legorburu. El Profesor presenció el acto desde un taxi situado a bastante distancia para no ser visto por ellos y que, no obstante, le permitiese observar cuanto ocurriera alrededor. En efecto, apenas

empezaron a sonar las paladas de tierra sobre el féretro cuando, de la fila de coches estacionados en la calle paralela, salió otro taxi, ocupado por dos hombres a quienes no había descubierto deambulando por allí ni entrar en el vehículo.

—Siga a ese taxi —ordenó al conductor del suyo—. A ése, hombre, a ése.

Pero el conductor, sorprendido y un tanto desconcertado, tardó demasiado en efectuar la maniobra y, cuando pudo seguir el rumbo preciso, ya el otro se había perdido de vista en el laberinto de calles del cementerio, invadidas en aquella hora por el trajín de las caravanas mortuorias. Tampoco le divisaron a la salida entre los que regresaban a la ciudad. Era inútil, pues, continuar su persecución y búsqueda y Benavides desistió. El único dato que logró fue el número de su matrícula que, pocas horas después, le llevó hasta el conductor del taxi perseguido, el cual sólo pudo decirle que sus ocupantes eran dos hombres jóvenes, uno de ellos con gafas, poco habladores y lo poco, con acento sudamericano. Le habían tomado en la plaza de la Independencia. Conocían en qué cuartel, calle, etc., se iba a efectuar el enterramiento porque le hicieron ir directamente allí y esperar la llegada del coche fúnebre. No se bajaron del taxi en ningún momento y, antes de que se marchase el duelo que, por cierto, sólo lo componía una mujer y dos hombres, le dieron la orden de vuelta, con muchas prisas, y seguir el recorrido que ellos le iban marcando, por detrás de la plaza de toros, Pilar de Zaragoza, plaza de San Cayetano, Fracisco Silvela y Serrano, para terminar en el punto de partida.

—Sí que me pareció caprichoso el itinerario, pero como el que paga manda…

En su paciente rastreo por los archivos, el Profesor halló un viejo expediente dedicado a las andanzas de ciertos refugiados vascos en Francia durante los azarosos tiempos de la ocupación alemana. Entre los nombrados en dicho expediente figuraba un tal Ricardo Gortázar Buesa, oriundo de Vitoria, afiliado al partido socialista. Se le suponía agente de Indalecio Prieto. Había intervenido, en calidad de tal, en las luchas intestinas del partido a raíz de la derrota del bando republicano en la güera civil española, incluso en el asunto del barco «Vita» que trasportó a México un importante tesoro español, y, posteriormente, en cuantas conspiraciones se tramaron en alianza con otras fuerzas políticas de la oposición a Franco.

En el círculo de personas que el tal Gortázar Buesa visitaba con cierta asiduidad figuraba el pintor Picasso, con quien la información le atribuía, aparte de afinidades políticas evidentes, probables relaciones de negocios. Desapareció de Francia en el año 47, sin dejar rastro. ¿Muerto? ¿Emigrado a alguna república hispanoamericana? No se pudo llegar a ninguna conclusión definitiva, porque las confidencias acopiadas eran contradictorias, si bien la mayoría de ellas coincidían en situarle en Cuba. Por supuesto, su nombre no volvió a aparecer en las listas de exiliados republicanos en Francia con alguna significación política o de otra índole que requiriese la atención del servicio.

Por sí solas, resaltaban las coincidencias entre ese individuo y el hombre asesinado a la puerta de la cafetería. Un mismo apellido, Gortázar; un mismo origen,

Vitoria. Además, en el documento nacional de identidad del muerto figuraba el nombre de Ricardo como el de su padre. Todo ello, su amistad con Picasso, su residencia en París y su condición de marchante, inducían a establecer una estrecha relación entre uno y otro. No era descabellada la hipótesis de que fueran familiares, incluso padre e hijo. Bien, pero el conjunto de esos datos sólo servían para delinear la figura del Gortázar asesinado en Madrid y revelar los ambientes en que había vivido fuera de España como hijo de exiliado político. Pero no esclarecía nada con respecto a alguna actividad o situación que sugiriese las posibles causas del violento final de su vida.

¿Qué hacía últimamente en España? ¿Por qué vivía tan aparentemente aislado en Madrid? ¿Sólo para comprar y vender cuadros? En tal supuesto, ¿a quién? Porque en el registro de su domicilio no se había encontrado ninguna pista que condujera a uno solo de sus clientes, ni un nombre ni una dirección.

¿Quién podía estar interesado en matarle?

¿Por qué?

¿Antonio de Luis por celos?

Siempre aparecía en el camino Antonio de Luis. Sin embargo, Josefina, su mujer, se reía de tal suposición. Por otra parte, ¿qué papel correspondía a los supuestos sudamericanos que asistieron a la inhumación de Gortázar desde un taxi, que conocían de antemano el lugar donde iba a ser sepultado e hicieron, después, seguir al conductor un recorrido de vuelta inexplicablemente enrevesado?

¿Eran esos sudamericanos la mano ejecutora del crimen comprada por Antonio de Luis?

¡No! Porque unos simples mercenarios no se exponen a ser vistos inútilmente en actos de esa naturaleza, y porque Antonio de Luis no parecía, según sus informes, capaz de recurrir a esos procedimientos sólo por una cuestión de tipo conyugal. Vivía de los proyectos y encargos de empresas conocidas, cuyas remuneraciones le permitían una holgada situación económica. Podría considerársele un intelectual de izquierdas, pero sin compromiso político alguno. Era, por lo demás, un hombre de costumbres burguesas y un buen profesional.

De no ser los sudamericanos del taxi los peones de la muerte contratados por Antonio de Luis, ¿serían acaso los patronos del suceso? En tal caso, había que suponer que entre ellos y Gortázar existía una cuenta pendiente que los primeros se cobraron con la vida del segundo.

¿Tal vez por disidencias políticas enconadas?

¿Por razones menos confesables como pudiera ser la competencia en negocios clandestinos: drogas, moneda, obras de arte procedentes de robos y depredaciones?

César Benavides terminó de ordenar sus notas y devolvió el legajo a la estantería del archivo. Se sentía cansado. Estiró los brazos para desperezarse y se acercó a una de las ventanas. Ya era de noche y por los cristales resbalaba agua de lluvia, porque, felizmente, el cielo se mostraba, al fin, misericordioso con la calcinada ciudad.

En su segunda visita fue recibido inmediatamente por Antonio de Luis, al que halló en compañía de Josechu Legorburu, su ayudante. Tras un saludo y una excusa corteses, Legorburu abandonó el estudio, pero no sin que los profesionales ojos del inspector lo examinasen antes a fondo, cara a cara. Alto, delgado, de facciones correctas, abundoso cabello oscuro, ojos negros de mirada aguda y expresión grave.

Cuando se quedaron solos, el arquitecto recogió los rollos y carpetas esparcidos en desorden sobre el diván.

—Usted perdone, pero hay veces en que uno no sabe dónde colocar tantos papelotes necesarios y tiene que dejarlos en cualquier parte… Siéntese, por favor, siéntese. Hoy —y sonrió— dispongo de más tiempo.

—Gracias.

—Usted dirá.

—Verá. Al acto del entierro de Gortázar asistieron, ocultos en un taxi, dos individuos sudamericanos que, antes de terminar, desaparecieron haciendo seguir al conductor un itinerario de despiste.

Hizo una pausa para observar la impresión que sus palabras producían en el arquitecto, quien, efectivamente, no pudo reprimir un gesto de sorpresa. Sin embargo, se limitó a decir:

—¿Y qué?

—¿Por qué no me dijo usted que Gortázar andaba en relaciones con sudamericanos?

—Porque no lo sabía. Le dije entonces y le repito ahora que ignoraba todo lo referente a su vida más allá de las relaciones comerciales con mi mujer y de nuestras charlas sobre arte.

—Es increíble.

—¿Por qué?

—Porque su esposa sí lo sabía y me resisto a creer que no hablasen de ello entre ustedes en alguna ocasión.

Antonio parpadeó como si algo le hiriese los párpados. —¿Josefina?

—Sí.

—Bueno… Es posible. Se habla de tantas cosas intrascendentes al cabo del día, de las que no vuelve uno a acordarse…

—¿Quiere recordar ahora lo que sepa de esas amistades de Gortázar con sudamericanos? ¿Fuma?

Al arquitecto aceptó, por cuyo motivo ambos interlocutores hicieron una pausa en el diálogo. Luego, Antonio dijo que sabía que Gortázar había viajado por algunas repúblicas hispanoamericanas, eso sí, por sus comentarios sobre sucesos ocurridos en aquellos países últimamente. Es natural, normal, que un hombre de negocios como él era tomase contacto con gentes de los lugares visitados. Por lo tanto a nadie puede llamar la atención el hecho en sí, a no ser que se trate de anécdotas con personajes de gran relieve, circunstancia que nunca se dio, si no recordaba mal, en las

conversaciones donde salieran a relucir sus correrías por América. Sí, creía que estuvo en Méjico, en Santo Domingo, en Cuba…

—¿No les dijo nunca que era hijo de un socialista exiliado en Francia a consecuencia de la guerra civil?

La inesperada pregunta sorprendió visiblemente al arquitecto, pero, antes de que pudiera reponerse y contestar, fue acosado por otra, también desconcertante:

—Porque usted es políticamente más bien de izquierdas, ¿no?

Antonio se le quedó mirando un instante en silencio antes de responder:

—‘No estoy ligado a ningún partido político, legal o ilegal.

—Eso ya lo sé, pero su pensamiento…

—¿Es que sigue delinquiendo el pensamiento en España? Estamos en democracia, ¿no?

—Por supuesto que sí, y cada uno es muy libre de pensar como quiera. Mi pregunta no tiene otro objeto que anticiparle mi negativa a creer que Gortázar no les hablase alguna vez de su condición de hijo de exiliado político, dadas sus afinidades en el plano ideológico. Nada más. Algo que usted silenció en nuestra entrevista anterior y me obliga a sospechar que me oculta otros interesantes detalles de la vida de Gortázar que me importa mucho saber.

Antonio hizo intención de interrumpirle, pero Benavides prosiguió diciendo:

—Espere. Quiero decirle antes otra cosa. Y es que, hasta ahora, es usted la persona en quien concurren más indicios razonables de culpabilidad en el asesinato de Alberto Gortázar.

—¿Yo? —y Antonio palideció—. ¿En qué se funda usted?

—Podría detenerle ahora mismo.

—No lo creo.

—¿No?

—¿Qué pruebas contra mí tiene usted?

—Por de pronto, sus reticencias, sus ocultaciones y, sobre todo, un motivo muy personal para matar con sus propias manos o por manos mercenarias a Alberto Gortázar. ¿Quiere usted que le diga cuál es el motivo?

De pronto, Antonio abandonó su actitud más bien pasiva hasta entonces por otra en que asomaba una mayor seguridad.

—Pero usted no lo cree, inspector.

—Por eso trato de que me oriente hacia los verdaderos culpables diciéndome cuanto sepa sobre la víctima para poder situarla en su verdadero lugar. Y no se haga demasiadas ilusiones, porque si usted no es el autor, tampoco queda por ello completamente desligado del hecho. ¿Me explico? De ahí que usted sea también el primer interesado en cooperar conmigo.

—Comprendo. Estoy ligado al crimen por mis relaciones con la víctima y, por consiguiente, mi nombre está en la lista de sospechosos. ¿No es eso?

—Exacto, y con un motivo especial, no lo olvide.

El arquitecto se dejó caer para atrás en el sillón después de aplastar el cigarrillo en el cenicero de loza talaverana colocado sobre la mesilla que le separaba de Benavides. Éste le observaba atentamente.

—Bien —dijo Antonio, esbozando una leve sonrisa—. Usted cree que me tiene en sus manos por un motivo que ha mencionado dos veces y que no ha explicado todavía, sin duda por delicadeza. El clásico crimen por celos, ¿no?

El Profesor hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Así es, señor de Luis.

—¿Y si yo le confesara —preguntó Antonio, sonriendo de nuevo veladamente— que no existe ninguna razón para que yo me sintiera celoso en tan alto grado? Sí, yo conocía muy bien la clase de relaciones que mantenía Josefina con Alberto. Claro que las conocía. Pero, señor inspector, yo soy incapaz de sentir querencias zoológicas ni orgullo patrimonial con respecto a las mujeres. Por otra parte, Josefina no es mi esposa, aunque figure como tal, sino mi amante.

—¿Qué dice?

—Y en su historia —prosiguió diciendo Antonio de Luis sin inmutarse—, me refiero a su historia sentimental, claro, aparecen otros amantes anteriores a mí y algunos, en competencia temporal conmigo. Ella es una mujer libre y como tal hay que tomarla o dejarla. Desde luego, no es agradable compartir una mujer con otro hombre, sobre todo al principio, pero, a veces, puede resultar estimulante el que ella reconozca nuestra superioridad sobre los demás competidores… —Movió la cabeza y se encogió de hombros, añadiendo—: Sé que le pareceré un cínico o algo que suene peor. Pero es la verdad de mí, cosa que no todo el mundo se atreve a revelar de sí mismo. Por eso, no piense usted más que los celos me impulsaran a vengarme de esa manera. Ni de esa ni de ninguna, créame.

Benavides fue entonces el asombrado. Con qué fría naturalidad se desnudaba ante él aquel hombre para mostrarle lo que consideraba como falta absoluta de higiene moral. Era increíble en una persona de su cultura, educación y distinción, de que, por otra parte, hacía gala constantemente.

—Pues Josefina me dijo que usted la adora.

—¿Y no es adorable? Para mí, sí. En cuanto a sus relaciones con Gortázar, puedo asegurarle que se debían en ella, no en él, claro, a estímulos meramente profesionales. Josefina pone por encima de toda aspiración la de triunfar en su carrera de pintora. Está persuadida de que es una gran pintora, una artista de excepción, y es capaz del mayor sacrificio por conseguir la gloria como tal. Vive para eso y por eso.

Cuando el arquitecto terminó de hablar, el Profesor guardó silencio sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿Qué, no me cree, inspector?

Benavides sonrió y, moviendo la cabeza afirmativamente, contestó:

—Sí, yo me creo todo…, cuando no tengo alternativa.

—Me alegro.

—No se apresure. Aun descontando por el momento el crimen pasional, queda todavía pendiente de aclaración algo que también le concierne. Y son las tan repetidas relaciones de Gortázar con elementos sudamericanos… Espere, espere —añadió al advertir un gesto de impaciencia en el arquitecto—. Usted, en un principio, eludió esta cuestión. Después, ha aceptado que conocía las andanzas de Gortázar por tierras de América. Bien, ahora, al grano.

Benavides observó que el rostro del arquitecto se oscurecía, que sus ojos miopes se apagaban y que, en un movimiento instintivo, dirigió una recelosa mirada a la puerta.

—Está claro, señor de Luis, que, últimamente, Gortázar se mostraba mucho más preocupado que lo habitual en él. ¿No es cierto?

Tras un gesto dubitativo, respondió Antonio.

—Ahora creo que sí.

—¿Lo comentó con Josefina?

—No estoy seguro. Pero, por si no lo sabe, le diré que Gortázar era un hombre más bien extrovertido y dicharachero, pero que sorteaba hábilmente cualquier pregunta indiscreta sobre su pasado. Es cierto que nos contó algunos episodios de la vida de su padre y de la de él mismo en el exilio republicano de Francia y de otros lugares, pero a título de anécdotas sin ninguna trascendencia, y si alguien insistía en un punto o trataba de establecer alguna relación con acontecimientos o personajes conocidos, contestaba con un chiste o cambiaba de tema. Nunca supimos su verdadera historia, ni siquiera un período completo de ella. Es posible que ocultara algo, pero ¿quién no guarda algún secreto? ¿Usted no?

—Claro que sí, pero hay secretos de muerte y tal vez el de Gortázar fuera de esa clase.

—Tal vez, pero ignoro cual.

—Ya, ya. En ese caso, ¿qué me dice ahora de los sudamericanos con quienes trataba en Madrid?

Benavides seguía implacablemente en su interrogatorio el sistema de vaivén, de alejarse de un tema y volver a él tras una breve digresión, como esas aves que giran en círculos cada vez más estrechos sobre su presa para aturdiría y desarmarla. Antes de que el arquitecto pudiese contestar, se anticipó para decirle:

—Porque, indudablemente, trataba con algún grupo de ellos. Y la prueba está en que sus asesinos, directos o indirectos, son sudamericanos. De eso no tengo la menor duda.

Antonio de Luis se apuntaló las gafas con un dedo y miró de reojo a la puerta del estudio, gesto que no pasó inadvertido a Benavides, y, luego, bajando un poco la voz dijo:

—Sí, a veces daba a entender que tenía clientes de allá, como él decía, y que había trapicheado, en algún viaje a Madrid durante el franquismo, con Perón y con Batista.

—¡Caramba! Pero eso queda muy lejos, señor de Luis. ¿Con quién trapicheaba últimamente?

—No daba nombres.

—¿Ni nacionalidad ni grupo?

El arquitecto daba muestras de nerviosismo creciente a medida que el Profesor le acorralaba.

—Él les llamaba «guacamayos». «Esos guacamayos», solía decir. Y aunque yo le pregunté alguna vez a qué individuos se refería concretamente, él me contestó siempre que «guacamayos» eran todos los latinoamericanos. Pero, por algún descuido que tuvo, deduje que se trataba de cubanos, «montecristos», «guajiros». Pero guardé para mí el descubrimiento. En definitiva, me daba igual que fuesen unos u otros. Si él tenía interés en mantener el equívoco, ¿por qué iba yo a descubrirle el juego?

—Encaja, encaja perfectamente. Su padre fue a parar a Cuba en el año 47, según todas las probabilidades, y allí acabó su historia. Por consiguiente, es natural que el hijo conservase ciertas vinculaciones con gente de aquel país, familiares, de negocios, políticas… ¿No dedujo usted asimismo si esos «guacamayos» eran fidelistas o del exilio?

—No; eso, no.

—Pero sí que no le eran simpáticos, ¿eh?

—Yo no diría lo contrario.

—Bien —se golpeó las rodillas con las palmas de las manos y se puso en pie—. No da usted muchas facilidades, que digamos. Hay que sacarle los informes a trozos como algunas muelas… Ahora voy a ver si Josefina me los completa… Ah, le advierto que tenemos intervenido su teléfono.

El arquitecto hizo un aspaviento con los brazos.

—Oh, eso es demasiado, ¿no le parece?

—Bueno, pero el que avisa no es traidor —y al estrechar le la mano, añadió—: Despídame del señor Legorburu.

Eran raras las noches en que Benavides podía disfrutar de una velada tranquila al lado de su mujer. Vivía en un hotelito de Chamartín, herencia de sus padres, en uno de los pocos oasis que quedan en la atormentada topografía de la ciudad, separado de la calle por una pequeña verja cubierta de buganvillas.

En la confortable salita de estar se oía el rumor de la lluvia. En tanto que Blanca seguía en el televisor una de las fechorías del malvado J.R., que ya tocaba a su fin, el Profesor apuraba, a pequeños y distanciados sorbos, una copa de coñac, absolutamente sumido en sus pensamientos. Cuando terminó el episodio de «Dallas», Blanca se recostó en el cuerpo de César Benavides perezosamente.

—¡Hola! —dijo—. ¡Que estoy aquí!

Benavides salió de su ensimismamiento como quien es despertado bruscamente durante una fantasía onírica.

—¿Por dónde andas, señor policía?

El hombre, sonriente, acarició el cabello de Blanca.

—Ya sabes —contestó—. Voy y vengo, por aquí y por allá… Buscando el camino.

—Si puedo ayudarte… Pero cuéntame. Espera.

Se levantó y apagó el televisor.

—Para lo que nos van a contar ahora… Polonia, UCD… —y rió al tiempo que ocupaba de nuevo su sitio en el diván.

Benavides confesó que se encontraba bastante desorientado.

—Algo se me escapa. Después de mis últimas entrevistas con el arquitecto y la pintora, sólo he podido sacar en limpio que Gortázar ha sido víctima de un grupo de cubanos. ¿Por qué lo mataron? Puede que por motivos políticos. ¿Era un espía de Fidel, un antifidelista rabioso o un agente de la oposición que trabajaba a las órdenes de la CIA? Pero no se puede descartar la hipótesis de que Gortázar, bajo la etiqueta de marchante de pintura y antigüedades, ocultara otra clase de comercio ilegal: drogas, moneda falsa, piedras preciosas, oro…, en cuyo caso, su muerte podría deberse a un ajuste de cuentas entre bandas mafiosas. ¿Me sigues?

Blanca hizo un gesto afirmativo y Benavides siguió moviendo las piezas en el tablero:

—Gortázar no tiene ficha en Interpol y no he podido encontrar antecedentes de él por parte alguna. Sin embargo, lo cierto es que ha sido eliminado por un grupo de cubanos. Bien, pero ¿qué papel es el de la pintora y el arquitecto en este drama?

Y Benavides recordó entonces en voz alta que no son esposos, pero lo fingen, y sus amigos lo creen, ignoran que Josefina sea amante de Gortázar, no conocen a éste más que por referencias y, en suma, sus relaciones se reducen a las de una mesa compartida en «Chicote». Son personas sin ninguna significación: un médico militar retirado, un antiguo joyero que traspasó el negocio a finales de los años sesenta, un funcionario de la Telefónica con aficiones literarias, una vicetiple de los tiempos de Celia Gámez y un profesor de canto que fue barítono de zarzuela. Gente pacífica, sin complicaciones, con la mirada vuelta hacia el tiempo perdido, que vive de recuerdos y melancolías. Más que amigos, pues, contertulios, a quienes deslumbraba y hacía suspirar la belleza otoñal de Josefina e imponía admiración el talante de intelectual cosmopolita de Antonio de Luis, quienes se unieron al pequeño grupo después de excusarse por haberse adelantado a ocupar asiento junto a la mesa reservada tácitamente para los asiduos de todas las tardes. Presentaciones, sonrisas, preguntas, comentarios —oh, la historia de «Chicote»— y se produjo insensiblemente el trenzado de simpatías y afinidades. Pero ¿qué buscaban allí Josefina y Antonio? Ella sólo supo decirle que lo pasaban muy bien en aquella compañía. «Yo me sentía mucho más joven de lo que soy y Antonio descansaba. Es gente que conoce infinidad de historias y anécdotas divertidas del Madrid de antes de la guerra y de los personajes célebres de entonces: artistas, toreros, políticos, cortesanas… Todavía dicen “cocotes”, “soaré” y “rendivú”…»

—Y está Legorburu, que también forma parte del cuadro. Arquitecto bilbaíno, casado con una chica de Portugalete. Según Josefina, le fue propuesto a Antonio como colaborador por una constructora vasca. ¿A qué juega Legorburu, si es que juega?

Benavides se levantó y fue a recostarse en la librería. Después de una pausa, continuó su monólogo, fija la mirada en su mujer.

—Como ves, querida, tengo todas las piezas en la mano, pero, para colocar a cada una de ellas en su casilla correspondiente, me falta conocer el móvil del crimen, porque, según sea éste, así entrarían en función. No sé… —y se pasó una mano por la frente y los párpados.

Sonó entonces la campanilla de la puerta exterior de la verja y Blanca dijo:

—¿No oyes?

La campanilla seguía sonando imperativamente.

—Sí. A estas horas… —murmuró. Bien, voy a ver.

Corrió a la puerta y, asomado a ella, vio, a través de la cortina de lluvia, la figura de un hombre, cubierto con un impermeable claro y un paraguas, que, desde el otro lado de la verja, le gritó:

—Soy Antonio de Luis.

—Pase, pase. La puerta está cerrada solamente con un pestillo.

En ese momento, apareció un automóvil con las luces apagadas, que pasó velozmente por delante del hotelito, y se oyeron las secas detonaciones de tres disparos de arma de fuego. La puerta de la verja cedió al peso del cuerpo de Antonio de Luis, que se derrumbó sobre las losas encharcadas.

Cuando Benavides se lanzó a socorrer al arquitecto, el automóvil de los asesinos ya no estaba a la vista.

—¡César, César! ¿Qué pasa?

Era la voz despavorida de su mujer desde el umbral de la puerta de la casa.

—A mí, nada. ¡Tranquila!

—¡Dios mío!

—Llama al 091 de mi parte. Que vengan inmediatamente y traigan una ambulancia. ¡Corre!

Después, Benavides intentó levantar en vilo el cuerpo de Antonio, pero no pudo y optó por cogerle por debajo de los brazos y llevarle así, con los pies a rastras, hacia el interior del hotel. La lluvia barría violentamente la calle en oleadas que empujaba el viento, azotando los rostros de los dos hombres y empapando la ropa del Profesor, quien hubo de realizar solo el esfuerzo de rescatar a la víctima de la intemperie y darle cobijo, porque nadie se había asomado al ruido de las detonaciones ni, por lo tanto, acudió a ayudarle.

—Le he dejado con vida en mi casa y espero que haya ingresado ya en un quirófano.

—¿Por qué no me lo dijo por teléfono?

—Porque quise evitar que saliera usted de casa a estas horas de la noche. Podrían estar ellos esperándola en la calle para rematar la faena.

Josefina, de pie en el estudio, cubierta con una bata de color azul pálido, había seguido el breve relato del Profesor sin lágrimas ni histerismos, serenamente, pero con evidentes muestras de turbación y pesar.

—¿Hay esperanzas de que se salve?

Benavides hizo un gesto equívoco.

—No tardaremos mucho en saberlo.

—¡Canallas! ¡Asesinos! —exclamó, temblando de indignación, pero sin gritar.

—Cálmese. Hemos de hablar usted y yo.

—¿Ahora?

—Sí. Necesito su ayuda para descubrir y detener a esos asesinos. Porque ustedes me ocultaban algo que yo necesito saber. Ya es inútil el silencio, ¿comprende?

Josefina asintió con un movimiento de cabeza. Su altivez y desenfado habituales se habían eclipsado, dejándola a solas frente a una situación que no admitía enmascaramiento. Se sentó en su cojín de cuero e invitó a hacer lo mismo a Benavides, que ocupó la banqueta del caballete.

—No sé por dónde empezar —murmuró.

—Dígame: ¿para qué fue a mi casa Antonio en una noche como esta?

—Porque estábamos ya en el límite, inspector. Yo había recibido un mensaje del comando «M.M.».

—¿Comando «M.M.»? ¿Qué quiere decir?

—Martí-Maceo.

—¿Cubano?

—Sí.

—Siga. ¿Qué decía el mensaje?

—Era un telegrama. Lo recuerdo perfectamente: «Espero respuesta urgente caso contrario inmediata liquidación quiebra. M.M.» El comando «M.M.» nos amenazaba con la muerte si no contestábamos inmediatamente a través de un anuncio por palabras en el diario «Ya». En vista de ello, decidimos poner a usted al corriente de lo que podía suceder. Y eso es lo que Antonio pensaba decirle a usted en su casa esta noche. No había ya tiempo que perder y…

—Un momento, por favor. Vayamos por partes. Dice usted que ese comando «M.M.» les conminaba, bajo pena de muerte, a que dieran una respuesta por medio de un anuncio en «Ya». Bien, pero ¿qué respuesta?, ¿qué respuesta a qué pregunta?

—Sobre «el cuadro».

—¿Qué cuadro?

—Ya se lo dije otra vez: el «Guernica» de Picasso.

—¿El «Guernica»? ¿Qué le pasa al «Guernica»? Ya está en el Casón a cubierto de cualquier atentado. No veo…

Entonces, Josefina le interrumpió a su vez.

—Si me deja empezar por el principio será la mejor manera de que usted lo entienda rápidamente sin necesidad de andar con rodeos. ¿Me permite?

—Naturalmente.

A partir de ese momento la voz de Josefina retrotrajo la historia a los lejanos tiempos de la guerra civil. Como todo el mundo sabe, el Gobierno de la República encargó a Picasso un cartel de propaganda para el pabellón español de la Exposición Universal de París, en que se patentizasen los horrores de la guerra, pagándole, por anticipado, parte de su precio. Picasso no previo entonces la resonancia ni la trascendencia que habría que alcanzar en el futuro aquella obra, y la realizó de prisa y utilizando materiales ligeros, de baja calidad. Todavía no se llamaba «Guernica». Gustó a unos y disgustó a otros, entre estos últimos al propio Azaña. Ni siquiera en la zona republicana levantó grandes clamores de admiración. Y fue después de desmontado cuando empezaron las intrigas para apoderarse de él. Por un lado, los vascos; por otro, socialistas y comunistas. Y, nada más terminar la guerra civil, agentes de Prieto, y ahí entró en juego el padre de Alberto Gortázar, convencieron a Picasso de que les entregase la pintura, pero al mismo tiempo éste cedía también a las presiones de los vascos en el mismo sentido. El problema era comprometido y difícil, pero Picasso creyó resolverlo pintando un nuevo «Guernica», siguiendo los bocetos que conservaba y, por lo tanto, aparentemente igual al primero, pero con algunas diferencias que, inapreciables a simple vista, permiten, sin embargo, distinguir al uno del otro, y que consisten, entre otras, en el número de uñas, tamaño de fosas nasales, dibujo de orejas, etc., en las figuras correspondientes en ambos cuadros. Los agentes de Prieto no pudieron embarcar el suyo en el «Vita», por falta de un embalaje adecuado, y hubieron de esperar otra ocasión, pero ya no con rumbo a Méjico, sino a Santo Domingo. Allí permaneció algún tiempo ocultado por miedo a la rapacidad de los Trujillo y a las pesquisas de los vascos, uno de cuyos grupos, «Gudaris libres», patrocinado, al parecer, por Galíndez. —Jesús de Galíndez, más tarde secuestrado y salvajemente asesinado por el dictador dominicano— disfrutaba por entonces de gran influencia en aquella república caribeña. Por fin fue trasladado secretamente a Cuba, en la época de Batista, donde fue guardado en un lugar desconocido. Batista debió recibir alguna información confidencial sobre la operación, porque movió sus peones para capturar el cuadro, pero no pudo dar con su paradero y desistió pronto de su búsqueda, quizá porque llegara a la conclusión de que se trataba únicamente de una fantasía de los exiliados españoles, tan proclives a la disidencia, a la intriga y a la disputa. Entre tanto, el segundo «Guernica», bien porque los vascos desconfiasen o carecieran de medios propios para conservarlo en su poder, bien, y es lo más probable, porque Picasso desistiera del trato con ellos, quedó como el único «Guernica», el que después se expondría en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, junto con los esbozos, a la adoración de los fíeles, pasando a ser «el cuadro del siglo», con la sorpresa y el asombro de su propio autor. Esta situación de olvido aparente del primer «Guernica» se mantuvo hasta que las gestiones del Gobierno

español para traer a Madrid el ejemplar de Nueva York prometieron una solución favorable a sus pretensiones a corto plazo. Al cabo de tantos años no quedaba vivo ninguno de los personajes que intervinieron en los episodios de traslados y ocultaciones del primigenio «Guernica», a las órdenes de Ricardo Gortázar, también desaparecido, pero se sospechaba que éste había revelado a su hijo Alberto el escondite del precioso depósito. Por consiguiente, Alberto Gortázar era tal vez la única persona que conocía el secreto. Tal suposición puso sobre su pista a quienes seguían interesados en poseer el primero de los «Guernica», y Alberto Gortázar empezó a verse acosado por ellos. Por un lado, los «Gudaris libres», organización que aglutina a gran parte de las colonias vascas establecidas en las repúblicas de Hispanoamérica; de otro, las fracciones de socialistas españoles históricos, residentes en Méjico y Venezuela, y, por último, el tercero en discordia, el comando «M.M.», nutrido por cubanos, de filiación política dudosa, aunque, según los «Gudaris libres», vinculado a las corrientes subversivas más radicales que operan en Centroamérica. A consecuencia de ello, Gortázar había rechazado sucesivamente cuantas amenazas y ofertas le llegaron por diversos conductos para que cediera, por las buenas o por las malas, la información sobre el «cuadro» que le atribuían, alegando siempre que aunque fuera verdad, y no una superchería, la historia del supuesto primer «Guernica», su padre nunca le habló de ello, ni aun en su última entrevista con él, poco antes de que desapareciera durante un viaje de Cuba a Santo Domingo. Mientras tanto, murió Picasso, quien se echaba a reír o se ponía furioso cada vez que alguien aludía, más o menos veladamente, a la existencia de dos «Guernica». Ajena por completo a todas esas circunstancias, Josefina Galdo, ex alumna de Bellas Artes, que, al enviudar de un médico notable, sintió rebrotar en ella su vocación por la pintura, conoció a Antonio de Luis en una galería de arte madrileña con motivo de una exposición de Orlando Pelayo. Simpatizaron inmediatamente y se fueron juntos a París, donde disfrutaron de una larga luna de miel. De vuelta a Madrid, convinieron vivir en común, si bien al margen de las antiguas relaciones sociales y familiares de ella. Antonio siguió trabajando en su estudio, al que más tarde se agregaría Legorburu, y Josefina se dedicó desde entonces a pintar. Realizaban frecuentes viajes a París, en plan casi bohemio, para, según decía Antonio, desentumecerse espiritualmente y revivir su época de becado. Él dominaba el francés y le descubría los rincones, los itinerarios y ciertos personajes de la fábula parisina. Hablaban con pintores y escritores en los nocturnos de los cafés, vagabundeaban por bulevares famosos y sórdidas callejuelas y dormían en hoteles de citas y lenocinio. En una ocasión, coincidieron con Alberto Gortázar en una galería de arte de la rué Saint Honoré. Alberto, impresionado por la belleza de Josefina, les prometió visitarles en Madrid para conocer su obra pictórica. Efectivamente, poco tiempo después apareció en su estudio y, desde el primer momento, mostró una cálida admiración por los cuadros de Josefina que le llevó a sugerir a la pintora que le concediese en exclusiva el encargo de ser su marchante. Ella aceptó inmediatamente porque vio en él al

hombre que, por sus características personales —su arrolladora simpatía, su profesionalidad, sus vinculaciones al mercado del arte— y por la admiración y deseo sexuales que advertía en sus miradas, podría lanzar su nombre a la fama. Llegaron las exposiciones de París y Barcelona, el eco favorable de su obra en la crítica especializada y sus primeras ventas, con lo que Josefina vio abrirse ante ella el fascinante camino de la gloria que iba a cambiar el rumbo de su destino. Se sintió halagada y conmovida. Cayó en los brazos de Alberto, como en los de un hipnotizador, inconscientemente. Él la recibió como un fruto precioso ardientemente deseado. Por eso alquiló el departamento de la calle Londres, prolongó sus estancias y amplió sus negocios en Madrid. Antonio, mientras tanto, pasaba por un período de penuria económica. No recibía encargos. El negocio de la construcción, debido a la crisis general, padecía una parálisis muy grave. Josefina paliaba un tanto los efectos domésticos de la situación con los ingresos que le proporcionaba Gortázar por la venta de sus cuadros. Entonces fue cuando apareció Legorburu como mensajero de la suerte, pues, a partir de su incorporación al gabinete de Antonio, empezaron a mejorar relativamente sus perspectivas de trabajo. Se recibieron algunos encargos en firme y Antonio empezó a viajar con frecuencia a Bilbao y a Vitoria. Pero, a poco de mejorar la situación económica, sucedió lo que Josefina venía presintiendo y temiendo desde el principio, que Antonio descubriera sus relaciones de cama con Gortázar. Pero no hubo violencias ni reproches. Ella fue sincera. Quería triunfar y creía que Gortázar era el medio infalible para conseguirlo. Antonio comprendió —te conozco y lo temí desde el primer momento— y le dijo que quedaba en libertad de elegir el camino que prefiriese después de que escuchase lo que, por lealtad hacia ella, debía decirle. Entonces le contó la historia de los dos «Guernica». Gortázar era quizá la única persona que conocía el paradero del perdido. Había un poderoso grupo, los «Gudaris libres», que pagaría un alto precio a cambio de esa información, y nadie como ella podía conseguirla de labios del propio Gortázar.

—Te será muy fácil, Josefina, si te lo propones. Él no perdería nada con ello, y en cambio, tú recibirías una considerable cantidad de dinero y yo podría asegurar por mucho tiempo la buena marcha de mi estudio. Es lo único que te pido. Hazlo por mí. Me encuentro en un mal trance y lo necesito, créeme. Por lo demás, libre te encontré y libre quedas.

—¿Y si me negase?

Antonio hizo un gesto de resignación.

—Allá tú, mujer. Eso es cosa tuya y ten la seguridad de que yo no te haría ningún daño si no hicieras lo que te pido.

Josefina no prometió nada, porque, por un lado, le parecía una fábula increíble y, por otro, una propuesta indigna. No obstante, dio cuenta de todo ello a Gortázar, quien, con gran asombro para ella, confirmó la historia en todas sus partes y añadió que, además de los «Gudaris libres», había otros grupos que perseguían el mismo objetivo, como el comando «M.M.», que venía acosándole desde París mediante

llamadas telefónicas, mensajes escritos, telegramas y anuncios publicitarios con clave, ofreciéndole primeramente dinero, al igual que los «Gudaris libres», y, después, amenazándole con el secuestro y la muerte. Gortázar confesó, por último, a Josefina que ignoraba el paradero del «cuadro», porque su padre, si tuvo en algún momento la intención de revelarle el secreto, no lo hizo y murió, no se sabe dónde ni cómo, sin confiárselo antes a nadie, probablemente. En los últimos días, sobre todo, la presión del comando «M.M.» se convirtió en una verdadera pesadilla para Gortázar. En vista de ello, Josefina le aconsejó que diera parte a la policía, sin conseguirlo.

—¿A quién voy a acusar? —decía siempre—. Son fantasmas. No los conozco. No dan la cara. Pero podrían tomar represalias, no sólo contra mí, sino, incluso, contra ti. ¿No lo comprendes?

Había otra razón para que Gortázar se resistiese a seguir el consejo de Josefina. Por la clase de negocio a que se dedicaba: el tráfico ilícito de obras de arte, no le convenía atraer la atención de la policía sobre su persona y sus actividades.

—Buscando, buscando, me encontrarán a mí, ya sabes a qué me refiero, antes que a los tipos del «M.M.».

Josefina comunicó a Antonio el resultado negativo de su gestión, pero no por ello logró convencerle de la sinceridad de Gortázar. ¿No estaría éste, por el contrario, planeando por su cuenta, algún gran negocio o chantaje con el Gobierno español, con el vasco, con el mismo Fidel o con los servicios de alguna potencia interesada también en apoderarse del «cuadro»? Todo podía ser. Y, cuando se produjo el asesinato de la plaza del Carmen el arquitecto opinó que Gortázar había caído víctima de una trama que podía tener relación o no con el «cuadro», pero que, fuese cual fuese el motivo, una de sus consecuencias era, sin duda, la paralización de todas las gestiones realizadas hasta entonces por unos y otros para encontrar el perdido «Guernica», si no definitivamente, porque podía surgir otra fuente de información o porque interviniera la suerte, sí al menos por mucho tiempo. Pero el telegrama que recibió Josefina aquella noche, firmado por «M.M.», hizo ver, tanto a Antonio como a Josefina, que la muerte de Gortázar se debía exclusivamente al «cuadro» y que sus asesinos sospechaban que la pintora, su amante, era depositaría de la información que ellos pretendían obtener a cualquier precio. Consecuentemente, Josefina quedaba marcada como la próxima víctima. Tal vez le siguiera Antonio. Ante tal perspectiva, decidieron informar personalmente, sin pérdida de tiempo, al Profesor, a fin de evitar que «M.M.» pudiese llevar a cabo su amenaza.

—En mala hora, inspector. Ahora creo que debimos esperar a mañana para informar a usted, pero estábamos tan asustados… El miedo nos cegó. ¡Dios mío!

El ánimo de Josefina había ido decayendo a lo largo del prolijo relato, que terminó pálida, avejentada y llorosa.

—¿Puedo telefonear? —preguntó Benavides cuando ya empuñaba el auricular y marcaba los números en su ruleta.

Josefina, que había seguido con la mirada el movimiento del policía, permaneció silenciosa y expectante.

—Soy Benavides… ¿Qué? Ya. Bueno, comunícales que voy a salir… De acuerdo.

Entonces le preguntó Josefina.

—¿Cómo está Antonio?

—Sigue en el quirófano, y hay esperanzas de salvarle —contestó el Profesor, añadiendo—: Cuando yo salga, no abra a nadie. ¿Entendido?

Cuando Benavides abandonó el portal, el aguacero seguía azotando a la ciudad con violencia. Los coches se apretaban junto a las aceras como escarabajos brillantes y el asfalto relucía como un espejo. Las luces de las escasas farolas del alumbrado público temblaban y se descomponían al atravesar los caudales de lluvia, como a través de un prisma, y, de tarde en tarde, el silencio nocturno era rasgado por algún automóvil que se deslizaba por la encharcada superficie despidiendo aletazos de agua.

Benavides, tras alzarse hasta las orejas el cuello de la gabardina, atravesó corriendo la calle en busca de su coche que, al igual que otros muchos, estaba estacionado en doble fila. La calle aparecía desierta y oscuras las fachadas de los edificios, excepto la vidriera iluminada del estudio de Josefina en el ático. Puso en marcha el coche que, tras la maniobra de arranque, resbaló silenciosamente sobre la calzada, aporreado por el agua que tamborileaba en su armazón y obligaba a los limpiaparabrisas y un nervioso abaniqueo. Doblada la primera esquina, lo abandonó a pocos metros de distancia, con las luces apagadas, y, luego, al arrimo de los muros de las casas, desanduvo el camino hasta detenerse y ocultarse, en el cruce de calles, como un cazador en su puesto de acecho.

Tenía el presentimiento de que los autores de la muerte de Gortázar y del atentado contra Antonio de Luis, los mismos en ambos casos posiblemente, querrían tal vez rematar la faena sorprendiendo y atacando a Josefina en el tiempo en que la atención de la policía estuviese concentrada en la última víctima y en el rastreo de pistas para atrapar a los culpables, como era lógico pensar que sucediera entonces. No les sería difícil, a su juicio, penetrar en la casa utilizando ganzúas y palanquetas e, incluso, induciendo a la pintora a franquearles ella misma la entrada con engaños, fingiéndose policías o portadores de noticias relacionadas con un supuesto accidente de tráfico o de otra índole sufrido por el arquitecto. Tales individuos suelen actuar con una rapidez, insolencia y osadía, inconcebibles para cualquier persona normal. Era una hipótesis aventurada, por supuesto, pero no totalmente ilógica ni desdeñable, que merecía ser comprobada.

Con toda seguridad, le habrían visto salir de la casa y darían tiempo a que él se encontrase lejos de allí para realizar su propósito. Si así fuese, es decir, si hubiera previsto correctamente el plan de los malhechores, tendidas como estaban las redes, no le quedaba hacer otra cosa que esperar a que acudiesen a la cita.

Benavides sintió imperiosos deseos de fumar, pero se contuvo, y, para sobreponerse a la impaciencia, se distrajo pasando revista a los principales personajes del suceso, empezando por Josefina, una mujer ciertamente hermosa, pero capaz de anteponer a todo su deseo de triunfar como pintora de una manera glacial. Seguro que no le importarían tanto, en sí mismos, la muerte de Gortázar y el atentado de que había sido objeto Antonio, como la pérdida, con aquel, de la mejor oportunidad de su vida para conquistar la gloria. ¿Cómo sustituir a Gortázar y con quién? Ella sabía que ni siquiera los genios consiguen abrirse paso si alguien no les desbroza antes el camino. ¿Qué pensaría hacer en adelante? Contaba con sus atractivos como garantía, pero estaba en el declive de su belleza. Al término de su entrevista con ella, le había dado la misma impresión de una figura de cera que empezara a derretirse… En cuanto a Antonio de Luis, pensaba que si eludía esta vez la muerte, sería finalmente arrastrado por la resaca, pues era un hombre cansado y sin ideales, a la deriva. ¿Y Legorburu? Quedaba clara su vinculación más o menos estrecha con los «Gudaris libres» y evidente que había sido introducido en el círculo de Antonio para obligar a éste a servir los designios de aquellos mediante la coacción y el soborno.

De pronto, se oyeron gritos:

—¡Alto, alto! ¡Policía!

Inmediatamente después, disparos, y Benavides corrió hacia el lugar de donde partieran las voces y las detonaciones. Halló el cuerpo de un hombre tendido boca abajo en la acera, frente al portal de la casa de Josefina, y junto a él, de pie, al inspector Rodrigo y a un policía nacional.

—¿Está muerto, Rodrigo?

—Sí, creo que sí. Al darle el alto, empezó a disparar y nosotros…

—Sí, lo he oído todo. ¿Llevaba documentación?

Rodrigo le tendió un pasaporte y, a la luz de su linterna, Benavides comprobó que estaba expedido en Cuba, renovado en Méjico, con visados de varías repúblicas centroamericanas, con fecha de entrada en España, por Barcelona, de tres meses atrás, y a nombre de Epifanio Méndez Casamayor. La fotografía mostraba un rostro redondo, de pequeños ojos, labios gruesos y cabello ensortijado.

—¿Lo has identificado?

—Claro.

—¿Y el compinche? Porque no vendría solo.

—No le hemos visto. Seguramente se quedó oculto para cubrirle. Creo que nos disparó y que, al ver caer a su compañero, salió huyendo, porque oímos, antes de que tú llegaras, alejarse un coche a todo gas.

—Bien, pues entonces hay que avisar al juez de guardia e ir en busca del taxista a ver si reconoce a ése como uno de los viajeros que llevó al cementerio de la Almudena.

Al fondo del suntuoso salón del palacio de Felipe IV, ocupando todo un lateral del mismo, encerrado en una gran vitrina poliédrica de cristal antibala, apareció a los ojos

de Benavides el retablo picassiano al pavor zoológico, pintado en una gama de tonos grises y blanco. Pavor zoológico por la amenaza de muerte, de cualquier muerte, en cualquier sitio, en cualquier tiempo. Orejas enhiestas, lenguas como puntas de puñal, dedos como cáscaras de plátano, ojos en pasmo, bocas en grito, brazos y manos en crispación. ¿Guerra, terremoto, incendio? Esperpéntico, bárbaro, demencial. Niños, mujeres, hombres y bestias, revueltos en la misma expresión de pánico llameante, disforme y espectral.

Un ambiente críptico, un silencio religioso. Los espectadores, jóvenes en su mayoría, devotos o irreverentes, neófitos, perplejos, fríos, impasibles…

Sintió una mano sobre su hombro y se volvió. Era Legorburu.

—¡Hola!

—¿Qué le parece el «cuadro del siglo», inspector?

Benavides se encogió de hombros.

—Confieso humildemente mi incompetencia en cuestiones de arte. Me impresiona; eso, sí.

—¿Han detenido al otro cubano?

—Todavía no.

—Se salvará Antonio de Luis, ¿verdad?

—Eso creo.

—De todas maneras no sabremos, al menos por ahora, y quizá ni en mucho tiempo, dónde se encuentra escondido el primer «Guernica», porque hay dos, y tal vez más, ¿no?

—Es posible, es posible.

EL ANUNCIO

Adolfo Marsillach

*Nací en Barcelona el 25 de enero de 1928. Hijo y nieto de periodistas, estudié y terminé la carrera de Derecho simultaneando, desde muy joven, mi paso por la Universidad con mis primeras apariciones en los escenarios. Las compañías en las que me inicié profesionalmente —después de colaborar con el grupo de teatro de Radio Barcelona— fueron las de Ramón Martori, Alejandro Ulloa, Car,*El zoo de cristal *de Tennessee Williams, fui contratado por los Lemos y Catalina Bárcena. Formé parte de los intérpretes que intervinieron en la creación del Teatro de Cámara de aquella ciudad y, a raíz de su éxito como protagonista de Luis Escobar para estrenar, en el Teatro Nacional María Guerrero de Madrid,* En la ardiente oscuridad *de Antonio Buero Vallejo.*

A partir de aquí, me incorporo a diversos repartos significativos en el teatro español de aquel tiempo —entre ellos el de Escuadra hacia la muerte *de Alfonso Sastre— y me convierto en primer actor de la Compañía Lope de Vega que dirigía José Tamayo.*

En el pequeño teatro Windsor de Barcelona empiezo mi trayectoria como director de escena obteniendo el Premio Nacional de Dirección por el montaje de Las locas de Valencia *de Lope. Otros trabajos —*Alejandro *de Rattigan,* César y Cleopatra *de Bernard Shaw o* La cornada *de Sartre— me afianzan como director, consiguiendo los mayores éxitos con* Pygmalion *de Shaw,* Después de la caída *de Miller,* Huís Clos *de Sartre,* Biografía *de Frisch,* El malentendido *de Camus,* Aguila de Blasón *de Valle Inclán,* Marat-Sade *de Weiss,* El Tartufo *de Moliere,* Sócrates *de Llovet y* Las arrecogías del beaterío de Santa María Egipciaca *de Martín Recuerda.*

He sido director del Teatro Español de Madrid y creador del Centro Dramático Nacional.

También he protagonizado muchas películas —fui Premio Internacional de Interpretación de San Sebastián por la interpretación de «Salto a la gloria»— y he dirigido «Flor de Santidad» sobre la novela de Valle Inclán.

Durante varios años escribí, dirigí e interpreté diversas series para Televisión Española: «Silencio… se rueda», «Silencio… vivimos», «Fernández Punto y Coma», «Habitación 508», «Silencio… estrenamos» y «La señora García se confiesa». Escribo asiduamente en la revista Interviú —en donde mantengo una sección fija desde hace cinco años— y he colaborado en «El Noticiero Universal», «Informaciones», «ABC», «Guadiana», «Primer Acto», «Tiempo de Historia» y «El País». Estoy en posesión de múltiples premios profesionales y en la actualidad he

estrenado —manteniéndose todavía en cartel— un espectáculo teatral que se titula: Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?

Se afeitaba con una navaja. Bueno, no había que sorprenderse. Era un hombre de costumbres antiguas que fomentaba y mantenía a propósito. Sus trajes —cortados por el sastre más prestigioso de la ciudad— tenían un sello indefinible de otra época, una querida complacencia en mostrarse lejos de la moda, como si vestir al gusto de su tiempo no pasara de ser, en el fondo, una ordinariez. Con los coches le ocurría lo mismo: conservaba un viejo Morgan de los años cuarenta que a veces paseaba lenta y ostensiblemente por las calles en un claro desafío de los Seat o Renault de sus conciudadanos.

Aparte de estas pequeñas manías —y de otras que iban desde usar bastón hasta lucir siempre un pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta— era, seguramente, una persona bastante normal.

Como su casa: un piso grande de techos altos, con habitaciones espaciosas y tabiques gruesos construida en plena monarquía de Alfonso XIII. Aunque, naturalmente, cuando la compró introdujo algunas comodidades en los baños y en la calefacción, en general mantuvo ese delicado perfume de un modernismo tan frágil como decadente. Una especialísima atmósfera que comenzaba en el portal, seguía en los cristales tallados del dolorido ascensor y se perdía escaleras arriba para estallar en el pálido rosetón de una claraboya. Los muebles, armoniosamente, aumentaban la mórbida pereza de las estancias: desde el reloj de cuco del abuelo hasta la consola con múltiples adornos de marquetería. No es que fuera una casa inhabitable: simplemente sorprendía que alguien habitara en ella.

Dejó un momento de afeitarse y pasó al salón. La luz de la mañana —no era, probablemente, muy temprano— se filtraba a través de los visillos. Se acercó a un polvoriento tocadiscos y puso sobre el plato el Concierto para piano número 20 de Mozart. Cuando la música empezó a sonar, regresó al baño.

Era un tema que le gustaba mucho; prácticamente, no escuchaba otro. Y cuando se afeitaba no podía resistir la embriagadora tentación de tararearlo muy bajito.

El timbre de la puerta de la calle hirió la serenidad del ambiente en un intento —inútil— de agujerear la superficie del espejo. Permaneció quieto, en silencio, convenciéndose de que lo que acababa de escuchar era algo absolutamente imposible. Después, continuó afeitándose.

Otra vez. Incluso de una forma más enérgica que antes. Empezaba a estar claro que alguien —¿quién?— estaba llamando. Con la toalla alrededor del cuello, la cara a medio enjabonar y la navaja en la mano, se dirigió hacia la puerta. Después de observar por la mirilla, tomó la decisión de abrir. En el umbral, había una chica.

—Buenos días. Vengo por el anuncio.

—¿Anuncio? ¿Qué anuncio?

—El del piso. Este piso se vende. O se alquila. ¿No?

—Pues no señorita. Este piso ni se vende ni se alquila. Lo siento.

Intentó cerrar la puerta, pero la chica, con su gesto y con su pregunta, se lo impidió:

—Discúlpeme, pero ¿esta no es la calle Mauricio Roldán?

—Sí, esta es.

—El número veinticinco.

—El veinticinco.

—Tercero izquierda.

—Exacto.

—Y no se alquila.

—Ni se vende.

—Entonces, el anuncio…

—No sé. Yo no he puesto ningún anuncio. Será un error.

—Sí, eso será. Perdóneme.

—Buenos días.

Un anuncio… ¿Cómo iba él a poner un anuncio? Y, encima, para vender o alquilar su casa. ¡Qué estupidez! Nada… alguna equivocación… Aunque la chica… no la conocía, por supuesto… y, sin embargo, su rostro le resultaba familiar. ¡Bah!, a lo mejor era una de esas actrices que salen por la televisión. Últimamente a los artistas les ha dado por los pisos antiguos.

La navaja pasaba suavemente por el cuello, cuando el timbre volvió a sonar. Se sorprendió muchísimo. Nadie acostumbraba a visitarle y, mucho menos, por la mañana. Sólo el portero, a última hora, le subía el periódico al que estaba abonado. Qué extraño. Cruzó el salón, miró de nuevo por la mirilla y, con un ademán de impaciencia, abrió otra vez la puerta. Al otro lado, estaba la misma chica de antes.

—Siento volver a molestarle, pero es que estoy un tanto desconcertada. Aquí, en este recorte de diario, pone: «Se vende o alquila piso antiguo, confortablemente restaurado, próximo metro. Calle Mauricio Roldán veinticinco, tercero izquierda. Facilidades.»

Se quedó mirando el trozo de papel que le tendía la chica, antes de responder.

—Ya le dije que no. Este piso es mío, llevo viviendo en él cerca de treinta años, lo he amueblado a mi manera, me gusta, y no pienso venderlo ni alquilarlo.

—Pero la dirección…

—Sí, la dirección es la misma, pero, bueno, no sé, se habrán equivocado. Y ahora, si usted me lo permite… tengo el tiempo justo… he de seguir afeitándome.

—Sí, claro, pero el teléfono…

—¿Qué le pasa al teléfono?

—Aquí viene un número. ¿Le importaría comprobar si es el suyo?

Pensó en dar por terminada aquella absurda conversación cerrando la puerta bruscamente… pero… sin saber por qué… no lo hizo. Aquella cara… ¿dónde había visto aquella cara?

—Está bien. Dígame: ¿qué número pone ahí?

—2-31-61-22. ¿Es el suyo?

Contestó lentamente como si empezara a serle difícil comprender lo que ocurría:

—Sí; es el mío.

—Qué raro.

—Sí… un poco. En fin… una coincidencia. Alguien se equivocó… el que puso el anuncio… o el periódico… Sí… eso debe de ser.

—Seguramente. ¿No sabe usted de alguien que venda o alquile un piso en este inmueble?

—Pues no… no lo sé.

La chica volvió a mirar el recorte que conservaba en la mano.

—Aquí pone… «dirigirse a señores de López Alonso».

—¿Cómo ha dicho?

—López… López Alonso. ¿Por qué?

—Es que… López Alonso… soy yo.

Era un apellido compuesto que le gustaba. Además, la ventaja de llevar un «de» que lo distinguía especialmente. Llamarse López no pasaba de ser una vulgaridad y, en cuanto al Alonso, lo cierto es que tampoco contribuía a darle mucha brillantez al asunto, pero ambos unidos y con el «de» por delante variaban sensiblemente el panorama. López Alonso… señor de López Alonso… Don Jaime de López Alonso… sonaba bien… producía incluso una cosquilleante sensación ponerlo en las tarjetas.

La voz de la muchacha le hizo volver a la realidad:

—¿Es usted?

—Sí, señorita, yo.

—¿López Alonso?

—«De» López Alonso… sí.

Ninguno de los dos sabía cómo romper aquella curiosa situación. El aire se desperezaba en el cristal de las copas del aparador y la noble madera del suelo gemía bajo el peso de su aristocracia.

—Pase, por favor, señorita. Y siéntese.

Mientras la chica se acomodaba en el hermoso sofá isabelino tapizado en colores verdes, se limpió la cara con la toalla que aún tenía anudada al cuello y dejó la navaja de afeitar —abierta— sobre la mesa en donde estaba el tocadiscos. Después, casi al mismo tiempo, dejó de escucharse el concierto de Mozart.

—¿Me permite el recorte?

—Sí, claro.

Leyó el anuncio despacio, prácticamente deletreándolo, como si le fuera en ello algo a lo mejor muy importante.

—Los datos se corresponden con los míos, sin duda. Qué curioso.

Le dio la vuelta al papel como buscando alguna circunstancia aclaratoria:

—¿En qué fecha se publicó? ¿Lo recuerda?

La chica respondió sin vacilar:

—Desde luego. El martes dieciséis.

—Hoy es diecinueve. Viernes.

—No he podido venir hasta esta mañana porque tuve mucho trabajo. De todas formas, su señora me dijo…

—Un momento. ¿Cómo que mi señora le dijo?

—Bueno, quizás no fuera su señora discúlpeme. El caso es que, luego de leer el anuncio, llamé a este teléfono y una voz de mujer me contestó.

—¿Cuándo fue eso?

—A ver… déjeme que piense… pues… sí, el miércoles diecisiete: un día después de publicarse el anuncio.

—¿Y qué le dijo esa voz?

—Nada importante… lo normal… que tomaba nota de mi nombre y que me esperaba aquí hoy… esta mañana… viernes.

Sonrió. Todo lo que estaba oyendo le sonaba —como previsiblemente debía de ser— a una historia ridícula, además de falsa. Por otra parte, acababa de descubrir que la cara de la chica le recordaba a una amiga con la que sostuvo una leve relación sentimental recién terminada la guerra y que murió, la pobre, en un sanatorio de Guadarrama a consecuencia de una hemoptisis imparable. En algún sitio conservaba un guardapelo con un mechón, rubio, de sus trenzas.

—Señorita, ignoro el interés que pueda usted tener en mentirme, pero nada de lo que asegura es verdad. Mi mujer está en Barcelona. En casa de una hermana que vive en la calle Muntaner y que cayó enferma de repente… hepatitis… Se fue el martes… en el Puente Aéreo.

—Bueno, los anuncios se encargan con uno o varios días de antelación. Lo pudo haber encargado el lunes… por ejemplo.

—Sí, tal vez, pero, dejando aparte la tontería de poner un anuncio diciendo que se vende o alquila un piso que, en realidad, no se quiere vender ni alquilar, lo que resulta de todo punto imposible es que hablara usted con ella el miércoles. Mi mujer, como ya le he explicado, se marchó a Barcelona el martes.

—Entonces… hablaría con otra persona.

—No lo creo. Vivimos solos. No tenemos hijos. Además, nos negamos a compartir nuestra vida con una criada. Los tiempos se han puesto muy difíciles… en esta casa, como usted ve, hay muchos objetos de valor… No hay que fiarse. Únicamente una asistenta viene a limpiar dos días por semana: los lunes y los jueves. Así que…

—No creerá usted que me estoy inventando lo que digo.

—Y usted no pensará que intento engañarla… supongo.

—No, por supuesto.

—En este caso…

Se levantó. Empezaba a tener prisa. No es que fuera un hombre especialmente ocupado, pero tenía que pasar por su Banco para hacer una transferencia y, alrededor de la una, le esperaba José Luis, un viejo condiscípulo de la Universidad, para tomar

juntos el aperitivo como todos los viernes. Y encima, claro, aún no había terminado de afeitarse.

La chica, todavía sentada, continuó hablando:

—Es posible que piense usted que estoy loca, pero…

—Pero… ¿qué?

—Su mujer… o… en fin… la voz femenina que respondió al teléfono cuando llamé, me dijo que tenía mucho interés en vender o alquilar este piso con cierta urgencia porque… porque su marido había muerto el mes pasado.

El timbre de la puerta sonó ahora bruscamente. O, al menos, eso le pareció. Tardó bastante en decidirse a abrir. Hubiera podido quedarse así, mirando fijo a la muchacha, largo tiempo. Como si alguien acabara de inventar para él la eternidad. Al fin giró el picaporte mecánicamente.

—¿Señores López Alonso?

—«De» López Alonso, por favor.

—Ah, bueno, sí… «de» López Alonso.

—Aquí es.

—Vengo a cobrar el recibo.

Pertenecía justamente al tipo de individuo que más detestaba: un hombrecillo pequeño, de edad imprecisa, estrábico, con gafas, vestido con un traje gris horroroso y llevando, debajo del brazo, una carterita negra de plástico imitando piel.

—Lo siento, pero no me queda por pagar ningún recibo. Ya he pagado los gastos de comunidad de este mes, el agua, la luz, la factura del sastre y la cuenta de la pastelería que me provee de dulces todos los domingos, de modo que…

—Le ruego que no se excite, pero es la quinta vez que pretendo cobrar estos recibos.

Miró con repugnancia unos mugrientos papeles que el individuo sacaba de su portafolios. Le dio tiempo de observar unos dedos peludos y unas uñas sucias del todo desagradables.

—Como le cuento: la quinta vez. Y, claro, la señora…

—¿La señora? ¿Qué señora?

—Pues la señora con quien estuve hablando el otro día.

—¿Qué día?

—El miércoles. Lo recuerdo muy bien porque…

—Escuche: mi mujer —si es a ella a quien usted se refiere— se fue a Barcelona el martes. El martes… ¿me oye? De manera que, aunque me lo jure por sus hijos —a los que desde ahora mismo envío mis respetos— es totalmente imposible que hablara con usted el miércoles.

—No meta usted a mis hijos en este asunto, hágame el favor. Yo hablé aquí, en esta casa, con una mujer, el miércoles por la mañana. Le traje este recibo y me pidió que volviera hoy, viernes, porque andaba mal de fondos en aquel momento. En cuanto a que aquella mujer fuese su esposa, ya me figuro.

—Ya se figura usted… ¿qué?

—Que no, porque a la señora que digo se le había muerto su marido el mes pasado.

Volvió la mirada instintivamente hacia la chica, quien estaba sonriendo de una forma del todo absurda.

—¿Le importaría repetir lo que acaba de explicarme? Pase, pase, por favor.

Mientras cerraba la puerta, escuchó cómo el individuo que acababa de entrar decía:

—Buenos días.

A lo que la muchacha del anuncio contestaba:

—Hola.

Así que se sintió obligado a hacer una presentación que, en cierto modo, le parecía, por lo menos, inútil.

—Es la señorita…

—Charo… Charo Menéndez.

—Y el señor…

—Germán Pedreño, para servirle.

—Siéntese, siéntese, señor Pedreño, hágame el favor.

—Gracias.

Estuvo a punto de ofrecerles una taza de té o un oporto, a pesar de ser todavía muy temprano para tomar alcohol. Pensó que un gesto tan delicadamente «british» contribuiría a aliviar la tensión del momento. Afortunadamente, se dio cuenta en seguida de que un caballero como él no debía tener tantas atenciones con aquellas dos personas que, al fin y al cabo, estaban invadiendo su hogar. De modo que preguntó con aquella encantadora displicencia que había aprendido de Rafael Rivelles cuando era primer actor del Teatro Lara de Madrid:

—¿Y dice usted que habló con una mujer a la que se le había muerto el marido el mes pasado?

—Sí, señor; así es.

—Y… ¿cómo era dicha señora? Si puede saberse.

—Realmente yo, por la índole de mi oficio, procuro no fijarme en los clientes, sobre todo si son mujeres, pero en fin… No era ni muy alta ni muy baja… una estatura media digamos… tampoco estaba gorda, desde luego… ni demasiado delgada…

—¿Morena?

—¿Perdón?

—Le pregunto si era morena.

El individuo del traje gris, la carterita de plástico y las uñas negras se quedó profundamente pensativo, con esa actitud totémica que adoptan algunas gentes al rellenar las quinielas. Luego respondió con poquísima seguridad:

—No, no era morena.

—Rubia entonces.

—Pues… no… no… tampoco era rubia.

—Le advierto que si pretende usted burlarse de mí, no le veo la gracia. ¿Cómo es posible que no fuera ni rubia ni morena?

Antes de que el individuo tuviera tiempo de contestar, la chica intervino aplastantemente:

—Podía ser pelirroja. Hay mujeres que son pelirrojas.

Intentó fulminarla con la mirada, como había leído que hacen los protagonistas de las novelas —en especial, las románticas— pero no dio resultado. De todos modos, en venganza, pensó que, con un poco de suerte, también podría morir tuberculosa como aquella pobre chica a la que enterraron en la Almudena el año 42. Sin embargo, como la observación que había hecho no carecía de lógica, procuró indagar en la misma línea:

—¿Pelirroja?

—No… no creo que fuese pelirroja.

—Ya. Calva, Era calva, ¿no es eso?

Estaba levantando la voz, cosa nada frecuente en él.

—No se enfade. Debería usted agradecérmelo. Yo soy un profesional. Sólo me fijo en lo que cae dentro de los límites de mi incumbencia. Para mí los clientes no tienen sexo. O sea que si una mujer es rubia morena o pelirroja, yo… ni enterarme.

—Muy bien. Le felicito. ¿Y a qué se dedica usted? ¿Le importaría explicármelo?

—No, no, señor; en absoluto. Pompas… Pompas Fúnebres.

—¿Cómo? ¿Que… que trabaja usted en Pompas Fúnebres?

—Sí, señor. ¿Tiene algo de malo?

—Nada, nada, no tiene nada de malo. De manera que usted viene…

—A cobrar un pico del entierro de un señor que se murió aquí el mes pasado, ya se lo he dicho.

No pudo evitarlo: se puso furioso. No recordaba haberse enfadado tanto desde que una estúpida criada había roto un día de Todos los Santos el jarrón chino, regalo de la tía Carlota que en paz descanse.

—Oiga usted, caballero, aquí no se ha muerto nadie. Ni el mes pasado ni nunca. En esta casa vivo yo con mi mujer y los dos —según el último chequeo que nos hizo don Marcial Torija nuestro médico de cabecera— nos encontramos en perfectísimo estado de salud. No hemos pensado en morirnos… todavía. Tengo la lamentable impresión de que se ha equivocado usted de piso, de mujer y de muerto.

El individuo le miró fijamente en un evidente esfuerzo por comprender algo de lo que estaba ocurriendo, luego movió la cabeza de arriba a abajo varias veces e insistió consultando sus papeles:

—¿Calle Mauricio Roldán veinticinco tercero izquierda?

—Sí, sí señor: Mauricio Roldán veinticinco tercero izquierda.

—¿Señora viuda de López Alonso?

—No; de señora viuda de López Alonso, nada.

—Está bien, no se excite. Aquí es lo que pone, pero por mi… ¿Señora de López Alonso, entonces?

—Bueno; señora de López Alonso, bueno.

—Pues de acuerdo con este recibo, todo coincide.

—Todo, excepto el muerto.

—Ya, ya, pero esto es lo de menos.

—Hombre, será lo de menos para usted, porque lo que es para mí…

—Sí, me hago cargo, pero, en fin… ¿qué quiere que le diga? A mí lo que me interesa es cobrar. Que sea usted el muerto o no, me tiene sin cuidado. No sé si me explico.

—Divinamente, se explica usted divinamente.

Una vez más miró a la chica como buscando, sin mucha convicción, alguna ayuda.

—Perdone que intervenga, pero si este señor de las Pompas Fúnebres le diera algún dato más preciso sobre la mujer con la que habló, tal vez podría usted averiguar si realmente se trataba de su esposa.

Era tan obvio lo que la chica acababa de decir que, en un rasgo de generosidad, se prometió a sí mismo no volver a desear que se muriese de tuberculosis. Ni siquiera en Guadarrama.

—Sí, claro, pero no parece fácil. No recuerda ni el color del pelo…

Y, dirigiéndose al individuo, le interrogó ásperamente al estilo que acostumbraban a hacerlo en la serie de Perry Masón que él veía con mucho placer un invierno que pasó en Brighton:

—A ver… ¿Cómo iba vestida? ¿Lo sabe?

—No… no lo sé.

—Inútil… Totalmente inútil… No sabe usted nada, confiéselo.

—Aunque… bueno… haciendo memoria… sí… hubo un detalle que me llamó la atención.

—¿Cuál?

—No podía pronunciar las erres. Me chocó porque yo tengo un sobrino que le pasa lo mismo y ha acabado en un sanatorio de enfermos mentales.

Empezó a latirle el corazón muy de prisa, tanto que, con dolorida elegancia, puso su mano derecha sobre él. La chica le preguntó:

—¿Su mujer…?

■—Tampoco… Mi mujer… tampoco… puede pronunciar las erres.

—Entonces… era ella.

Se levantó. Caminaba agitado de un lado a otro de la habitación, procurando, de paso, no tropezar con las kentias ni los filodendros.

—No… no… es imposible. ¿Cómo iba a ser ella si estaba en Barcelona?

Mientras recorría paso a paso la distancia del sofá al ventanal y al revés, mecánicamente, la chica continuó conversando con el empleado de Pompas Fúnebres:

—¿Está usted seguro de que habló con ella el miércoles?

—Segurísimo. Lo recuerdo muy bien porque aproveché el viaje para visitar a un amigo que vive también en este barrio. Es relojero.

—En este caso…

—No, no… escúchenme los dos… y, se lo ruego, no me obliguen a repetírselo: no puede ser… no puede ser… debe de tratarse de alguna broma… Mi mujer se fue a Barcelona… ¡el martes!

—Puede. Cuando usted lo dice… Ahora bien, aunque se marchara el martes, yo hablé con ella, ¡el miércoles!

—No me lo creo.

—Usted no lo creerá, pero es así.

La chica empezaba a ser una de sus pocas posibilidades de raciocinio:

—¿Usted qué opina?

—Es muy raro, pero yo también hablé con ella por teléfono el miércoles… y… ahora que lo ha dicho ese señor… pues sí… es verdad… la voz que habló conmigo tampoco sabía pronunciar las erres.

Cuando conoció a su mujer este defecto —si es que se le puede llamar así—■ le hizo gracia. En una persona tan correcta, tan medida, tan equilibrada, esas erres rebeldes le daban un toque burlón, un caluroso barniz de humanidad.

—Bueno, veamos si yo he entendido lo que está ocurriendo. Usted, como consecuencia de haber leído un anuncio en los periódicos el martes, dice que habló por teléfono con una mujer que pronunciaba mal las erres el miércoles.

—Sí.

—Y usted, que pretende cobrar un recibo de Pompas Fúnebres, asegura que habló ese mismo miércoles con una señora que tampoco decía las erres correctamente.

—Eso es.

—Por lo demás, yo estoy casado con una mujer a la que le cuesta pronunciar las erres y que se marchó a Barcelona el martes en el Puente Aéreo un día antes de que usted comunicara con ella telefónicamente y de que usted viniera aquí, a esta casa, a pedirle que pagara una cuenta de una Funeraria. ¿Me siguen?

—Sí, claro.

—Perfectamente.

—Total, que de todo esto se puede deducir que alguien —ignoro con qué motivo — se ha hecho pasar por mi mujer y, para que resultara más creíble, ha imitado su dificultad de expresión con las erres. ¿Es así?

—Sí.

—Justo.

—En este caso lo que habría que hacer sería encontrar a la persona que, por las razones que sea, ha estado usurpando la personalidad de mi mujer. ¿De acuerdo?

—A medias. Porque lo más sorprendente no es esa usurpación, sino la insistencia en asegurar que su marido murió el mes pasado. Hasta el punto de llegar a poner un anuncio en los periódicos para desembarazarse del piso donde vivió con él.

—Y encargar un entierro —no demasiado barato— que, además, se celebró.

—¿Que se celebró? ¿Y usted cómo lo sabe?

—Lo sé porque viene escrito aquí, en estos papeles. ¿Quiere comprobarlo?

Casi le arrebató los documentos de las manos. Efectivamente: el entierro —¿el suyo?— se daba por efectuado.

—¿Lo ve? Cuando Pompas «La Infalible» pretende cobrar el recibo de un entierro es porque el muerto está enterado y bien enterrado, no le queda duda. «La Infalible» no falla, se lo aseguro.

—Pero ¿cómo puede enterrarse un cadáver que no existe?

—Eso de que no existe es una apreciación suya personal y, por lo tanto, absolutamente subjetiva, ¿no cree?

—Según como se mire, porque ¿me quiere usted explicar cómo pudo celebrarse mi entierro sin mí?

—Ah, bueno, esta es otra historia. «La Infalible» entierra, pero no averigua. Es decir, nosotros llegamos, vemos el cadáver, lo metemos en una caja, le ponemos unos candelabros, y al día siguiente, hala, al cementerio. Si después resulta que el muerto no es el muerto porque es otro muerto, a nosotros, la verdad, nos tiene sin cuidado. Siempre que nos paguen, naturalmente.

—¿Insinúa usted que «La Infalible» vino a esta casa y se llevó a enterrar un cadáver que no era el mío?

—¿No ha dicho usted que el suyo no podía ser? ¿En qué quedamos?

—Mire, caballero, si en esta casa hubiera habido un entierro, tal como usted asegura, mi mujer me lo habría comunicado. Somos una pareja muy unida; nos lo contamos todo.

—*A* lo mejor no se lo dijo porque estaba en Barcelona.

—No, no estaba en Barcelona. Ya he explicado mil veces que se fue… el martes. Pero antes, no; antes del martes estaba aquí, en este piso, y estoy seguro de que si se hubiera producido un entierro, lo habría notado. Mi señora pronuncia mal la erres, pero tiene una vista envidiable.

—Claro, claro… en fin… no lo entiendo.

—Yo tampoco. Escuche: ¿fue usted quien vino a esta casa para dirigir los detalles del entierro?

—No, no señor. Yo me dedico únicamente a pasar al cobro los recibos.

—Entonces, ¿quién vino?

—No lo sé. Tendría que enterarme.

—¿Y es muy difícil?

—No, no mucho. Conociendo la fecha exacta… ¿Usted recuerda la fecha en que le enterramos?

—Ya le he dicho…

—Ah, sí, disculpe. En este caso, tendría que telefonear.

—Hágalo, por favor. Seguro que se trata de una equivocación. O de una broma de mal gusto… no sé… Llame, llame, aquí está el teléfono.

Se produjo un silencio que a él le hubiera gustado llamar —en otras circunstancias menos incómodas— «espeso». Los silencios espesos le recordaban vagamente a las novelas de André Maurois, escritor al que admiraba muchísimo sobre todo desde que una tarde le escuchó pronunciar una conferencia para señoras en el Ateneo. Sonrió con deleite al recordar el exquisito francés del ilustre autor de «Climas», cuando la desagradable voz del empleaducho de «La Infalible» hablando por teléfono vino a interrumpir sus pensamientos.

—Pepín, ¿eres tú? Oye, aquí Mariano. Hazme un favor, ¿quieres? Mira a ver en qué fecha enterramos a un tal López Alonso.

Le sentó como un tiro. Lo de «López Alonso» a secas le sentó como un tiro y se sintió obligado a rectificar una vez más:

—«De» López Alonso, si no le importa.

—No, no, por mí… Oye, escucha, que me dicen que es «de» López Alonso. Sí… sí… López… L de Logroño, O de Orense, P de Pontevedra, E de Extremadura y Z de Cádiz. Eso… López Alonso… «de» López Alonso. ¿Cómo? ¿Su nombre de pila? Espera. ¿Cuál es su nombre de pila si me hace el favor?

—Sabino.

—¿Sabino?

—Sí, Sabino. ¿Le molesta?

¿Cómo podría molestarle? Al revés. Su padre —según le había confesado en un largo viaje que realizaron juntos a Bruselas en busca de un jarrón chino que hiciera «pendant» con el de la tía Carlota— se había preocupado muchísimo de que el nombre acompañara musicalmente al apellido. (Circunstancia que siempre hay que tener en cuenta sobre todo al tratarse, como en este caso, de un apellido compuesto.) De forma que la respuesta del funerario le pareció, por lo menos, natural.

—No, no, en absoluto… Escucha tú, que dice que Sabino. Sí… Sabino. S de Santander… Bueno, bueno, vale, no te pongas así, coño. Sí, Sabino «de» López Alonso, calle Mauricio Roldán veinticinco, tercero izquierda, Madrid catorce. Sí, sí, hace un mes aproximadamente. Anda, chato, vete a ver. De acuerdo, vale, espero.

Tapó un segundo el auricular aclarando:

—Que van a ver.

—Se me ocurre una cosa: si resulta que el nombre y la dirección coinciden, ¿tendría usted la bondad de preguntarle a su amigo si recuerda cómo era el difunto? Porque, claro, si las características de ese señor al que enterraron el mes pasado son diferentes a las mías, asunto aclarado, ¿no le parece?

—No sé qué le diga. A lo mejor no es tan fácil.

—¿Por qué?

—Un momento. Dime, dime, Pepín. ¿Cuándo? ¿Cuándo dices que fue el entierro? ¿El doce del mes pasado por la mañana? Ya… el doce de setiembre a las diez de la mañana. ¿Y estás seguro de que ahí consta Sabino «de» López Alonso, Mauricio Roldán veinticinco, tercero izquierda? ¿Sí? Bueno, pues vale.

—Aguarde un momento, no cuelgue.

—Espera, Pepín, que no sé qué quieren.

—Pregúntele si él fue de los que se encargaron directamente del entierro y si se acuerda de cómo era el fallecido.

—De acuerdo, de acuerdo, como usted quiera. Pepín, oye, chato, que me preguntan si estuviste en la inhumación y si recuerdas cómo era el difundo. Sí… sí… estatura normal, pelo rubio con muchas canas, bastante calvicie, dentadura postiza y mayor… muy mayor. Bueno, pues nada, gracias. Hasta luego. Sí, sí, vale, vale, vale… Adiós, chato, adiós… Vale.

Lo de «mayor» le había molestado muchísimo. No porque no lo fuera, sino porque siempre se había resistido a aceptarlo. Se consideraba un hombre moderadamente atractivo, aunque, claro, con los naturales deterioros propios de la edad. Ahora bien, de eso a ser «muy mayor…». Muy mayor era, por ejemplo, Celia Gámez, pero él… No dispuso de más tiempo para estas reflexiones: el individuo —que ya estaba hablando— acababa de colgar el teléfono.

—No me gusta jorobar la vida de la gente, pero todo parece indicar que el muerto es usted.

El timbre de la puerta volvió a sonar. Cuando abrió, aparecieron dos tipos algo siniestros y —al menos esta fue la impresión que le causaron— bastante ordinarios. Como anteriormente habían hecho la chica y el agente de «La Infalible», estaban consultando un papel.

—Señores López Alonso…

—«De» López Alonso, hágame el favor.

—Bueno; «de» López Alonso… ¿es aquí?

—Sí; aquí es.

Uno de los tipos le gritó al otro —que por este indicio se empezó a sospechar que era sordo— con muy poquitos modos:

—¡Venga, vamos allá!

Y dirigiéndose a «de» López Alonso preguntó:

—¿Por dónde empezamos?

—¿Cómo?

—Está bien, no se preocupe, a nosotros nos da igual. ¡¡Hala, coge de ahí!!

El grito que acababa de pegarle al sordo había sido realmente estentóreo. Al mismo tiempo, entre los dos agarraron una consola.

—¡Dios mío, la consola de la prima Enriqueta! —y la levantaron con el clarísimo propósito de llevársela.

Le dio un vuelco el corazón mientras la ira apenas le permitía protestar:

—Eh, oiga, ¿qué hacen ustedes?

—¿No lo ve?

—Sí, lo veo; por supuesto que lo veo, pero ¿con qué autorización pretenden ustedes llevarse esta consola? ¡Es mía!

El tipo de las voces estentóreas —que era más bien de constitución robusta— interrumpió momentáneamente el transporte mientras daba órdenes a su compañero quien, además de sordo, parecía imbécil porque se reía todo el rato sin motivo.

—¡Suelta, suelta un segundo! ¡Y no te rías que me pones nervioso, coño!

Después, cargándose de paciencia, intentó explicarse:

—Escuche, nosotros somos trabajadores; del gremio de mudanzas, pero trabajadores. Incluso pagamos nuestra cuota todos los meses al sindicato. A UGT, para más señas. O sea, que no moleste. A nosotros nos han dicho que nos llevemos los muebles y nos los llevamos. ¡Venga, agarra!

Era —como se habrá podido sacar a consecuencia a través de los datos de esta historia— una persona educadísima incapaz de pelearse con la gente, aunque alguna vez hubiera añorado aquella época galante en la que los caballeros reñían por sus damas e iban al campo del honor conservando escrupulosamente las reglas que, para el buen desarrollo de los duelos, había escrito, en un celebrado opúsculo, el marqués de Cabriñana. Pero en esta ocasión no pudo menos que gritarle al tipo que había vuelto a intentar llevarse la consola:

—¡Suelte usted inmediatamente! ¡Suéltela!

—No le grite, oiga; a mi compañero no le grite usted.

—¿Y usted? ¿No le grita?

—Hombre, yo le grito porque es amigo mío y porque, además, es sordo.

—Pues yo también le grito porque es sordo.

—No; usted le grita con mala intención, con una intención malísima. Y no se lo consiento.

—Está bien. Disculpe.

Hizo un esfuerzo, se contuvo y sonrió con la misma sonrisa con la que un antepasado suyo perdió el dedo meñique de la mano derecha en Trafalgar:

—¿Sería usted tan amable de soltar este mueble? Se trata de la consola de mi prima Enriqueta y tengo interés en que no se deteriore.

Como el sordo continuaba tirado de risa, con evidentes síntomas de no haberse enterado de lo que pasada, su compañero explicó:

—Le advierto, que si no le grita no se va a enterar.

—Bueno, hasta aquí llegaron las bromas. ¡Suelten ustedes este mueble ahora mismo o llamo a la policía!

—La policía… la policía… Ustedes los ricos son como niños. No saben decir otra cosa. En cuanto les pasa algo, en seguida, hala, la policía. Como si fuera su madre. ¡¡Venga, tú, dale a la consola!!

Siempre había creído que resulta imposible resistirse a la fuerza bruta especialmente cuando la fuerza bruta de los demás es superior a la fuerza bruta de uno. Los hechos que estaban sucediendo venían a darle, por desgracia, la razón. Mientras los mozos de la casa de mudanzas se llevaban la consola de la prima Enriqueta camino del rellano de la escalera, se dirigió al teléfono al tiempo que comentaba de paso con la chica y el de las Pompas Fúnebres:

—Increíble… absolutamente increíble… Allanamiento de morada, ¿no les parece?

—Sí, desde luego.

—Qué barbaridad.

El 091 de la policía comunicaba.

—Vaya, qué mala suerte, comunica.

A lo que el cobrador de «La Infalible» apostilló:

—Ocurre muchas veces. Un amigo mío que llamó al 091 porque le estaban desvalijando la casa, se encontró con que estaba comunicando.

—¿Y qué le pasó?

—Nada, no le pasó nada porque mi amigo también era policía.

—¿Y no le robaron?

—Hombre que si le robaron… hasta la placa… pero como era policía dio parte. Menos mal.

Los tipos de las mudanzas volvieron a entrar dispuestos a llevarse un «chiffonnier» imperio preciosísimo.

—Ah, no, de ninguna manera, eso sí que no, el «chiffonnier», no.

—Sea razonable. Nosotros cumplimos órdenes. ¿Le he dicho que somos trabajadores?

—Sí señor, me lo ha dicho.

—Pues eso. Hay que respetar a la gente que trabaja. Si tiene usted alguna reclamación que hacer, diríjase a la Agencia. Nosotros trabajamos para una agencia de transportes, ¿sabe usted?

—Me lo imagino.

—Gracias.

Y dando por zanjada la cuestión, le comunicó al sordo a grandes voces:

—¡¡Vamos, agarra otra vez!!

—¡Quite usted esas manos, quítelas!

—Que no le grite usted a mi amigo, coño, que no le grite. ¡Y tú no te rías más, joder, que ya está bien! ¡Venga, arriba! ¡A la una, a las dos y a las… ¡¡tres!!

Era un buen aficionado al románico y en una ocasión hizo la ruta a Compostela para ganar el Jubileo, de modo que se colocó delante de la puerta con los brazos en

cruz como una talla exquisita que había visto en la catedral de Burgo de Osma.

—¿A ustedes quién les envía? ¿Quieren explicármelo?

—Ya se lo he dicho. ¿O no?

—No. Bueno, de lo de la agencia de transportes ya me he enterado. Lo que me gustaría saber es quién encargó la mudanza.

—Ya. Pues parece ser que la dueña de este piso se quedó viuda el mes pasado y, como piensa venderlo o alquilarlo, quiere que le envíen los muebles a Barcelona.

—¿A Barcelona?

—Sí, a Barcelona. ¿Le suena?

Lo que sonó fue el teléfono. No lo esperaba. ¿Quién podía llamar por la mañana… y en aquel preciso momento? Todas sus amistades sabían que la hora mejor para localizarle era a partir de las cinco de la tarde después de la siesta, provechosa costumbre que él respetaba escrupulosamente sobre todo desde que sufría una leve dispepsia.

Como el teléfono seguía sonando, el empleado de las Pompas Fúnebres —a quien le pillaba cerca— se sintió obligado a ayudar:

—¿Lo cojo?

—Hágame el favor. —Descolgó el auricular aprensivamente:

—Dígame.

Escuchó un poco y después explicó dirigiéndose a «de» López Alonso:

—Es para usted.

—¿De parte de quién?

—Su señora.

No pudo —ni quiso— reprimir un suspiro de alivio. Aunque su vida conyugal nunca había sido precisamente «exitosa» —término al que se acostumbró a través de las versiones argentinas de la Editorial Losada en la posguerra— estaba habituado a convivir con su mujer apaciblemente. Se casó un poco porque tenía que casarse —sus padres empezaban a sentir cierta inquietud por sus inclinaciones sexuales— y otro poco porque Carmenchu era una chica bien de Tudela con muchos atractivos económicos aunque escasísimas gracias femeninas. Bueno, a él en realidad este matiz erótico de la existencia le resbalada. Durante la luna de miel no había forma de meterle en la cama y del crucero que hicieron en aquella ocasión por el Mediterráneo, lo único que despertó su curiosidad fueron las ruinas griegas de Agrigento. Aún a pesar de estos antecedentes —o justamente como consecuencia de ellos, porque estas cosas son siempre muy oscuras— su matrimonio tampoco resultó, a fin de cuentas, mucho peor que otros. Y, en el fondo, si su mujer se iba alguna vez de viaje la verdad es que, incomprensiblemente, la echaba de menos. Cualquier psiquiatra podría diagnosticar sin esfuerzo que había depositado en ella un lamentable complejo de Edipo.

—Hola, Carmenchu, ¿eres tú? Vaya, me alegro. ¿Desde dónde llamas? Sí, sí, claro, ya sé que estás en Barcelona. ¿Cómo sigue tu hermana? Estupendo. ¿Cómo?

No, no es un amigo… Es… bueno… un señor que casualmente está ahora en casa y que ha cogido el teléfono. Sí… sí… verás… es que no es fácil explicarlo. Carmenchu, escúchame… mira, desde que te fuiste están ocurriendo unas cosas muy extrañas. Sí, como lo oyes. Primero ha venido una chica diciendo que habías puesto un anuncio en los periódicos para vender o alquilar este piso y que, además, había hablado contigo por teléfono. Luego, se ha presentado un señor pretendiendo cobrar no sé qué recibos de un entierro… sí… sí, uno de una funeraria… «La Infalible» o algo parecido… ¿Cómo? ¿Que de qué entierro se trata? Ah, pues esto es lo más chocante… según él… ¡del mío! Dice que se trata de mi entierro, figúrate. Claro… claro… eso le he dicho yo. Bueno, pues nada, asegura que habló contigo el miércoles. Sí… contigo… aquí… en casa. Por supuesto que le he explicado que te fuiste a Barcelona el martes. Ya, ya, si yo mismo te acompañé al Aeropuerto. Nada… inútil. Ah, bueno, y espera… encima hay aquí dos tipos que se quieren llevar la consola de la prima Enriqueta y el «chiffonnier» que compramos en aquella subasta de la rué des Saints Peres de París, porque insisten en que tú les has encargado una mudanza. Sí… eso… una mudanza, porque… porque… te has quedado viuda. Como te lo cuento. Ya… claro… pero ¿quién puede tener tan mal gusto como para gastamos una broma de este calibre? Sí… sí… evidente… pero es que no me creen Carmenchu… no me creen.

De acuerdo… de acuerdo… me parece bien. Espera. Por favor… ¿quién de ustedes quiere hablar con mi mujer para que vean que estamos diciendo la verdad?

Los tipos de la mudanza, la chica y el de las Pompas se miraron sin atreverse a contestar. Por fin, la chica se decidió:

—Yo misma.

—Muy bien. Carmenchu, «darling», te paso con la chica que vino por el supuesto anuncio.

Cuando la chica tomó el auricular, se produjo una inevitable tensión, una curiosa mezcla de intriga y de curiosidad. Únicamente el sordo y él sonreían, aunque, claro, por distintas razones.

—Sí… diga… diga… dígame… ¿Me oye usted? Oiga… ¿me escucha?, ¿me escucha?… conteste.

Luego la frase cayó violentamente, como esa piedra que rompe la superficie del agua en los poemas de Alfonsina Tomista:

—Ha colgado.

Al terminar la chica de pronunciarla, notó que las miradas de todos se clavaban en él.

—Supongo… supongo… que no pensarán ustedes que estoy loco. He hablado con mi mujer… les juro que he hablado con mi mujer… Aunque no comprendo cómo se le ha ocurrido colgar… no lo entiendo… pero… hablé con ella… de veras.

Se volvió con angustia —la situación estaba llegando demasiado lejos— hacia el individuo de las Pompas Fúnebres:

—Y usted también. ¿Recuerda? El teléfono lo tomó usted cuando… cuando… sonó. Fue usted quien me comunicó que me llamaba mi mujer… ¿Se acuerda?

—Sí, claro. Ella me dijo que era su señora, pero lo que no sé es si me estaba engañando o no.

Le hubiera gustado huir. Sentía un dolor agudo en las piernas, como le ocurría a veces después de una mala noche llena de pesadillas. Deseó que aquello, todo aquello que estaba pasando, fuera un sueño, nada más que un sueño; incluso hizo un esfuerzo para despertarse. Lo malo fue que no estaba soñando. Al menos, en apariencia.

—Perdone, pero se me ocurre una cosa: ¿por qué no la llama usted?

La voz de la chica le llegó de muy lejos, de algún rincón perdido de su infancia en donde su madre le llamaba cuando estaba jugando con otros niños al borde del mar.

—¿Me escucha?

—Sí, sí… ¿decía usted?

—Le estaba aconsejando que llamara a su mujer.

—¿Yo?

—¿Está seguro de que ha hablado con ella?

—Por supuesto. Lo estoy.

—Bien, entonces llámela. Puede que haya tenido alguna razón para colgar. Algo que nosotros ignoramos. Aparte de que, bueno, a lo mejor ni siquiera ha colgado. Simplemente que… que… la comunicación se cortó.

—Sí, es posible.

El tipo de las mudanzas se sintió en la maldita obligación de intervenir:

—No lo veo claro. Si se hubiera cortado la comunicación, como usted dice, habría vuelto a llamar, ¿no creen?

A lo que el funerario remató:

—Natural. Yo cuando llamo a mi familia de Oviedo, en Navidades, si se corta vuelvo a marcar.

Razonable, el argumento era tan asquerosamente lógico que, por un momento, sintió la tentación de estrangularlo. Menos mal que la chica seguía queriéndole ayudar:

—De todas formas, ¿por qué no prueba? Dice usted que está en Barcelona.

—Sí.

—En casa de su hermana.

—Sí.

—Que se encuentra enferma.

—Sí, sí, con hepatitis. Eso es.

—¿Y no tiene usted el número?

—Claro, claro que lo tengo.

—Pues llámela. Por lo menos, saldrá de dudas.

Se dirigió automáticamente a un pequeño escritorio chippendale de donde tomó una libreta de teléfonos. Luego, muy despacio, como si tuviera toda la vida —o toda

la muerte— por recorrer, marcó el número de Barcelona. Alguien, al otro lado, respondió.

—Oiga, ¿es el 2-39-19-40 de Barcelona? ¿Sí? Por favor, ¿con quién hablo? Ah, ¿que es usted una amiga de Maite? Sí, sí, ya sé que está en cama… con hepatitis, sí. Mire, es que estoy llamando desde Madrid. Necesito hablar con mi mujer, Carmenchu, que es hermana de Maite y que está ahí, cuidándola. ¿Cómo? ¿Que está usted sola con Maite? Ya… pues… es muy extraño porque hace apenas cinco o diez minutos me llamó mi mujer desde Barcelona… sí, sí… desde casa de su hermana. ¿Qué? No, saberlo con seguridad no lo sé… lo supongo… si me hubiera llamado desde algún otro lugar me lo habría dicho. Oiga, a lo mejor salió un momento y usted no la ha visto. ¿Le importaría preguntarle a Maite? Sí, sí, desde luego; no cuelgo.

Se encontraba mal; tenía la boca seca y un sudor frío comenzaba a caerle por la frente. Intentó, sin embargo, que no se le notara:

—Ha ido a preguntarle a la hermana de mi mujer. No tardará.

La chica quiso darle ánimos aunque, evidentemente, con poco entusiasmo:

—Tranquilícese. Es muy posible que haya pasado lo que usted dice. Sí… habrá salido de la casa y… bueno… esta amiga de su cuñada no se ha enterado.

—Ya, ya, pero ¿para qué tenía que salir? No lo entiendo.

—Hombre para miles de cosas… no sé… para… comprar algo, por ejemplo.

El individuo de la Funeraria movió varias veces la cabeza antes de decir:

—Es muy raro, ¿no creen? Aquí la esposa de este señor llama por teléfono para hablar con él, luego cuelga cuando usted, señorita, se pone al teléfono y después se va a la calle de compras sin perder un minuto.

—Dejando a su hermana enferma con una amiga tan cegata que ni siquiera la ve salir. Rarísimo.

El tipo de las mudanzas acababa de terciar en la conversación al mismo tiempo que le gritaba al sordo que se estaba muriendo de ganas de enterarse de algo:

—¡Luego te lo explico, guapo, estate quieto!

Pero ya, al otro lado del teléfono, desde Barcelona, estaban hablando:

—Sí, sí, dígame. Ya… ya… ya, claro. ¿De manera que mi mujer no está ahí? ¿Seguro? Bien, bien, discúlpeme. Desde luego, si lo dice Maite… No, no voy a dejar ningún recado. No hace falta. ¿Cómo? No, por favor, dígale a Maite que no se preocupe. No, no; no era urgente. Déle recuerdos de mi parte y que se mejore. Gracias, gracias. Adiós.

Se dejó caer en un sillón. Había envejecido. De pronto. Las bolsas de los ojos estaban más hinchadas que nunca, las manchas de la piel —esas marchitas flores de tumba— parecían extenderse por su rostro ávidamente y el surco de los años iba profundizando sin piedad sus párpados, sus mejillas y su cuello.

La chica puso suavemente una mano sobre su brazo:

—¿No está?

—No. Ni está ahora ni estuvo nunca. La última vez que visitó a su hermana fue hace seis meses.

Con muy poquita gracia, el tipo de las mudanzas lanzó un pequeño silbido entre los dientes. Casi coincidiendo con una nueva llamada al timbre de la puerta.

Como nadie se decidía a abrir, el reloj de cuco se sintió en la obligación de dar la hora. Debían de ser las once. O las doce. O las diez. Cualquiera sabe.

Mientras, instintivamente, todos esperaban que el timbre volviera a sonar. Pero no. Parecía como si el que acababa de llamar se hubiese arrepentido de su llamada o como si no tuviera el menor interés en insistir. De todos modos, el individuo de la Funeraria —obedeciendo tal vez a un sentimiento general que ninguno se atrevía a poner e práctica— se dirigió a la puerta y la abrió: el descansillo de la escalera estaba vacío.

Era una situación ideal para Hitchcock, un nombre que a él —aunque no era muy aficionado al cine— le sonaba, acertadamente, a películas de «suspense». El cine… el cine… le llegó de pronto un vaho húmedo y un olor pegajoso de un local de San Sebastián adonde le llevaban sus padres, de vacaciones, a ver a Shirlel Temple. Hubiera dado cualquier cosa por retroceder en el tiempo y encontrarse allí. No era fácil que estos deseos se cumpliesen. Sobre todo porque el empleado de Pompas Fúnebres ya estaba diciendo:

—Aquí, en el suelo, hay un periódico.

No se sorprendió lo más mínimo. Incluso, perezosamente, tuvo la gentileza de dar una explicación a sus molestos visitantes:

—Sí, el portero me sube el diario todas las mañanas. Como a otros vecinos. Tiene la costumbre de dejarlo sobre la esterilla de la puerta y de tocar el timbre para avisarme.

—Ya, ya, sólo que…

—¿Qué?

—Nada.

—¿Ocurre algo?

—No, no… nada… nada especial.

—Entonces…

—¿Es usted suscriptor de este periódico?

—Sí, desde hace mucho tiempo. ¿Por qué?

—¿Y lo recibe todas las mañanas?

—Sí, claro, ya lo he dicho antes. ¿No me oyó?

—Sí, sí… le oí… le oí…

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que le sorprende?

—Bueno, pues que… el ejemplar que reciben diariamente los suscriptores de un diario, está siempre doblado de la misma manera para que, al abrirlo, quede a un lado la primera página y al otro lado la última. Y, además, lleva una especie de franja sujetándolo, con el nombre y la dirección del suscriptor.

Ensayó la ironía. Un poco a la manera —siempre tan admirable como ambigua— de Oscar Wilde escritor al que había leído, casi a escondidas, de muy joven:

—Sabe usted mucho de periódicos.

—Es que yo, aparte de enterrar a la gente, me cultivo.

«Touché»… absolutamente «touché». El funcionario de «La Infalible» hubiera podido ser —con otros condicionamientos sociales, por supuesto— un excelente esgrimidor.

La pregunta de la chica —en un tono muy preocupado que él agradeció— consiguió devolverle a lo que estaba sucediendo:

—¿Y este periódico que tiene usted en la mano…?

—Nada. Ni lleva franja… ni está doblado como es costumbre. Al contrario. Da la impresión de que alguien lo dobló de otra forma porque quería destacar alguna noticia.

—¿Una noticia? ¿Cuál?

El funerario alargó el periódico a la chica, quien, después de mirarlo, se lo pasó a él. Don Sabino «de» López Alonso, mayor de edad, casado, natural y vecino de Madrid aunque con profundas raíces familiares y económicas en la provincia de Cáceres, Licenciado inútilmente en Derecho, cuentacorrentista en distintos Bancos, negociante por obligación paterna, gran aficionado al teatro, a la ópera, a las galas benéficas y a Montserrat Caballé, empalideció de una forma del todo escandalosa.

Tanto, que el tipo de las mudanzas indagó morbosamente:

—Digan, ¿quieren ustedes decirme lo que pasa?

Al tiempo que, pegándole un soberbio codazo al sordo que emitía sonidos nerviosísimo, le gritaba a grandes voces:

—¡Que te calles, coño, que te calles! Sino lo sé yo, ¿cómo quieres que te lo cuente?

Cuando por fin hubo silencio, Don Sabino leyó en voz alta, aunque con discutible entonación:

—«El próximo lunes a las diez y media de la mañana se celebrará en la Iglesia Sacramental de San Isidro un solemne funeral por el eterno descanso de Don Sabino de López Alonso fallecido el pasado doce de Septiembre en esta capital, habiendo recibido los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad. Su desconsolada esposa Doña María del Carmen Flores Izquierdo ruega a parientes y amigos una oración por su alma.»

Llegó de lejos una música. Le pareció reconocer el Concierto para piano número 20 de Mozart, pero no hubiera podido asegurarlo. Además… ¿por qué? ¿Por qué tendría que sonar precisamente este concierto que él adoraba? ¿Y de dónde? ¿De qué misterioso, oculto e inalcanzable lugar llegarían aquellas notas fantásticas y excitantes?

—Lo siento.

Miró a la chica como si la viera por primera vez. O —quizás— como si nunca pudiera volver a verla. Le habría gustado decirle algo… una especie de mensaje… una palabra maravillosa… una frase de esas que no se olvidan y que, luego, se repiten en los entierros, en los funerales, en las estancias vacías y en los cafés abandonados.

—Y yo. Le acompaño en el sentimiento.

—Lo mismo digo.

¿Quiénes eran? ¿Qué asombrosa casualidad les había traído hasta allí? ¿Y si no fuera eso… una casualidad? ¿Y si todo estuviera previsto, fijado, quieto? Como estas fotografías amarillentas —tenía que buscar el viejo álbum del abuelo Ricardo, que no se le olvidara— en las que el tiempo se convierte en la medida justa —sólo eso— de pasar las hojas.

—En fin…

—Los muebles se los dejamos. Ya volveremos en otra ocasión. No hay prisa.

—No, no, ninguna. Ya pasaré a cobrar su entierro una tarde de estas. Con la excusa de venir a visitar a un amigo que vive por aquí… Pues, ya se sabe…

—Sí, señor. Buenos días. Hasta otra.

Los veía desaparecer por un túnel oscuro, perderse en un laberinto, entrar en una barraca de feria: ¡pasen, señores, pasen, a ver la octava, la novena, la décima maravilla del mundo…! ¡La increíble aventura del hombre enterrado vivo que despertó en París colgado de los hierros de la Torre Eiffel…! ¡No se lo pierdan, señores espectadores…! ¡La última gala del cantante de la voz de arena ahora y para siempre amén «in person» y sin «play back»!

—¿Puedo hacer algo por usted?

La mano de la chica era suave. La mano de la chica era tibia. La mano de la chica era una mano cierta, posible, inmediata y animal. La mano de la chica tenía una grieta de sexo entre los dedos. La mano de la chica, simplemente… era.

—Pues… no… creo que no… muchas gracias.

La puerta se cerró sola. Empujada por alguno de los que se marchaban… pero sola. Dio unos pasos por la habitación como un explorador —homenaje cordial para David Livingstone— a la busca perdida —otro no menos caluroso para Marcel Proust — de las fuentes ignoradas del Nilo de Cleopatra y Bernard Shaw. Luego, con ese esfuerzo terrible de los convalecientes al levantarse de la cama, cogió la toalla y la navaja —abierta— que había dejado sobre la mesa —muy William Morris— en la que estaba el tocadiscos y, casi sin quererlo, puso —como al principio de la historia, «su» historia— el Concierto para piano número 20 en re menor de Mozart que vino a unirse a la música lejana que llegaba como un eco profundísimo.

Sonrió. Sonrió… de una manera inesperada, mágica y, también, brutal. En su sonrisa estaba todo el dolor y toda la felicidad de no entender, de sentirse incapaz de darle algún sentido a su vida… y de aceptarlo.

Luego, entró en el cuarto de baño para terminar, como cada mañana, de afeitarse.

Mozart se encrespó como una ola y estremeció las lámparas, levantó las alfombras, desempolvó las cortinas, desencajó los cristales, resquebrajó las paredes y huyó, escaleras arriba, por el hueco de la chimenea.

Y entonces sonó, de nuevo, el timbre de la puerta. Por la entrada del cuarto de baño apareció ahora una mujer. Madura. Elegante. Serena. Indefinida. Se dirigió a la puerta de la calle, observó por la mirilla y abrió. En el umbral había una chica. La misma de antes. O —a lo mejor— la misma de siempre.

—Buenos días. Vengo por el anuncio.

—Sí, claro, pase. La estaba esperando.

Le costaba pronunciar las erres. Tenía una dificultad probablemente congénita.

—Es un piso antiguo muy bonito.

—Sí; por desgracia lo tengo que vender o alquilar. No quiero seguir utilizándolo. Mi marido se suicidó aquí con una navaja. El mes pasado.

Y en el salón se rompieron, de repente, todos los búcaros.

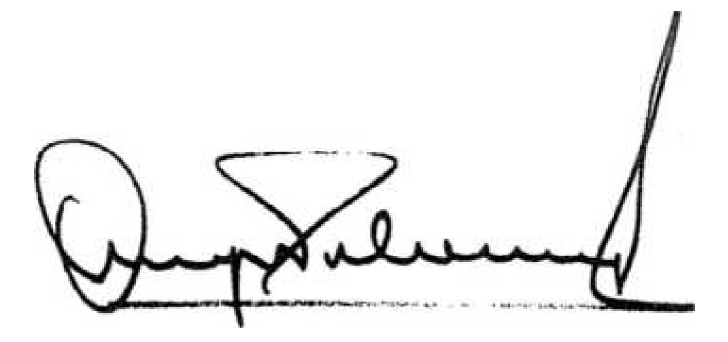
LA CHICA DE MAHÓN

Ángel Palomino

Nací en Toledo. Mi padre me contó un día que vine, como todos los niños, de París. Tenía una fábrica de muebles —como el abuelo de García Pavón— y era cliente de «La Veneciana», fábrica de espejos que regalaba unos lapiceros grandes, ovalados, de carpintero. «Viniste en un cajón de "La Veneciana" y traías en la mano un lápiz como este». Lo del cajón y lo de París creo que es mentira, pero lo del lápiz en la mano quizá sea cierto porque mi primer premio de escritor lo obtuve en el colegio, a los siete años, narrando literariamente lo de Guzmán el Bueno. No me di cuenta entonces de lo que significaba aquel pequeño éxito: había nacido escritor. A los trece años, el corazón me empujaba a escribir versos, pero tampoco pensé que eso fuese literatura sino sólo —y nada menos—, amor. Leía mucho; a los diez años compraba libros; Tirso, Lope, Cervantes, Palacio Valdés, Salgari, Verne, Dumas, Stevenson, Poe… Pero mis grandes descubrimientos fueron, hacia los catorce años, Ramón Gómez de la Serna y W. Fernández Flores. Entonces supe que iba a ser escritor. Y me puse a ello sin pensar en beneficio. Por eso he vivido tres vidas completas. Cada una de ellas bastaría para la biografía de un hombre y de todas estoy muy orgulloso porque me exigieron esfuerzo, las realicé con éxito y nada se me dio de favor. Fui militar, hice la guerra, alcancé el grado de jefe, viví mi aventura africana, e instruí cadetes en Toledo, cuna de la Infantería. En la industria turística llegué a director general de empresa y lo dejé para dedicarme sólo a esta vocación de escritor en la que he conseguido mucho más de lo que pude imaginar: mi firma en los diarios de más circulación, mi obra premiada por jurados muy exigentes y mis libros colocados por el público en las listas de éxitos editoriales; soy Premio Nacional de Literatura, he obtenido otros muchos premios y todos mis libros permanecen vivos, se reeditan. Estoy contento: esto me gusta. Mucho. Seguiré escribiendo.

He escrito: El César de papel. *Novela, 1957.* La Luna no se llama Pérez. *Poesía, 1957.* Zamora y Gomorra. *Novela, 1968. Premio «Club Internacional de Prensa», 1968.* Suspense en el cañaveral. *Narrativa breve, 1971. Premio «Leopoldo Alas», 1970.* Torremolinos Gran Hotel. *Novela, 1971. Premio Nacional de Literatura «Miguel de Cervantes», 1971 y Alfaguara.* El Milagro Turístico. *Ensayo, 1971.* Memorias de un intelectual antifranquista. *Novela, 1972.* Un Jaguar y una rubia. *Narrativa breve, 1972.* Madrid Costa Fleming. *Novela, 1973.* Carta abierta a una sueca. *Ensayo, 1974.* Tú y tu primo Paco. *Narrativa breve, 1974.* Todo incluido. *Novela, 1975.* Divorcio para una virgen rota. *Novela, 1977. Finalista Premio Planeta.* La luna se llama Pérez. *Poesía, 1978.* Plan Marshall para 50 minutos. *Narrativa*

breve, 1978. Las otras violaciones. *Novela, 1979.* Los que se quedaron. *Novela, 1979. Premio «Circulo M. de Almería».* Cartas a Su Majestad. *Artículos, 1980. Algunos otros Premios Literarios: Hucha de Oro, La Felguera, Vega Inclán…*



Fue en la revisión rutinaria que el capitán Ricard encomendó al segundo oficial Rafael Solana. La balsa de estribor se había soltado; por eso lo descubrió.

Cuando, bastante apurado, comunicó la novedad, el capitán Ricard, sin molestarse en mirarle, respondió:

—Esas cosas, por escrito.

—Sí, señor.

> *MOTONAVE PUERTO MAHÓN: AL SEÑOR CAPITAN*
>
> *«A las 6:35 aproximadamente del día 6 de Enero de 1945, revisando los daños producidos por el temporal, el oficial segundo que suscribe encontró en la balsa de estribor el cuerpo de una mujer muerta, al parecer violentamente, sin poder especificarse si las causas fueron accidentales o intencionadas. La balsa presentaba cortadas todas las amarras menos una y este hecho si se había producido intencionadamente.»*

La pasajera estaba empapada y tenía un gesto como de disgusto, nada extraño dadas las circunstancias. Pese a todo, se advertía que fue hermosa, que murió joven y que abusaba de afeites, tintes y coloretes: exceso de pintura en aquellos labios de por sí llamativos y una cabellera posiblemente escandalosa.

No era aconsejable y hasta sería imprudente, que la motonave *Puerto Mahón* se hiciese a la mar: ni la meteorología ni las autoridades portuarias de Barcelona se mostraban favorables. Don Manuel Ricard decidió planteárselo desde un punto de vista profesional aunque no técnico; profesional autobiográfico.

Las compañías navieras, como los bancos, tienen muchos recursos para que el personal procure estar en forma, no cometer errores, no comportarse indebidamente ni poner en peligro la seguridad del barco, de la tripulación, del pasaje o del legítimo beneficio de los armadores, lo que respecto a los empleados de banca se traduciría en no cometer errores contables, no trabajar desaseado, en estado de embriaguez o gritando obscenidades en lengua vernácula ni poner en peligro la seguridad del banco, de los superiores, los compañeros y los clientes, o los beneficios del accionariado. La mecánica es sencilla: a un director de banco que se pilla los dedos se le destina al quinto pino, o se le condena a vegetar en un pupitre de las oficinas centrales repasando sumas con un lapicero. A un capitán de barco que muestra excesivo temor a la furia de los elementos alterando el calendario, se le rebaja el tonelaje y pasa a mandar un barco menor, o se le aumenta encomendándole un gran carguero dedicado a llevar carbón desde Escocia hasta el puerto del Musel haciendo de lanzadera con su carga oscura, pedregosa y deprimente.

—Yo que usted retrasaría la salida: el golfo está endemoniado; no sea pendenciero, capitán Ricard.

Desde la ventana del mar se veía la modesta facha del *Puerto Mahón.* El capitán sonrió melancólicamente.

—¿Y detrás de ese anciano gabarrón planudo, qué me queda?

Cinco años *descendido* en el *Puerto Mahón* le habían habituado a la mediocridad sin retorno: cualquier caijibio sería un retroceso más.

—Zarparemos a las ocho de la noche. El golfo de León… no es tan fiero el león, ya sabes. Lo siento por el pasaje; alguno va a despertarse a gatas.

El *Puerto Mahón* se balanceaba ligeramente, amarrado aún en el muelle, cerca del edificio de la estación marítima. Hasta allí llegaba, sosegado pero perceptible, el ramalazo de ira con que el Mediterráneo manifestaba su vocación oceánica de mar tragahombres tan capaz de amedrentar a los navegantes como el *Triángulo de las Bermudas,* aún no descubierto en aquel año, 1945, que empezaba con tan malos modales mientras por Barcelona desfilaba, alegre e ingenua, la cabalgata de los Reyes Magos.

Con peor mar había navegado otras veces el viejo cascarón. Lo malo del *Puerto Mahón* era su panza plana; parecía hecho para navegar ríos, pasar sobre bajos fondos con sus poco más de 2500 toneladas y aquel perfil de barcaza blanca. En su cuaderno de bitácora tenía anotados antecedentes coloniales de barco fluvial.

Llegaban los pasajeros ajenos a la turbulenta conducta del golfo de León tan siniestramente enfrentado con el ambiente pacífico y tierno de una Noche de Reyes. Don Apeles Rianzo, abogado de Ciudadela, noble y episcopal ciudad, palaciega, sosegada, el otro polo de la carretera que vertebra Menorca de este a oeste, residencia de la aristocracia insular, y su esposa Margarita Tudurit regresaban a Menorca tras asistir a la boda de Montserrat Rianzo, hermana de Apeles. Margarita conservaba el sombrero y el vestido estrenados con motivo del acontecimiento; el sombrero, adornado con una pluma larguísima, enhiesta; demasiada pluma, incluso para una pasajera de primera clase.

Juanita Cabrillas, *la Jeanette* del cabaret *La Luna y el Sol,* había acompañado a su *novio,* Manolo Abarca, inspector de policía con destino en Mahón. Le llamaba *el millonario.*

—Porque no se ha gastao ni un duro conmigo el tío, se revale porque es guapísimo y sabe que con él se me caen los palos del sombrajo; yo loquita perdía y él, que lo nuestro es una amisté ¿cómo dice? sinfónica.

—Dice simbiótica, Juana.

—Eso, lo que él diga, pero con este me pasa lo que no me pasó con nadie; un tío más raro que borrego verde, ni me da un duro ni me chulea: la amisté sinfónica. Le quise pagar, ea, yo pago, me gusta un hombre y me tiro al barro como una pelona de *Condeasarto.* Estás tú lista: le compré una corbatita envueltita en papel de colorines, se la mandé con Pablito, el marica del *Molino* que vino como loco ¡ay que hombre tienes Jeanette!, y viene por la noche el tío guapito y me dice que gracias, que qué detalle más fino.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—Mucho, Juana; ahora vamos a ver si te gusta a ti.

Y sacó un paquetón, envuelto con el mismo papel de la corbata.

—¿Qué me traes mi arma? ¿Pa qué te has metió tú en gastos?

—Toma, Juana, a ver si te gusta, cómetelo.

Mardita sea su estampa. Había hecho un bocadillo así de grande, un pan de cuarto quilo, untaíto de mantequilla. Y la corbata, doblé, en medio.

—Oye, arma mía, sí no te gustan los regalos pues ya está, échalo al vater y tiras de la cadena.

—¡Cómetela!

—¿Y te la comiste?

—El pan sí; la corbata no me entraba; empecé a tragar pero es como querer tragarte el mundo hecho una tira, unas arcás de muerte; yo mordía, tiraba del pan y la corbata fue quedando pringá, asquerosa como una tripa, y el Manolo, que es muy hombre, más serio que el silbato de un guardia, ¡come, come! Y me tuve que tragar el cuarto quilo de pan con la mantequilla y chupetearme la corbata de punta a punta. Desde entonces me tiene turuta y no hemos vuelto a hablar de dinero ni de regalos.

—Ni de cariño.

—No. A él lo que le va es la amistad sinfónica o sea simbiótica; que cada uno pone en la cosa su parte, mita y mitá, nos vemos, nos damos ¿cómo dice?, algo como lo de la mutualidad…

—Mutua satisfacción.

—Eso. ¿Tú cómo lo sabes? Una cosa tan rara, que sólo me la ha dicho en la cama y resulta que sabéis lo que quiere decir todos menos yo que estoy poniendo la mitad.

Abarca llamaba *miss Pinkerton* a *Jeanette*. También conocida por *El ciclón del Caribe* porque en *La Luna y el Sol* hacía dos números de afrocubano abdominal desenfrenado. Abarca era un irónico formado en las lecturas de Jerome K. Jerome, P. G. Woodehouse y Oscar Wilde.

—Me recuerdas a las jovencitas inglesas; eres como la hija de Lord Pinkerton, un ministro inglés que adoraba las sardinas; sólo por eso hacía su veraneo en Santurce; era igualita que tú, sólo que en rubia.

—Mira, Manolo —dijo *Jeanette* excitada— mira, cariño, esa señora, lleva una pluma en el güito que no le va a entrar en el camarote.

Pero la mirada de Manolo Abarca estaba en otra parte, *Jeanette* lo advirtió.

—¡Pero si es Pablito!

Pablito *el Mejorana*, con antecedentes policíacos en Barcelona, Buenos Aires, Cádiz, Badajoz y Mahón.

—Siempre por lo mismo, por celos y malquerencias; envidia puñetera. Y mi mala cabeza, lo reconozco, soy un peligro social, la ruina de familias enteras, pero ¿qué culpa tengo yo de volverle loca la cabeza a los tíos más finos de España y Ultramar? Duquesas me tienen pregonao porque las quito el marido, ya ves.

Fantasías de Pablito, alias *Mejorana*, fichado por actos contra la moral, escándalo público y, sobre todo, por delitos contra la propiedad; se le van las manos en las apreturas.

—Estas manos mías que no se pueden ver quietas.

En las apreturas, Pablito aprovecha el barullo; no por su voluntad, es que las manos no hacen preguntas, van a lo suyo.

—Son ellas, las manos, lo juro; están locas, señor comisario, a mí no me pregunten ustedes, yo, ni idea: unas veces se me van para arriba y otras para abajo, ya me entienden.

Arriba, a la chaqueta; los panolis casi nunca se enteran; lo denuncian y la policía *huele* a Pablito como huele a los chorizos conocidos. Cuando las manos van abajo, atraídas por esa afición que lo trae a mal traer, unos callan, pocos, poquísimos, y los más sacuden al *Mejorana,* ¡madre mía que tío más bestia, si ha sido sin querer, ni darme cuenta en estas apreturas!; cállate mariconazo te voy a poner el otro ojo a la funerala, guardia, hágame el favor; vaya, y encima, a llamar a los guardias, no te digo, un tío tan grande llamando a los guardias; y, claro, el tío tan grande se irrita y le sacude en el otro ojo mientras llega el guardia.

—Tiene su gracia la cosa, no creas; una vez me entregaron a un municipal, oye me habían puesto los ojos como dos brevas, eso fue en *Escudillers,* con un guindilla medio lila que le hice la pirula; yo, en plan *Medea,* me eché en sus brazos y le saqué la cartera del bolsillo visto y no visto, eché a correr, ya te digo, muerto de risa; llevaba, pobre mío, la paga del mes, tres billetes de cien, dos de veinticinco, dos de cinco y uno de dos pesetas de aquellos tan pringosos, y la foto de su señora, con pinta de agropecuaria; él no estaba mal, paleto pero vistoso; la señora tenía dos niños, niño y niña, cogidos de la mano, en mi vida he visto foto más caleta, del minuto era, no sé qué comerían aquel mes la gorda y sus niños, pero, claro, después de aquello Barcelona se me quedó pequeña, hasta en sueños veía al guardia, y tardé una semana en asomar a la calle lo justo para coger el primer barco que estuviera para hacerse a la mar, lo mismo me daba Venecia que La Habana o Pamplona, ay que tonto, si a Pamplona no se puede ir en barco, salió Mahón, que está muy requetebién, y ahora que hay tanto italiano, es la gloria.

Los italianos habían llegado a Mahón huyendo de la guerra. Un crucero, el *Regulo Attilio* y tres destructores, *Bersaglieri, Carabinieri* y *Artiglieri* llenaron el puerto de marineros y oficiales de aire guerrero, palabra dulcísima y bolsa franca; en derrota, pero aureolados de sacrificio, porque entre ellos, heridos y quemados, iban algunos supervivientes del acorazado *Roma*, hundido, cuando huía de Civita Vechia, por una bomba de *Stuka* alemán; hundido por chamba: el piloto alemán no se lo quería creer; la bomba había entrado por el ojo de la chimenea.

Cuando el vigía de la fortaleza de La Mola dio aviso de la aproximación de cuatro navios de guerra, el crucero y los tres destructores ya habían franqueado la anchurosa bocana del mejor puerto natural del Mediterráneo, dejando inservible el concepto «a

toda máquina». En opinión de un oficial de la armada española, navegaban «Con *cien cañones por banda, miedo en popa, a toda mecha…»*.

Las calles se animaron con la presencia de tanto marino; eran limpios, afectuosos, nada pendencieros, diluido su temple, aunque no su marcialidad, por la doble derrota frente a sus ex amigos alemanes y sus ex enemigos los aliados, y tenían dinero; sus pagas de marinos en campaña pusieron al día el lánguido y desanimado *barrio chino* que sufría las consecuencias de la guerra mundial y de la moralidad vigente. Resucitaron cabarets y prostíbulos *clínicamente* muertos y llegaron de Barcelona docenas de muchachas jóvenes contratadas en los teatrillos y picaderos del Paralelo y sus alrededores, a rejuvenecer el pecado tanto tiempo servido por una reducida tropa de veteranas sin recambio.

—Llévame contigo, Tití.

—No seas ordinaria, Juana. Como vuelvas a llamarme Tzíz no te hablo más en mi vida.

—Tú eres un golfo, Manolo; tú eres el que arregló que me echaran de Mahón, Manolo, que te crees que no lo sé.

A *Jeanette* la expulsaron de Mahón por exceso de frenesí afrocubano. Animada por los gritos de la clientela se quitó el sostén y se lo puso de orejeras al sotto-almirante Príncipe Paolo Bellacoppola; después corrió hacia el camerino mientras la orquesta triunfaba sobre el griterío y los aplausos en apoteosis de trompetazos y batería. Tras *Jeanette,* pisándole los desnudos talones, iba el inspector Adámez, el severo de la plantilla, encargado de perseguir el vicio en la ciudad.

Se la llevó a la comisaría tal como estaba; ella misma era cuerpo del delito, pieza de convicción; la moralidad y el orden se salvaron facilitándole una gabardina, pero Adamez se la hizo quitar para *—mire lo que traigo—* presentársela al comisario. Después hizo el informe que produjo inmediatos efectos; el delegado gubernativo ordenó para *Jeanette* quince días de arresto y la expulsión de Menorca. Al dueño del cabaret lo multó: cinco mil pesetas, que eran mucho dinero.

Manolo Abarca no hizo nada por su amiga y ella, elemental y celosa, guardó en su alma un embrión teratológico; la duda: *Abarca lo había montado todo para deshacerse de ella.* Si el embrión crecía el resultado sería un monstruito.

—Llévame contigo, Manolo, te juro que no vuelvo a colgar en los cuernos de ningún *marinuolo* mi sostén tropical.

El monstruito amenazaba nacer y arrasar la poca prudencia de Juana. La presencia del *Mejorana* desencadenó en su alma un avenate de pasión, porque el marica había perdido el miedo a la historia, probablemente falsa, del guardia municipal y hacía de correo en la contrata de artistas y furcias para la isla. Juana no sabía si la mirada de su hombre estaba en Pablito por su calidad de enchiquerable permanente, o por su actividad en la trata de blancas; tras él habían embarcado, como por casualidad, dos chicas muy vistosas. Bastaba ver su aire descarado y los maletones de cartón-piel,

reforzados con cuerda, para imaginar su oficio. Pero, además, Juana las conocía: ¡la cubana, la gallega y su hombre en el mismo barco!

—Manolo, que hago una locura: llévame.

—No te pongas burra, Juana; no puede ser. Ni cepillo de dientes llevas. Ni hay billetes.

—Con asperón me lavo yo los dientes: cuélame en el barco.

—Olvídalo, anda.

El mayordomo Jaime Calafell andaba por el comedor de primera clase muy contento.

—Hoy van a cenar más bien poco.

—¡De durse se está poniendo esto! —comentó Pablito que era un optimista inasequible al desaliento—. ¡Venga tropa!

Soldados y oficiales regresaban cumplido el permiso de Navidad. Sólo con verlos, a Pablito *el Mejorana* se le alegraba el ánimo.

—En seguida se te franquean, ¿sabes? Les hacemos mucha gracia, sobre todo si sabes andar y les provocas un poco. Luego te sacuden, eso no falla, es nuestro sino.

Los soldados descubren al sarasa que es un sujeto procaz, gracioso, divertido y masoquista: le va la marcha.

—¡Loca!

Eso es lo que está buscando y tiene la réplica preparada:

—¿Lo dices por mí, guapito? Se nota que eres un entendido.

Estalla la carcajada y el marica se desmanda alborozado oyendo burradas, diciendo tópicos de sarasa seguros y efectistas: que él es la reina de los mares; que más respeto que tengo un novio brigada; que a ver si se habéis creído ustedes que *la Mejorana* es pan comido; calabazas le di al almirante italiano que me quería retirar de la vida.

El capitán Fontana y el teniente Colomo entregaron sus billetes; el mayordomo llamó a Mariano Lebrija, camarero:

—Acompañe a los señores al camarote.

El camarote tenía tres literas, dos bajas y una alta. En un rincón, frente a la puerta, sobre el pequeño armario, amontonados, tres chalecos salvavidas. Un hombrecillo, el ingeniero Sixto Cerro, yacía en la litera situada junto al ropero. Estaba pálido y apenas abrió los ojos para responder con un buenas noches de moribundo al saludo de los dos militares.

—¿Se encuentra mal? —le preguntó el capitán.

—Malísimo… mareo…

—Se le pasará en cuanto se duerma… O comiendo algo ¿por qué no sube a cenar con nosotros?

—Me muero si como algo.

—¿Los señores van a cenar? —les preguntó el mayordomo en el saloncito, un pequeño departamento ricamente amueblado en 1920 con tresillos tapizados de

terciopelo, muebles de caoba, un piano colín con angelotes, liras y pífanos policromados, y algunas piezas de falso Sévres.

—Sí, claro —dijo el capitán Fontana.

—Tenemos, para empezar, entremeses o sopa Lambert. Les recomiendo la sopa, porque sienta el estómago; perdonen, no sé si me explico… En el caso de que los señores padezcan molestias propias de la mar…

—La sopa se devuelve mejor —le interrumpió el teniente Colomo.

—No seas basto, *Coco.*

Entre teniente y capitán existía, sin daño para la disciplina, la confianza propia de una larga amistad. Habían sido alféreces y tenientes en las mismas compañías, en las mismas trincheras y en la academia de Zaragoza. Y en la misma farra de la noche anterior, en Barcelona; vestidos de paisano, hicieron la escala del pecado que en la España interior atravesaba momentos de contención mientras en la gran ciudad cosmopolita, portuaria gozaba de licencias casi europeas. Se enredaron con dos chicas del *Parisiada,* muy contentas porque habían firmado contrato para actuar en *El Molino,* antes *Moulin Rouge* de Mahón.

—Yo soy canzonetista y esta bailarina de *cía.*

Dos optimistas; Maruja Lozano, 19 años, de La Gomera, morena, pequeña y lo suficientemente lánguida en el hablar como para simularse cubana. La otra, Carmen Cerbeiro, de Orense, alta, delgada, rubia platino, 23 años, parecía extranjera, pero hablaba un falso andaluz muy patoso y se hacía llamar artísticamente *La Reina del Claquet.* Parecían muy ilusionadas con su contrato, el segundo de su cortísima carrera artística. Cortísima y casi autodidacta; no habían tenido más maestros que Pep Ribas y el bailaor *Cañutillo,* gitano catalán que lo mismo enseñaba las claves misteriosas de la soleá, que el charlestón, los tanguillos, la rumba, los bailes gringos, el can-cán o la jota.

—Yo hago de ti lo que quieras, niña, una Pastora Imperio, una Ginger Rogers, una Josefina Baker, lo que tú quieras.

Cobraba cinco pesetas por hora de clase, al contado y sin recibo ni compromiso:

—Tú vienes cuando quieras, sueltas un *pavo* y yo te *aprendo* lo que me pidas. Si eres de ley vendrás todos los días hasta que yo te diga que puedes volar: diplomé. Y si no tienes correa para hacerte artista de verdad, los trucos por lo menos te los meto en los pies. ¿Qué es lo tuyo?

—Lo que usted me diga, maestro.

—Así me gusta: el baile es como un güeso, como una tripa, se lleva dentro y cada uno nace con un son, eso te lo averiguo yo en cuanto eches los brazos por alto; ahora vas a hacer con los pies lo que se les ocurra a ellos, a los pies, o sea, déjalos que bailen, no, no bajes los brazos, ea, ya está, niña, lo tuyo es lo caliente, afrocubano. O lo norteamericano, o lo racial.

De la escuela del maestro *Cañutillo* salieron las chicas sin aprender más que media docena de trucos para no perder el paso, pero él había bailado en la corte de los

zares y había cruzado seis veces el Atlántico. Por su escuela pasaron cerca de dos mil alumnas.

—Pero artistas artistas sólo he sacao dos, ni una más, Luz Vargas y Elena Soler, las dos gitanas, las dos artistas de nacimiento que han dao la vuelta al mundo y tienen compañía propia y han bailao como yo, delante de reyes y de cardenales y en el *Opera Jaus* de Nueva York y en el *Conbengarden* y en París; en Moscú no porque les pilló jóvenes y ahora allí no hay gusto pa ná, pero volverá a haberlo, porque público como el ruso no lo hay para el baile, se lo digo yo que lo he visto y lo he pateao, y ahora ya estoy harto de viajes y de hoteles y de fiestas diplomáticas que ni se enteran, esos no te llevan a palacio como los reyes, ni quedan reyes de aquellos, mire usted; los reyes son como nosotros, los gitanos, todos primos unos de otros, se tutean hola primo, hola prima, menos al rey que es sagrao y a ese hasta su madre le hace la reverencia y le dice su majestá y nadie abre el pico, ni su madre ya digo, mientras él no habla, pero él, de tú hasta a los obispos, y los demás su majestá, su majestá y él se hace el longui, como si no se diera cuenta, pero ni a su madre le dice trátame de tú, no siendo que ella se cabree, que entonces se encierra con él y le trata de tú y de gilí y de lo que haga falta, porque piques y peloteras los tienen como to el mundo. Ahora, en lo que toca al fiestas, eran como de la noche al día comparao con esta gente. Todos entendían y sabían distinguir un Falla, un Albeniz o un anónimo popular; y lo de Chopín y Betoves y Riskicosacof, se lo sabían mejor que esta gente de ahora, y en cuestión de novios y de bodas, como los gitanos, las arreglan como debe ser, los padres, y se apalabra lo que lleva el novio lo que lleva la novia, o sea, gente prepará, pero estos de ahora ya ve usté, bailé en Francia para un presidente, qué me dirá usté que era, a que no lo acierta; el rey de Francia, se podía decir, porque allí al rey le cortaron la cabeza, pues ya ve usté, ¡dentista!, sí señor dentista era, y los ministros, de tó menos príncipes, ni flamenco ni Betoves ni ná, no es que no sepan, son gente de escuela, pero no hablan más que de números, de carbón y de tanques.

Pep Ribas, pianista, fue el profesor de música y canto; nunca escuchó ovaciones de *Covent Garden* ni de emperadores europeos; era pianista de teatrillo y cafetín, jamás había salido de Barcelona, del polígono canalla.

—Por no estar, no he estado ni el campo de Las Corts, no he subido al Tibidabo y estuve en Monjuit dos veces, las dos veces preso sin culpa, y en La Barceloneta estuve una vez porque me llevaron borracho; no conozco más que una Rambla y media. Pero a estas chiquitas las conozco a todas.

Con treinta lecciones del maestro *Cañutillo* y otras tantas del Pep Ribas, Maruja y Carmen habían debutado, con gran éxito de busto Carmen, y con notable agrado del público Maruja, gracias a su aire canario, sus genes gomeros, guanches y una pizca venezolanos, su busto breve y saltarín y sus 19, 19, 19 años en un tablado por el que habitualmente desfila el triste retablo de la decadencia en la senda de los elefantes.

—Nos han fallado los planes, con ese tío en el camarote.

—Tampoco es una tragedia, *Coco;* el plan me parecía un disparate. ¿Tú las has visto?

—No, pero tienen que estar a bordo.

Al teniente Colomo le llaman *Coco;* Federico-Colomo; la cacofonía hizo el mote, *Coco;* y después más difícil: *Coco* Colomo.

Habían convenido con Carmen y Maruja encontrarse a las doce.

—Nos reuniremos en cubierta y os colamos en nuestro camarote. Llevaremos un par de botellas de champán.

—Locos, que os vais a buscar la ruina. A mí el champán es como si lo tirases al mar; mis copas se las paso al cubo de hielo.

—¿Qué cubo? Nos las vamos a beber en los vasos del lavabo.

—Pues al lavabo; oye, a nosotras, del champán sólo nos gusta el corcho. Lo que sí me hace ilusión es meterme en primera como una reina.

En el comedor de primera se sirvió la sopa. Nada más. No había franqueado el barco la bocana del puerto y ya lo saludaban por la proa olas gruesas, panzas oscuras, fondonas, que no eran sino solapado anuncio de lo que el modoso Mediterráneo tenía organizado unas millas mar adentro. *Coco* Colomo y Fontana vieron palidecer a los compañeros de mesa y al camarero. El mayordomo en funciones de maestresala.

Bartolomé Colomer, no podía palidecer porque tenía la cara arrebatada al intentar encender un *réchaud* para la ceremonia del flameado: unos plátanos *Buterfly* que pensaba ofrecer a los distinguidos pasajeros como prueba de su excelente preparación en lujosos restaurantes franceses, suizos y norteamericanos. El mechero de alcohol no tomaba la llama de la cerilla y el mayordomo quería encenderlo a toda costa. Por la pluma. Le había impresionado mucho, en aquellos tiempos de austeridad, la pluma del sombrero de Margarita Tudurit.

Mariano Lebrija, camarero, seguía atentamente los esfuerzos de su jefe y se apartó un poco al ver cómo cogía la botella de alcohol y derramaba unas gotas directamente sobre la mecha; el barco dio en aquel momento una cabezada y el gollete hizo glu-glu al derramarse un buchechillo de alcohol.

—Cuidado —aconsejó Lebrija dando un paso atrás.

Tarde. El alcohol derramado se hizo llamarada instantánea chamuscando al mayordomo las pestañas y, ligeramente, como si hubiese tomado un excesivo baño de sol, media cara. Lo que no le impidió, tras mirarse en el espejo colgado sobre el aparador, continuar aquel inútil y efímero servicio.

La primera en abandonar fue Margarita, acompañada por su marido el abogado Rianzo. Abarca, el inspector de policía, no había entrado al comedor, rechazó el ofrecimiento de la cena y permaneció sentado en un sillón del salón desde el que contempló divertido el desfile de pálidos y angustiados pasajeros. Los últimos en salir fueron los militares.

—Yo me largo —dijo Fontana.

—Lo que mandes —contestó *Coco.*

—No mando; es precaución. Yo, en la litera aguanto los temporales que me echen.

—Vamos. Pero antes voy a ver si encuentro a las mozas, no vayan a presentarse en el camarote y se escandalice el del mareo.

Coco tardó unos minutos en localizar a las artistas. Estaban para pocas alegrías. Encontró a Maruja en el pasillo; volvía de aliviarse en los lavabos, la cara verdosa, el andar vacilante y la voz amarga.

—Déjanos tranquilas, bonito. La Carmina está peor que yo y no sigas por ese pasillo que hay cola de gomiteras.

A las dos de la madrugada nadie dormía. En el puente el capitán Ricard se prometía a sí mismo no volver a hacerse a la mar en condiciones tan hostiles.

—Olas de ocho metros.

—Y en este barco parecen de cuarenta.

El capitán había tomado el timón y gobernaba de cara al temporal, como toreándolo. De pronto, la luz hizo un guiño, la rueda del timón quedó libre, como desconectada, y el barco, sin gobierno, empezó a virar ofreciendo a las olas el costado de babor.

Manolo Salvadores, mecánico apodado *el Ingeniero,* porque era un manitas, llegó corriendo al puente.

—¡El *servo,* don Manuel!

El servomotor no funcionaba y el barco iba a la deriva; las olas lo zarandeaban por abajo y el viento por arriba. A cada bandazo, Margarita Tudurit, que ocupaba la litera inferior de un camarote doble, decía:

—¡Apeles!

Apeles Rianzo se sentía como amonestado. Yacían agarrados a barras y salientes para no caer.

—Lo siento, Marga.

—¡Maldita la hora…!

Margarita maldecía una hora indeterminada, pero Apeles se consideraba culpable por la boda de su hermana en fecha tan poco apropiada para la navegación.

El barco dio tres bandazos raros. «Estamos sin timón», murmuró el mayordomo. Salió al corredor de cubierta y vio aquellas olas enormes que llenaban de espuma las cristaleras de la galería. «Esto es eléctrico; lo arreglan en seguida o nos vamos a pique».

El marinero Galano Galán, de guardia en la bodega de popa, había conseguido amarrar unos fardos entre dos pilas de cajas. La carga iba cuidadosamente estibada; el capitán lo había comprobado personalmente para asegurar, al menos, una estabilidad que si se desbaratase podría hacer zozobrar el barco.

Manolo Salvadores *el Ingeniero,* capaz de arreglar lo mismo un ventilador que la radio de a bordo, volvió junto al capitán con una caja como de cartuchos.

—Esto está averiguao, don Manuel; los fusibles, o sea que en uno de los machetazos de popa o el timón quiso hacer más trabajo del que puede, o la mar le dio a contrarrueda, o lo que sea mire usté; que se han fundido. En cuanto cambiemos la caja tiene usted gobernalle… O sea, cuando podamos.

Los constructores del *Puerto Mahón* debieron olvidar los fusibles al hacer la instalación eléctrica del *servo.* Quizá, por no andar levantando chapados y haciendo agujeros a última hora situaron la caja muy cerca del timón, a popa, de tal manera que, para cambiarla, había que descolgar un hombre por fuera o poner un andamio.

El capitán miró al primer oficial Lucas Cienfuegos. Era una orden.

—Voy a ver —dijo el oficial con la cara muy larga.

Pedro Zalda, piloto en prácticas que viajaba de oficial por primera vez, se ofreció a acompañarle.

El capitán Fontana y el teniente Colomo iban despiertos, agarrados a los barrotes de las literas, escuchando el fragor de las tinieblas exteriores.

—El que se duerma se la pega. Fíjate en la cortina; me está sirviendo de clisímetro: ha marcado, a ojo, claro, por lo menos tres veces, ángulos de cuarenta y cinco grados; demasiado para un bote como este.

—Cuarenta y cinco grados, once minutos y veinte segundos; nos vamos a la mierda, mi capitán… Y este sin enterarse.

—Sí… me entero… —musitó el ocupante de la otra litera—. Morirme…

Fontana se tiró al suelo y le tomó el pulso.

—No se preocupe, es mareo, no se muere, el pulso va bien. Duérmase. O rece.

—¡Aaaay!

El barco dio una cabezada tremenda, como empinándose, la luz osciló, Fontana se dejó caer sobre su litera.

En la bodega de popa, el marinero de guardia Galano Galán se había quedado traspuesto. De pronto se encontró metido en agua. Dio un bote y vio la bodega inundada; se le venían encima toneladas de mar. Fue él quien proclamó el desastre.

El camarero Mariano Lebrija fue corriendo hacia la zona de camarotes de primera. El inspector Manolo Abarca seguía en el salón, dormitando. Vio llegar al mayordomo corriendo, coger una caja del aparador y salir al corredor. En la zona de camarotes de primera se produjo un breve griterío.

Galano Galán salió aterrado de la bodega. Creía haber visto un enorme boquete por donde la mar se apoderaba del barco.

—¡Que nos vamos por la popa! —gritó.

Y dio la novedad; el barco hace agua, se va a pique, la bodega de popa está inundada y esto se va de culo.

Ni Manolo *el Ingeniero,* ni los electricistas, ni el primer oficial Cienfuegos, ni el meritorio Zalda, veían la manera de hacerlo.

—Una cosa tan fácil, señor: se quita la caja de fusibles y se cambia.

—Lo primero que tenemos que hacer… —dijo el carpintero.

—Tú cállate y procura que no te lleve una ola.

—No, si digo que lo primero es ponerse los chalecos salvavidas. En una de estas, vamos al agua.

—Ve por ellos —dijo el oficial Cienfuegos—; tráelos de ahí mismo, de cubierta, hay de sobra.

El carpintero fue a la cubierta superior y, de un arcón, sacó varios chalecos. Cuando regresaba se cruzó con el camarero Lebrija. Iba corriendo. Llevaba un salvavidas apretado contra el pecho.

El capitán Ricard dejó el puente, de mando y después de ordenar parar las máquinas, corrió hacia popa.

La camarera Dora Sánchez no se podía acostar. Su obligación era permanecer al servicio de los pasajeros de primera toda la noche. Estaba sentada en el vestíbulo de camarotes, agarrada a los brazos del silloncito y rezando, válgame el Cristo de Medinaceli, le den por el saco al mar y al capitán y a la compañía, esto no se hace, Virgen del Carmen echa tu manto sobre las olas, Reina del Mar, temporal como este nunca lo vi, coña con el capitán…

El camarero Lebrija llegó corriendo.

—¿Te has visto, Mariano? ¡Traes los pelos de punta! ¿Pasa algo?

—¡Que nos vamos por la popa, Dora! Tú no te despegues de mí.

—¡Mariano, que yo no tengo salvavidas!

—¡No grites, que te van a oír!

Maruja Lozano y Carmen Cerbeiro, acostadas en el camarote, rezaban también a la Virgen del Carmen, a Santa Bárbara bendita y a la Corte Celestial, junto a otras cuatro pasajeras, cada una por su cuenta. El suelo estaba sucio y los estómagos vacíos; nada les quedaba por arrojar, aunque sufrieran espasmos inútiles y angustias de muerte. Todo daba igual.

—Vaya un porvenir —se lamentó Carmen—; a fregar, eso es, a fregar, malditos sean los tíos y los contratos y la Ginger Rogers.

En el vestíbulo de camarotes de primera gritó una mujer, Dora; con las máquinas en silencio, el grito resultó más dramático.

—¿Has oído? —preguntó el capitán Fontana.

—He oído —dijo *Coco*—, pero mal. Si has entendido lo mismo que yo, no hagas caso.

—*¡Un salvavidas!*, eso es lo que he oído.

—Y yo; por eso no me lo creo. Si un barco se hunde, lo primero será avisar a los pasajeros. Tú tranquilo.

—Voy a ver qué pasa.

Al abrir la puerta, se oyeron más voces. *Coco* Colomo vio cómo la puerta se abría otra vez dando paso a un camarero espeluznado que fue derecho al armario y cogió un chaleco salvavidas; era Lebrija. Detrás, llegó Fontana y le dio un puñetazo;

Lebrija soltó el salvavidas y salió a escape; Fontana lo recogió y se lo tiró al ingeniero Sixto Cerro; sacó del armario los otros dos y echó uno a *Coco.*

—Vámonos —dijo—, el barco se está hundiendo.

—Así no hay quien cuelgue la bamba, esto es matarse pa na —exclamó Manolo *el Ingeniero*—; si salimos de esta se lo dice usted a *esos Señores* —Manolo llamaba *esos señores* a la naviera en general, y nunca para alabarlos—; que así no se hace un barco, don Manuel, que no quiero criticarle, pero si yo fuera capitán como usted…

Una ola enorme cortó la conversación.

—Es igual —dijo el primer oficial cuando pudo reanudarse el diálogo—, ¿no nos estamos hundiendo?

—¡Todavía no nos hemos hundido; echar la bamba fuera —gritó el capitán Ricard —, y si luego nos hundimos, pues nos hundimos, para eso nos pagan!

La bamba, un pequeño andamio, podían colgarla. Lo que no parecía tan claro era cómo poner en la bamba a un hombre con la caja de fusibles.

El piloto en prácticas Pedrito Zalda empezó a ponerse chalecos alrededor de las piernas y del cuerpo.

—Preparen dos cabos. Voy a intentarlo. Me atan y tiran dos de cada lado; creo que puedo hacerlo. Esto me protegerá de los golpes.

—¡Vamos —dijo *Coco* Colomo a su vecino de camarote—, que nos hundimos!

Sorprendentemente activo, el ingeniero Sixto Cerro saltó de la litera, se puso el chaleco y corrió, en calzoncillos y camiseta, a salvarse.

Coco fue al armario, cogió las botas altas que se había quitado sin soltar las espuelas, y se las calzó. Tras breve duda, se puso la guerrera y el cinturón. Sacó los guantes de un bolsillo del abrigo, pero los dejó, con la gorra, encima de la cama.

Fuera, encontró al capitán Fontana bastante vestido: calcetines, pantalón de montar y camisa con puños y tirilla blancos. Los demás pasajeros estaban más o menos desnudos de acuerdo con los consejos del mayordomo que contemplaba indolentemente a los atribulados pre-náufragos desde la barandilla de la escalera.

—¿Pero es verdad que nos hundimos, mi capitán?

—Se dice *nos vamos por la popa,* pero es eso: nos hundimos, *Coco.*

—¿*Así,* tan a lo tonto? No hagas caso.

Fontana se acercó al mayordomo. El ambiente era de zozobra y perplejidad sin histeria. Ante el absoluto fatalismo con que el personal del barco afirmaba que aquello se iba a pique, la gente se comportaba con extraña serenidad.

—¿No vamos a hacer nada? —preguntó Fontana—. Podríamos ayudar…

El mayordomo desparramó desaliento en una ojeada triste.

—¿Ayudar a qué? Nos estamos hundiendo.

—Sacar agua con cubos… echar cosas al agua…

—Pónganse el chaleco, eso es lo que pueden hacer.

El mayordomo tenía una caja de madera bajo el brazo. Manolo Abarca, el policía, sin chaleco salvavidas, sin chaqueta, descalzo y con los pantalones remangados por

encima de los tobillos, se le acercó.

—¿Qué lleva ahí, Tomeu?

—Usted no se olvida de que es policía ni en un naufragio, don Manuel.

—¿Dónde tiene el petate, la maleta… sus cosas?

—En mi camarote. ¿Es un interrogatorio?

—No, hombre; estoy de vacaciones, pero me emociona verle tan preocupado por esa cajita; le vi cogerla del aparador y me recuerda usted a san Tarsicio, mártir de la Eucaristía; la tiene en más aprecio que… no sé… la foto de la señora y de los niños, esas cosas que coge uno antes de…

El mayordomo dijo que sentía mucho no poder sonreír dadas las circunstancias, ya ve, la cara chamuscada y, encima, naufragando, perdone, me voy al salón, y se fue para arriba.

Fontana y Colomo siguieron al mayordomo; encontraron el salón invadido por gente con billete de *Cubierta*, que les daba derecho a viajar sin cubierta alguna, al raso, lo que en verano puede resultar hermoso, la mar como un plato, la luna rielando, la estela blanca y rumosa…, pero en aquellas dramáticas circunstancias, después de aguantar en los escasos resguardos exteriores las inclemencias meteorológicas, los pasajeros de cubierta invadieron las zonas abrigadas mostrando preferencia por las más lujosas. Atemorizados, se apiñaban como estableciendo una voluntaria separación entre ellos y los pasajeros con derecho a hundirse junto al piano y los jarrones de Sévres. Habían llegado en barullo de estampida y allí estaban con un gesto raro, como airado, más de invasores que de refugiados. Fontana llevaba el chaleco salvavidas puesto; Colomo en la mano.

—Póngase el salvavidas, mi teniente —le dijo un soldado.

—¿Y el tuyo?

—No tenemos —exclamaron tres o cuatro al tiempo.

La señora de Rianzo estaba descalza y elegantemente desvestida de náufraga con una combinación muy enriquecida de encajes y puntillas tan llamativa como el sombrero de la pluma larguísima; el marido, más inclinado a protegerse del frío que a lanzarse al agua, comparecía totalmente vestido y, además, con abrigo y sombrero. Tenían puestos los flotadores; Margarita por convicción, Apeles por no discutir con ella.

—Y usted debe ponérselo también —le dijo a *Coco*—. Y quitarse ropa —añadió mirando a su esposo—, la ropa es un estorbo.

Apeles sonrió, y con un escéptico encogimiento de hombros dio a entender que no confiaba en la capacidad de salvar vidas de aquel aparejo. Cada arremetida fuerte parecía la última; entonces, Apeles besaba a Margarita sin dramatismo.

—Bueno, esto es el final.

Ella le sonreía sin miedo, enternecida, y le devolvía el beso, pero reaccionaba pronto:

—El final lo sabe Dios. Hay que tirarse al agua y agarrarse a algo, una tabla, una silla… Mi prima Celia naufragó y aguantó dieciocho horas en el agua. Viva está, en Madrid, en Ayala 32 tiene su casa.

Un hombre en pantalón de pijama lo dejaba caer justo hasta el pubis en los momentos de apuro; si el barquito recuperaba una horizontalidad apreciable se subía el pantalón hasta la cintura.

Desde el otro lado del salón, alguien gritó:

—¡Teniente Colomo, las botas!

Coco miró hacia el grupo. Era un soldado de su compañía; no recordaba el nombre. Le contestó con un encogimiento de hombros.

—¡Que se las quite, mi teniente, que con eso no podrá nadar!

Coco fue hacia él agarrándose a la balaustrada. El soldado, descalzo y sin pantalones, conservaba puesta la guerrera, desabrochada para quitársela en el último instante.

—¿Y tu salvavidas?

—No tenemos —dijeron varios.

—Toma el mío.

—¿Y usted?

—No pienso tirarme al agua, está muy fría.

—Gracias —dijo el soldado cogiendo el chaleco—. Toma, tú… Es que este no sabe nadar.

—Como el buque se hunda, ya veremos si yo tengo salvavidas o no —comentó alguien.

—'A cualquier cosa llamas buque.

—En cubierta hay salvavidas —dijo un hombre mayor—, pero a ver quién sube; te matas.

¿Por qué nadie, ni Margarita siquiera, tan dispuesta a ejercer de náufraga, se tiraba al agua? ¿Por qué Apeles no se liberaba del abrigo y el sombrero?

Inexplicablemente, no se habían producido histerias ni pánico; quizá, si uno se lanzase, los demás lo hubiesen seguido como ovejas a un despeñadero, pero nadie lo hizo. Posiblemente esperaban esas instrucciones espectaculares del cine de naufragios: «*¡Las mujeres y los niños, primero!*», pero no apareció el oficial de las películas, ordenando la tragedia pistola en mano, y el mayordomo se había esfumado. Faltó el técnico cualificado que comunicase oficialmente a los pasajeros la llegada del último minuto.

Coincidiendo con un bandazo fuerte, la luz se apagó; en las tinieblas creció, llenándolas, un rumor aborrascado:

—¡Ahora!

Aquel pudo ser el momento de la desbandada y el desorden, pero no habían pasado quince segundos y la luz se hizo.

Cuando el hombre del pantalón de pijama había decidido quedarse en cueros.

Cuando todos se acordaron de Dios.

Cuando Margarita Tudurit suplicó a su esposo que se quitase el abrigo y el sombrero: ¡por lo menos eso. Apeles, cariño!

Cuando el teniente Colomo se dejó caer en un sillón para esperar a que el agua entrase en el salón y decidir si abandonaba el barco o se hundía dignamente como un marino o un pasajero del *Titanio.*

Súbitamente, las máquinas reanudaron su actividad. Algunos pasajeros confirmaron a distintos santos, cristos y vírgenes sus promesas, muchas de las cuales jamás se cumplirían, como la de Maruja y Carmen que habían prometido a la Virgen del Carmen, patrona del mar, dejar la mala vida y colocarse de asistentas por horas.

Pablito *el Mejorana* gritó en un histérico arranque de orgullo:

—¿No queríais éste? —y se sacudió un par de azotes en las nalgas—. ¡Pues mira qué lástima si se lo llegan a comer los peces!

Y se agarró llorando a un cabo de Regulares de Larache, un chico muy serio que iba a Ferrerías al entierro de su abuelo. El viejo ya estaba enterrado desde el da 4, pero el brigada era muy buena persona y le dijo:

—No seas tonto, aprovecha el permiso y las trescientas pesetas que regala el fondillo del escuadrón en estos casos.

El cabo dio un empujón a Pablito y declaró que no le hacían gracia los maricones.

—Y, además, estoy de luto.

Antes de regresar al puente, el capitán Ricard ordenó al piloto en prácticas Pedro Zalda que fuese al botiquín a curarse las heridas producidas por su refriega contra el chapado de popa, y al primer oficial, que bajase a la bodega a ver cómo iban los trabajos de contención de la vía de agua.

—Enderezamos el rumbo: ¡a Mahón a toda máquina! Revisen también la cubierta, a ver si hay algún desperfecto grave. Y el telegrafista que suspenda el S.O.S.

Colomo y Fontana bajaron al vestíbulo de camarotes. No existía noticia oficial de que el naufragio hubiese sido *cancelado,* pero el latir de las máquinas y la aparente regularidad y concierto de los bandazos pareció reanimar al pasaje y restableció una aceptable anormalidad e incluso la indispensable histeria.

—¡Mi mujer y mis niños —decía, sentado en un pequeño sofá, el ingeniero Cerro —; mi mujer y mis niños!

Reapareció, sonriente, el mayordomo; no llevaba la cajita de madera.

—No hay vía de agua en la bodega de popa —dijo sin demasiado júbilo.

El marinero de guardia Galano Galán se había pasado de trágico. Un golpe de mar levantó la lona que cubría la embocadura de la bodega y abrió un hueco por el que entraron unas toneladas de agua alborotada que sacaron de su ensueño al marinero; el susto hizo lo demás. Otra embestida por el mismo sitio pudo romper el equilibrio del barco y hundirlo en uno de esos bellos naufragios en los que la proa se eleva orgullosa como el rostro de un titán agonizante y el mar engulle la nave que muestra hasta el último instante el mascarón y las doradas letras de su nombre. La suerte hizo

que los golpes llegaran por otros rumbos y el pequeño, panzudo y poco marinero *Puerto Mahón* navegaba, otra vez, orgulloso, hacia Menorca. El temporal lo había arrastrado hacia el sur, lo que fue una suerte porque así salió solo de la borrasca; el capitán calculó que habían perdido siete horas.

—Llegaremos, salvo imprevistos, a las quince treinta —anunció el telegrafista después de emitir varios mensajes anulando el S.O.S.

La noticia de que había aparecido una mujer muerta en la cubierta superior causó gran impresión; demasiada por un solo cadáver entre tanto adiós a la vida. Bajo los efectos de su propia *resurrección*, aquella víctima les parecía a todos más víctima y hasta se sentían como culpables porque alguien debió estar cerca de ella cuando se golpeó o la golpearon; porque hallaron refugio, amparo y solidaridad cuando ella perdía la vida.

El capitán Ricard consideró oportuno dejar las cosas tal como estaban.

—Al llegar a puerto, que se ocupe la justicia del asunto. Ponga a un hombre de guardia, que nadie toque nada.

—¿Pueden verla?

—Verla sí, todo el que quiera, por si alguien sabe algo.

Corrió el rumor de que la víctima era bellísima.

—¡Válgame Dios —exclamó al verla Pablito *el Mejorana*—, dicen que bicho malo nunca muere!

El mayordomo Colomer entró pálido en el salón de primera, bajó al vestíbulo de camarotes y dio una palmada en la espalda al camarero Lebrija.

—Suba a cubierta, es orden del capitán. Vigile que nadie toque el cadáver ni nada.

—¿Yo? Oiga, yo soy camarero de primera.

—Suba y cállese; aquí no hace usted nada… ¿Qué le pasa?

El camarero se había sentado con gesto insumiso.

—Que yo no, señor Colomer, que no tengo *derecho* de hacer de guardia civil, antes me matan; ni que me lo mande usted ni el capitán ni el almirante de las Indias.

—Le veo muy valiente; no le importa que lo maten —dijo el capitán Fontana—, con el miedo que tenía usted anoche cuando andaba requisando salvavidas.

—Era para una compañera… Perdone, señor, pero ya me he ido a pique dos veces. Mi chaleco se lo di a ella y…

—¿Qué ocurrió, señor? —preguntó el mayordomo.

—Nada; supongo que nervios; debe ser normal en los naufragios; prefiero olvidarlo: estamos a salvo.

—Gracias, señor.

El mayordomo fue hacia la escalera y advirtió a Lebrija:

—Voy a ver si encuentro a otro que quiera vigilar a la muchacha; no se mueva de aquí; ayude a limpiar todo esto.

El *Puerto Mahón* navegaba por aguas tranquilas. A las diez de la mañana el sol pudo con las nubes y, como por milagro, muchos pasajeros volvieron a experimentar

algo de lo que se habían olvidado durante las horas de peligro: mareo.

Manolo Abarca entró en el salón de primera y se dejó caer en un sillón.

—¿La ha visto, don Manuel? —Je preguntó el mayordomo.

—Sí.

—¿Y qué me dice? ¿No venía con usted?

—No.

—Pero es su chica, es *la Jeanette;* les vi juntos en el muelle.

—Fue a despedirme; no sé cómo se metió en el barco.

—El capitán sólo sabe que es Juana Cabrillas, canzonetista…, lo que dice el carnet; lo llevaba en el bolso, pero no figura en la lista de pasaje. *La Jeanette* venía de polizón. ¿De verdad no lo sabía?

—Ahora parece usted el policía, Colomer. Voy a ver al capitán, pero antes dígame: ¿fue usted quien la coló en el barco?

—¿Yo? No estoy loco.

—¿Sabe quién la ha matado?

—Si lo dice por aquello del *Molino,* olvídelo; fue una bofetada nada más, estaba algo bebido y *su a-mi-ga* intentó hacerme una pirula de dos botellas de champán, un clavo de mil pesetas, y, encima, me llamó Cateto… Claro que ella no sabía que yo había sido metrehotel en…

—Ya, ya, en la Cote d'Azur y en la Riviera, pero yo no tuve el gusto de conocerle en Cannes ni en Portofino; les conocí a los dos en la comisaría con Miguel Sintas, el dueño del *Molino.* El comisario le aconsejó a usted que pagase, *la Jeanette* pasó al calabozo, usted soltó la pasta y pudo marcharse, pero al salir…

—Dije, ya me las pagarás, golfa, sí, señor, qué menos, pero de eso hace años, ni me acordaba, ni irá usted a pensar que yo me cobro los timos matando gente. Y perdone, don Manuel, yo pensaba que se había matado por accidente, pero también tengo derecho a preguntar: ¿La ha matado usted?

—Estoy investigándolo, Tomeu: quién sabe. Voy a ver al capitán.

En el camino, Abarca se encontró con *el Mejorana.* —Le acompaño en su sentimiento, don Manué.

—Buen peso te has quitado de encima, canco.

—¡Ay, pobrecita mía, no diga eso!

—¡Pero si la temblabas! ¡Si perdías el culo corriendo cuando la veías!

—Porque era muy tragatíos, y me enseñó una charrasca de palmo cuando se marchó del *Molino,* qué quiere usté. Era una hembra de bandera pero muy atravesaíta, no sabía perder.

Pablito pescaba chicas en Barcelona y les firmaba un contrato casi fastuoso: quince días, a ciento cincuenta pesetas más el descorche; quince días prorrogables. Cumplido el plazo, Miquel, el dueño, decía a la chica que lo siento, hijita, no hay prórroga, no tienes sitio en el *show.* Si quería podía seguir en la casa: doce pesetas diarias como *entrenadora de pista:* prostituta de alterne.

—¡Pero si pago cinco duros diarios en la pensión!

—Pues espabílate en el descorche y arrímate a un italiano como todas.

El agente de Barcelona se había cobrado el 25 por ciento del sueldo de los quince días, Pablito, otro tanto y a Miquel le debía un anticipo y varios préstamos para mejorar el vestuario. Estaba atrapada en el *Molino.*

—Cuando me pagues las tres mil pesetas que me debes, te vas. La culpa es mía por ayudar a chicas desagradecidas, doñas nadie…

Jeanette fue como una pantera a pedir explicaciones a Pablito, tú decías que renovable, que me iba a hacer de oro… Y le enseñó la navaja.

—Una cosa tremenda, don Manuel, pero luego se le pasó, usté lo sabe mejor que yo, encontró a ese italiano que pagó al Miquel las tres mil pesetas a plazos y la colocó en el *Lido* con diez duros diarios; esos eran los días malos; cada plazo que pagaba el macarroni, a *la Jeanette* se le revolvían las bardomeras y decía que me iba a rajar, pero de eso a alegrarme de que se haya matao así, pobrecita, qué mal fin. Dios nos libre.

—*La Jeanette* no se ha matado, Pablito: creo que la mató alguien.

—A mí no me mire. Además, que no me tiren de la lengua y usté menos que nadie; yo callaíto, pero que no me provoquen.

Margarita Tudurit por poco se desmaya. Oyó a la camarera, la víctima era una mujer preciosísima, y llevó a su marido a verla.

—¡Apeles, es ella!

—No digas tonterías, Marga: cualquiera sabe quién será esta pobre mujer.

—¡Es ella; a mí no se me despinta!

A las 13:30, el capitán Ricard había reunido en el comedor a varios pasajeros y algún tripulante.

—Les ruego me excusen, pero llevamos una muerte a bordo y convendría tener el caso resuelto cuando atraquemos: nos marearán menos cuando lo investiguen… Siéntese, Colomer. Perdonen si a los tripulantes les hago sentarse; es un acto ajeno al servicio y todos somos más o menos testigos y más o menos sospechosos.

—¿Sospechosos? —preguntó muy digno Apeles Rianzo—. Retire eso, señor Ricard, o mi esposa y yo nos vamos ahora mismo.

—Perdone, señor Rianzo; he dicho *«más o menos»,* y he dicho *«somos»*. Todos conocíamos a la chica.

—¿Y el señor qué pinta aquí? Creo que no conoce la isla y, anoche, mientras nos hundíamos o no nos hundíamos, me contó que viene de Larache.

—El capitán Fontana se ha enterado y me ha pedido estar presente en la reunión.

—¿Como sospechoso?

—No señor.

—Margarita, vámonos; sospeche cuanto quiera, capitán Ricard, pero déjenos tranquilos… ¡Ah! Y le anuncio que voy a presentar una reclamación por tanta anomalía, tanta deficiencia y tanta incapacidad: no saben ni naufragar.

—¿Qué le parece? —dijo el capitán mirando a Manolo Abarca—. Usted sabe que es sospechoso.

Alguien quiso chantajear al abogado pocos meses antes. Frecuentaba Mahón por motivos profesionales y, a veces, se daba una vuelta con los amigos por *El Molino.* Un día recibió en Ciudadela una foto humillante y comprometedora: aparentemente beodo y luciendo el faldón de la camisa bailaba con una morena medio desnuda: *Jeanette.* Le pedían 30 000 pesetas por el negativo. Apeles dio a Margarita la fotografía, aguantó los justos reproches y denunció el intento de extorsión. No fue posible demostrar que *Jeanette* estuviese complicada en el asunto, pero una voz femenina anunció al abogado que, pese a denuncias e interrogatorios, la foto seguía *viva* y estaba subiendo de precio.

—Prepare el dinero y no vaya con cuentos a la policía porque enviaré copias a todo el mundo; hasta al obispo.

Casi nadie vio la fotografía, pero se enteró mucha gente; Rianzo mismo lo contaba. Después, la chica se marchó de Mahón y aquella historia pareció quedar enterrada.

—Podría ser sospechoso —dijo Manolo Abarca— pero lo he descartado. El y su señora estuvieron, creo, toda la noche en el salón. Antes de seguir, debo declarar que soy muy sospechoso: esa chica me acompañó al puerto, fue a despedirme; he estado, y perdonen, medio liado con ella: digo medio liado, porque su amante es el teniente italiano Giulio Reconne. No sé cómo ni por qué entró en el barco. Tampoco sé quién la ha matado: yo no.

—Colomer, por favor ¿quiere llamar a un camarero? Que pregunte a los señores qué desean tomar —dijo el capitán.

—Yo mismo lo haré, señor.

—No, no; usted está aquí por lo mismo que todos: más o menos testigos, más o menos sospechosos… Y que nadie se incomode como el señor Rianzo que podría ser un sospechoso muy muy cualificado.

—Yo puedo responder, más o menos, desde las dos de la madrugada; estuve cerca de él y de la señora todo el tiempo —dijo el capitán Fontana.

Volvió el mayordomo y, tras él, Mariano Lebrija, afeitado, compuesto y limpio, en contraste con los reunidos que apenas se habían aseado. Se acercó al capitán, como es debido, en primer lugar:

—*¿Johnnie Walker* con hielo, señor?

—Por esta vez, ni hielo: seco… Señor Abarca; usted, por su propia iniciativa, se ha declarado sospechoso e inocente; no tengo nada que objetar. ¿Sabe algo que nos sirva de ayuda?

—Yo le parecía sospechoso, señor Abarca —dijo el mayordomo—; ¿ha cambiado de idea, o…?

—¿Qué llevaba usted en aquella cajita de madera?

—A usted le parece cosa misteriosa; tranquilo, no era el joyero de *la Jeanette.*

—Usted Gamonal —dijo el capitán a un hombre de unos cuarenta años, visiblemente nervioso, incómodo entre aquella gente— usted anduvo por cubierta, hizo dos viajes en busca de chalecos para los que estábamos a popa. ¿Vio a esa mujer?

—No señor, ni a ningún pasajero; lo único, aquí el Lebrija que habría ido a lo mismo que yo; eso pensé.

—¿Es cierto eso, Lebrija?

—Sí, señor, subí a coger un chaleco.

—¿Vio algo sospechoso?

—No. Sólo vi a Gamonal y volví corriendo a primera.

Lebrija contestó muy tranquilo, como sin dar importancia al hecho y continuó preguntando a los reunidos qué deseaban tomar.

—Bueno —dijo el capitán—, yo tampoco maté a esa chica, de eso sí que estoy seguro… Y el caso es que tiene dos golpes, uno en la frente y otro en la nuca; no parece un accidente. A ver usted, Pablito. ¿Sabe algo?

—La mar de cosas, pero me las guardo y perdone; yo no ando matando gente, a mí que me dejen tranquilo.

—¿Qué desea usted, señor?

El capitán Fontana miró muy directamente a los ojos del camarero y le pidió algo que a todos les sonó extraño:

—Un tolete.

—¿Cómo ha dicho?

—Un tolete… de hierro.

Después, dirigiéndose al capitán Ricard, añadió:

—Puesto que esta es una mesa de testigos y sospechosos, le ruego diga el mayordomo que busque otro camarero porque éste debe sentarse y explicarnos alguna cosa.

Mariano Lebrija contestó muy seco, dignísimo, pero de pronto se atolondró, algo removió en él posos de fanfarrón agresivo, de ojito conmigo, oiga; quería cortar por lo sano, como quien se planta frente a sus agresores con la voz amenazadora y trémula del desesperado, a mí no, que usted no me lía, que yo sé lo que es un naufragio; y tiró el bloc y el lápiz encima de la mesa haciendo intención de marcharse. Lo impidió el mayordomo.

—Vamos, Mariano, ¿qué es eso, hombre?

—¿De verdad subió usted a buscar un salvavidas?

Mariano Lebrija se negó a contestar, pero cuando el pequeño y baqueteado *Puerto Mahón* atracó a las 15:42, Mariano Lebrija fue desembarcado entre dos agentes de la autoridad.

¡Con asperón me lavo yo los dientes: cuélame en el barco!

—Olvídalo, anda.

Para *Jeanette* fue muy fácil entrar en el *Puerto Mahón;* conocía el barco. Su decisión, impremeditada, fue un impulso de hembra celosa: *tú eres el que arregló que me echaran de Mahón…* La presencia de *el Mejorana* y las dos *nuevas* lo decidió todo. Juana conocía el fenómeno; cómo se alborota la clientela con las recién llegadas; es como un tam-tam tam-tam, tam-tam, *en casa de Madame Teddy hay nuevas,* y allá van atraídos por esa turbia, sugerida sombra de virginidad recreada para el primero que llegue.

—Usted será el primero, don Fulano; es cubana, preciosa, una chiquilla.

Miquel Sintas concertaba citas discretísimas en un picadero, lejos del puerto y del barrio del pecado, de manera que cada recién llegada fuese primicia y casi trofeo de caza en el curriculum erótico de cinco o seis varones convencidos, uno por uno, de ser el primero.

Dejar a Manolo Abarca en el mismo barco en que viajaba Pablito, alcahuete, soplón y lameculos de la policía, con dos *nuevas* era demasiado para *Jeanette*. Como diría el marica, se la revolvieron las bardonas y tiró por la calle de en medio: de mí no se ríen.

Entró, sencillamente, saltando la barandilla de la cubierta inferior que se mecía casi al ras del muelle; se coló sin miedo, despreocupada por lo que pudiera ocurrir…

—… Si me pillan, todo lo que puede pasar es que me echen.

Y ya estaba dentro haciéndose la distraída.

—… O que me cobren el billete…

Y subió a la cubierta superior.

—… O que avisen al Adámez y me enchiquere, qué ilusión le haría al tío virote…

Y se escondió, acuclillada, junto a la balsa. Hacía frío y los pasajeros de cubierta no andaban curioseando; les preocupaba más buscar un resguardo para pasar la noche que era cerrada y se anunciaba movida. Consiguió desabrochar la lona que cubría la balsa y se metió debajo.

—… Válgame Dios, esto es de loca perdía, Juana, como una cabra estás, lo haces por un tío que no te da ni pa pipas, ¿cómo voy a pasar toda la noche en este bujero?, madre mía de mi arma, voy a llegar tiesa, la sorpresa que se va a llevar mi Titi…

Mariano Lebrija no se fiaba nada del Mediterráneo. Ni de mar u océano alguno: superviviente de dos naufragios advirtió instintivamente el peligro cuando el barco se quedó sin gobierno.

—Esto no me gusta —dijo a Dora, la camarera—. Voy a ver qué pasa.

Pasaba, como un cohete. Galano Galán gritando que el barco se iba por la popa. Otro naufragio; otra vez la muerte llevándose a los muertos, ya están muertos, entran muertos en el barco, no lo saben, pero son muertos, no están preparados para escapar de la muerte, dominarla, yo sí; tenía 18 años y yo era un muerto, me salvó Paredes porque quiso, le vi dejar ahogarse a otros, me lo dijo, te salvé porque eres de Chipiona, ya ves qué tontería, tuve una novia que era de Chipiona, por eso te salvé. Paredes tenía un tolete de hierro en la mano, eso no lo olvidó jamás Lebrija. Volvió a

su camarote cogió el chaleco salvavidas y no se lo puso. En el otro naufragio, el segundo, 24 años, un veterano ya, todos buscaban salvación en los botes, se lo había dicho Paredes aquel día que le salvó la vida, hay que olvidarse de los botes, llevan años en seco, tienen rendijas, hacen agua, los vuelca la mar, engañan, parece que te van a dar más cobijo; las balsas no engañan; ni aunque den la vuelta se hunden. Lebrija tiene siempre un tolete amarrado bajo la litera. En el segundo naufragio, él estaba en la balsa y tenía un tolete y fue señor de la vida y la muerte, como Paredes, golpeaba las manos crispadas, lo siento, hermano, máximo doce personas, ni una más; él no encontró a un chico de Chipiona que le cayese simpático, y en su balsa, *«only 12 passengers»*, se salvaron doce náufragos exactamente y nadie le reprochó aquello; parecían como si no hubiesen visto nada; ni siquiera aquel señor; enviudó allí mismo porque ya no quedaba sitio para su mujer que se ahogó mirándole con mucho desprecio.

Jeanette intentó varias veces salir de la balsa, pero se asustaba, me mato si doy un paso, mardita la hora, en qué estarías pensando, loca, ni Manolo ni la madre que parió a Manolo y el amor sinfónico, así revienten tos los tíos. A ratos se dormía; la despertaba un coscorrón.

Lebrija cortó la correa que amarraba el tolete y lo ocultó entre el chaleco flotador, por eso no se lo puso. Moverse por el barco era difícil y peligroso, y mucho más en cubierta, pero no dudó.

Jeanette estaba molida, empapada, había entrado agua en la balsa, tengo que salir de aquí, aunque me mate, aunque vaya a la cárcel.

La balsa tenía cuatro amarres; Lebrija cortó tres. Fue a esconder el tolete junto al botiquín, levantó la lona y se encontró con la mirada miserable, aterida, de *Jeanette.*

—Joé, ya era hora de que viniera alguien.

Recibió el primer golpe en ese pico sandunguero con el que su negra mata de pelo invadía apenas la frente. El segundo fue en la nuca, pero no se enteró.

Lebrija bajó al vestíbulo de camarotes y alertó a Dora que no tenía salvavidas: *Tú no te despegues de mí.*

—Eso fue lo que me extrañó —dijo el capitán Fontana—, había intentado robarnos un chaleco salvavidas; a lo largo de la mañana hemos hablado mucho todos, él también. Se excusó conmigo: *«Usted pensará lo que quiera, pero es al revés, ya ve: mi chaleco se lo di a la camarera después de haberme jugado la vida por cogerlo en cubierta; yo no quería quitárselo a nadie, pero me daba miedo volver arriba por otro. En ese camarote viajan casi siempre dos personas, así que me asomé y, justo, dos, conque cogí uno y entonces llegó usted y me sacudió un cate…;* pero olvidaba dos detalles: que él sabía que en ese camarote íbamos tres pasajeros, nos acompañó al embarcar, y que yo había visto su chaleco y el de la camarera mientras esperábamos el naufragio; en los dos leí el letrerito: «Primera Clase»… ¿Por qué mintió?: porque había sido visto en cubierta. Y si no fue en busca de un salvavidas, ¿a qué fue?

—Pero matar a la chica… —dijo el capitán Ricard—, ¿por qué había de matarla?

—Quizá no lo sepa él mismo; estaba cometiendo un acto criminal, preparándose la balsa, y fue sorprendido; llevaba la barra de hierro, un arma, y la usó. Además, si el barco no se hundía, la chica podría contarlo, y si se hundía… un náufrago menos a quien eliminar. El caso es que cuando encontré el tolete en el hueco del botiquín de la balsa tuve la certeza de que la chica no había muerto por accidente. Lo cogí, lo entregué al capitán y organizamos esta reunión. Yo no sabía que el asesino era ese hombre, pero su intento de robarme el salvavidas y las mentiras con que intentó justificarse después me lo hicieron muy sospechoso; fue una gatada pedirle que me sirviera *un tolete:* ustedes vieron cómo reaccionó… Este pudo ser su tercer naufragio: estaba decidido a superarlo también… Señor Colomer, usted parecía empeñado en hacerse sospechoso al inspector Abarca; ¿qué guarda usted en esa cajita de madera?

El mayordomo fue al aparador, sacó la cajita y la puso ante el inspector.

—Yo no intentaba ser sospechoso, señor, ni me agrada ni creía serlo; en cambio sí me parecía sospechoso don Manuel: era su chica… Pero lo de la cajita no lo hacía para provocar a nadie, lo haría siempre. Ábrala sin miedo.

—Tenía un cuaderno de tapas negras y unos cientos de pesetas. El inspector miró al mayordomo con gesto perplejo.

—Las propinas, señor.

—¿Tanto interés tiene usted en las propinas? —preguntó Fontana.

—¿Interés? No es eso; las propinas no me pertenecen, son de todos, es que… ustedes, claro, no lo entenderán: las propinas son sagradas.

* * *

El inspector Adámez vio pasar la camilla de la Cruz Roja y se quitó respetuosamente el sombrero.

—Ganas me dan de morirme —dijo Pablito *el Mejorana*— pa que ese tío catafalco me pegue un sombrerazo. ¡Qué detalle!

Lástima que *Jeanette* no pudiese verlo. Se lo hubiese agradecido: las cosas como son.

Palma de Mallorca, agosto, 1981.

La idea, y el hecho mismo del nacimiento, se van alejando tanto que si me distraigo casi creo que estuve aquí siempre. Sólo la historia me da la medida exacta; y así, la historia moderna en la cual vengo trabajando, la divido in mente *en dos eras: antes de mayo de 1916, y después, las primeras letras, los primeros números, las primeras geografías e historias, y muchas más pequeñas grandes cosas, me las enseñó mi padre. Durante ocho años fui al colegio, siempre al mismo, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas; me dejó buen recuerdo. Ignoro si me enseñaron bien o mal; la mayor parte de lo que aprendí lo he olvidado; lo demás está en la base misma de cuanto después he ido asimilando. Desde poco después de cumplir los diecisiete años vivo de mi trabajo. Cuando en 1936 acababa de cumplir los veinte, estalló la guerra y, como los demás jóvenes de mi generación, me vi sumergido en ella; participé de todos los riesgos, amarguras y entusiasmos; del miedo, la zozobra y de las alegrías marginales, que las hay. Con intermedios de cortas escapadas a la vida civil, no salí de guerras hasta el 1942 muy avanzado. Nunca, ni siquiera entonces, me he considerado demasiado desgraciado por soportar los escuerzos y peligros de aquella época. Volví a mi trabajo, a mis viajes que a lo largo de la vida han sido constantes. Regresé a mis libros, mis aficiones, a mi familia y amigos, que tampoco había totalmente abandonado. Barcelona, donde nací, fue centro de aquel ir y venir. Como siempre anduve entre libros, acabé escribiéndolos. Conocí por entonces —y antes y después— a muchas gentes, oficios, clases sociales, monumentos, paisajes, artes, formas de vida. En Buenos Aires escribí una novela,* La Noria, *con la que gané el premio Nadal en enero de 1952. Me había propuesto quedarme varios años en América, pero a los quince meses regresé y me instalé en Cadaqués, que era entonces un rincón de difícil acceso. Digo, me instalé, y quise decir, nos instalamos. Compramos una barca, luego, otra algo mayor. Seguí escribiendo novelas,* Carta de Ayer, Los Otros, La Noche Buena… *cuentos, diversos trabajos que publicaba en revistas y periódicos; seguí viajando. Pasé largas temporadas en Madrid, en París, tuvimos un hijo. Con mi última novela,* El Cacique, *gané el premio Planeta de 1963. Además he publicado poesía, dos libros sobre tabernas, otros, ilustrados, de viajes, uno muy grande sobre Salvador Dalí, dos novelas cortas en catalán. Me han traducido a varios idiomas. He pronunciado conferencias en Barcelona y en ciudades próximas y lejanas. En 1967 apareció* Tres días de julio, *y desde entonces he escrito tres libros más sobre el período histórico que va de 1931 a 1939; y acabo de terminar el quinto.*

Soy el segundo de cuatro hermanos; vivo con mi mujer y mi hijo, un hijo que ya es un hombre. En los últimos años han muerto mis padres y me he sentido huérfano. Cuando no viajo, mi vida transcurre en los tres vértices de un triángulo formado por Barcelona, Cadaqués y una pequeñísima aldea en la sierra del Cadí. Sigo trabajando aquí o allí, donde me encuentro. Después de publicar una veintena de libros, si se agruparan los trabajos sueltos formarían diez o quince volúmenes más.

Me gusta un dibujo de Goya que representa un hombre muy viejo que se apoya en dos bastones, cuya leyenda dice: «Aún aprendo».

Lluís Romero

Aunque terminada la guerra conseguí superar las barreras de las depuraciones, envidias de compañeros ruines y las demás miserias que sacudidas semejantes acarrean, mi situación dentro del Cuerpo Superior de Policía distaba de acomodarse a las ilusiones que me llevaron a presentarme a la convocatoria de 1932, oposiciones que gané con cierta brillantez. Una de las faenas que me hicieron a mediados de 1940, fue destinarme a la plantilla de Barcelona, ciudad en la cual los problemas derivados de la situación política eran agudos, complicados y penosos. Los jefes, a quienes la superioridad debía haberme señalado como sospechoso de desafecto al nuevo régimen, me encargaban servicios de escasa entidad y lucimiento, muy por debajo de las posibilidades que había demostrado. Sin embargo, a esos recelos que recaían sobre mi persona tendría que agradecerles que se me mantuviera al margen de actuaciones que se relacionaran en forma directa con las consecuencias de la guerra y la política. Era joven entonces, pero cualquier ilusión profesional que pudiera haber concebido, decayó hasta casi extinguirse. Los tiempos se presentaban duros y me aferré a mi empleo pues tampoco veía manera de conseguir otro mejor, y la perspectiva de padecer hambre y privaciones me horrorizaba. Cada fin de mes cobraba mis haberes y por añadidura disfrutaba de las pequeñas ventajas que otorga la profesión, míseros gajes que me permitían ir tirando: espectáculos gratis, algunas copas y cafés a que solían invitarme en los establecimientos del distrito, tabaco que no me faltaba en medio de aquellas escaseces y un trato preferente en la pensión que me había resignado a considerar mi hogar a falta de otro mejor. Añadamos ciertas facilidades para resolver entre profesionales del amor problemas de esos que a cualquier joven soltero suelen acuciarle, y la seguridad de que al llegar la vejez, que ya ha llegado, no quedaría en el desamparo, como así ha ocurrido.

* * *

Durante la primavera del año cincuenta y dos o cincuenta y tres se produjo un crimen que conmovió a la ciudad y que muchos aún recordarán: un industrial de mediana edad y familia bien relacionada fue hallado muerto en una calle a medio urbanizar de Pedralbes, que todavía no era entonces lo que ha sido después. El cadáver presentaba una sola herida punzante, con entrada en forma de cruz, que le había alcanzado el corazón. De los detalles del suceso me enteré por los comentarios de los compañeros y después por las noticias que daban los periódicos. Nada llegó a averiguarse del asesino y por haberle despojado al muerto de la cartera y el reloj se suponía, con manifiesta ingenuidad, que el móvil pudiera ser el robo, a pesar de que ni familiares ni amigos, ni siquiera la policía, y no digamos los periodistas metidos a Sherlock Holmes fueron capaces de explicar cómo y porqué el interfecto transitaba de noche por tan apartados lugares. El caso hubiese ido olvidándose a no ser porque unos meses después «el asesino de la cruz», que así empezó a llamársele a partir de su segunda actuación, causó una nueva víctima; esta vez un joven de poco más de

veinte años, gamberro sin oficio ni beneficio, hallado por la mañana en la playa de la Barceloneta con idéntica herida. En esta ocasión me fueron encomendados algunos servicios de poca monta y la vigilancia de unos sospechosos. Ni el criminal fue descubierto, ni nada de interés se averiguó tampoco; y si los periodistas destacaron la noticia, pasados los primeros días fueron olvidándola atraídos por otras que consideraban de mayor actualidad y resonancia como los conflictos internacionales, cuestiones políticas y discursos del Jefe del Estado y sus ministros.

El tercero de los casos ocurrió dos años después y dio origen a críticas encubiertas como entonces se estilaba; también fue causa de un par de traslados, pues los jefazos andaban a ciegas y no acertaron ni con una pista válida. En la prensa, y más en privado, se hablaba de un sádico y se establecían exageradas comparaciones con Jack el Destripador y otros criminales de fuste, en una palabra, literatura barata con toques de zafiedad informativa acentuada en las revistas especializadas en esta clase de temas. Se murmuraba de un loco, de un homosexual, de una dama de la alta sociedad, de un misterioso personaje con decisivas influencias políticas, de un sacerdote; las mismas murmuraciones llevaban de cabeza a las autoridades por las intenciones políticas que algunas de ellas transparentaban, y estas autoridades presionaban por arriba y eran causa de que se multiplicara nuestro trabajo sin resultados prácticos. La víctima de este tercer asesinato había sido un perista con largo historial, metido en compraventas de todo lo compravendible sin importarle su origen si no era para rebajar el precio a los rateros y ladrones que combinaban su desconocimiento de los géneros con una indudable audacia. Se le sabía adicto a la cocaína si bien no aparecía fichado como traficante. Era hombre con relaciones entre mujeres de la vida y aún entre mediasvirtudes que alternaban a cierto nivel social y parecía más que probable que practicara en forma discontinua la alcahuetería. La herida era idéntica a la de los casos anteriores: una puñalada única y certera, y en cuanto al arma homicida tampoco fue descubierta. Se sospechó que el «asesino de la cruz» pudiera ser matarife de oficio y durante varios días me encargaron frecuentar bares y casas de comidas próximas al Matadero Municipal por si llegaba a mis oídos alguna noticia reveladora. Recordé que entre los empleados de la calle Vilamarí había un paisano mío y, tras de invitarle a beber y tirarle de la lengua, deduje que andábamos siguiendo pistas falsas y que el instrumento que empleaba el asesino no era herramienta profesional y que tampoco necesitaba ser un especialista puesto que el golpe era lineal y directo y cualquier hijo de vecino sabe donde tenemos situado el corazón. En este sentido informé con razonada amplitud a mis superiores que ni me lo agradecieron ni lo tomaron en consideración pues me enteré de que encargaron a un compañero continuar las informaciones en el mismo sentido. La incapacidad de los superiores se enmascara haciendo trabajar en balde a los subordinados.

Las incógnitas que rodeaban aquel caso y la incompetencia de mis jefes y compañeros para resolverlo, acuciaron mi amor propio que aunque anduviera un tanto quebrantado no se había extinguido del todo, y ese impulso me sugirió la idea

de visitar a don Wifredo d’Anglés, quien además del nombrecito era barón de algo, circunstancia de la cual me enteré más adelante. Vivía en el barrio antiguo en un edificio cuidadosa y artísticamente reconstruido; dueño de una rica colección de obras de arte, lo mismo cuadros de otros siglos que esculturas, tapices que piezas de cerámica, y una completa serie de armas en desuso por vetustas, gustaba de mostrarlas a quienes le visitaban, y era conversador de mérito versado en arte e historia. Hacia 1947 había sido víctima de un hurto: seis piezas de terracota que él estimaba mucho y, en consecuencia, presentó la oportuna denuncia. Las puertas no habían sido forzadas y de la inspección no se deducía que pudiera cargársele en cuenta a ninguno de los malhechores que teníamos fichados. Se sospechó de los sirvientes, de algunos visitantes de la casa, de desaprensivos conocedores del género que después lo vendían a bajo precio a anticuarios de Madrid, Valencia o Sevilla. En varias ocasiones me mandaron a casa del señor d’Anglés a inspeccionar puertas y ventanas, las cerraduras y unos tragaluces de las bohardillas; y de pasada averiguar con tacto antecedentes y relaciones del cocinero y más aún del ayuda de cámara. Tendría entonces don Wifredo poco más de cuarenta años que soportaba con arrogancia aunque el cabello andaba ya más próximo al blanco que al gris. Dada su posición y fortuna sorprendía descubrir en él leves señales de timidez y desaplomo. Se mostraba afable conmigo y acabó franqueándose: me ofrecía una importante cantidad de dinero (importante para la época, se sobrentiende) si me comprometía a realizar una gestión por su cuenta desprovista de cualquier carácter oficial: lo único que deseaba era recuperar aquellas piezas. Cuando acepté, cosa que no debía haber hecho aunque en ello tampoco había ningún mal ni se irrogaba perjuicio a inocentes, me facilitó el nombre y dirección de la persona en cuyo poder creía él se hallaba el producto de la sustracción. La gestión resultó fácil: cuatro mamporros aplicados a tiempo y apoyarle en la frente el cañón de la pistola fueron más que bastante. Aquel tipo resultó ser un blando disfrazado de matón, poca cosa. Abandoné el piso, donde al parecer vivía con una fulana, llevándome la maleta con las seis piezas envueltas en hojas de La Vanguardia. Porque me pareció que aquel mangante me miraba con hostilidad, al salir le arreé un sopapo de propina. Trabajaba por mi cuenta y riesgo, y a mi estilo. Ni mis jefes ni mis compañeros supieron nunca quién era el ladrón, que las piezas se habían recuperado, ni nada de nada; tampoco don Wifredo se mostró propicio a darme explicaciones. Percibí mis honorarios a tocateja y las atenciones del caballero d’Anglés (lo del apostrofe me pareció cursi y afrancesado, o tal vez catalanista), se prodigaron durante algún tiempo; más adelante fueron reduciéndose a un artístico *christmas* de esos por Navidades y en un par de ocasiones a unas botellas de buen vino.

Como tenía la convicción de que me quedó agradecido a pesar de haberme remunerado con largueza, se me ocurrió recurrir a él y a su hondo conocimiento de las armas antiguas. Me proponía tomar la iniciativa, resolver el caso por mi cuenta, y dar así una severa lección a mis jefes cuya incapacidad pondría aún más en evidencia.

D’Anglés me recibió con su acostumbrada afabilidad de cortesía, me mostró de nuevo sus colecciones y disipó mis sospechas dándome seguridades sobre la no existencia, que él supiera y sabía mucho, de armas de cuatro filos. Lo que aconsejaba es que dirigiera las indagaciones en otro sentido pues el criminal demostraba ser un maníaco cuyas habilidades artesanales le habían permitido fabricarse él mismo tan singular instrumento. Añadió que podía tratarse del dueño de algún taller de cerrajería, herrería u oficio semejante, y que la disimilitud de las víctimas, elegidas probablemente al azar, permitía conjeturar que se trataba de un perturbado mental.

De que el «asesino de la cruz» se había cargado al empleado de una gasolinera situada en una de las salidas de la ciudad, me enteré por casualidad en Jefatura al cuarto de hora de descubrirse el cadáver, y al acordarme de que a uno de los empleados del depósito judicial le saqué de apuros en ocasión que le inculpaban de la violación de una enfermera del Clínico (lo que no era cierto, y demostré que ella le había delatado por despecho al enterarse de que estaba casado), cogí un taxi y me trasladé al Hospital. En el depósito tuve ocasión de examinar el orificio de entrada que, limpiado con alcohol, quedaba claro y nítidamente dibujado. El arma tenía que ser fina, de buen acero y afilada, y el pulso que la manejaba firme, seguro. El empleado de la gasolinera, un cuarentón fornido según comprobé de *vistu,* estaba casado y tenía no sé si dos o tres hijos; andaba en apuros monetarios por mantener un segundo hogar, un pisito en el cual tenía retirada a una menor. Ni el salario era mísero ni poco lo que el occiso sacaba de propinas, y en horas libres se dedicaba, con el consiguiente sobresueldo, a encerado de pisos de madera. Cabía deducir que de no mediar el lío de faldas su situación hubiese sido holgada. Nos fijaron un plazo perentorio para averiguar quién era el asesino y para detenerle; y, como consecuencia, malos humores y peores maneras circulaban de arriba a abajo y de abajo a arriba, porque de nuevo se rumoreó de traslados en la plantilla.

Por aquellos días se recibió una denuncia de que en un bar discreto de la parte alta de la ciudad se despachaba tanta mandanga como cubaslibres o martinis, y me encomendaron establecer una disimulada vigilancia con objeto de pescar *in fraganti* a los presuntos culpables. Con mi traje dominguero me sentaba junto a una de aquellas mesitas cubiertas con manteles oscuros y desde allí podía mantener controlado al barman y observar si entraban sospechosos a los servicios. Mataba el tiempo hojeando revistras ilustradas y algo más tarde venía a reunirse conmigo una funcionaría de la Delegación de Hacienda que paraba en la misma pensión que yo, y a quien sólo a medias revelé los motivos de mi presencia en aquel bar y de que fumara tabaco rubio en sustitución de la habitual picadura. Ella, que era frívola de carácter y me tenía alguna afición, se prestó al juego y se emperifollaba para acudir a la fingida cita sentimental; todos supondrían que se trataba de una entrevista semiclandestina entre dos malcasados maduros y que ella, como suele ocurrir, me obligaba a esperar una hora o más. Conseguí una pequeña subvención para sufragar

aquellos gastos extra, y el trabajo era descansado; requería disimulo y mantener el ojo abierto.

Sea que alguien les pasara el chivatazo o que la distribución se efectuara por medios que escapaban a mi perspicacia, nada logré descubrir salvo, y eso no me afectaba ni como agente ni como particular, que el nivel moral de la parroquia dejaba bastante que desear. Al cuarto día de mi infructuoso acecho hice por casualidad un descubrimiento que me turbó y que provocaba en mi interior unas ganas de reír locas y desproporcionadas, y ello por un doble motivo, por el descubrimiento en sí mismo y porque venía a evidenciar mi carencia de sagacidad en determinados aspectos y ocasiones; y es que a fuerza de desconfiar de todos llega uno a confiar en quien no debiera. Hacia la media tarde entraron en el bar dos hombres de condición tan distinta que al momento fijé en ellos la atención: el de mayor edad me reconoció y durante un brevísimo instante estuvo a punto de dar media vuelta y abandonar el local, pero una reacción súbita le llevó a avanzar con resolución y sentarse con su compañero —su pareja, pensé para mis adentros— en un lugar apartado del que yo ocupaba, a mi espalda y al fondo de la sala. Fingí no haber advertido aquella vacilación y no giré el rostro ni una sola vez, como si no hubiese reparado en su presencia; al poco salí con el fin de hacerle creer al sospechoso que, ni le había reconocido ni aún parado mientes en su persona. Era un hombre de buena talla y compostura regular, elegante y juvenilmente ataviado. El cabello oscuro, algo rizado y largo según la moda que empezaba a imponerse. Usaba gafas de sol de gruesa montura y cristales color verdoso; no se los quitó y la luz del atardecer de otoño en la calle tampoco justificaba aquella precaución, salvo si se trataba de un camuflaje. El acompañante era un personajillo sin interés: unos treinta o treinta y cinco años, cuya modesta extracción social acentuaba su manera de vestir y la falta de acomodación entre su cuerpo y la ropa demasiado nueva por recién comprada. La identificación del caballero de la peluca rizosa y las gafas fue instantánea: don Wifredo d’Anglés. Había trocado sus ternos oscuros y sus corbatas severas por aquella indumentaria de colores claros y hasta chillona y un alocado *foulard*, y sus zapatos clásicos por otros deportivos y juveniles. Los motivos de lo que no dudo en calificar de disfraz y de su presencia en aquel bar tan poco frecuentado por personas de su mundo resultaba de fácil deducción; y nuevamente me reí para mis adentros por no haber imaginado antes sus debilidades, y hasta me regocijaba recordando las atenciones que tuvo hacia mí, nuestras charlas mano a mano en su casa y el haberme exhibido con él más de una vez en bares y restaurantes. Mientras telefoneaba a mi pensión —la misma de antaño — para que no pasara a recogerme por el bar la complaciente funcionaría de Hacienda, establecí dos principios: primero, que él me había reconocido, y segundo, que no advirtió que yo le identificaba.

* * *

En qué momento y por qué motivo comenzaron mis otras sospechas no sabría precisarlo con certeza de no errar. Nuestra profesión tiene algo de arte, y como el poeta, el músico o el pintor trabajan bajo influencia de la inspiración, a los policías pudiera ocurrimos algo semejante, salvando las distancias.

En quien primero pensé, y no sabría explicar por qué oscuras razones, fue en el descuidero de las terracotas cuyo nombre había olvidado. Me esforcé en avivar la memoria y comencé por recordar la calle; transitando por ella pronto identifiqué el portal de la casa donde años atrás estuve. Sin poner de manifiesto mi calidad de agente hablé con la portera y utilicé el pretexto de que el antiguo inquilino se largó sin saldar una deuda pendiente y dejando entrever que estaba dispuesto a recompensar a quien me ayudara a localizarle y presentar la factura. No conseguí su nueva dirección que ignoraba la portera y sí, en cambio, informes desfavorables sobre su vida y milagros, costumbre y amistades, y desde las primeras de cambio, su nombre y apellido. Como sospechaba, en la Dirección General tenía ficha abierta de homosexual y, recorriendo a mis soplones pronto supe dónde podía hallarle. El pájaro no me había olvidado y de nuevo, interpelándole con autoridad mientras le trincaba por las solapas con una sola mano, se derrumbó. Cantó las cuarenta y «Luisa Fernanda» por añadidura; nada retuvo en el buche y consiguió por tan sencillo procedimiento que en vez de golpearle, como fueron mi primera intención y continuo deseo, le convidara a unas cervezas. Sobre las torcidas inclinaciones del tal d’Anglés hubiese disipado mis últimas dudas de haberlas tenido, a pesar de que según el pajarraco juraba y perjuraba, con él no pasó de insinuaciones leves y medidas, y ni siquiera mencionó posibles compensaciones monetarias y fue esa demora en hablar claro lo que le hizo cortar por lo sano y arramblar con las terracotas, cuyo elevado precio el propio d’Anglés le había ponderado.

Con cautela y paciencia fui investigando sobre las cuatro víctimas del «asesino de la cruz» y repasé en la Hemeroteca Municipal cuanto en su día fue publicado en la prensa barcelonesa. Valiéndome de amenazas, pequeños sobornos, y promesas de hacer la vista gorda si llegaba el caso, anduve reconstruyendo la vida y hábitos de cada uno de los muertos.

El *xava* de la Barceloneta era un vulgar golfante y aunque blanco en cuanto a antecedentes, llegué al convencimiento de que ejercía una prostitución de doble filo; y me informaron de que extorsionó en cantidades modestas y utilizando el chantage como arma, a una joven casada del barrio que había tenido la debilidad de rendirse a sus aparentes solicitudes apasionadas en una caseta de los baños de El Astillero. Recurriendo a los compañeros de trabajo averigüé asimismo que el empleado de la gasolinera estaba dispuesto a sacar dinero de donde y de quien fuera, y que se había vanagloriado de recibirlo de mujeres, y según un empleado a quien hice beber en abundancia, si se terciaba, de hombres. Cavilando conseguí acordarme de que el salón de la casa de don Wifredo y quizá el gabinete y la alcoba estaban entarimados y relucientes cuando los pisos de madera no eran todavía corrientes en Barcelona.

Dadas mis relaciones en los bajos fondos, las noticias que recogí sobre el perista fueron copiosas: un delincuente desaprensivo, amoral y campechano. Su dependencia de la cocaína hizo que mis investigaciones derivaran hacia falsas pistas lo que me hizo perder tiempo, hasta que deseché relacionar los asesinatos con las drogas y su tráfico. Las víctimas, todas ellas de distintas edades y condiciones, eran hombres de buen aspecto, simpáticos en su trato, desvergonzados y, por gastar más de lo que ingresaban todos ellos, se veían acorralados por acreedores o por urgentes necesidades de numerario. Al de la gasolinera —fue la viuda quien me informó— le vencía una letra en los días de su fallecimiento, y de la primera de las víctimas, el industrial de familia conocida cuya cartera y reloj desaparecieron, supe que la industria de la cual era propietario y gerente se hallaba al borde de la suspensión de pagos y que por aquellas fechas él andaba de un lado a otro esforzándose por reunir fondos. Y, elemental querido Watson, lo que hizo la noche de autos fue acudir a una cita con alguien de quien esperaba le entregara una suma de dinero; y en aquel apartado lugar de Pedralbes halló la muerte. El que le despojaran de la cartera y el reloj era ingenuo truco para despistarnos. De sus costumbres íntimas poco conseguí averiguar: que se hallaba distanciado de su esposa y que dormían en alcobas distintas desde años atrás. Poco era, pero algo era, sin embargo, y el hilo de mis sospechas no se rompía tampoco por ahí.

Cerca de año y medio empleé en reunir prontuarios bastante completos; tenía ordenados en carpetas los resultados de mis observaciones y los antecedentes, y cuando abandonaba la pasión dejaba los papeles bajo doble llave. Algunos compañeros a quienes había interrogado sobre diversos aspectos y detalles o solicitado que me mostraran documentos, se guaseaban del interés que me tomaba en unos casos en los cuales sólo muy tangencialmente había intervenido. El próximo paso podía dar al traste con los resultados de mis pacientes pesquisas que a fin de cuentas se guiaban sólo por una vaga intuición. Comencé por visitar durante mis horas libres una biblioteca pública y me limité primero a consultar la Enciclopedia Espasa en los apartados, daga, estilete, estoque, puñal, cuchillo… Interrogando más adelante a la bibliotecaria tuve acceso a unos magníficos volúmenes ingleses con lucidas ilustraciones y reveladores detalles. En cuatro o cinco sesiones topé con lo que buscaba a tientas: un arma fina, precisa, de cincelada empuñadura, y aunque no dominaba el inglés y no quería hacer a nadie partícipe del descubrimiento, y menos a la amable bibliotecaria, comprendí que se trataba de un puñal florentino del siglo xvi, cuya hoja era cuádruple, o si se prefiere, dos hojas que se cruzaban a todo lo largo de su eje longitudinal y, por tanto, de cuatro filos. Medía unas once pulgadas, algo así como veintiocho centímetros y era muy afilada y puntiaguda.

El hallazgo me produjo una viva excitación y mi primer arranque, y una vez que hube apuntado los datos para localizar de nuevo el libro inglés, fue presentarme ante mi jefe y exponerle el resultado de mis estudios e investigaciones al tiempo que solicitar de él una orden de registro domiciliario. Mientras andaba por la calle fui

calmándome y con la calma vino la reflexión. ¿Qué pruebas irrefutables había reunido para el caso en que el arma no fuera encontrada en el registro? Un paso en falso podía llevarme a fracaso y en lugar de la admiración ganarme la repulsa y ser objeto perpetuo de las burlas de mis compañeros. Encadenando razonamientos llegué a conclusiones definitivas: nada iba a decir, porque ¿cómo podía yo justificar el hecho de haber interrogado extraoficialmente años atrás al mísero ladronzuelo de las figurillas. Y aún en el caso de que el puñal apareciera, que era más aleatorio, y la prueba judicial resultara terminante ¿cómo podía evitar que d'Anglés, estrechado a preguntas, cantara sobre la gestión que me encomendó, el dinero que me pagó por ella y varios etcéteras que justificarían sanciones graves?

Recurrí a una estratagema; tuve que esperar la llegada de la canícula, y comprobar, por medio de reiteradas llamadas telefónicas y muy discreta vigilancia, que Wifredo d'Anglés se había trasladado a una finca de su propiedad en la Costa Brava y que el servicio, o disfrutaba de permiso o le acompañaba durante el veraneo. Guardaba en la memoria la disposición de la casa, porque fijamos en determinados detalles y retenerlos en la cabeza, forma parte de la rutina de nuestra profesión. Opté por la puerta de servicio, con cerradura sencilla a menos que la hubiese sustituido, que daba a una escalera secundaria poco vigilada por los porteros y más descuidada aún durante el aplastante verano. Conseguido el molde de cera me dirigí a un viejo cerrajero a quien, en cumplimiento de mi obligación, tuve que detener hace años, y no sin culpa por su parte. Me confeccionó en pocos días una pulida y ajustada llave, ignorando por supuesto, cuáles eran mis propósitos. A última hora de la tarde me introduje subrepticiamente en la casa y para trabajar sin prisas ni sobresaltos esperé que dieran las diez y cerraran los portales. Casi dos horas tardé en encontrar el puñal florentino, cuya inconfundible hoja se hallaba disimulada por delicada funda de cuero repujado. No estaba junto a las demás armas sino en el propio dormitorio del sueño, colocada como al desgaire entre relojes y *bibelots*. En mi poder estaba la prueba; nadie me había visto, nadie podía sospechar de mí.

Por medio de una serie de llamadas telefónicas, alterando la voz, fingiéndome equivocado, o dando nombres falsos, supe del regreso a Barcelona del señor d'Anglés, quien por cierto tampoco tenía nada que ver con Inglaterra sino que por línea paterna procedía de un pueblo de ese nombre de la provincia de Gerona.

Lo demás ocurrió con sencillez. El sabía que el puñal había sido sustraído de su habitación, y sabía también que esa pieza podía ser prueba suficiente; lo lógico pues es que estuviera inquieto. Durante un mes le dejé cocerse en su propia salsa y debatirse en sus agonías. Imaginé un pretexto cualquiera —informes reservadísimos que necesitaba sobre un amigo suyo— y convinimos una cita por teléfono; le rogué que, dado lo delicado del caso, prefería que no me vieran los sirvientes ni se enteraran que iba a entrevistarme con él. Me abrió personalmente la puerta y le advertí envejecido y receloso. Tras circunloquios e invenciones que me llevaban a hurgar en la vida de un pariente suyo que no me interesaba, comenté lo mal pagados que

estábamos los agentes, la precariedad de nuestros sueldos ante la constante subida de los precios, lo menguado de nuestro retiro; farfullando casi, me dijo que si le prestaba un nuevo servicio, esta ocasión de carácter muy delicado, estaba dispuesto a sacarme de apuros para el resto de mi vida. Confesó que había sido objeto de un robo abominable que le convertía en posible víctima de un tremendo chantage; se quejaba de que siempre había sido víctima de astutos y despiadados chantagistas y añadió en voz queda, que, acorralado, se había visto forzado a defenderse. Estaba a punto de confesarlo todo, pero por mi parte no necesitaba más confesión. Acababa de atar el último cabo. Comprendí los motivos, pero cuatro muertos tampoco podían quedar impunes.

El quinto crimen del misterioso «asesino de la cruz» mereció los honores de ser publicado en primera página y en lugar preferente en las revistras gráficas; en aquellas épocas de censura política las noticias relacionadas con asesinatos cobraban mayor relieve y eran leídas con fruición por amplios sectores del público. Los compañeros bromeando me interrogaban sobre si había descubierto alguna pista esclarecedora, y mi jefe llegó a encomendarme pequeños servicios relacionados con el caso; cuando esto ocurría, mataba el tiempo en los cines o echándoles migas de pan a los gorriones del Parque de la Ciudadela.

Como ocurrió en los casos anteriores, nada llegó a averiguarse; las pistas se perdían en la confusión. Nadie fue capaz de descubrir el hilo que sirviera para hilvanar aquellos cinco casos tan dispares; y eso que presumían de linces.

Con el tiempo dejó de hablarse del «criminal de la cruz»; aquel fue el último de los asesinatos que le atribuyeron.

JUEGO PARA NO ESPERAR

Tomás Salvador

Nací un 9 de marzo de 1921, en un pueblo de la Tierra de Campos, llamada así porque los campos son de tierra, como en todas partes, pero es que los leoneses somos además poetas. Pasé a residir en Madrid a los siete u ocho años, estudiando en la Fundación Caldeiro, de franciscanos. La guerra civil me encontró allí y me hizo pasar mucho hambre. En 1941, me alisté a la llamada División Azul.

Regresé a España en 1942, y un año después era policía, con destino en Barcelona, de donde no me he movido desde entonces. Casado, cuatro hijos y una nieta.

Comencé a escribir en 1951. Hacía, y hago, las novelas de tres en tres. Me gusta este número mágico. Tres de aventuras, tres costumbristas, tres policíacas, tres de ciencia-ficción. Ahora he comenzado la triada histórica, con «El arzobispo pirata». La próxima serie, ¡Dios dirá! Esta forma de trabajo me ha permitido escribir y publicar unos 40 libros y ganar los premios «Ciudad de Barcelona 1954», Nacional de Literatura del mismo año, el «Planeta» en 1960 y me parece recordar que el de Cultura Hispánica en 1953. Aparte de eso, he ejercido la crítica literaria durante 25 años, y fundé el premio del mismo nombre. He escrito miles de artículos en prensa y radio y hasta he sido editor. Nunca he ganado sino el dinero justo para vivir dignamente y educar a mis hijos. Al final de mi vida, he conseguido la serenidad y espero conservarla. Todo lo demás es vanidad de vanidades.

Me gusta el género policial. Me es fácil escribirlo, porque he visto mucho y conozco la técnica. Sisa es una mujer policía, pero no una Modesty Blaise, ni mucho menos. Es humana, sencilla e inteligente. He escrito, aparte de este relato, cuatro novelas sobre ella y pienso continuar, porque me divierte mucho.

HAY un servicio policial que exaspera hasta máximo al inspector más veterano; cansado, agotador cuando precisamente lo que hay que hacer es nada. Es la espera, o a la espera, que dicen ellos. Plantones, y paseatas abundan en los hábitos policiales. La espera es algo más raro, aunque tampoco infrecuente. Consiste en ocupar un local, un domicilio una estafeta en el argot policial y una vez allí, esperar que vaya alguien o algunos, que a veces se sabe quienes son y a veces son una sorpresa.

Hay que empezar con sumo sigilo y las órdenes judiciales pertinentes. Se ocupa simplemente si está vacío, o se detienen a los que están allí, procurándoles otro alojamiento. Todo ello, sin que los vecinos se den cuenta y luego mantener el juego los días y las noches necesarias hasta que el pájaro aparezca por el nido. ¿Cuándo?, ¿cómo?, ¿de qué manera? ¡Ah, hermanos, esperando se sabe y esperar en un piso que se supone vacío, o ausentes los ocupantes tiene sus inconvenientes. Como decía Luis Arenos a Sisa Tórnente, la chica de Armas y su adorado tormento, cuando ésta le exigió explicaciones sobre el anuncio de una larga ausencia que no era ausencia, pero que…

—Si es de día, se trampea bastante bien. Uno echa una siestecita mientras el otro vigila, se leen los periódicos o los libros, se puede hablar con precauciones, fumar y hasta darle al bocata que metemos en la gabardina. Pero a la noche las pasas canutas. No puedes encender luces, hacer ruidos desacostumbrados, charlar a modo, ni fumar para que el olor no te delate. Hay que estar quieto, sentado o tumbado, esperando los ruidos, junto a la puerta, para echar un vistazo por la mirilla, y…

—¿Y por qué tienes que hacer todo eso? —preguntó Sisa, que atareada con unas cigalas había escuchado a medias.

—¡Bendito Dios! ¿Qué tienes en esa cabeza!

—Talento. Empieza otra vez y habla con más propiedad.

—Eso, y mientras yo hablo te pones morada de cigalas—. Pensaba que no te dabas cuenta.

—Me doy.

—Pues come y habla. ¿Es que los policías no podéis hacer dos cosas al mismo tiempo?

Arenos se lo pensó y decidió no meterse en belenes. De modo que se dedicó a las cigalas y fue la chica la que resumió el asunto.

—Vamos a ver si he entendido. Tienes que meterte en una casa, para esperar a Carmelo Basurto.

—¿Quién te ha dicho que es Carmelo Basurto?

—¡Vamos, cordero! Desde que el Carmelo se escapó, hace siete días, a la puerta de los Juzgados, no haces otra cosa que hablar de él. Hasta durmiendo.

—Eso no es cierto. Durmiendo no hablo.

—Bueno, ya has confesado. ¿Qué pasa con el Carmelo?

—Que no aparece, que es un asesino, y que todos los días piden mi cabeza desde las alturas.

—Que le den morcilla a las alturas.

—Amén. Pero tengo que encontrar a Basurto antes de que se cargue a uno de los nuestros.

—¿A quién?

—A mí, precisamente. Me la juró por éstas el día que le detuve.

—Si tuvieras que preocuparte por todas las amenazas… —No me preocupo, pero tomo más precauciones. Y una de ellas es detenerle.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Esa es la fija. No quiero que hagas nada, absolutamente nada.

—¿Por qué me cuentas el caso entonces? Siempre que lo haces es una forma disimulada de que te eche una mano.

—Ahora, no. Y si te lo cuento es porque es posible que tengamos que estar sin vemos una semana o dos, ¿quién sabe? Te prevengo reina.

—¡Que vamos a estar sin vernos una o dos semanas! No se acepta.

—El deber y todo eso, cordera.

—Que le den morcilla al deber.

—Amén, otra vez; pero tú no puedes venir conmigo. Y si yo me paso doce horas de vigilia, turno de noche o turno de día, luego tengo que dormir otras tantas.

—Tú y yo hemos trabajado juntos en algo más difícil que detener a un mangante.

—No es un mangante; es un asesino, y no es que sea difícil, pero es aburrido, monótono y pesado. Hay que hacer una sola cosa: esperar, esperar y esperar. No encender luces de noche, no hacer ruidos, que nadie sospeche que hay alguien dentro. Horas y horas escuchando los ruidos de la escalera, oteando por la mirilla, con la vaga esperanza de que aparezca por allí, que ni siquiera es seguro. Aguantar los nervios, contar ovejas y tener la intuición suficiente para hacerse el sordo si el que llama es el cartero, una chica guapa o un cura. ¿Te ves tú en este tinglado?

—Podría entretenerte haciendo «streptease»; aprovecharía para hacerte un jersey. En todo caso, eres el jefe del Grupo. ¿No puedes mandar a tus inspectores?

—No te voy a contestar a eso, Sisa.

—Supongo que no. Pero ilústrame al menos. ¿Qué tiene esa casa de particular?

—En ella vive un viejo amor de Carmelo.

—¿Hermosa?

—Según se mire, pues es un chico. Nos costó mucho encontrar el indicio. Muy pocos sospechan siquiera que Carmelo sea homo, incluso puede ser una pista falsa, pero es lo único que tenemos.

—Ponle cola al chico.

—Ya lo hicimos, pero lo dejamos, porque en ciertos ambientes se destaca demasiado.

—¿Y qué harás con el mancebo?

—Lo hemos detenido ya y se encuentra en un hotel, vigilado y aislado. No es una detención precisamente, sino una precaución.

—¿Y él lo acepta?

—Le he dicho que Carmelo sospecha que él se chivó y que juró matarle.

—¿Es que va a matar a medio mundo?

—Es como comer cigalas; entra en el gusto y…

—Animal.

Y así fue como una enfadada Sisa Torriente fue a visitar al Jefe de la Brigada Judicial. La chica sólo tuvo que bajar unos pisos, desde el quinto de su negociado al bajo de la Brigada.

—Carlos, tienes que hacer algo —fue la frase de saludo.

—Claro que sí. ¿El qué…?

—Dar a otro el servicio que tiene Luis.

—¿Cuál de los siete u ocho que tiene entre manos?

—Ese de meterse en un piso de un homo para esperar a un asesino. Si tú crees que yo voy a pasarme quince días sin mi ración de tío, os equivocáis tú y él.

—Sisa; no te entiendo ni palabra. ¿De qué estás hablando?

Carlos Treviño, el jefe de la Brigada sentía cierta debilidad ante y por aquella chica, desde que en una ocasión le salvó la vida. Pero también la tenía pánico. De ser una simple auxiliar de oficinas, un indudable talento deductivo, una originalidad sin límites, y un valor a toda prueba, la habían convertido en un ídolo de la policía; pero Carlos sabía que Sisa se dejaba trozos de alma y pellejo en cada caso —y eran varios en los que había intervenido— y no quería cargar con la responsabilidad de que algún día la dieran pasaporte para un lugar sin regreso.

—Pues te advierto que tomaré las medidas para impedirlo.

Y la airada chica se marchó dando un portazo, dejando perplejo al comisario, que, indudablemente, razonaba más despacio. Cuando Luis Arenos se acercó a su grupo para repartir papel, lo mandó llamar.

—Oye, Luis; esa Iocatis a la que llamas cordera ha estado aquí profiriendo amenazas. No he entendido ni palabra. ¿Qué asunto es ese que la encocora?

—Debe ser el de Carmelo Basurto. Puesto que no hay otra forma, voy a montar una espera en casa de un amiguito.

—Y tú, bocazas, se lo has dicho a ella, ¿no?

—¡Qué remedio! La espera puede ser larga y es posible que estemos días enteros sin vernos.

—Ya entiendo —gruñó Carlos—. Pero eso tendría que preocuparte a ti, no a ella.

—Yo también tengo mis cualidades, jefe.

—No me llames jefe y procura calmar a esa fiera. Ha dicho que tomará las medidas necesarias para impedirlo. Habla ya como el gobernador civil. ¿Tú crees que…?

—No sé lo que creo. Veré lo que puedo hacer con ella.

—¡Por Dios, Luis! Mantenla lejos del caso. Si le pasa algo a Sisa tú y yo nos tendremos que suicidar.

—Yo, dos veces. Pero lo que hay que hacer, se hace, Carlos. —¿Quién dijo eso?

—Alguien; un idiota jugando a capitán Araña. Carlos, si voy a estar de espera, procura mantener lejos de la Brigada a Sisa.

—¿Y cómo? Manda más que yo. A esos gaznápiros les pide que laman el suelo y lo lamen.

—Es tu problema.

El comisario dijo en forma gráfica lo que podía hacer el inspector jefe con los problemas y lo hizo de forma que escandalizó a todos los que estaban en el pasillo.

Horas más tarde, un atribulado Arenos, trataba de sofocar posibles rebeliones, comprobando más asustado todavía que la chica de Armas no ofrecía rebelión alguna.

—¿Qué estás tramando, Sisa?—Inquirió, desconfiado.

—Nada, corazón; tú me dices que espere y espero, como Ariadna.

—¿Quién era la tipa?

—La mujer de Ulises. Esperó a su marido largos años, tejiendo y destejiendo un cobertor o una manta. De noche, deshacía lo que hacía de día. Y así…

—¡Calla, que me atabalas! Sisa, te hablo en serio. Este asunto de Carmelo no necesita tu privilegiado cerebro. Es un caso de rutina, paciencia y pies planos. De modo que no incordies; quédate quieta.

—Sí, Ulises.

Fue todo lo que Luis Arenos pudo sacar; un respetuoso: sí, Ulises, fuere el tipo que fuere, más bien un perdulario.

* * *

Aquella misma noche, el Inspector Jefe de Homicidios y el inspector Azúe montaron el primer turno de la espera, en un coquetón ático de la calle Mandri, adornado con posters gay que sonrojaron a Azúe, antiguo seminarista. El estudio, de una pieza con los servicios, parecía lo que era: un nido.

—¿Has visto, Luis…?

—No hables muy alto, Felipe; ni te muevas innecesariamente. Si alguien viene, arrimaré la oreja a la puerta para saber si hay alguien.

—Sí, pero esto es un ático sobre ocho pisos más; usará el ascensor, digo yo.

—¿Y si no lo usa?

—Llegará resoplando.

—No, si se tienen veinte años y pulmones de acero.

—¿Un mariquita…? ¡Bah!

—Felipe; los tipos más duros y crudos que he encontrado eran homosexuales.

—Ya vi la película de Al Pacino, pero me pareció exagerada.

—No lo era, por lo menos para aquella gente. ¿Qué estará haciendo Sisa?

—¿Eh? ¿Qué dices?

—Te hablo de Sisa, tarugo.

—Eso entendí. Pero ¿qué pinta ella en todo esto?

—Eso es lo que me gustaría saber.

* * *

Sisa, a aquellas horas, cuando en la Brigada sólo permanecía la guardia, estaba tratando de que el inspector Lucas le dejara ver el libro de telefonemas, libro de avance donde las comisarías sintetizan para la Brigada los casos de delitos de mayor cuantía, y desde la Brigada se solicitan gestiones previas, antecedentes, análisis y mandamientos judiciales.

—El jefe ha dicho que te pongamos de patitas en la calle si apareces por aquí.

—¿De veras? Inténtalo, anda. Luquitas, guapo…

—¡No!

—¿Que no eres guapo? Claro que lo eres.

—Que no te diré nada.

—¿Y qué voy a querer que me digas?

—Lo que hace Luis, por ejemplo.

—Ya lo sé. Está a la espera para cazar a Carmelo Basurto, en el pisito del niñato ese que ahora se pega la gran vida en el hotel Oriente.

—Pensión Roma y va que chuta —dijo el otro.

—Eso. ¿Oye, es un pluma como dice Carlos?

Lucas, aburrido a su vez, se enfrascó en una disquisición sobre la diferencia entre ser gay, pluma, loca, carroza, homo, travestí o transexual, chapero, puto y sarasa. No todos los hornos lo demostraban exteriormente: el pluma, sí; una loca era el que se pintarrajeaba y vestía de mujer; una carroza, un viejo pederasta…

—Es un mundo extraño, a medias entre la angustia y la exaltación. No hay amor entre ellos. Hay una necesidad apremiante de satisfacerse físicamente, sin etapas intermedias, sin romanticismo. Un contacto físico, breve, brutal a veces y vuelta a empezar. Como si quisieran colmar en unas horas el hambre de siglos.

—¿Y ese chico…?

—¿Manolita? Sí, es un pluma: uno que lo demuestra, incluso a pesar suyo, guapo y amanerado, sin llegar a los veinte años…

—¿Tiene expediente?

—Lo tiene, pero no te lo enseño.

—Puedo verlo en el Archivo General.

—No hay nadie ahora.

—Dime algo sobre el Carmelo.

—Atracador desde los diecisiete años; a los dieciocho, mató un vigilante jurado de Banco; a los veinte, a un Policía Nacional. Detenido siete u ocho veces. La última

hace tres, con la base firme del asesinato; se escapó de los calabozos del Juzgado cuando le llevaran a declarar. Muy peligroso.

—¿Cuál es su barrio?

—¿Eh? La Mina, creo.

—¿Drogas?

—No. Tampoco sabe conducir. Se aparta de lo normal. Yo creo que es un sicópata muy peligroso.

—¿Fotos?

—Haylas, pero no te las enseño.

Sisa hizo un último intento.

—Lucas, tú sabes que yo me siento en un rincón, voy tragando datos, hago mis fichas, mi baraja y llego a unas conclusiones.

—Te he visto muchas veces. Y no es que no quiera ayudarte por miedo a don Carlos; es que yo mismo tengo miedo a que muerdas más de lo que podrías mascar. Por otra parte, es cuestión de tiempo, de rutina. No necesitas quemarte los enchufes.

Sisa no dijo nada. Sentada en una silla, estiró los pies sobre una mesa y cerró los ojos. El inspector Lucas la observó en silencio y acabo encogiéndose de hombros.

* * *

—¿Qué hora será? —musitó Azcúe.

—Las dos. Dormita un poco, si quieres —contestó Arenos.

—No puedo. Estoy nervioso. Dime, ¿contra quien conspiramos? A las dos de la mañana, entre susurros y armas preparadas.

—Yo diría que contra la libertad.

—¡Luis, hombre…!

—La libertad de los malvados, los que impiden a su vez la de los hombres normales. Algunas veces he pensado en ello, Felipe. ¡Extraña profesión la nuestra! Tenemos un poder negativo…

—Seguro que es filosofía de Sisa.

—Sisa —murmuró Araños—. ¿Qué estará haciendo ahora?

—Durmiendo, hombre, no te preocupes.

* * *

Sisa dormía con los pies estirados sobre una mesa. Lucas, de buen talante, entre llamada y llamada telefónica, hubiera deseado de buena gana despertarla, para charlar en las tediosas horas de la guardia, pero sabía que le haría hablar. Nada importante, que no supieran otros o estuviera en los archivos, pero tampoco era cosa de darle facilidades. Y sonó una vez más el teléfono.

—Sí… ¿Qué dices, hombre? ¿De dónde voy a sacar yo ahora un helado napolitano? ¡Y a mí qué me importa! Dale a chupar tu pirulí y a lo mejor se

conforma… No, no le dejes salir, dale un mamporro si es necesario…

Al colgar, miró con recelo a la bella durmiente. Una respiración serena y continuada le tranquilizó. Archivó algunos papeles hasta que, unos minutos después, un quejido le sobresaltó. Era Sisa, que se frotaba una pierna.

—Un calambre —dijo la chica—. Me parece que me voy a una cama de verdad. Me duelen todos los huesos. Cíao, Lucas.

—Que descanses, Sisa.

* * *

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Azcúe, despertando de su modorra.

—El ascensor —murmuró Arenos, tomando su pistola.

Descalzos ambos, sorteando los muebles que llevaban horas visualizando, se acercaron a la puerta. Esperaron allí lo que se les antojó largos minutos. Nada, salvo el ruido de una llave dos pisos más abajo.

—Falsa alarma. La chica del sexto, que trabaja en un cine. Volvieron a sus sillones.

—Tengo sed —dijo Azcúe.

—No abras los grifos. Hacen ruido.

—No exageres, Luis.

—Exagero, pero mando. Otra noche te traes un termo.

—Me zamparía un helado de nata y fresa.

—Sobre todo de fresa, ¿verdad?

* * *

Salvadorín Trigo, que montaba la guardia en el pasillo, se frotó los ojos.

—Sisa, ¿qué haces tú aquí?

—El helado para Manolillo, ¿no recuerdas? —dijo ella, mostrando el paquete.

—¿Qué helado?

—A lo mejor lo pidieron desde dentro y tú en la higuera. Pregunta.

El inspector Trigo tabaleó con los nudillos una primorosa copita de Ojen.

—¡Oye, Murcia! ¿Habéis pedido vosotros un helado? Porque aquí está Sisa con él.

La contestación sonó ilegible, pero segundos después el inspector Murcia asomaba la cabeza.

—¡Leches! Sisa, pero si tú…

—Cambio en los planes. ¿Cómo crees que me he enterado? En la Brigada.

—Bueno, trae…

—No; quiero hablar con él de mujer a mujer. A lo mejor le saco algo.

Los inspectores se miraron. Ambos conocían de sobra la vinculación de Sisa con su inspector jefe y en cuanto a presentarse con un helado a las dos de la mañana,

entraba de lleno en la heterodoxia de la chica. Dudaban, porque no hubieran podido ser policías sin dudar hasta de las sombras, pero la verdad es que estaban aburridos y con Sisa la diversión estaba garantizada. De modo que Murcia acabó encogiendo sus hombros y dejando paso a la chica.

Era una habitación igual a otra habitación de todo hotel de tres estrellas. Sobre la cama, un chico con pantalones, y blusa transparentes, se incorporó para ver quién entraba.

—¿Qué pasa? —dijo el chico.

—Nada, Manolillo, que llega «El rayo», servicios rápidos garantizados —dijo Sisa.

Sisa, veinticinco años, menuda, morena, con pantalones tejanos, pelo corto y una blusa holgada cubriendo sus senos, parecía un hermoso efebo. Debió producir buen efecto en el chico, porque éste palmeó un lugar en la cama, a su lado. Sisa se dejó caer.

—¿De verdad traes helado?

—De verdad. Una casatta napolitana. ¿Te lo vas a comer todo o nos invitas?

—¿Te gusta la casatta?

—Me chifla. —Sisa deslió el paquete, acondicionado para el traslado. Aportó igualmente unas palitas de madera.

—Todos invitados —dijo, generoso, el chico.

—Anda, dile a Salvadorín que entre —dijo Sisa al inspector Murcia.

—Pero…

—En el pasillo no hace más que alarmar. Pero si quieres, tomas la mitad de la casatta y las coméis los dos afuera.

—Mejor aquí. No me fío de ti.

Sisa puso cara de resignación y Murcia abrió la puerta para avisar a Trigo. Poco después, los cuatro, en perfecta armonía, se comían una casatta napolitana. Manolillo, intrigado, parecía disfrutar con la situación.

—¿Quién eres tú, chica?

—Soy Sisa, que es avutarda en Aragón. Un pájaro que corre mucho y vuela poco.

—¿Y también eres de la posma?

—Por partida doble. Por ser del Cuerpo y porque mi novio es el jefe de un grupo en la Brigada.

—¿Ese alto y guapísimo que parece Gary Cuper? ¡Oh, qué suerte!

—Sí. Tiene bastante suerte —comentó Sisa.

—¿Llevas pistola y todo eso?

—No. No me gustan las armas de fuego.

—Pero sabe kárate, Manolo, no te fíes —dijo Murcia.

—No es kárate; es kung fu —rectificó Trigo.

—¿No será judo? —dijo Manolillo, interesándose, que era lo que quería la chica.

* * *

A las dos y media de la mañana, Luis Arenos consultó la hora en su reloj luminoso. El tiempo transcurría tan tedioso que hubiera jurado por dos horas más. Hacía tiempo que los últimos rezagados de la casa usaran el ascensor. En alguna parte, seguía sonando un transistor o quizá fuese un radio casette. Alguien que no dormía. Se divertía tratando de identificar las piezas musicales. Acertaba al cincuenta por ciento.

—Ese es Mahler —dijo.

—¿Dónde? —saltó Azcúe echando mano a la pistola.

—Burro, el de la música.

—¿Qué música?

Luis Arenos suspiró. Caminando despacio, llegó al lavabo para mojarse los ojos. Iba a ser larga la penitencia. Estar con Sisa era una cosa; pensar en ella, otra.

* * *

Nunca, en los cánones policiales se sabía celebrado un interrogatorio de aquella forma: tumbados en una misma cama interrogador e interrogado. En el espionaje, sí; en el espionaje la cama era utensilio preferente. Sisa había convencido a los inspectores que la dejaran a solas con Manolillo. Rezongaron, pero sabían que el cerebro de Sisa era privilegiado, de modo que se fueron al pasillo.

—Oye, Manolillo. ¿Tú sabes lo que está pasando?

—Más o menos. Quieren cazar al Carmelo. Le van a esperar en mi apartamento.

—Y uno de los que esperan es mi Gary Cúper, ¿entiendes?

—No, pero parece divertido.

—¡Leches divertido! Me quedo sin hombre la tira de tiempo. Y soluciono eso o las voy a pasar canutas.

Manolillo se dio media vuelta en la cama y besó a la chica. Si era sarasa o no lo era, el chico sabía besar y Sisa por poco pierde la respiración.

—Entiendo eso —dijo el efebo.

—Me alegro que lo entiendas, Manolo, porque he pensado que tú me podrías ayudar.

—Ya les he dicho a esos cuanto sabía.

Sisa maniobró para apoyar la cabeza en el pecho del chico.

—Manolillo, siempre se sabe algo que no se sabe. Una cosa es contestar a unas preguntas elementales y otra ir dando rodeos hasta encontrar el recuerdo perdido. Pero esto sólo se puede hacer si hay una voluntad libre y con ganas de cooperar.

Manolillo volvió a un lado la cabeza y Sisa pudo notar que estaba llorando silenciosamente.

—Lo siento, chico.

—Me agradas, Sisa; pero es que me pides que ayude a todo lo que me ha insultado, pegado y odiado durante años. Cuando yo he necesitado ayuda, ¿quién me la dio? ¿La policía? ¿Los jueces? ¿Tú…?

—Entiendo, de verdad que entiendo, Manolo. Pero Carmelo es un asesino que ha matado ya a dos hombres.

—A tres…

Sisa tuvo el tacto de no sobresaltarse. En la Brigada le acusaban de dos, pero el gay los aumentaba. La sutil coacción comenzaba a funcionar.

—Tienes razón, olvidaba el primero.

Pero Manolillo estaba ya con las suyas.

—Los mismos que vienen a mí, por capricho o por vicio, son luego los que me ignoran y desprecian, Sisa. Y he nacido así. ¿Qué quieres que haga?

—No sé.

—¿Te doy lástima?

—No es precisamente lástima, Manolillo. Es toda la tristeza del mundo.

—Carmelo es un bruto. Mi tristeza es Carmelo.

—Está enfermo. Todos los que matan están enfermos. Sigue recordando, Manolo. Me odio a mí misma por obligarte a esto, pero si algo sabes y eso nos ayuda, tendrías mi amistad.

—¿Todo esto lo haces porque eres policía?

—No. Lo hago porque quiero a un hombre. El que está en tu apartamento, esperando.

—Tiene todas las ventajas. Dadle también alguna a Carmelo.

—Si miras así las cosas…

Sisa se volvió de lado. Manolillo aguantó, pero estaba claro que era más débil que ella.

—Sisa —dijo al fin—. ¿Te has puesto alguna vez al otro lado de la ley?

—Debo tener una mente perversa, porque lo he hecho muchas veces.

—Carmelo también lo hace.

Sisa intuyó que el muchacho acababa de decir algo importante, pero no conseguía dar con el misterio.

—¿Quieres decir que tiene dos personalidades?

—¿Por qué no? Como yo, como tú, como todo el mundo. Una cara para el día y otra para la noche. Una para ganar dinero y otra para gastarlo. Y ser mitad hombre y mitad mujer. Mitad fuego, mitad hielo.

—Hablas muy raro, chico.

—Me escondo y tengo muchas horas para pensar. Hasta hago poesías. O versos, si lo prefieres así, que una cosa es el verso y otra es la poesía.

—Déjame leer alguna.

—¿Aquí? Quizá tu hombre las haya encontrado y esté leyendo algunas…

* * *

Fue Azcúe el que encontró los papeles. A la luz de una linterna lapicero había estado fisgando en un secreter. Y encontrar los cajones secretos de un secreter es una broma para un policía.

—Mira, Luis. Unos papeles escritos. Parecen versos.

Arenos los tomó en sus manos —los papeles—. Están escritos a mano: «Yo, novia de la calma, entera todavía / acogida del silencio y del reloj dormido, / rapsoda sin fiereza que se cree los cuentos / floridos de la selva que no entiende mi rima…»

—Espera —dijo Azcúe, que escuchaba la recitación—, eso me suena a algo conocido.

—Todos los versos se parecen —musitó Luis.

—Algunos, no… Ya lo tengo: es John Keats, «A una urna griega»: ¡Tu novia, del sosiego, intacta aún…». Ha cambiado algunas formas, para adaptarlas a su circunstancia. Me jugaría el pellejo a que es así. «Prohijada del silencio y de las lentas horas…». ¿No entiendes?

—¿Y qué hay que entender, Azcúe. Un efebo que se compara a una urna griega. Y que imita a Keats, que era homosexual. Todo natural, como el que una urna tenga formas de mujer.

—Me gustaría que Sisa viera esto.

—¡Deja en paz a Sisa, entiendes!

* * *

A las tres de la noche, Sisa contemplaba al muchacho tendido a su lado, que mantenía los ojos cerrados.

—Manolillo, escucha.

—Llámame Silencio. Es como me llaman los que me quieren. También tiene dos sexos.

—Como quieras, Silencio; pero, escucha. La vida de mi hombre corre peligro. Y la de otros. No es tiempo para poesías.

—En eso te equivocas, Daisy. Si entendieras de poesía quizás pudieras encontrar a Carmelo.

—¿Cómo me has llamado?

—Daisy, en inglés, Margarita. Es casi tu nombre y eres como ella. Keats escribió un canción muy bella: «Canción de la Margarita». ¿Quieres que te la recite?

Una asombrada Sisa dio la vuelta al chico hasta encontrar su cara.

—¿Qué clase de hombre eres. Silencio?

—No soy un hombre, Daisy. No dejes que te engañe, también, mi presencia: parezco un chico, pero tengo veinticinco años.

—Ayúdame, por favor.

—Ya lo estoy haciendo. Pero no puedo hacer más si tú no cooperas.

—Te he traído el helado, recuerda…

Manolillo, o Silencio, rompió a reír, tanto que se alarmaron los del pasillo y Murcia asomó la cabeza.

—¿Pasa algo?

—Nada —dijo Sisa.

Murcia hizo un gesto excéptico y volvió a cerrar la puerta. Sisa pensó que tardaría mucho en olvidar, si es que lo hacía, aquella visión de ella y el chico tumbados en una cama, riendo a carcajadas: «Si se lo cuenta a Luis, voy a tener más líos que cien pares de demonios».

—Eres inefable, Sisa.

—Soy Daisy. ¿Cómo quieres que coopere?

—Siendo inteligente.

—Ponme a prueba —dijo ella.

—Lo haré.

Manolillo Silencio se levantó de la cama, buscó en el escritorio de la habitación una hoja de papel timbrado con el nombre del hotel.

—¿Tienes bolígrafo? —solicitó.

Sisa buscó en su inagotable bolso y entregó uno, barato, al chico.

—Quédate quieta ahora y no me distraigas.

—¿Vas a hacer un acertijo?

—Te he dicho que no me distraigas.

—¿Puedo sentarme a tus pies?

—Puedes, pero sin hacerme cosquillas.

Y así, durante cinco minutos. Sisa estuvo sentada a los pies de un gay que escribía con un bolígrafo barato, sobre el papel de un hotel. Y lo curioso era que le creía. Silencio tardó en empezar, como si tratara de recordar. Cuando, al fin, halló la pauta, escribió rápidamente y luego entregó el papel a Sisa Daisy.

—Toma. Si eres capaz de descifrarlo, te entrego a Carmelo.

—¿Sabes, pues, dónde está?

—Sí.

—¿Comprendes que con esto que me dices puedo detenerte y someterte a interrogatorio hasta que confieses?

—Puedes. Pero no lo harás.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque he estado muchos años a la defensiva, temiéndolo todo y he aprendido quizá demasiado sobre la naturaleza humana.

—Vale. Otra cosa, Silencio. Entre entregarme a Carmelo mediante una declaración sencilla y este galimatías, ¿qué diferencia hay?

—La inteligencia. No quiero que Carmelo caiga en manos de policías brutos.

A Sisa le ardía la cabeza. Por primera vez, encontraba a alguien más contradictorio que ella misma.

—¿Por qué tanto interés por Carmelo, que te hacía daño, como tú mismo has dicho?

—Pero no en el sentido que piensas —sonrió Manolillo—. Carmelo, en realidad, es mi hermano; hermanastro, pues mi madre lo tuvo con otro hombre cuando mi padre, y su marido, desapareció. Es cinco años más joven que yo y siempre lo he protegido. Pienso ahora —y en realidad desde hace tiempo— que ha ido demasiado lejos. Ha matado ya a tres hombres y un día le matarán a él. Quizá en la cárcel…

El suspiro que soltó Sisa casi la desinfla. Si la vida no era un tango, que se lo preguntasen a Manolillo-Silencio, o una tal Sisa-Daisy. Y a falta de palabras lo suficientemente sencillas, examinó el papel. Encontró algo que parecía un poema: leyó.

cuando cantan los pájaros con el din y el din din;
—«Era un enamorado con su moza,
con un hey, con un ho, con hey nonigó;
pasaban sobre el verde de los trigos,
en primavera, el tiempo de las danzas,
dulces enamorados quieren tiempo de abril».

Nada más. Leyó y releyó sin entender nada, bajo la mirada benévola del gay.

—¿No puedes decirme nada más?

—No, Daisy. Carmelo también merece una oportunidad.

—Está bien, chico. Regresaré victoriosa o no regresaré. Y me alegra haberte conocido.

* * *

A las tres de la mañana, Luis Arenos había examinado todos los papeles manuscritos, tratando de encontrar una clave. Lo único que sacó en limpio fue que el llamado Manuel Morales cultivaba la exégesis de los poetas ambiguos, como si a través de los siglos y el talento estuviera buscando una raíz a la homosexualidad. No se escapaba nadie; desde Shakespeare a García Lorca, desde Leopardi a Genet, todas las gamas del amor maldito eran cotejadas.

—Creo que nos hemos equivocado con Manolillo —dijo a un somnoliento Azcúa, que para combatir el tedio paseaba descalzo sobre las baldosas refrescadas—. Tendré que hablar con él nuevamente.

—¿Qué has encontrado?

—Que es del tipo intelectual y no creo que tuviera una relación homo con Carmelo.

—Pues el Carmelo venía aquí a menudo…

* * *

A las tres y media de la mañana, Sisa Torriente estaba llamando por teléfono a Ramiro Carnicero, profesor de filología inglesa, desde una cabina de las Ramblas. Costó sus buenos cinco minutos que una voz, apagada por el sueño, contestara a la llamada. Sisa se identificó rápidamente. Resulta que había hecho un pequeño favor al profesor y éste, agradecido, se le había ofrecido para todo. Aclarada su personalidad, Sisa indicó que necesitaba su sabiduría para un peritaje de suma importancia.

—¿Y no puedes esperar a mañana, hija?

—No. La vida de un hombre depende de ello.

—Está bien. Dentro de diez minutos te espero a la puerta de mi casa.

Dos antes, ya estaba Sisa en el lugar de la cita. El profesor apareció envuelto en una bata floreada.

—¿Quieres subir a casa o te basta con hablarme aquí?

Sisa le tendió el papel escrito. El profesor lo tomó, se ajustó las gafas y lo examinó con aire reconcentrado.

—Es una traducción, bastante buena, de un poema de Shakespeare. «A los enamorados les gusta la primavera». ¿Qué tiene de particular?

Sisa explicó, a su manera, el desafío que minutos antes le planteara el extraño sujeto llamado Manolillo-Silencio, la relación de éste con el asesino escondido y lo que ella pretendía. El profesor volvió a leer el papel, intrigado pero no convencido.

—¿Por qué no se lo llevas a un criptógrafo?

—No conozco ninguno. Y tengo la intuición de que es más sencillo que todo eso. El muchacho no me lo pondría imposible. También quiere una solución.

—Mira, subamos a casa y cotejaré los originales, a ver si hay alguna diferencia.

Una vez en el despacho del profesor, éste buscó una edición bilingüe de la lírica inglesa y encontró el poema: *«Lovers love the spring»*. Sisa siguió con el dedo el desarrollo de los párrafos.

—Aquí —dijo— el segundo verso, ¿por qué no está traducido como los demás?

—*Con un hey, con un ho, con un hey noninó;* porque no la tiene. Es una licencia poética, un grito gutural para expresar una alegría. Algo así como decir: *a la bi, a la ba, a la bin bombá.*

Sisa volvió al texto, conteniendo el aliento.

—Pero aquí Shakespeare escribió *noninó,* y mi chico escribió *nonigó.*

El profesor tomó el papel a su vez.

—Tienes razón. Además, ha escrito las jotas, por las haches aspiradas del inglés. O sea, ha traducido fonéticamente: *«jay»* por *hey, Go* por *ho.* Si lo hizo adrede, esta puede ser la clave.

Sisa pensó tanto que casi le sale humo de la cabeza.

—Tenemos, pues, tres alteraciones: *jay*, *go* o *jo* y *nonigó.* ¿Se le ocurre algo?

—Perdona, pero estoy medio dormido.

—A mí, que Jay es palabra vasca que significa juego. O un lugar en que se juega. ¿Juego-deporte? ¿Juego-azar?

—Espera, Sisa. Nonigó, ¿no te suena a algo?

—Ningo, mingo… bingo… ¿Bingo? El bingo es un juego.

—Seguro. Pero debe haber cincuenta o cien en la ciudad —dijo el profesor.

—Creo que nos lo dice también. Por ejemplo: es obvio que el bingo es un juego, ¿por qué recalcar la palabra *jay?* ¿No podría ser «Bingo Jay» o «Bingo Vasco», o bilbaino, o donostiarra? Profesor, déjeme usar el teléfono.

Marcó el número tan conocido de la Brigada, inspección de guardia.

—Lucas, soy Sisa…

—Pero ¡qué haces tú ahora…!

—No hay tiempo para explicaciones. ¿Llevamos nosotros un registro de los bingos?

—Dependen de Orden Público, pero guardamos los informes.

—Dime si hay alguno que se llame Jay, jai o algo vasco.

—Te puedo decir de memoria que no… Sisa…

—Estoy aquí… Lucas; seguiré pensando… No te vayas.

—No me iré, pero…

Colgó el teléfono y dijo al profesor:

—Pista errónea.

—Escucha, Sisa. ¿Y qué me dices del título? Resulta evidente que si identificas el texto, el título forma parte del juego. Prueba con *Love* o amor, con *Spring* o Primavera.

La consulta resultó igualmente baldía. Con ninguno de los cuatro términos había bingos registrados. Sisa, desolada, colgó el aparato.

—Y sin embargo, tengo razón —dijo.

—Yo también lo creo. Pero no te obsesiones. Vete a dormir y mañana será más claro.

* * *

A las cuatro menos cuarto de la mañana, Luis Arenos se cansó de meditar, se cansó de tanto calor y tanto silencio. Despertó a Azcúa que dormitaba.

—Escucha, ¿cuál es el segundo apellido de Carmelo?

—¿Eh?… Debo tener por aquí la filiación… No, ¡diablos! Me la dejé en la Brigada.

—Yo también vine limpio de papeles. Y el dueño de este apartamento es Manuel Morales Diez.

—¿Qué piensas?

—Que voy a tener que hablar con él más seriamente que hasta ahora. Y que estamos siguiendo un camino equivocado. Azcúa, levanta la tienda.

—A ti —rezongó el otro— lo que te pasa es que aprendes mucho de Sisa.

Luis Arenos no se enfadó. Por lo contrario, sonrió.

* * *

A las cuatro de la mañana, una Sisa con señales inequívocas de estar cabreadísima, entró en la inspección de guardia de la Brigada.

—Lucas, ¿está abierto el despacho del jefe?

—Sí, pero…

—Calla ahora, necesito pensar…

Y la chica se dirigió al final del pasillo, donde estaba el despacho del Comisario. Las luces estaban apagadas, pero las luces del pasillo suministraban la penumbra necesaria. Con los ojos medio cerrados se dirigió al sofá, donde se dejó caer.

—¿Estás cansada, cordera?

La voz provenía del sillón de la mesa. Sisa se incorporó a costa de pegarse un leñazo en un tobillo.

—¡Bestia inmunda! —gritó, al tiempo que se masajeaba—. Esa es mi Sisa.

Y Luis Arenos dejó el sillón para acercarse a la mujer, tomándola en sus brazos. Calmada la breve sed de la ausencia, Sisa se apartó de los labios amados lo suficiente para decir:

—Debí presumir que tú también llegarías a una conclusión. Yo voy más rápida, pero tú eres más seguro.

—Algo por el estilo. No sería digno de ti si me limitara a seguir tus pasos, o tú de mi, siendo mi sombra. Simbiosis. Por cierto, ¿cuáles son tus conclusiones?

Sisa se lo explicó todo, con poema incluido, con fracaso final programado. Estaba convencida que Manolillo decía la verdad, que quería acabar con la tragedia de un hermanastro que cada día caía más bajo, pero que tampoco se sentía agradecido a una sociedad represiva. Omitió, por descontado, la cama y su encanto personal en la rueda de las confidencias.

—A su manera, desea salvarle. Por cierto, son tres.

—¿Quiénes?

—Los muertos. Ha matado a tres hombres, no a dos.

Arenos, después de pensar, silbó tenuemente.

—Creo que ya sé quién es. Y ahora te voy a contar mi proceso.

Y lo hizo. El agobio y soledad de la espera. Las mil vueltas al recuerdo, los papeles encontrados y la intuición de estar siguiendo un camino equivocado. Manolillo no era un homo vulgar. Era un tipo cultivado. Su relación con Carmelo debería ser otra.

—Mira los apellidos: Manuel Morales Diez… Carmelo Basurto Diez. Hermanos de madre, como te dijo. Deberé hablar con ese chico.

—No, espera. Agotemos su juego. Yo he llegado a Bingo… Sigue tú.

Y tendió el papel al inspector, que no muy convencido lo examinó. Más por seguir la corriente que por convencimiento.

—Basurto es un barrio de Bilbao.

Pero el descubrimiento lo hizo Sisa. Al tender el papel con el membrete de la residencia, el nombre quedó al revés. Y leyó AMOR. Pero amor, o «love» era uno de los nombres probados. Tomó otra vez el papel y lo puso derecho.

—Roma —dijo.

Arenós comprendió que iba en serio. Abandonó el despacho para ir a la inspección. Volvió al poco tiempo.

—Bingo Roma. Está en la calle Casanovas. Retorcido el Manolillo…

—Vamos —dijo Sisa.

—Lucas y yo; tú te quedas aquí.

—No; yo voy. Todavía sé algo que tú no sabes.

—No, no puede ser. Tengo la prohibición estricta del Comisario.

—No habrá tiros, ni peligro, Luis. Lo sé, es parte del juego.

* * *

A las cuatro y media de la mañana, Luis y Sisa descendían de un coche «zebra» sin distintivos. El local no admitía ya clientes, pero todavía conservaba gente en el interior. El permiso, o tolerancia, alcanzaba hasta las cinco.

—Periodistas de «La noche en la ciudad» —dijo Sisa.

El portero o vigilante de puerta se encogió de hombros. A las cinco él se iría y si quedaba gente adentro allá la gerencia.

—Recuerda, Luis. Cuando yo te apreté el brazo, mira donde yo mire.

—¿Es que tienes la foto?

—No; también es parte del juego. Y déjame actuar a mí, aunque tú, al tanto.

—¡Malditos sean todos los juegos!

—Amén.

La sala binguera ofrecía un aspecto más bien lánguido. En realidad, ya no se cantaban números; pero el personal retiraba material, hacía cuentas mientras el bar servía bebidas a clientes demasiado excitados —o al contrario— para marcharse por las buenas sin comentar antes las veleidades de la fortuna.

La pareja deambuló sin llamar excesivamente la atención. De primera intención, Sisa encontró a su hombre.

—¿Dónde está la caja o lugar donde cuentan el dinero o guardan los cartones sellados?

Arenos indicó una puerta con el mentón. Hasta allí llegó Sisa, del brazo del hombre. La abrió. Tres personas estaban contando billetes, haciendo fajos y apilándolos. Uno más, con una insignia al pecho, sentado encima de una mesa, los observaba, más bien aburrido.

Sisa apretó el brazo a su compañero. Sus ojos miraban al hombre displicentemente sentado. Y era el vigilante, o guardia jurado. Sisa se dirigió a él.

—Hola, Carmelo.

El chico, pues era un chico de poco más de veinte años, se quedó lívido. Miró a la chica y al hombre que se le enfrentaban, lívido. Se dejó caer al suelo, mientras amagaba llevar la mano a la pistola que colgaba a su costado.

—No, Carmelo. Se acabó ya.

Luis Arenos no dijo nada, pero su pistola apuntaba a un palmo de los ojos del chico.

—¿Qué significa esto? ¿Un atraco? —gritó uno de los que contaban los billetes.

—No. Policía. El atracador es él.

—¿Camilo…? Pero si le aburre el dinero y lo guarda hasta que lo llevamos al Banco.

El Inspector Jefe no contestó. Segundos después, la pistola del chico estaba en su bolsillo y las esposas colocadas en las muñecas del aprehendido.

—Uno de ustedes, que nos acompañe a la Brigada de Investigación judicial —dijo Arenos—. No necesitan gastar gasolina. Tengo un coche en la esquina.

* * *

A las diez de la mañana, un asombrado Comisario jefe escuchaba las explicaciones de su Inspector jefe. Sisa, modestamente sentada en el sofá, ponía cara de no haber roto un plato en toda su vida.

—De las cosas más descabelladas que he visto en mi vida, ésta se lleva la palma. Y no os creería si no hubiese visto al Carmelo. Un verso del Chespir ese, un gay que juega a los enigmas y dos tontos del bote que juegan al bingo-verso y que se juegan la vida para detener al asesino más buscado de la ciudad.

—Carlos… —dijo Sisa.

—Tú te callas. No me hablo contigo.

—Entonces, no te explico el final.

—No lo necesito. ¡Fuera los dos!

Conque se marcharon al despacho del Grupo de Homicidios. Ambos tenían sueño, pero podían esperar. No podían ser frecuentes esas simbiosis de vida, peligro y triunfo y necesitaban saborearlas.

—¿Qué final es ese? —preguntó Arenos.

—Espera…

—¿A qué?

El dedo de Sisa señaló la puerta. Siguió señalando hasta que tres segundos después el Comisario jefe asomó la cabeza.

—Está bien, está bien. Explícame ese final.

—Siéntate, Carlos. Es muy simple. Mientras yo sonsacaba a Manolillo…

—¿Cómo supiste que estaba en la Residencia Roma?

—Yo no se lo dije, Carlos —dijo Arenos.

—Fue un pajarito. Y como decía, mientras le sonsacaba él me dijo que si yo, alguna vez, me ponía al otro lado de la ley. Le dije que sí, que mentalmente yo procuraba saber cómo eran las dos caras de la moneda. Entonces, él me dijo, como sin querer: que Carmelo también lo hacía. Aquello fue el principio del juego. Manuel Morales, que gusta de llamarse Silencio y que ha estado a la defensiva toda su vida, quería acabar con la racha criminal de su hermanastro, pero que no cooperaría con una policía excesivamente rígida y sin imaginación para ver el anverso y el reverso de las cosas. Luego, me dio en bandeja el soplo, siempre y cuando yo supiera estar, como dije, a ambos lados de la frontera. Cuando encontramos el bingo, comprendí que encontraríamos a un Carmelo, como decía su hermano, a este lado de la ley, aunque sólo fuese por contraste. Y eso sólo podía significar que tenía que ser guarda o vigilante.

—Armado. O por el arma.

—Sí. Pero le encontraríamos en su papel. En vez de robar el dinero, lo defendería. Ya nos explicará alguien el misterio de esa doble personalidad. Manolillo también dijo que todos la tenemos. Carmelo no ofreció resistencia, porque estaba dentro de esa otra personalidad. Tenía que ser así, o todo el juego estaba equivocado.

—Sí —suspiró el comisario—. Y como yo también he leído a Chespir, te diré: que está bien lo que bien acaba. Pero ¿me quieres aclarar por qué te metiste en ello?

—Porque no podía esperar que este larguirucho estuviese quince días lejos de mí.

A este larguirucho se le pusieron de punta los pelos del corazón. El comisario tragó saliva y se limpió una mota de los ojos.

—Está bien. Id a dormir algo, que tenéis cara de sueño.

Ambos, chico y chica, se echaron a reír sin ponerse de acuerdo. Todavía reían cuando el Comisario entraba en su despacho.

EL CRIMEN DE LAS TRES EFES

Ramón J. Sender

Nací el 3 de febrero de 1901 en la aldeíta aragonesa llamada Chalamera del Cinca. Mi infancia y adolescencia las he contado en algunos de mis libros, sobre todo en «Crónica del Alba» y en «Los cinco libros de Ariadna».

Aunque en su conjunto mi vida me parece bien ordenada y apacible, la verdad es que he tenido toda clase de accidentes tormentosos. De alguno de ellos me es doloroso.

He escrito bastante y sigo escribiendo tanto o más que en mi juventud. Sin embargo, no suelo trabajar más de dos o tres horas por la mañana. El resto lo dedico a vida social o al dolce far niente.

He tenido generosas críticas más fuera que dentro de España, aunque tampoco puedo quejarme de los comentaristas e historiadores de mi patria. El novelista inglés H. G. Wells dice en su Historia Universal que para entender a España hay que leerme a mí. Dios se lo pague. Aunque no estoy seguro de que leyéndome a mí llegue a entender nadie a España tal como se nos muestra hoy.

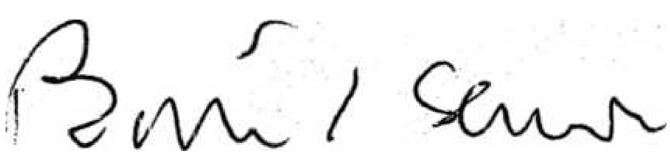
Otros autores de importancia han dicho cosas muy generosas, lo mismo en Rusia, en Alemania, en Francia o Italia. Pero lo que me satisface del todo es la atención creciente del pueblo español que parece interesarse cada día más por mi modesta producción.

No tan modesta al menos en cantidad.

Alguna vez tengo críticas adversas, pero la reacción del público es entonces más favorable porque la llamada clase media es cada día más entendida en buenas letras y la llamada «crítica oficial y académica» la entiende «al revés», lo mismo que yo.

Es decir, que leen más y mejor a los que estamos fuera del marco de la cultura burocratizada. (Algunos picaros pronuncian esta última palabra con erre doble).

Aunque no es para tanto los picaros tienen a veces razón.



EN UNA novela mía reciente que se ha leído mucho, titulada «La mirada inmóvil» —me refiero a la mirada del enano de Vallecas, de Velázquez, aunque en la novela se habla por error del «bobo de Coria»— aludo a un individuo que por algún tiempo se hizo en Los Angeles una reputación como la de Jack el Destripador. En serio.

Y con motivo, aunque haya algo que explicar sobre la materia.

Fue un caso de veras complicado y vale la pena contarlo del todo porque en «La mirada inmóvil» no hice sino una ligera alusión. Ligera e incompleta. Ahora explicaré del todo lo que sucedió con aquel Jack o Jacques (empleaba los dos nombres) que tanto dio que hablar en Los Angeles y más concretamente en Hollywood.

Decía yo en «La mirada inmóvil» lo siguiente:

«Hay gente rara en el mundo y no lo digo por Aga, que el pobre no es sino una víctima de sí mismo, sino porque los dos teníamos un amigo en Hollywood que quiso ser actor de carácter —de segundo orden— y no pudo y entonces decidió ser nada menos que protagonista. Protagonista de no importa qué. Rara idea. Extraña vanidad. Porque lo que protagonizó fue de veras por la vía más excéntrica del mundo. Cuando alguien se suicidaba en Los Angeles o en alguna de las poblaciones satélites de la gran ciudad y no había dejado una carta declarando su triste decisión nuestro actor fracasado llamaba a la policía desde un teléfono público y decía: “Soy yo el que ha matado a Mr. Brown o Mr. Smith o Mr. Sanders. Estoy limpiando la ciudad”».

El mundo está lleno de esa clase de extrañas criaturas que quieren llamar la atención por las buenas o las malas.

El nombre legal de ese Jacques era William Kline, y tampoco era su nombre natural porque había nacido en la Argentina y se llamaba Juan Pérez. ¿Se puede tener un nombre más ordinario? Tal vez fue esa circunstancia la que lo empujó a Hollywood, emporio de la vulgaridad resonante.

«No tardaba en producirse otro suicidio, y otra llamada de nuestro amigo con vocación de protagonista. “Soy Jacques, el que ha matado, y tengo dos golpes más en preparación o tal vez tres. No indaguen porque no encontrarán indicio alguno. Soy más listo que todos ustedes.”

«Llevaba más de veinte *asesinatos* cuando la gente comenzó a sentirse inquieta en todas partes. Nadie se sentía seguro. Aquel Jacques estaba en los labios y en la mente de todo el mundo.

«Hasta que un día lo atrapó la policía. Y lo curioso es que se salió con la suya porque hicieron luego una película donde aparecía un maníaco en las mismas condiciones que nuestro amigo. Lo malo es que no lo contrataron a él como actor, sino a un profesional famoso. Entonces el maníaco de los protagonismos subió a un edificio muy alto en cuyo último piso había un restaurante con el nombre de “El Bucanero” y se arrojó a la calle.

«Para no dejar lugar a dudas escribió unas líneas diciendo que nadie lo había empujado. No quería que alguien se protagonizara a su costa.

«Son cosas que pasan en el mundo. Todas las cosas en este mundo son igualmente raras, bien mirado. Y ciertas. Certísimas en su rareza. Aquel protagonizante que decía estar asesinando gente llegó a producir en los vecinos de Los Angeles el pánico que nos produce la vida detrás de cada deleite y que la mayor parte de la gente no ve o no quiere ver.

«Pero ese protagonizante está en todos nosotros —que hemos sentido el deseo de asesinar más de una y de dos veces— y que no nos hemos atrevido por miedo a Dios o al juez.

«Aquel tipo quiso incorporarse después de muerto a la pequeña pandilla de Aga y se le apareció un día en el espejo del cuarto de baño.

»—Yo soy también su coduenco —decía despistado, porque ignoraba la palabra exacta.

«Lo rechazó Aga, desdeñoso, pensando: “Este tío en el otro mundo ha sabido tal vez algo de mis meritísimos coduencosmas y quiere mezclarse entre ellos”. Lo mandó a hacer gárgaras, a freír espárragos, a escardar cebollinos, a que le frieran un huevo, a tocar el violón a la luna de Valencia, a que le dieran morcilla y finalmente a los cuernos del buey Apis, de Egipto.»

Pero antes de que se arrojara desde el tejado del «Bucanero» hizo otras muchas cosas memorables y sobre todo una que merece mención muy especial. Declarado inocente de aquellos «crímenes» y considerado por todos como un ejemplo de idiotez y de vanidad inofensiva —ambas cosas eran más que falsas— decidió hacer dinero y se fue a jugar a Las Vegas.

Como tantos otros tenía su sistema infalible para ganar a la ruleta. Es verdad que esos sistemas existen en todos los juegos donde intervienen los números, pero hay que tener en cuenta muchas circunstancias.

Un jugador puede ser inteligente y Jacques lo era, pero la ruleta lo es también y la rueda giratoria independientemente de ellos, no lo es menos.

Hay muchos misterios con el dinero. Por ejemplo, su funcionalidad mágica. Uno tiene mil dólares y los deposita en la ventanilla de un banco. Al día siguiente esos mil dólares se han convertido en tres mil y no por algún milagro de la Bolsa sino porque el banco a su vez los ha prestado a un comerciante. Aquellos mil dólares existen para el que los depositó, para el banco que los tiene y para el comerciante que los recibió como préstamo. Hay que añadir además las ganancias que esos tres mil dólares están produciendo en el negocio del comerciante, en los intereses gananciales del banco y en los del cliente que los depositó. Así, pues, además de ser tres mil esos dólares van creciendo cada día en tantos por ciento paralelos. Y contantes y sonantes.

La gente no se detiene a pensar en los misterios del dinero. Jacques pensaba en esas y otras muchas cosas relativas a lo que un amigo bastante sabio de Aga llamaba

la inmanencia y la transcendencia del oro y del papel respaldado por el oro y por el patrón de productividad industrial.

Todavía se podían añadir algunas circunstancias de orden psicológico, pero no debían ser manifestadas concretamente por cifras y era mejor dejarlas aparte. Nuestro amigo no creía en supersticiones. Y sin embargo…

Todo hay que tomarlo en cuenta. Al fin la psicología es la manera de entender las cosas a través del sistema emocional, que no es ninguna broma. Jacques fue a Las Vegas dispuesto a hacer dinero.

Es fácil eso. Pero antes que nada es necesario que le guste a uno, el dinero. Para hacer dinero en la ruleta debemos sentir la fascinación del dinero. De otro modo se juega por jugar y se goza lo mismo perdiendo que ganando. Ese es el riesgo mayor. Era lo que le sucedía al jugador de la novela de Dostoievski.

Era también el caso de Jacques, pero dándose cuenta del peligro este jugador decidió crearse intereses nuevos. El más importante consistía en dar al dinero ganado en la ruleta un valor sustancialísimo —digámoslo así— en la vida y en cada momento de la vida.

La mejor manera, el amor de la mujer. Una mujer hermosa y accesible es siempre una buena inversión. El jugador ama a la hembra y ésta ama el dinero.

No faltaban esas mujeres en Las Vegas. Y precisamente en los casinos de juego, con sus restaurantes de lujo y sus hoteles. Es muy inteligente integrar los casinos con sus cincuenta mesas de juego (planta baja) y trescientas máquinas traganíqueles (vestíbulo) en hoteles de doce o quince pisos. Integrar el ejercicio del juego de azar en la vida natural de cada día y cada noche. En las habitaciones se dormía y se hacía el amor, en los restaurantes se comía y se aplaudía a bailarinas o cantantes llenas de atractivos y en las inmensas salas de juego se jugaba. Todo eso junto representaba una manera de congruencia inteligente y de felicidad accesible.

Sobre todo accesible a los que como Jacques tenían un sistema infalible para ganar a la ruleta. Como he dicho allí donde hay números puede haber infalibilidad. Si es así, ¿cómo hay tantos jugadores inteligentes que se arruinan? Es la dimensión psicológica en la cual la gran mayoría de los jugadores gozan, como he dicho, lo mismo cuando pierden que cuando ganan. Para salvarse de ese peligro Jacques decidió enamorarse. Y ¡vaya si se enamoró! Era Jacques muy propenso a los placeres eróticos. Y fue a enamorarse precisamente de una de las actrices del «entertainment» que actuaban en el vasto escenario de su restaurante preferido. Le llamó la atención una artista cuyo primer nombre era Marilyn. Aunque había nacido en Cuba.

Hay que explicarlo. Cuando Marilyn Monroe se suicidó, quiso Jacques acusarse a sí mismo de haberla asesinado e iba a llamar a la policía desde un teléfono público de Wilshire Boulevard en Los Angeles cuando se dio cuenta de que no se trataba de un suicidio sino de un error accidental en el uso de drogas somníferas. Marilyn Monroe, la novia de todos los hombres, tenía sus horas tristes como cada cual y si eran proporcionales a sus alegrías debían ser de una angustia realmente difícil de tolerar.

De ahí las capsulitas de colores. Y las tabletas blancas. Y los cigarrillos negros. Y los LSD. Y los «ángel powder». Y tantas otras cosas de apariencia menos alarmante como el Valium y el Lithium.

No pudo protagonizarse con la muerte de Marilyn Monroe y bien que lo sintió. Cuando vio a la otra Marilyn en la escena se abandonó confiadamente a sus ilusiones: era un poco más alta que Marilyn Monroe, tenía los muslos más largos (a Jacques le gustaban así) y parecía menos infantil, pero tenía en cambio las ventajas de esa armoniosa madurez que suele hacer a las mujeres más responsables.

Además protagonizarse sin asesinato y sólo por la generosidad de un amante que sacaba grandes sumas de la ruleta le parecía también admirable. Como se ve, Jacques, igual que la mayor parte de los hombres, buscaba pretextos para justificar el amor por sí mismo que había sentido siempre.

El sistema infalible para ganar en la ruleta era muy simple: jugar doblando. Todos los matemáticos y físicos del mundo están de acuerdo en que si se arroja al aire una moneda veinte mil veces, diez mil caerá de cara y diez mil de cruz. Quizás ese empate se produce varias veces antes del veinte mil y desde luego volverá a producirse después del veinte mil. Pero es un hecho misterioso que depende quizá de la redondez del planeta giratorio, de la redondez del sistema solar y de la redondez de la Vía Láctea que también da vueltas sobre sí misma. Excuso decir que la rueda de la ruleta y la noción Jacques-Marilyn-Dinero-Marilyn-Jacques reiterante y sin cesar correspondía a aquellas evidencias girandolinas.

Si las suertes de la ruleta se repetían no había sino doblar la cantidad que se había puesto a rojo y negro, o par o impar o bien «pasa» o «falta». Un dólar perdido, dos dólares perdidos, cuatro dólares perdidos, ocho dólares perdidos, dieciséis dólares perdidos y de pronto treinta y dos dólares ganados. Ya había una base aunque fuera pequeña para arriesgar no el propio dinero sino el de la empresa. Si en lugar de comenzar con un dólar se comenzaba con cien, los resultados podían ser mucho mayores y más rápidos.

El primer día (antes de conocer a Marilyn) ganó seis mil dólares. El «dealer» [1] lo felicitó con una sonrisa humorística con la cual parecía estar diciendo: «Tú volverás aquí y dejarás todo eso y mucho más». Es lo que suele suceder.

Se dio cuenta Jacques de las reservas expertas del «dealer» y cuando estaba en el restaurante devorando con los ojos a Marilyn decidió hacer de aquella mujer su garantía defensiva.

No era difícil «ligar» con aquellas bellezas profesionales. Bastaba con responder a sus gracias provocativas —Marilyn bajaba a la sala y se acercaba a algunos comensales— con un regalo sustancioso, es decir, de un valor de mil dólares, más o menos.

Fue lo que hizo Jacques. Ella recibió una sortija de oro con un rubí y preguntó graciosamente:

—¿Es una promesa de matrimonio?

—Al menos es un peldaño hacia la luna.

—¿Qué luna?

—La luna de miel.

Y los dos rieron. Ella además lo besó en la frente con aire casi maternal, lo que hizo reír a los de las mesas próximas.

Así fue el comienzo.

El camino hacia la intimidad fue fácil, como se ve. Y no se trataba ya de regalar sortijas sino de insinuar promesas mayores. Mucho mayores. Lo bueno es que a medida que Jacques hacía esas promesas se daba cuenta de que las hacía más en serio.

Excuso decir que ponía la mayor atención en los juegos de la ruleta. El azar parecía serle propicio porque acertó varios plenos. Antes sólo jugaba a suertes iguales, pero viéndose con ganancias tan cuantiosas, decidió arriesgar más. Ahí es donde suelen caer y arruinarse los jugadores viciosos, pero el azar seguía siéndole propicio. Cuando se lo dijo a Marilyn ella le respondió entre dos besos:

—No me extraña. Yo suelo dar suerte.

Por si acaso, Jacques siguió jugando sólo a suertes iguales —color, par y pasa—. Cuando las tres suertes coincidían (lo que era frecuente), la suma era de veras elevada. Y Jacques al final iba a cambiarla al comptoir donde recogían las fichas y daban el dinero en buenos billetes verdes.

En aquella sala de juegos había empleados de todas clases incluso algunos policías uniformados que acompañaban a los que llevaban en carretillas de mano misteriosas cajas cuidadosamente selladas conteniendo sin duda millones de dólares y no precisamente en fichas de madera. Detrás de cada uno de aquellos carritos iba siempre un policía de polainas de cuero, pantalón azul, camisa del mismo color con la insignia profesional que se repetía en la gorra. Y al costado el pistolón clásico calibre 45 largo.

La seriedad de aquellos policías era impresionante.

Eso le dijo un día Jacques a su Marilyn y ella soltó a reír muy divertida y en sus diferentes registros cada carcajada anunciaba otra mayor. Jacques no quería comprender. No creía que tuviera tanta gracia, pero acababa riendo también.

Un día le preguntó ella:

—¿Has visto al policía? Es el hombre de las tres efes: feo, fuerte y formal.

—¿Por qué?

Ella volvió a reír sin responder.

Aquella noche, cuando Jacques se quedó solo en su habitación tardó en dormirse probando a descifrar el sentido de las risas de su Marilyn. Le había dicho ella que el hombre ideal debía tener aquellas tres efes: feo, fuerte y formal. No creía Jacques ser ninguna de aquellas tres cosas. Se consideraba en cambio inteligente e intrigante. Algunas mujeres le habían dicho también que era guapo, pero realmente en los

hombres eso no cuenta gran cosa. Las mujeres en cambio si son feas están perdidas. El policía tenía las tres efes según Marilyn.

Por cierto que ese nombre tampoco era el que le pusieron al bautizarla. Nació con el de Josefa Pérez —rara coincidencia de apellido con Jacques—, pero sus amigas la llamaban Pepa-Pe. Al salir de Cuba se dio a sí misma el nombre de Marilyn. Para que sonara mejor, Marilyn Sandra. Sus amigos masculinos la llamaban en Cuba cariñosamente Josefina Perezita. En cambio a Jacques le decían en su tierra natal no Juan Perecito sino Perezoso.

No sólo coincidían los dos en llamarse Pérez sino en hablar un inglés bastante torpe. Pudiendo hablar buen español preferían el inglés de los gangsters italianos. Todo aquello los aproximaba o al menos eso creía Jacques al principio.

Llevarían cuatro o cinco semanas en dulce coloquio cuando se dio cuenta Jacques de que estaba jugando y ganando dinero casi exclusivamente para ella. El se lo daba en custodia y ella se las arreglaba para escamotearlo y ponerlo en su propia cuenta en el banco.

Una noche a vueltas con mil reflexiones se dio cuenta Jacques de que estaba enamorado. Cosa rara. Creía haberse inmunizado desde que sus asesinatos frustrados hicieron de él un hombre ligeramente y siniestramente ridículo.

Ser cómicamente ridículo puede ser más o menos tolerable, pero siniestramente ridículo es demasiado. No hay manera de salvarse ante los otros ni ante sí mismo.

Todo eso le preocupaba cada día más. ¿Siniestramente ridículo? Era como esos esqueletos que bailan la danza macabra en las pinturas de la Edad Media o modernamente con música de Saint-Saens. El nunca había podido reír con aquellas bromas.

Una noche soñó con el policía de la sala de juego. Los sueños son poderosos auxiliares de nuestra fantasía e incluso de nuestra discreta inteligencia. Comprobó en el sueño que el policía era feo, fuerte y formal y que le gustaba a Marilyn. A fuerza de pensar en aquel sueño no pudo menos de decírselo a ella.

Marilyn en el escenario del restaurante había cantado una canción mirándolo con picardía y hablando de un hombre feo, fuerte y formal que la perseguía. ¿La alcanzaría o no? Había que preguntarle a otro hombre misterioso y esperar no su respuesta sino su silencio. Por esos silencios se conoce a los hombres de las tres efes.

Ella, la picara, volvía a reír pequeñas carcajadas en distintos tonos y a hacer ligeros escorzos de rumba guantanamera. Porque Marilyn, aficionada a jugar con las palabras y a definir a los demás y a sí misma por tres iniciales decía que era la de las tres R: risueña, rumbera y ruletera. Esto último porque directa o indirectamente vivía de la ruleta.

—Entonces ¿qué dirías de mí? ¿Soy el de las tres efes? —preguntaba él ingenuamente.

—Noooo…

—¿Pues qué soy?

—El de las tres G.

—Explícamelo.

Ella se ponía coqueta, adulona y ligeramente burlona:

—Eres guapo, guarango y guitarrero.

Guarangos son los argentinos presumidos y supernacionalistas según se llaman ellos mismos.

—Yo no sé tocar la guitarra.

—No lo digo por la guitarra sino por la guita. ¡Mira este!

Se decía Jacques: «El hombre feo, fuerte y formal debe ser alguien que la ha perseguido y alcanzado hace tiempo. ¿Quién será?». No se atrevía a pensar que fuera el policía, pero cada vez que lo veía escoltando un transporte rodado sospechaba que aquel era el arquetipo de Marilyn. Aquel y no otro. Sentía un naciente rencor.

Nunca había tenido Jacques una idea elevada de sí mismo. Así, pues, no era tan «guarango». Se creía sin embargo capaz de todo. Pero no merecedor de nada que representara y justificara alguna clase de autoridad social.

Odiaba ya con toda su alma al policía y ese odio despertaba alguna clase de instinto agresivo. Seguía jugando a la ruleta y ganando. No se apartaba del sistema de las suertes iguales y el doblaje. Si antes jugaba con serenidad ahora lo hacía frenéticamente como si odiara al «dealer».

—¿Qué le pasa, Mr. Klein? —preguntaba el croupier—. ¿Es que no le gusta ganar?

—Me gusta y no me gusta —respondía Jacques enigmáticamente pensando en el refrán: afortunado en el juego, desgraciado en amores. Y añadía para sí mismo entre dientes una blasfemia en español.

Cada vez que pasaba el policía custodiando la carretilla Jacques lo miraba de reojo venenosamente. Y una vez más preguntó:

—¿Cómo se llama ese tipo?

—Ese es el *cop* —dijo el tahúr, distraído.

—Pregunto cómo se llama.

—Ah —dijo el croupier como si despertara—. Se llama Alex.

Es decir, Alejandro, un nombre famoso en la historia de los países orientales. Solía llevar adscrito un calificativo magnificente en inglés o en latín o en otros idiomas: Alejandro el Grande, o Magno o Great.

Un día tropezó con él al doblar un pasillo camino del bar y Alex se disculpó. En cambio Jacques se limitó a dar un gruñido que podía ser excusa o protesta. El policía pareció no enterarse.

Aquella noche habló Jacques más que de costumbre y al quedarse a solas con Marilyn dejó salir su mal humor. No quería que ella pensara que estaba celoso, pero las mujeres tienen un sentido especial de percepción y nunca se equivocan.

La cosa se produjo de un modo bastante espontáneo. En la pantalla de la televisión había un *clown* que se llamaba Alex.

—Todos los tipos que me han hecho reír en la vida —declaró enfáticamente Jacques— se llamaban Alex. Por ejemplo, Alex Guiñes.

Ella pareció alertada pero disimuló por el lado de las rectificaciones:

—No es Alex ese actor, sino Alee. Alee Guinness. Con dos enes y dos eses. Y además es Sir.

Callaba Jacques y ella aprovechó aquel silencio para insistir:

—Sir Alee Guinness, súbdito de Su Majestad Británica.

En aquel momento ella estaba calzándose una zapatilla y Jacques tenía la impresión de que le había golpeado con ella las narices.

Creyó llegado el momento de la verdad:

—Me han dicho que el «cop» Alex es tu amante.

—Te han mentido. Lo era, pero no lo es. Ahora mi amante se llama de otra manera.

—¿Cómo? —preguntó Jacques, tembloroso.

Pero ella, dándose cuenta de lo crítico de la situación, no dijo su nombre. No dijo nombre alguno. Después de un largo silencio con los brazos cruzados detrás de la bonita cabeza dijo:

—Adivínalo.

Estaba ella segura de que Jacques no diría su propio nombre. Habría sido demasiado bobo. Pero quería probarlo. Y él daba nombres:

—¿Charles, Piliph, John?

—No, no, no.

Reía y ella se quitaba la misma zapatilla que se había puesto antes. Jacques tenía otra vez la impresión de que iba a golpearle con ella en las narices. Y en aquel momento vino la declaración gloriosa:

—Mi amante se llama Jacques y eres tú. No hay otro Jacques en el mundo.

Era una noticia archisabida, pero sonaba muy bien en los labios de ella. Es decir, podía no ser verdad, pero le bastaba por el momento a Jacques que ella lo dijera con énfasis y con una resonancia de orgullo femenino.

Por unos minutos Jacques fue de veras feliz y quiso seguir siéndolo con caricias, arrullos, silencios voluptuosos y llevaba trazas de alcanzar una vez más la plenitud cuando sonó el teléfono. Ella dijo con voz quejumbrosa:

—Déjalo que suene.

Pero él lo había tomado y preguntó:

—¿Helio?

Una voz masculina recia y grave se hizo oír:

—¿Está Marilyn?

Sin esperar que le respondieran añadió otra pregunta con cierta impertinencia:

—¿Quién es usted?

Allí creyó Jacques reconocer la voz de Alex, el policía. Le colgó el teléfono con una violencia que el otro debió percibir.

—Es Alex —dijo mirando fríamente a Marilyn.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la voz.

La verdad es que Jacques no conocía la voz del policía, pero era aquella sin duda una voz fea, fuerte y formal. Las tres efes. Ninguna de ellas —que tanto le gustaban a Marilyn— iba con él. Y aquello le ofendía. La verdad era que Jacques estaba enamorado y ella se daba cuenta y abusaba un poco.

—¿Por qué prefieres a los hombres *feos?* —preguntó.

—Bueno, todo tiene un límite. No demasiado feos.

—Pero ¿por qué?

—Porque así no gustan a las chicas tontas que son la mayoría. Y no los provocan.

—Lo de *fuertes* lo entiendo mejor.

—Sí. El fuerte puede protegernos.

—¿Y… *formales*?

—El hombre formal se hace respetar. Es natural sobre todo en estos casinos. Al hombre formal lo respetan los *dealers* y hasta los *executives* de la corporación. Digo, en las alturas. Eso es importante.

—Ya veo. El *cop* se hace *corp*. Cuestión de una erre como la rumbera y la ruletera.

—Más o menos, *darling*.

Los éxitos de Jacques en la ruleta solía disfrutarlos ella. Y se atrevía ya a proclamarlo. No era cínica, Marilyn, sino sólo femenina. Tanto como el dinero le gustaba aquella secreta y silenciosa adoración de Jacques en la que presentía un peligro a corta o larga distancia.

La situación se hizo insoportable para él aquella misma noche porque en un transporte de amor ella dijo el nombre de Alex en lugar del nombre de Jacques. ¿Tal vez ella lo hizo deliberadamente? ¿O inocentemente? Sería difícil averiguarlo. Hay mujeres capaces de esas confusiones sutilmente dañinas aunque ninguna de ellas lo confesaría. La duda derivaba por el lado de la certidumbre y llegó un momento en que para Jacques se hizo más angustiosa que cualquier otro peligro o amenaza incluidos los de la silla eléctrica o la cámara de gases. Teóricamente la pena de muerte estaba abolida en California y en Nevada por entonces, pero la cadena perpetua no era mejor. Muchos prefieren morir a vivir encerrados en una prisión que es anticipación de otra cárcel más estrecha: del ataúd.

Jacques creyó ponerse a tono desviando la conversación:

—El *cop* está al servicio de los ladrones ruleteros. Para que no les roben. Pero yo me atengo al refrán.

—¿Qué refrán?

—El que roba a un ladrón tiene cien años de perdón.

—Te aconsejo que no hagas la prueba.

—¿Por qué?

—Alex tiene una pistola y la ley lo autoriza a hacer uso de ella.

Después de una pausa nerviosa y mercurial dijo Jacques:

—Yo añadiría: Y el que mata a un matón tiene mil años de perdón.

Eso la asustó a ella de veras, pero disimuló. Era Mariíyn experta en disimulos:

—Demasiados años, querido.

Aquella noche en su casa, Jacques planeó el crimen con la ágil serenidad del que se ha acusado a sí mismo de 23 homicidios nunca llevados a cabo.

Primero averiguó dónde vivía el policía Alex. Después supo que era soltero y que solía ir a casa al amanecer acompañado de otros dos policías que vivían en el mismo edificio, pero en pisos más altos. El de Alex era tercero, es decir, 302.

Después Jacques investigó las entradas (más bien salidas) de las escaleras de escape de incendios. No era fácil trepar al tramo primero que estaba deliberadamente muy levantado del suelo, pero bien planeadas todas las dificultades se pueden salvar.

Mientras preparaba el crimen ella trataba de convencerle una vez y otra de que en sus transportes de amor aquella noche no había dicho Alex sino Jacques. Los sonidos eran parecidos, las vocales (tan importantes en el inglés americano) las mismas. La confusión era más que posible. Jacques preguntó con una expresión de veras dramática y delante de una gran fotografía de la madre ya fallecida de Marilyn si había dicho Jacques o Alex y ella juró con la mano sobre el corazón aunque sin demasiadas ganas de ser creída porque la angustia del celoso amante le gustaba.

Las mujeres son raras, a veces.

También las reacciones de él eran inusuales. Llegó días después a proponerle —sólo para ver cómo reaccionaba— a proponerle, digo, matrimonio. Desafortunadamente ella recibió la proposición con aquellas carcajadas infantiles mostrando su boca abierta y su lengüecita moviéndose de abajo a arriba como la de un áspid, aunque menos venenosa. Pensó Jacques que tal vez ella atrapaba por instinto la segunda intención vengativa: la posibilidad de hacerla a ella esposa o viuda de un asesino.

En todo caso ella no dijo sí ni no. Se limitó a reír y a acariciarle el pelo desde la frente al occipucio.

Aquel día no creía ella que hubiera en las reacciones de Jacques peligro alguno. Tampoco los días siguientes. Y esa falta de fe, esa seguridad en sí misma era lo que más estimulaba al potencial asesino. ¿Es posible —se decía—, que no me tome en serio ni siquiera como criminal? Yo podría tener y tal vez tengo también las tres efes.

Los hechos se produjeron una noche calma y tibia bajo el cielo estrellado, con una luna creciente como la emblemática de Turquía, amarilla y fluida.

Por cierto que aquella noche había ganado Jacques más de diez mil dólares. Y con la alegría del ganador y la prematura generosidad del asesino victorioso, Jacques le sonrió dos veces al policía cuando lo vio pasar a su lado.

Con la sonrisa de Caín, claro.

Los hechos fueron como sigue. Una hora después de llegar el policía a su casa trepó Jacques por la escalera de escape hasta el tercer piso donde se acurrucó debajo de la ventana del dormitorio. Conocía bien los «tientos» como se suele decir. Allí esperó sin prisa. Llevaba en el bolsillo un revólver de calibre 22 muy modesto, aunque tan mortal como el de la *parabellum* o el 45 reglamentario.

Desde su escondite oía roncar al policía pero cuando alzó la ventana de guillotina produjo un leve rumor y el ronquido cesó. Jacques volvió a esconderse y a esperar.

Llevaba guantes de piel para evitar las huellas dactilares y lo tenía todo cuidadosamente previsto. Cuando comprendió que la respiración del policía (ya sin ronquidos) era lenta, calma y silenciosa, se asomó, vio sobre la mesilla de noche su pistola y sonrió pensando que podría tal vez hacer uso de ella.

Había logrado levantar la ventana dejando una abertura suficiente y entró. Iba descalzo. En la habitación, no lejos del lecho, había una pequeña lámpara con pantalla azul. No tuvo que hacer uso de la de bolsillo.

Todo fue muy rápido. Se acercó, tomó la pistola del policía y le disparó detrás de la oreja, al lado del lugar donde dicen que están las meninges.

Sin cuidarse ya de hacer ruido salió precipitadamente cuidando de dejar la ventana bien cerrada. Precauciones elementales. Se decía sin acabar de creerlo: «¿Cómo es posible que sean estos policías tan confiados? No toman precauciones. Se confían igual que nos confiamos nosotros, los hombres honrados».

Luego se dio cuenta del absurdo de aquellas palabras inmediatamente después del asesinato.

Escapó sin ser percibido de nadie. Eran las cuatro de la mañana y no había una sola persona en los alrededores. Se decía Jacques: «Le disparé en las meninges porque estaba acostado sobre el lado derecho. Si por casualidad no muere y se cura quedará el resto de su vida entontecido o como dicen ahora “minusválido” e incapaz por lo tanto de hacerse tomar en serio. Las tres efes le fallarán».

Tenía ganas de reír pero no se atrevía recordando la risa de Marilyn y tuvo por primera vez la sensación de alarma del verdadero criminal. Se dirigió al coche atravesando un jardín privado y pisoteando sin querer algunas flores. Luego volvió sobre ellas y arrancó un ramo para llevárselas a Marilyn. Pero vio que eran adelfas y considerándolas de mal agüero, porque eran venenosas, las arrojó. También daban mala suerte las rosas negras. ¿Pero había rosas de ese color? Creía que sí. Y pensando en ellas fue conduciendo el coche sin prisa ni sensación alguna de peligro hasta su casa. La noche parecía poco antes del amanecer un inmenso jardín de adelfas y rosas negras.

Cosa extraña, durmió a pierna suelta. Sin remordimientos y sin sensación alguna de peligro.

Tal vez —se decía cuando despertó— el crimen es natural en la vida del hombre, tan natural como lo es la agresión sangrienta entre los animales. Quizá la paz es una invención artificial del hombre en la sociedad y de las sociedades en la historia.

Mientras preparaba el desayuno creía tener delante el cadáver. Pero ¿habría muerto de veras? ¿O quedaría con las meninges rotas nada más pero imbécil para el resto de su vida? El habría preferido esto último no sabía por qué.

En todo caso las dos situaciones eran igualmente placenteras. «Ahora —pensó— el hombre feo fuerte y formal soy yo y no tendrá más remedio que aceptarlo Marilyn, esa encantadora criatura.» Aunque con las mujeres nunca se sabe. Esa preocupación era menor al lado del cuerpo muerto o minusválido. Ya no volvería el *cop* a acompañar la carretilla de los millones entre las mesas de la ruleta, el baccarat o del treinta y cuarenta. Ni de los dados ni del *seven up,* ni del monte. Por cierto siempre que recordaba al *cop* custodiando la carretilla creía verlo ahora con la pistola en la mano y con el dedo en el gatillo. Trataba de añadirle peligrosidades a aquella imagen.

Aunque todo había terminado.

La prensa de la mañana no decía una palabra. Demasiado pronto. La de la tarde daba la noticia con un título escandaloso. «Policía de los servicios de protección del casino MGM, asesinado». Pensó Jacques: ha muerto de veras. Y del todo. Tanto mejor.

Las diligencias de los agentes se multiplicaban en todas direcciones. La impresión sobre Marilyn fue de veras brutal. —¡Eso es imposible!— repetía sin acabar de creerlo.

La policía la convenció con fotos y reiteradas pruebas como si hiciera falta para declarar que un cuerpo estaba sin vida. Lo que la policía trataba de averiguar era, como es natural, quién había matado al *cop* y por qué.

No sabía Jacques cómo acercarse a Marilyn. La llamó por teléfono mostrándose escandalizado y fingiendo no poder tampoco creerlo, pero en aquel momento los policías estaban con Marilyn y tomaron nota del nombre del que había telefoneado y de sus señas. También de la clase de relaciones que tenía con Marilyn. En esa materia no se atrevieron a insistir porque era delicado.

Más tarde, cuando los policías se habían marchado, volvió a sonar el teléfono y Marilyn lo tomó suponiendo que era otra vez Jacques.

—¿Por qué no vienes? —le preguntó.

—No lo sé yo mismo. La verdad es que ha sido todo demasiado inesperado y terrible. ¿Quién habrá sido?

Repetía Jacques la pregunta y ella se lamentaba:

—Lo más absurdo es que uno de los policías sospecha de mí y he tenido que buscar el *alibi.* Les dije que a esa hora estaba con el manager del casino. Supongo que han ido a comprobarlo. El crimen parece que fue a las tres de la mañana más o menos.

El apartamento de Jacques —una *suite* del hotel— tenía dos grandes ventanas que daban al rincón del parque lleno de frondosos árboles. Era media tarde y hacía calor. Ella repetía en el teléfono:

—¿Quién habrá sido? ¿Y por qué?

En aquel momento llegó del parque a través de las ventanas abiertas de Jacques el canto de un búho que decía en inglés:

—You-you.

Nunca había oído Jacques a un búho durante el día, pero allí estaba y no podía ser más oportuno:

—You-you.

Por fortuna aquella voz blanda y opaca no llegaba hasta el teléfono y Marilyn no la oía: «You-you». En español era casi lo mismo: «Tú-tú». Y se repetía una y otra vez.

Aquella insistencia resultaba de veras inquietante. Y lo más curioso era que ofendía a Jacques y le halagaba al mismo tiempo.

Le habría gustado que Marilyn oyera al búho.

Sólo ella, claro.

Así y todo la situación del enamorado era de veras catastrófica. No se hacía ilusiones. «Tarde o temprano…» y no se atrevía a completar la frase.

Dos o tres días después y estando en casa de Marilyn llamaron al teléfono, lo tomó él y oyó a alguien que preguntaba por Marilyn con una voz más que amable. No se trataba de Alex aunque tal vez las voces cambian después de la muerte y hay teléfonos en el otro mundo. Fue entonces cuando el amante, fuera de sí, declaró con indignación, con un énfasis entre ridículo y sublime:

—Marilyn, a Alex lo asesiné yo. Anda, díselo a ese que está en el teléfono. ¿También ese es feo, fuerte y formal?

En aquel momento estaba ella tanteando el collar de perlas que lleva al cuello y al oír aquellas palabras lo rompió sin querer y las perlas se diseminaron por la alfombra. Ni él ni ella se inclinaron a recogerlas. En el teléfono descolgado se oían pequeños rumores mecánicos.

—¡Imposible! —gritó ella—. ¿Estás loco?

—Yo, yo —repetía él recordando al búho—. Yo lo maté.

Luego se marchó despacio diciendo entre dientes algo que ella no logró entender. Al cerrar la puerta del piso lo hizo cuidadosamente y sin ruido. En el ascensor rió con la risa de ella.

Fue Jacques a su casa, desde donde llamó a la policía y dijo con la mayor tranquilidad: «Fui yo quien mató a Alex y no se molesten en venir porque iré yo a presentarme en la comisaría ahora mismo».

Así fue.

Entretanto Marilyn lloraba desesperada y gloriosamente feliz. Nunca pudo imaginar una pasión como la de Jacques y se propuso ayudar en lo posible y aun imposible a su amante. Habría querido seguir gozando de aquella relación o más bien comenzar a disfrutarla plena y gloriosamente después de una relación tan fabulosa y locamente propicia.

Lo que sucedió después se dice pronto y no hay por qué alargar la relación. La policía detuvo al asesino y fue a interrogar una vez más a Marilyn quien dijo pensando ayudar a Jacques que más de una vez el *cop* le había dicho que si ella le traicionaba se suicidaría.

Los policías no se atrevían con la pregunta difícil, pero entre ellos había una mujer que la hizo:

—Y usted… ¿le ha sido infiel?

Ella no afirmó ni negó. Son las mujeres cuidadosas en esa materia.

—Señores…, piensen ustedes lo que quieran.

Era tan convincente como una afirmación.

El mismo día la policía buscó en los archivos de Los Angeles y cuando vieron que Jacques se había acusado a sí mismo de más de veinte asesinatos de individuos que se habían suicidado soltaron a reír y dejaron en paz a Jacques. Lo miraban todos desde entonces con un humor burlón.

Al verse otra vez en la calle Jacques se sentía humillado y evitó por algunos días ver a Marylyn. Decidió de pronto ir a Los Angeles en busca de una antigua amiga que estaba también en Hollywood ansiosa de llamar la atención, pero cuando llegó a la ciudadela de los largos metrajes se enteró de que aquella mujer se había casado con un extra seguramente «feo, fuerte y formal». Le pareció demasiado a Jacques. Nadie lo tomaba en serio ni siquiera como asesino.

Fue entonces cuando subió al rascacielos del Bucanero y se arrojó a la calle como dije al principio. Antes escribió la carta consabida para que nadie se diera importancia (a su costa) como asesino, que es la reputación más vidriosa y susceptible.

ANTOLOGÍA DE LAS MEJORES NOVELAS POLICÍACAS

PRIMERA SELECCIÓN: EDGAR A. POE. Los asesinatos de la calle Morgue. — CHARLES DICKENS. El velo negro. — GUY DE MAUPASSANT. La mano. — A. CONAN DOYLE. El ritual de los Musgrave. — THOMAS BURKE. Las manos del Sr. Ottermoíe. — G. K. CHESTERTON. Pisadas extrañas. — EDGAR WALLACE. La caída de Mistar Raeder. — AGATHA CHRISTIE. Villa Filomela. — J. S. FLETCHER. El Juez corrobora. — BEN HECHT. Sangre de actor. — FREEMAN WILLS GRAFTS. El cuadro de Greuze. — E. PHILIPS OPPERNHEIM. El hombre de los dos sacos. — GEORGE HAR MON COXE. ¿Sigue mi camino? — STUART PALMER. El simulador. — JOHN DICKSON CARR. El caballero de París. — GEORGES SIMENON. Bajo pena de muerte. — LORD DUNSANY. Las dos botellas de salsa.

SEGUNDA SELECCIÓN: R. L. STEVENSON. El profanador de tumbas. — W. WILKIE COLLINS. El cazador cazado. — F. DOSTOIEVSKI. El juicio de Demetrio Karamazov. — H. G. WELLS. Las vacaciones de Mr. Ledbetter. — JEAN RICHEPIN. Un crimen excepcional. — T. BURKE. La estrella de plata. — J. S. FLETCHER. El fugitivo y los clérigos. — GEOFFREY HOUSEHOLD. Un forastero amable. — L. CASTELLANI. El enigma del fantasma en coche. — GEORGES JOSEPH. «… era un bendito». — BEVIS WINTER. El caso de la florista asustada.

TERCERA SELECCIÓN: CHARLES DICKENS. El retorno del presidiario. — FRANCIS MARION CRAWFORD. La calavera que gritaba. — GASTON LEROUX. El hacha de oro. — JACQUES FUTRELLE. El preso de la celda n.º 13. — G. K. CHESTERTON. El problema insoluble. — SIR BASIL THOMPSON. La desaparición de la señora Fraser. — F. WILLS CROFTS. El paso a nivel. — BARONESA ORCZY. El crimen de Regent’s Park. — H. C. BAYLEY. La casita. — PATRICK HAMILTON. Luz de gas. — M. P. SHIEL. La estirpe de los Orven. — AGATHA CHRISTIE. El inferior.

CUARTA SELECCIÓN: O’HENRY. Con alma y vida. — ROBERT BARR. La explotación de los distraídos. — JEAN RAY. Busco a Mr. Pilgrim. — J. S. FLETCHER. La quebrada del ciego. — HELEN NIELSEN. No se puede confiar en un hombre. — IGNACIO COVARRUBIAS. Ensayo para la muerte. — ELLERY QUEEN. La botella de vino. — ANDRE PICOT. Todos los caminos llevan a Roma. — WILLIAM SAMSON. Tentaciones diversas. _ DAVID KASANOF. Como quien dice. — ROY VICKERS. La trompeta de goma. El asesino tímido. La pitillera de

oro. — EDOGAWA RAMPO. El test psicológico. — LORD DUNSANY. El discurso. — JACQUES FAIZANT. ¿Duerme usted, señor Georges? Revista de detalles. El asesino del Duque de Guisa. Discordia vocal. — MILDRED ARTHUR. La reina ha muerto. — W. W. JACOBS. El segundo contramaestre. — WILLIAM IRISH. Deuda pendiente.

QUINTA SELECCIÓN: JACQUES FUTRELLE. La fuga… — PIERRE VERY. Los 700 000 rábanos. — JOHN y WARD HAWKINS. Maquinación en la carretera. — EDOGAWA RAMPO. Los mellizos. — CRAIG RICE. Y los pájaros aún cantan. Su corazón podía romperse. — MICHAEL HALLIDAY. Juego con la muerte. — CORNELL WOOLRICH. El engranaje. — ELLERY QUEEN. Bola de nieve en julio. El ladrón de Wrightsville. El dedo medicinal. — ANDRE PICOT. Buenas noches, Miss Clark. El asesino concienzudo. — JOHN CREASEY. Un cabello de su cabeza. — GEORGE HARMON COXE. Un trabajo limpio y cuidadoso. — JOHN STEINBECK. El atraco. — H. C. BAILEY. Descubierto por el menú. — CHARLOTTE ARMSTRONG. El enemigo. ¿Qué habría hecho Ud.? Los diez indicios de Mr. Polkinghorn.

SEXTA SELECCIÓN: PIERRE LARROQUE. En la casa vacía. — VERONICA PARKER JOHNS. El amable visitante. — RICHARD DEMING. La rubia del bar. Segunda luna de miel. — ANDRE-PAUL DUCHATEAU. Invitación al asesinato. Crimen sin móvil. — HELEN NIELSEN. Presentimiento. — RICHARD S. PRATHER. El callejón de los malhechores. — ROBERT ARTHUR. Un ataúd para Mr. Cash. — EVAN HUNTER. Desangrándose en la acera. Primo. La última vuelta. — CRAIG RICE. Un día tranquilo en la cárcel del Condado. — JONATHAN LORD. El trabajo del día. — CHARLOTTE ARMSTRONG. La valla. — EDOGAWA RAMPO. Dos hombres lisiados. — DOUGLAS FARR. Por el amor de 10.000.000 de dólares. — RICHARD MARSTEN. El fugitivo. — MAX FRANKLIN. Los genios. JEAN CRAU. El cómplice imprevisto. — ELLERY QUEEN. Novia en peligro. — ROBERT TURNER. No voy a volverme rabioso.

SEPTIMA SELECCIÓN: O’HENRY. El rescate de Jefe Rojo. Niños en la Selva. — ROBERT BARR. La extraviada fortuna de Lord Chizelrigg. — IRVIN S. COBB. El doctor serpiente. — WALTER DURANTY. El papagayo. — W. R. BURNETT. A hierro muere. — STEPHEN VINCENT BENNET. El diablo y Daniel Webster. — ALFREDO TIRAD. El trágico fin de Monsieur Plume. — ELLERY QUEEN. El hombre que podía doblar el tamaño de los diamantes. El gato muerto. — JEAN CRAU. El error reparado. — RICHARD DEMING. Expediente abierto. Era su ídolo. Cortina de humo. — CORNELL WOOLRICH. A las tres. — ROBERT ARTHUR. Las ancianas dirigen la encuesta. — HUGH PENTECOST. La madre juega al golf. — STEPHEN GRENDON. Gambito de alfil.

OCTAVA SELECCIÓN: O'HENRY. Veinte años después. — ROBERT M. COATES. Fuga. — MICHAEL HERVEY. La curiosidad mató a Cath. — ELLERY QUEEN. El ojo de la aguja. — RICHARD DEMING. Reembolso. — ROBERT GAVES. Un abono excelente. — FRANK WARD. El que regresa. STUART PALMER y CRAIG RICE. El pueblo **versus** Whiters & Malone. La conciencia de Malone. Autopsia y Eva. Whiters y Malone expugnadores de cerebros. — RICK RUBIN. Cuando la niebla es favorable. — ROBERT BLOCH. El hombre que se parecía a Napoleón. — MICHAEL ZUROY. Visita a la gran ciudad. — ROBERT EDMOND ALTER. Caza del hombreen el Dead Yank. — ROBERT WALLSTEIN. Los niños de Alda Nuevo. — STANLEY ELLIN. El hombre de nueve a cinco.

NOVENA SELECCIÓN: HONORATO DE BALZAC. Maese Cornelius. — WILLIAM WILKIE COLLINS. Una cama terriblemente extraña. Por falta de pruebas. — JOSEPH PAYNE BRENNAN. Desaparición. Adiós, Mr. Bliss. WILLIAM FAULKNER. Humo. — WILLIAM NORTH JAYME. Declaro abierta la sesión. — ROALD DAHL. La zambullida. — GEORGE HARMON COXE. Una coartada de dos minutos. — STUART PALMER y CRAIG RICE. Cherche la Frame. Una vez en un tren. — JACK RITCHIE. Un asesino refinado. — ROG PHILLIPS. Justice, Inc. — FREDRIC BROWN. Maniático. — ELLERY QUEEN. El último en morir. — M. A. GERENDIAIN. Crimen con retorno. — PAUL SARTORIS. La pulsera. — ANTHONY BERKELEY. La casualidad vengadora.

DÉCIMA SELECCIÓN: STEPHEN CRANE. Una ilusión en rojo y blanco. — DOROTHY L. SAYERS. La mujer leopardo. — LAWRENCE BLOCK. Si esto es locura. — RICHARD DEMING. Sospechoso número uno. — JOHN FAULKNER. Justicia rústica. — JACK RITCHIE. Profesión: Asesino. — JOSE M." AROCA. Asesino a sueldo. El joyero chino. — FREDRIC BROWN. Trampa mortal. El cumpleaños de Granny. — ROBERT ARTHUR. Nadie al teléfono. — BUDD CHULBERG. Asesinato en el muelle. — JOHN DICKSON CARR. La muerte por unas manos invisibles. — AMADEO FERRES MARSAL. Culpable inocente. — C. B. GIDFORD. El hombre en la mesa. — HENRY KANE. Una historia de fantasmas. — PAUL SARTORIS. La llamada. — CORNELL WOOLRICH. Lucha leal.

UNDÉCIMA SELECCIÓN: L. ARRIZABALAGA ESPAÑOL. Correo para Elena. — NOEL CLARASO. Ojo por ojo, vida por vida. — CARLOS CLARIMON. La trampa. — F. CORTES RUBIO. Un hombre de carácter. — F. FAURA PEÑASCO. En el cielo no había ángeles. — DARIO FERNANDEZ FOREZ. Señor Juez. — A. GONZALEZ MORALES. Un cadáver bajo el agua. — E. JARNES BERGUA. Un hombre llamado «Nadie». La hora que no es. — J. RUIZ CATARINEU. Sólo un cuchillo. — E. SAENZ GONZALEZ. La noche que ful

asesino. Un atraco perfecto. — TOMAS SALVADOR. Las horas grises. Una mujer tras la puerta. — PEDRO SANGRO GSELL. Cuestión de familia.

DUODÉCIMA SELECCIÓN: VOLTAIRE. El perro y el caballo. — ALEJANDRO DUMAS. El duelo. El hombre del alfange. — HENRY W. LONGFELLOW. El notario de Perigueux. — EDGAR ALLAN POE. La carta robada. — O'HENRY. El toque de clarín. Jimmy Valentine. — MARK TWAIN. El robo del elefante blanco. — JACK LONDON. El maestro del misterio. ANDRE PAUL DUCHATEAU. Boomerang. — CORNELL WOOLRICH. La esposa del jugador de póquer. — INGLIS CARTER. Doble enigma. — ANTONINO GONZALEZ MORALES. Humo en el corazón. — LUIS ARRIZA BALAGA. Bonifacio el tímido. El último testigo. — FRANCISCO CORTES RUBIO. El amigo Charbonier. — JOAQUÍN RUIZ CATARINEU. Un muerto en la carretera. — NOEL CLARASO. Era una presencia muerta. — PEDROSANGRO GSELL. Víctima seis. — LEON IGNACIO. El rapto de la niña Gálvez.

DECIMOTERCERA SELECCIÓN: NATHANIEL HAWTHORNE. La tragedia de Mr. Higginbotham. — EDGAR A. POE. Eres tú el asesino. — ABRAHAM LINCOLN. El misterio del caso Trailor. — CHARLES DICKENS. La caza. Mr. Bucket, detective. — EMILE GABORIAU. Una desaparición. — ROBERT W. CHAMBERS. El Emperador Púrpura. — RICHARD HARDING DAVIS. En la niebla. — O'HENRY. El hombre superior. Magnetismo personal. — BARONESA DE ORCZY. El misterio de la Percy Street. — FREEMAN WILLS CROFTS. El misterio del doble asesinato del expreso de Edimburgo. — WILLIAM IRISH. El sello de tres puntas. — JESÚS Y CESAR DIAZ. El problema de la pista de tenis. — LEÓN-IGNACIO. Las estrellas vienen de cara. — CARLOS GONZALEZ CASTRESANA. Un caso extravagante.

DECIMOCUARTA SELECCIÓN: R. CASTELLANO DE LA PUENTE. El sádico. ¿Por qué no matas a alguien? Le rebotica. El esotérico. — NOEL CLARASO. Llamada de auxilio. Empezó por una apuesta. Hace falta un asesino. — FRANCISCO CORTES RUBIO. Unas breves líneas. — JESÚS Y CESAR-E. DIAZ. El problema de los bombones envenenados. — SEVERIANO FERNANDEZ NICOLAS. La mordedura. — MEDARDO FRAILE. Sabas Martel cuenta un crimen. — FRANCISCO GARCIA PAVÓN. Los carros vacíos. — ENRIQUE JARNES BERGUA. Sesión de circo. — CARLOS ROMERO GUIJO. El asesino. — JOAQUÍN RUIZ CATARINEU. Muerte en la plaza. — HERMOGENES SAINZ. La plegadera. — TOMAS SALVADOR. La pistola perdida. — RICARDO WERT GARCIA. La carcajada del más allá.

DECIMOQUINTA SELECCIÓN: R. CASTELLANO DE LA PUENTE. El chivato. — NOEL CLARASO. El miedo dice la verdad. El brazalete. — J. A. CORTES DIAZ. Todo en la caja. — F. CORTES RUBIO. El alambre. — J. A. COTANDA ARNAL. Mr. Holmes viene a casa para quedarse. ¡Culpables! — F. GARCIA PAVÓN. El huésped del cuarto n.º 5. — A. GONZALEZ MORALES. La muerte va a la montaña. Una buena pieza. — JOSÉ H. POLO. ¡Plom! ¡Plom! ¡Plom! ¡Plom! — RAMÓN HERVAS. El ojo de la bella finesa. — E. JARNES BERGUA. «Te voy a contar un crimen».— LEÓN-IGNACIO. Algo así como un funeral. — ANGEL MAZA ROMERO. Mientras suena la orquesta. — BARTOLOMÉ MIR MIR. Oportunas diligencias. — DANIEL NORIEGA MARCOS. Unos ojos fijos. La mujer sin huella. — A. NUÑEZ ALONSO. El yugo. — MARIA NURIA TORAN. Crimen sin castigo. Parada, fonda y… asesinato. — MIGUEL OCA MERINO. Rito en negro. La larga cuerda de la difunta. — TOMAS SALVADOR. El grano de mijo.

DECIMOSEXTA SELECCIÓN: RAFAEL CASTELLANO DE LA PUENTE. «Venganza, S. A.» — NOEL CLARASO. Whisky a gogó. — ANTONIO COTANDA. El misterio del hombre del albornoz. — FRANCISCO GARCIA PAVÓN. El carnaval. — RAMON HERVAS. Vana. — ENRIQUE JARNES BERGUA. Un crimen de juguete. — BARTOLOMÉ MIR MIR. El viejo Tur. Berta. Plaza Gomila. — DANIEL NORIEGA MARCOS. La séptima «W». — ALEJANDRO NUÑEZ ALONSO. El desquite. Un día perdido. — M. NURIA TORAN. «Escala técnica».

DECIMOSEPTIMA SELECCIÓN: VICTOR CANNING. Un golpe de viento. — LAWRENCE TREAT. A como en alibi. — ROBERT EDWARD ECKELS. El último en saberlo. — HUGH PENTECOST. Jericho y los asesinatos del estudio. — ROBERT BLOCH. El hombre que nunca hizo nada a derechas. — LAWRENCE G. BLOCHMAN. El asesino sin huellas dactilares. — PHYLLIS ANN KARR. Dinero sangriento. — LLOYD BIGGLE, Jr. ¿Tiene usted una fortuna en su desván? — BRIAN W. ALDISS. El hábito solitario. — VINCENT McCONNOR. Igual que el inspector Maigrét. — JAMES M. ULLMAN. Operación Bonaparte. — BARRY PEROWNE. La gran operación de Raffles. — ELLERY QUEEN. El tío de Australia. — EDWARD D. HOCH. El capitán Leopold se pone furioso. — EDWARD D. HOCH. El robo de Nick Velvet. — EDWARD D. HOCH. El espía en el final del arcoíris. — ERLE STANLEY GARDNER. La pista de la mujer que gritaba.

Notas

[1] (En Europa, crupier. <<